

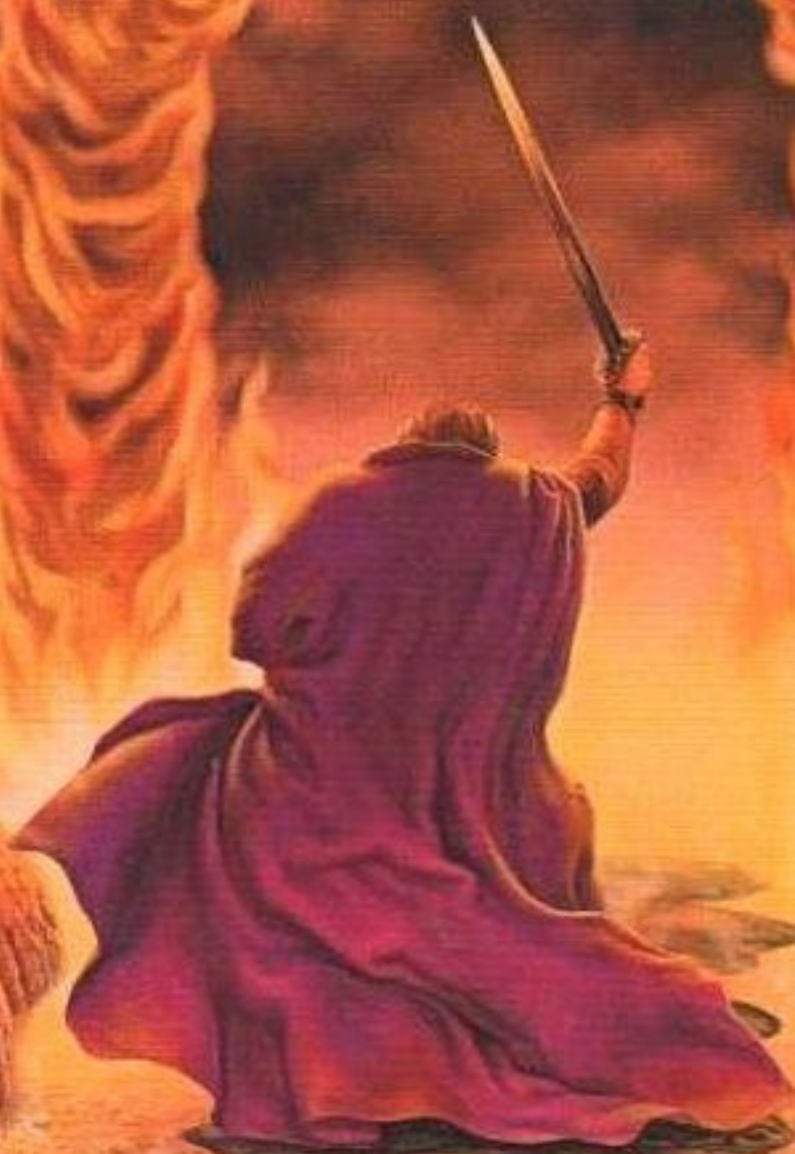
LA TORRE NEGRA



EL LAGO DE FUEGO

PHILIP JOSE FARMER

VOLUMEN 4



Lectulandia

Perseguidos por los Señores del Trueno, Clive y los suyos, a los que se ha unido Neville, huyen a través de unos túneles blancos y llegan al nivel 7 de la Mazmorra donde encuentran la Puerta de Dante en la que se lee la inscripción: «Abandonad toda esperanza», y que constituye la entrada del infierno propiamente dicho.

En ese horripilante lugar atraviesan lagos de fuego, ríos de agua hirviendo, abismos sin fondo, nieblas densísimas y cualquier tipo de accidente geográfico o fenómeno que pueda producirse en un infierno. Al pasar por el Lago de las Lamentaciones se encuentran con personas conocidas que sufren, gimen y piden ayuda. Afortunadamente, los aventureros llevan tapones de cera en los oídos, emulando así el paso del navío de Ulises por delante de las sirenas. El grupo llega al Palacio de la Luz del Alba o Palacio del Señor del Infierno, donde descubren que el amo del mismo es el padre de Clive y de Neville. Y, cuando alcanzan el Desierto de la Muerte, hallan la Fábrica Negra, la fábrica de clones. Pero, ahora que han comprobado que los Señores de la Mazmorra utilizan los dobles de las personas, ¿podrán creer algo de lo que ven?

El Lago de Fuego mantiene *in crescendo* el interés de los lectores por esta apasionante serie de Philip José Farmer, su creador.

Lectulandia

Philip José Farmer y Robin Wayne Bailey

El lago del fuego

La torre negra 04

ePub r1.1

Titivillus 05.06.15

Título original: *The Lake of Fire*
Philip José Farmer y Robin Wayne Bailey, 1989
Traducción: Carles Llorach
Diseño de cubierta: Ciruelo Cabral

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Mi sincero agradecimiento a
Lou Aronica, Betsy Mitchell, Richard Curtis,
David M. Harris y Mary Higgins.

Con gran afecto dedico este libro a los incomparables Piranha Brothers: Bob Anesi, Vernon Nelson, Brad Strong, Brad Rainke, Rex Reeve, Steve Piland, Ellis Thigpen, David Stagg, Tom Ryan, Jonathan Nye, David Canaday, Mike Seimer, Mike Spenser, Forest Lems, Rick Axsom, Tony Porter, David McGuire, Bryce Watterson, Pete Van Alien, Charlie Pierce, Jeff Diehl.

También a los incomparables espectadores: Arthur Butler, Dennis Mitchell, Wayne Burge, Fred Pondy Greg Hancks. A Bob Johns, quien proporcionó la asistencia técnica.

Y siempre, a Diana.

Prólogo

Primero se baja. Luego se sube.

Es lo contrario de lo que podemos deducir de la filosofía de Heráclito, el antiguo filósofo griego. De la ley física que postuló podemos interpretar que todo lo que sube tiene que bajar.

Ahora sabemos que esta ley no es del todo cierta. Un cohete lanzado fuera del sistema solar no tiene por qué caer.

Tampoco la primera línea de este texto es enteramente válida. Pero yo estoy hablando de una regla general para los héroes de ficción. (Con *héroes* también me refiero a *heroínas*.) Descienden a un infierno y, a causa de su condición de luchadores, batallan por abrirse camino hacia arriba. Lo cual es aplicable tanto a sus combates físicos como psíquicos.

«Fácil es el descenso al Infierno». Pero, oh, ¡la subida!

Así hablaba Virgilio, escritor de la Roma antigua (70-19 a. C.): *Facilis descensus Avernt*. Se refería al descenso al inframundo romano. Naturalmente no estaba pensando que un hecho semejante tuviera lugar dos mil años después. Es decir, el descenso al mundo de la Mazmorra y la lucha de una heroica banda para salir de él. Al menos, no lo creo así. No obstante, no me extrañaría nada que, en el transcurso de los dos volúmenes siguientes de *La Torre Negra*, nuestra banda se tropezara con el mismísimo Virgilio, arrancado de su soleado Mediterráneo y lanzado al lúgubre y peligroso Subterráneo por sus misteriosos y malignos soberanos; y, más tarde, devuelto a su tiempo y lugar propios. Quizá Virgilio, cuya misión era guiar a Dante a través del *Inferno*, podría ayudar a nuestra banda en su búsqueda de la vía de escape de la Mazmorra. Después de todo, la Mazmorra, a diferencia del inframundo de Dante, sí abriga esperanzas para los que atraviesan sus puertas de marfil.

Arriba van nuestros héroes, y no sólo en un sentido físico. En el sentido de la luz que vierten en los muchos enigmas y rompecabezas con los que topan, también están ascendiendo. Pero la luz trae consigo más sombras. Cada respuesta arrastra más preguntas hacia sus cabezas y golpea sus corazones. Chillido, la sensible aracnoide hembra, que es una industria química ambulante y un vehículo lanzaproyectiles, posee también capacidades telepáticas. Detecta a dos poderosos observadores mentales que vigilan a la banda, aunque desconoce sus identidades y el lugar dónde se hallan.

Ignoro, como vosotros y como Chillido, de quiénes se trata. Pero tengo la sospecha de que uno de los observadores es malvado, y el otro, bueno. Tal vez

pertenezcan a dos superrazas no distintas de los bosconianos y de los arisios. Bosconianos y arisios eran los poderes supremos del mal y del bien, respectivamente, del universo creado por el doctor E. E. Smith en su serie *Lensman*. Se dedicaban a manipular a seres inferiores para llevar a cabo su guerra mutua.

Podría estar equivocado. Quizá Richard Lupoff, quien escribió el primer volumen de la serie *ha Torre Negra* y escribirá el último (el sexto), nos presente otra idea.

Sea lo que sea lo que ocurra en los libros sucesivos, sabemos que, cuando Clive Folliot, nuestro héroe y protagonista, entra en el siguiente nivel del mundo de la Mazmorra, el diario de su hermano Neville pregunta: «¿Cómo te sentirás cuando conozcas al Señor del Infierno?» Así pues, el destino de Clive es tener una terrible confrontación con el príncipe del inframundo, en el presente volumen o en otro posterior. Si el superformidable enemigo de Clive, tan poderoso y maligno como el mismo Satán, será un clon del Jefe de los Miserables o será el original, es cosa que yo no sé. En este punto, con la gran cantidad de sorpresas que han tenido lugar, ya no estoy seguro de nada. Es posible que el mismo Clive Folliot, Usuaría Annie, el sargento Smythe, Sidi Bombay, Chillido y los demás, sean clones. Cualquier cosa puede suceder. A diferencia del Infierno de Dante, el mundo de la Mazmorra es un sistema con un final abierto, no predeterminado. Sin embargo, lo que es absolutamente cierto es que es un sistema que recibe gran cantidad de retroalimentación negativa (sufrimientos y frustraciones) para nuestros héroes.

El paralelismo de este inframundo con el de Dante es evidente. Además, como ya he señalado en prólogos anteriores, existen otros paralelismos, clarísimos, entre el mundo de la Mazmorra y los mundos de Baum y de Carroll. Los principales personajes de *El maravilloso Mago de Oz* buscan algo de lo que carecen o creen carecer. Lo mismo ocurre con nuestros héroes. Todos, como Dorothy, quieren regresar a sus hogares. Y la aparición y desaparición de personajes y cosas (o disolución en otros personajes y cosas) con que nuestros héroes tropiezan me hace pensar en *Alicia en el País de las Maravillas* y en *A través del espejo*.

Una de las diferencias capitales entre nuestros héroes y los de Baum y Carroll es que los de estos últimos no sangran, sudan ni sufren con tanta intensidad. Tampoco se atormentan con deseos carnales, sexo, sexismo y racismo. Esos elementos no sólo serían incoherentes en sus obras, sino que las habrían arruinado. Pero estamos en 1988, y *ha Torre Negra*, aunque ficción, está en tiempo «real».

El tiempo «real» desgasta las cosas vivas y las no vivas. Una erosión, en definitiva, como la que producen los vientos y las olas al limar las rocas. Esta erosión producida por el tiempo nos confunde y nos engaña. Si no fuera por el tiempo, tendríamos plena conciencia de aquella parte de nuestra persona que no está sujeta a erosión, de la parte que existe después de que el tiempo haya dejado de existir. Rayos X y otras radiaciones nos bombardean sin cesar, neutrinos nos penetran, gravitones nos doblegan. Pero los cronones, aquellas partículas-onda del tiempo que nos envuelve y se infiltra en nosotros, son lo que más nos perjudica. Los cronones velan con una

cortina de negrura aquella luz mental-espiritual de nuestro interior que no conoce el tiempo.

La verdadera esencia del tiempo consiste en un incesante ametrallamiento con cronones. Indefensos ante este ataque, nos vemos obligados a seguir un camino que no existiría si pudiésemos vivir en aquella resplandeciente bola de eternidad que todos llevamos dentro, pero de la cual somos inconscientes por completo, o al menos, en parte.

El Tiempo fue inventado por el Diablo (o, de cualquier forma, por Algo) y esa invención nos impide conocer y utilizar nuestra cualidad de eternos. Así pues, nos erosionamos... en este mundo.

Sin embargo, los eternos libros de *Alicia* han influido de forma enorme en la ficción de nuestro mundo de tiempo falsamente real. Lo cual no es sólo porque los lectores más perspicaces de tales libros tengan una hemisemi-demi-conciencia de su eternidad inherente, sino porque también está la aventura, cuyo aspecto no conocíamos antes de que Carroll se pusiera a escribirla. También están sus singulares, característicos personajes. Y está la sensación de que Alicia y todos los seres de los dos libros son como peones de un gigantesco tablero de ajedrez. Y eso concuerda con la sensación que tengo yo, y tal vez muchos de vosotros, de ser un simple peón. (Aunque quizá seamos peones con voluntad propia.) Y por fin está la cuestión de la identidad de los dos ajedrecistas y de quién será el ganador.

Dejando aparte la Biblia y las obras de Shakespeare, los libros de *Alicia* y de *ha Caza del Snark* de Carroll han inspirado más alusiones literarias y han dado origen a más tramas y personajes, que todos los que podáis nombrar. Muchas obras de la corriente principal de la literatura, de ciencia ficción, de fantasía y de misterio lo evidencian. A lo largo de los libros de *La Torre Negra* nos encontramos con toda una serie de tramas *carrollianas*, algunas de ellas tejidas a conciencia. Por ejemplo, los gemelos Clive y Neville forman una especie de Olivo y Aceituno, aunque no tan tontos. Sin embargo, sus prejuicios sí resultan bastante tontos. Al menos así nos parecen a algunos de nosotros. En 1988 hay millones, quizá billones, de personas que profesan el puritanismo, el racismo, el sexismo y las supersticiones de Clive y Neville. Neville puede ser, o puede no ser, un gemelo malvado, pero Amos y Lorena Ransome, también gemelos, son, sin lugar a dudas, malvados. ¿Cómo podrían no serlo, estando estrechamente relacionados con el llamado, con toda la ironía, Philo B. Goode^[1]? Y puede que descubramos que éste es el auténtico Señor del Infierno mencionado en el diario (diario que aparece y desaparece como por arte de magia) de Neville. O quizá sea un gemelo (o un clon) del Señor del Infierno.

Otro paralelismo *carrolliano*, que puede encontrarse en el presente volumen, es la presencia de los hombres-sapo actuando como criados en la estrafalaria mansión del barón Tewkesbury. ¿Recordáis a los lacayos batrazoides con que Alicia se topa en la puerta de casa de la Duquesa? Los lacayos de Bailey, en cambio, son instrumentos del mal. Lo mismo ocurre con los personajes robóticos del País de las Maravillas,

malvadamente manejados por una asesina en el último libro de mi serie *Riverworld*. Bailey debe de ser conocedor de estas y otras muchas resonancias a la *Carroll* en mis obras. Así, al escribir la novela *La Torre Negra* siguiendo el espíritu de mi ficción, Bailey mueve a sus hombres-sapo por el tablero de ajedrez inspirado tanto por *Carroll* como por mí mismo. Pero Bailey también los dirige según su propio espíritu; sus personajes distan mucho de ser unos meros derivados.

Siguiendo la esencia de mis relatos, la *Mazmorra* es una encrucijada en donde personas y cosas de todos los tiempos y lugares confluyen, reunidos por algún poder desconocido y por razones desconocidas. Pero puede (en realidad no lo sé) que yo haya extraído este concepto de encrucijada del mar de los Sargazos, que figuraba en tantos relatos de las revistas *pulp*^[2] y en numerosos libros de aventuras de cubierta de cartón de finales del siglo XIX y principios del XX. (El último relato del mar de los Sargazos que recuerdo haber leído fue una novela de Doc Savage, *The Sargasso Ogre*, editado por primera vez en 1933.)

Los que no hayan oído hablar nunca del mar de los Sargazos tienen que saber que existe en realidad. Es una zona del océano Atlántico alrededor de las islas Bermudas. Su superficie está plagada de algas flotantes (sargazos) y biológicamente es un desierto. Las leyendas de antiguos marineros relatan que este mar atrapó en sus lisas aguas repletas de algas a muchos navíos que se habían aventurado a entrar en él. Las leyendas se remontan a los galeones españoles del siglo XV y llegan hasta los barcos luego tripulados, en general, por amantes de los cuentos. En la leyenda del siglo XX, el mar también ha atrapado en sus algas a vapores abandonados.

De joven, las historias del mar de los Sargazos me entusiasmaban. Las creía. Luego descubrí que no eran verdaderas, al menos en lo referente a la desaparición misteriosa de navíos en sus aguas. Lo cual, no obstante, no echaba a perder los relatos más que el hecho de saber que La Taberna de Burroughs (en Marte) no existía. Es decir, no existía en el espacio «real». Ni impidió que nuevos escritores imitaran de alguna forma este mar en sus relatos. Yo mismo lo utilicé, en *Venus on the Half-Shell*, aunque aquí el mar era como una red en el espacio interplanetario que atraía y atrapaba naves espaciales accidentadas y abandonadas.

Los escritores de la serie *La Torre Negra* han permanecido fieles al espíritu de mis obras usando tanto los temas folletinescos como los clásicos, los mismos que yo uso para mis ficciones. Pero debo hacer hincapié en el hecho de que estos escritores añaden mucho de su propia cosecha sin dejar de rendir homenaje a mi espíritu.

Nuestro lema: ¡Siempre arriba, adelante, afuera!

Philip José Farmer
1988

1

Descenso y caída

Clive Folliot intentó, sin conseguirlo, reprimir un bostezo; mientras, el carrito sin caballos que cargaba con él y sus compañeros seguía y seguía por el pasillo aparentemente sin fin que comunicaba los niveles seis y siete. Las paredes y el suelo, así como la mayor parte del techo, eran de un blanco reluciente y monótono. Hacía ya rato que había dejado de contar los singulares paneles luminosos del techo: proporcionaban un alumbrado que hería los ojos.

Sentía enormes deseos de estirar las piernas, pero no había espacio en el remolque del diminuto carro. En lugar de eso, alargó una mano y la frotó para intentar hacer desaparecer el calambre. ¿Cuánto faltaba para llegar al final de aquel maldito corredor? El estómago se le removía de manera ruidosa. «Ahora no, por favor», le dijo en silencio, ignorando por completo cuándo vería su próxima comida.

Echó una ojeada a sus compañeros y soltó un tenue suspiro. ¡Habían pasado por tantas aventuras juntos, en su descenso por los niveles de la Mazmorra! ¡Se habían enfrentado a tantos peligros! Lo asombraba que aún continuasen todos vivos.

Bajó la vista hacia Annabelle. Dormía con la cabeza apoyada en su hombro, con una expresión de placidez total en el rostro. Clive estaba satisfecho de que fuera su tataranieta; era algo que lo llenaba de orgullo. Porque Annabelle se las había apañado estupendamente bien a través de todas las pruebas sufridas. Sin embargo, el hecho de que le recordase tanto a la señorita Annabella Leighton, su amante, a quien había dejado en Plantagenet Court, lo turbaba en gran manera. Plantagenet Court, en Londres. En la Tierra. En donde fuera.

Con delicadeza apartó un mechón de cabello moreno de la frente de Annabelle y esbozó una leve sonrisa.

Frente a él, con las piernas cruzadas en posición *lotus*, se sentaba Sidi Bombay, el guía indio que los había acompañado ya desde antes de atravesar la Puerta Resplandeciente en el África Ecuatorial. Si bien su utilidad como guía se había probado nula en la Mazmorra, en otros aspectos había demostrado ser irremplazable. Pero ahora producía una extraña sensación contemplar al indio. Había entrado en la Mazmorra casi como un anciano; pero un episodio en un nivel anterior lo había retrocedido en el tiempo. Ahora tenía la edad de Clive, o tal vez un poco más joven. Y Clive se sentía un poco molesto porque Annabelle y Sidi parecían compartir un afecto creciente.

Junto a Sidi estaba sentado Tomás, el marinero español del siglo XV. Tenía las piernas recogidas y se rodeaba las rodillas con los brazos para dejar más espacio para los demás. Había permanecido algún tiempo con la cabeza reposada en las rodillas. Clive se preguntaba extrañado si era posible dormir en aquella postura. El aún no se había decidido respecto a Tomás. Les había sido fiel y había sido muy útil un par de veces. No obstante, no le gustaba tener a aquel individuo a sus espaldas.

Su antiguo ordenanza, el sargento mayor Horace Hamilton Smythe, se sentaba al volante, en uno de los dos asientos anteriores. Este hombre era una roca. Había estado conduciendo durante lo que parecían horas y horas sin ninguna queja ni indicio alguno de cansancio. Smythe había acompañado a Clive durante muchas campañas al servicio de Su Majestad, allí en la Tierra; pero hasta aquí, en los terrores de la Mazmorra, Clive Folliot no había aprendido a llamarlo amigo.

Clive miró al pasajero situado junto a Smythe y sus labios se estiraron hasta formar una tensa línea. Chang Guafe era un ciborg, según le había explicado Annabelle con sus conocimientos de finales de siglo XX. Sin embargo, para Clive no era como ninguno de los otros ciborgs con que se habían topado en el nivel q'oorano. Aparte de dos brazos y dos piernas, del tronco y la cabeza, no había nada humanamente armónico en la constitución de Chang. Ni siquiera era terrestre; era un alienígena de algún planeta distante.

Chang Guafe eligió aquel preciso momento para volverse y mirar por encima del hombro; sus ojos se encontraron sólo un instante. Para Clive, aquellos lentes de rubí que le hacían el papel de ojos eran totalmente ilegibles; no obstante esperó a que el ciborg desviara la mirada antes de dejar que un escalofrío le recorriera el cuerpo.

Encaramada en el capó estaba sentada el miembro más singular de la compañía: Chillido, como todos habían llegado a llamarla, una araña evolucionada, de una raza extraterrestre. Tenía cuatro brazos, cuatro piernas y ocho ojos... y todos los demás atributos de una araña, por lo que podían ver. Era curioso, pero Clive había descubierto que sentía una especie de aprecio por la criatura. Sus mentes habían tomado contacto en una misteriosa especie de trabazón telepática, compartiendo entonces sus respectivas historias, experiencias, sus más puras esencias. Aunque, sin duda alguna, para su mentalidad era la más enigmática de la compañía, también parecía la más sublime, y él confiaba en ella.

Volvió a bostezar y bajó la mirada al suelo del carro. Allí, en medio de ellos, hecho un ovillo, yacía la forma inconsciente de su hermano, Neville Folliot; sólo para encontrarlo, había recorrido tanto camino y había pasado por tantas penalidades... Su hermano gemelo, recordó Clive para sí, aunque en aquel momento no sentía nada más que un vasto distanciamiento y un gran desapego por su hermano. Oh, ciertamente había experimentado una gran aflicción al matar a un clon creyendo que era Neville. Pero aquello había pasado ya y ahora sentía otra cosa. Neville los había arrastrado a una persecución desesperada y, cuando el canalla despertase, Clive tenía la intención de obtener de él algunas respuestas, aunque tuviera que arrancárselas a

golpes.

Notó que algo tiraba con insistencia del codo que tenía apoyado en el costado del carro y oyó un husmear de animal. Volvió la cabeza y arqueó una ceja a modo de interrogante. Casi se había olvidado de Finnbogg.

—¿No duermes? —preguntó Finnbogg en voz baja y áspera mientras su cabeza de abundante greña se balanceaba al compás de su trote junto al carro.

—Estoy bien —lo tranquilizó Clive, alargando la mano para rascarlo con cariño entre las orejas.

Esto hizo sonreír a Finnbogg.

—Bien —repitió éste, y echó a correr delante del carro a guisa de explorador. Lo que había que explorar en aquel pasillo de constitución absolutamente uniforme, Clive no lo podía imaginar; pero, por encima del hombro de Smythe, no dejó de observar la carrera de la criatura.

Sonrió para sí a pesar del cansancio. Si Chillido era una araña evolucionada, Finnbogg era un bulldog evolucionado. Metro veinte de puro músculo canino era aquel ser feroz y bajito que los había sacado de apuros en más de una ocasión. Y, al menos, poseía sentido del humor, cosa de que el grupo carecía espantosamente. Hacía tiempo, Clive había decidido que un planeta repleto de Finnboggs había de ser algo que valía la pena visitar.

Pero algo más lo unía a Finnbogg. Clive había llegado a la Mazmorra en busca de su hermano perdido, y Finnbogg había llegado a ella para encontrar a sus compañeros de camada perdidos, sus propios hermanos. Clive advirtió de súbito que había sido afortunado al encontrar a Neville. Finnbogg había ido tras la pista de los suyos durante diez mil años.

—He aquí un golpe de mala suerte, comandante —dijo el sargento mayor Horace Hamilton Smythe, de repente, pero sin ningún rastro de preocupación ni de pánico en su voz.

—Otro golpe de mala suerte no es precisamente lo que necesitamos, Horace —respondió Clive, incorporándose para ver cuál era el problema. Levantó la cabeza de Annabelle de su hombro con toda la delicadeza de la que fue capaz, pero el movimiento la despertó igualmente.

Annabelle parpadeó, se frotó los ojos con una mano y trató de protegerlos de la luz que se derramaba del techo.

—¿Qué pasa? —preguntó irguiendo la espalda.

Sidi abrió los ojos de golpe y miró a sus compañeros con placidez, sin hablar, aguardando.

Clive se inclinó hacia el asiento del conductor y acercó su boca al oído de Smythe. Decidió permanecer tranquilo cualesquiera que fuesen las noticias de Smythe.

—¿Mala suerte, dice? ¿«Mala suerte»? —dijo Tomás desde el fondo del carro. No estaba dormido, después de todo, o al menos no con un sueño profundo—. *Mae* —dijo en portugués, pues el marinero, aunque español, se empeñaba en intercalar de

vez en cuando palabras en el idioma de su infancia—, su hombre tiene un especial sentido del humor.

Clive hizo caso omiso del refunfuñar del navegante.

—¿Qué es, Horace? —inquirió Clive con calma, escrutando el largo pasillo que se abría ante ellos. No advertía nada amenazador.

—¿No lo nota, mi comandante? —respondió Horace Hamilton Smythe—. Estamos perdiendo velocidad, por más que pise esto —señaló un pedal negro bajo su pie derecho—. Nuestra marcha disminuye.

Chang Guafe colocó la palma de la mano izquierda en el tablero de mandos del carrito.

—Los sensores revelan que la célula energética se ha agotado —anunció el ciborg, con voz fría y mecánica y, en opinión de Clive, algo glacial.

Clive apretó los labios. Malditos fueran todos aquellos artilugios mecánicos. Un buen caballo, o incluso una mula, no los habría dejado tirados y habría resistido hasta el final del viaje. ¿Y Annabelle llamaba progreso a eso? Bien, ¿dónde estaban la eficacia y la fiabilidad? Esperaba que estos aspectos también fueran apreciados en el mundo del futuro.

—Entonces imagino que debemos ponernos a andar —dijo al fin con cierta irritación—. Y la próxima vez que robemos un carro, que sea con algo de cuatro patas tirando de él. —Y lanzó una mirada consternada hacia adelante—. Oh, lo siento, Chillido.

Descendieron del carrito en medio de un coro de gemidos, crujidos de articulaciones y de huesos que se encajaban. Clive sintió una alegría casi maliciosa al descubrir que no era el único que se movía como un calcetín de piel relleno de gravilla. Entrelazó las manos en la nuca y, echando los codos atrás con brusquedad, sus vértebras se colocaron en su sitio con un estrépito seco.

—Un pequeño truco que aprendí cuando estaba destinado a su país —explicó a Sidi Bombay, que había observado su acción. Sidi exhibió una enorme sonrisa y ajustó los huesos de su espalda exactamente con el mismo procedimiento.

—Ya basta de esta exótica exhibición machista —gruñó Annabelle—. Alguien tiene que cargar con este capullo. —Y señaló el cuerpo inconsciente de Neville Folliot.

Como si hubieran pronunciado su nombre, Neville abrió los ojos de par en par y se sentó. Miró a su alrededor mostrando una gran sonrisa en su rostro radiante.

—¿Ya hemos llegado? —dijo alegremente—. ¡Qué siesta más deliciosa he pegado! Estoy listo para lo que sea, ¡venga!

—¡Neville! —exclamó Clive volviéndose hacia su hermano. Y se sintió inundado por completo de alivio y alegría. Luego, una inundación más impetuosa de fastidio reemplazó la anterior.

—Apostaría a que este mentecato ha estado despierto todo el rato —lo acusó Annabelle cruzando los brazos en el pecho y mirando con desdén a Neville Folliot—. Me parece haber notado que se movía, al menos dos o tres veces.

—*Seu irmao*, su hermano, es un gran impostor —murmuró Tomás, manteniéndose algo apartado del resto del grupo. Sus ojos negros miraron a uno y a otro como si buscara que aprobasen su comentario.

Neville Folliot pasó revista a la compañía dando grandes cabezadas de conformidad.

—Un grupito encantador, en efecto, hermanito —dijo a Clive, sonriendo—, ¡y unos compañeros muy encantadores! —Pasó un dedo por la mejilla de Annabelle, agrandando la sonrisa al contemplar sus ojos.

De repente su pelo crujió y se erizó de raíz, sus ojos se abrieron desorbitadamente de sorpresa y de dolor, y su cuerpo entero se puso rígido y se alzó tres palmos en el aire. Luego aterrizó y se desplomó en el suelo, y allí permaneció unos momentos atontado. Al final, levantó despacio la cabeza y se quedó mirando a la chica, mudo de asombro.

—Te vas a fumar un mojón antes de tocarme otra vez —le advirtió Annabelle con una malévolamente sonrisa muy suya, a la par que señalaba una disposición de implantes metálicos en su antebrazo izquierdo, los controles del Baalbec A-nueve. Aunque la unidad tenía numerosas funciones, su modalidad en autodefensa era espectacular, como lo había demostrado una y otra vez.

—Descubrirás que nuestra tataranieta no se parece en nada a las señoritas a que estabas acostumbrado —aseguró Clive Folliot a su hermano con la satisfacción de uno que está muy pagado de sí mismo. Y es que Neville estaba en una estupenda posición, allí, tumbado de espaldas en el suelo, como si le hubieran bajado los humos. Y Clive consideraba delicioso que hubiera sido Annabelle la autora del hecho.

Neville se puso en pie, se frotó el trasero con una mano y observó a Annabelle con cierto pesar.

—¿Nieta, dices? De nuestro futuro, entonces —comentó, demostrando que conocía la naturaleza de la Mazmorra tan bien como cualquiera de ellos—. No estoy seguro de que me guste el cambio. —Sin embargo, envió un guiño en dirección a Annabelle—. Pero quizá sí. ¿Nieta, dices? ¡Al diablo, hermanito! ¡Pero ahora venga esa mano! ¡También a ti estoy contento de verte!

Finnbogg llegó al galope y de un brinco se situó en el centro del grupo. Lo había alertado el zumbido de la descarga del Baalbec A-nueve. Miró a Neville y gruñó levantándose en sus piernas traseras.

—¿Annie está bien? ¿Clive está bien? —Y volvió a gruñir sin quitar los ojos de Neville—. ¿Bien, bien?

Annabelle puso la mano en la cabeza de Finnbogg y se la rascó con afecto.

—Bien, Finnbogg —dijo ella sosegando a la criatura—. Neville tenía un fallo en su sistema, pero ahora es un usuario amistoso. —Y lanzó una mirada trepanadora a Neville Folliot—. ¿No es así, tío Neville?

Neville se dobló en una ampulosa reverencia.

—Usted lo ha dicho, queridísima dama. —Se volvió hacia Clive—. Ahora,

hermanito, vamos con la música a otra parte, como suele decirse, y por el camino podrás hacer las presentaciones que convengan. Ayudará a pasar el rato.

Clive frunció el entrecejo y una profunda arruga le surcó la frente. Demasiado bien conocía aquel tono y demasiado poco le gustaba. Pero Neville tenía razón: no podían quedarse allí. Los demás fijaron la vista en Clive, a la expectativa. Al menos, parecía contar con su apoyo.

—Muy bien —dijo—. Vamos.

—*Ai!* Espero que pronto encontremos algo de comer —refunfuñó Tomás, situándose detrás de todos—. Y bebida. Estoy sediento. Y el carro no era buen sitio para dormir. ¡Ojalá estuviera en mi casa! No hay lugar como el propio hogar...

Clive hizo oídos sordos.

Clive puso a Neville al corriente de todas sus aventuras, empezando por el viaje al África Ecuatorial, explicando lo preocupado que había estado su padre, el barón Tewkesbury, por la desaparición de su hijo y cómo había decidido que Clive debía ir a buscarlo. Por cierto, su padre estaba bien, algo más viejo. Le contó cómo había conocido a sus compañeros y se los presentó, y le describió las variadas razas de criaturas y gentes con que se habían topado. Lo único que se reservó fue su duelo con el clon de Neville en el nivel que acababan de dejar. Intentaba con todas sus fuerzas olvidar por completo aquel episodio.

Luego empezó él a hacer preguntas a su hermano.

—¿Qué ocurre aquí? —dijo—. Cuando Smythe, Sidi y yo entramos en este mundo encontramos tu cadáver en un ataúd. También nos enfrentamos a un monstruo con tu rostro, en un puente. Hemos hallado gente que usurpaba tu personalidad y una criatura que... —y se interrumpió de repente, a punto de mencionar el clon—. Te hemos visto una media docena de veces en un rincón u otro.

—¿Y cómo explicas esto? —dijo Annabelle recelosamente, sacando el diario de Neville del interior de su chaqueta—. Aparece de pronto en los lugares más inimaginables y dice las cosas más extrañas.

—Ha sido fuente de muchos problemas y de muchas informaciones equivocadas —confirmó Chang Guafe, haciendo rotar la cabeza hacia el libro y luego volviéndola a su posición original.

Neville Folliot miró hacia atrás por encima del hombro como había hecho varias veces hasta el momento.

—Estaría encantado de poder responder a todas sus preguntas y prometo hacerlo en la ocasión oportuna...

—¡Neville! —soltó Clive, exasperado de que le dieran largas de nuevo.

—Mira, gilipollas, estamos cansados...

—Sí, de eso estoy seguro —insistió Neville volviéndose y señalando el camino por el cual habían venido—, pero ¿no parece como si el otro extremo de este pasillo quisiera precipitarse hacia nosotros a toda velocidad?

Annabelle soltó un gritito.

—¡Dios mío! —exclamó Clive.

—Enfocando sensores —informó Chang Guafe—. Confirmado.

—¡Cristo! —Tomás giró en redondo y echó a correr sin mediar otra palabra.

Clive estaba petrificado en el sitio, incapaz de creer lo que veía, incluso después de todo aquel tiempo en la Mazmorra. No podía ser la misma puerta que habían cruzado. ¡Pero lo era! El retumbar de descomunales puños que la aporreaban lo convenció. Era la misma puerta, y los Señores del Trueno bregaban por abrirla. ¡Los Señores del Trueno aún estaban en persecución suya!

—¡Finnbogg, coge a Annabelle! —gritó Clive, agarrando la mano de la muchacha.

—Eh, Clive, puedo correr tan bien como...

—¡Sube y basta! —ordenó, prácticamente levantándola en vilo del suelo, y depositándola en la espalda de Finnbogg a la vez que éste se ponía a gatas—. ¡Adelante ya!

—¡Buen consejo para todos, mi comandante! —dijo Horace Hamilton Smythe, tirando de él por la manga.

Clive Folliot permaneció dudando el tiempo suficiente para lanzar otra mirada frenética a la puerta que estaba a punto de reventar.

—¡Malditos seáis! —gritó a los Señores del Trueno—. ¡Malditos seáis! —Este otro fue para los Señores de la Mazmorra, quienesquiera que fueran los cabrones desconocidos y sin rostro que los manipulaban a su gusto.

Echó a correr. Con la vista localizó a Finnbogg, que iba muy adelantado con Annabelle aferrada ferozmente a su espalda. La bestia ya había superado a Tomás. Si más adelante había una puerta, una salida del pasillo, Finnbogg y Annabelle llegarían los primeros.

Chillido correteaba con velocidad arácnida. Chang Guafe corría con precisión mecánica, con las extremidades alimentadas con quién-sabe-qué energía. Clive había visto luchar lo suficiente al ciborg como para saber que Chang nunca se cansaba. Chillido y Chang pronto adelantarían a Tomás.

Aquello dejaba atrás a los humanos. A los pobres y frágiles humanos. Smythe tomó su posición a la derecha de Clive. Sidi Bombay a la izquierda. Clive advirtió que algo le golpeaba la pierna izquierda e interfería su trote. El sable, comprendió; se lo desabrochó y lo llevó en mano. Smythe hizo otro tanto.

Corrían a paso veloz, animándose mutuamente. Pronto alcanzaron a Tomás.

—¡Vamos, marinero! —gritó Smythe desesperado, agarrando el brazo del españolito y medio arrastrándolo—. ¡Corra! ¡Demuestre que uno de la armada vale tanto como un regular del ejército de la reina!

Tomás jadeaba y se apretaba el costado, pero en algún lugar de su interior encontró una reserva de fuerzas y se puso a su altura. Sin embargo, producía lástima contemplar el miedo que se dibujaba en su pequeño rostro redondeado.

—*Caminho cerrado! Caminho cerrado!* —masculló entre jadeos frenéticos, pero Clive no comprendía su idioma.

—¡Corra! —gritó Clive por encima del furioso retronar que llenaba el pasillo.

Mucho más adelante, distinguió al resto, y una oleada de alegría y de alivio le llenó el corazón. Una puerta, habían encontrado una puerta. ¡La salida! Haciendo caso omiso del dolor en el costado y del ardor en el pecho, lanzó sus piernas a una velocidad increíble.

Era una puerta de hierro con una enorme anilla, también de hierro. Chillido, Finnbogg y Chang Guafe, todos a la vez, empujaban con sus poderosísimas fuerzas para abrirla; pero resistía todos los esfuerzos. Mientras, Annabelle permanecía a un lado, abriendo y cerrando los puños.

Para sorpresa de Clive, su hermano ya se hallaba junto a ella.

—¿Cómo diablos te las has apañado para llegar tan deprisa? —preguntó Clive, sintiéndose algo violento al tener que admitir que, a causa del pánico, se había preocupado primero por el bienestar de sus compañeros y casi olvidado a su hermano.

—Agarrado bajo el abdomen de Chillido —repuso, complacido de su ingenio. «¡Es intolerable!», pensó Clive abrochándose de nuevo el sable en el cinto—. ¿Crees que tus amigos serán capaces de abrir la puerta a tiempo?

Clive le lanzó una mirada fulminante, ofendido por el mero pensamiento de que Neville hubiera permitido que una dama, aunque fuera una dama extraterrestre, cargara con él.

De repente, se oyó un estruendoso desgarró metálico: una esquina de la descomunal puerta estaba siendo arrancada de su jamba. Chillido se alzó en toda su impresionante estatura, agarró la esquina desgajada con sus cuatro manos y apoyó dos de sus cuatro piernas contra la pared. Finnbogg pegó un poderoso salto, se cogió a la punta del desgarrón, dio impulso a sus piernas y las apoyó en la pared de encima de la puerta. Usó su cuerpo a modo de palanca empujando hacia abajo y hacia afuera al mismo tiempo que Chillido también tiraba hacia abajo y hacia afuera. El metal empezó a rasgarse como si fuera papel. Chang Guafe introdujo los dedos en una grieta zigzagueante que llegaba hasta el suelo. Un chirrido que ponía los pelos de punta les anunció el éxito inmediato.

—¡Rápido! —chilló Annabelle volviendo la vista hacia el pasillo.

—¡Que reviente, *Mae*, que reviente! —Tomás se dejó caer de rodillas y se recogió en sí mismo.

—¿Apostarías la paga a que lo consiguen, hermanito? —susurró Neville con una tranquilidad tan absoluta que Clive se negó a creerla verdadera, y prefirió pasar por alto el comentario de su hermano.

Con un último crujido espeluznante la puerta se desplomó.

—¡Epa! —fue lo último que Finnbogg dijo antes de caer por la abertura hacia la oscuridad del otro lado.

—¡Finnbogg! —exclamó Annabelle, precipitándose hacia el borde. De inmediato se llevó las manos a la cara para protegérsela, soltó un grito sobresaltado y casi pierde

el equilibrio.

Chang Guafe la agarró por la cintura y la apartó del borde.

Clive se apresuró hacia el hueco pero retrocedió como si hubiera recibido un empujón.

—¡Es como un alto horno! —gritó exasperado. Se acercó al margen otra vez, con una mueca en el rostro ante el efecto del calor—. ¡Finnbogg! —llamó—. ¡Finnbogg!

Negrura y calor era lo único que llenaba el hueco de la puerta; un vasto vacío se abría ante ellos, aterrador en su inmensidad.

—Sensores confundidos —afirmó Chang Guafe.

—Estupendo —soltó Horace Hamilton Smythe—. Finnbogg desaparecido y ahora éste está ciego.

—Ciego no —contradijo Chang Guafe—. Incapaz de determinar la cualidad física del entorno que se halla ante nosotros.

—Oh, dispense —respondió el sargento mayor con algo de sarcasmo.

Clive miraba fijamente hacia el nivel siete y con el puño golpeaba la pared de junto a la puerta.

—¿Sobreviviremos ahí dentro? —se preguntó en voz alta.

Algo se posó en su hombro con suavidad plumífera y sintió el contacto mental de Chillido.

La supervivencia siempre es posible, Ser Clive, en especial contigo al mando.

—No veo que haya muchas alternativas, inglés —dijo Sidi, acercándose al borde.

Horace Hamilton Smythe se llegó a ellos, protegiéndose los ojos del calor.

—Tiene razón, mi comandante. —Hizo una indicación brusca con el pulgar por encima del hombro—. O saltamos, o nos disparan adentro como balas de cañón. Los del otro extremo del pasillo se acercan a toda velocidad hacia nosotros.

Clive volvió la vista atrás y sus ojos se abrieron desorbitados. No había tiempo para dudar.

—¡Cójanse de las manos! —ordenó—. ¡Allá vamos, y todos a la vez!

—¡Bien dicho, hermanito! —respondió Neville, soltando una breve salva de aplausos antes de enlazar las manos con Annabelle y Tomás. Juntos se acercaron con cautela al borde y juntos respiraron profundamente.

—¡Eaaa! ¡Allá vamos, Finnbogg! —gritó Neville con gran alegría, siempre intentando decir la última palabra—. ¡Pista!

—¡Pero qué idiota es el tío este! —musitó Annabelle.

Y saltaron.

2

El país de las tinieblas

Cuánto tiempo duró su caída o qué distancia salvaron con ella, Clive no podía decirlo. Se agarraba con todas sus fuerzas a las dos manos que tenía cogidas y esperaba que los demás hicieran otro tanto. Tenía los ojos abiertos (o al menos pensaba que los tenía abiertos), pero no veía nada, ni siquiera a sus compañeros. Escuchaba, pero no oía nada. Exceptuando el contacto de las manos que apretaba, todos sus sentidos le fallaban.

De repente sintió suelo sólido bajo los pies. No podía decir que hubiese aterrizado o que hubiese tocado fondo. El suelo estaba allí, simplemente, bajo sus pies. Su cuerpo no se derrumbó a causa del impacto. No hubo choque, no hubo sacudida en sus rodillas o en su espina dorsal. Era como si el piso hubiera estado allí todo el tiempo y que de repente él se hubiera dado cuenta de ello; considerando la pérdida de sus sentidos, tenía que conceder que, en efecto, era posible.

Pero sus ojos se resistían a funcionar. ¿Estaría ciego? Dio un apretón a las manos que cogía para tranquilizarse.

—¿Annabelle? —llamó con suavidad.

Hubo una pausa antes de que Annabelle le devolviera el apretón.

—No puedo ver, Clive. —Annabelle intentó parecer esperanzada, pero una nota de miedo tiñó su voz.

—Ni yo, hermanito —añadió Neville, sumiso.

Tomás musitó por lo bajo:

—*Ai, benta Maria!* ¡Virgen Santa!

Clive intentó recordar en qué punto de su cadena se encontraba el ciborg y volvió la cabeza hacia aquella dirección. Quizá los sensores del ciborg fueran más de fiar que los ojos humanos.

—Chang Guafe, ¿ve algo?

—Negativo, Clive Folliot. Los sistemas de recogida de datos visuales continúan inoperativos. Estoy llevando a cabo un escudriñamiento completo en el espectro luminoso.

«Lo que sea que signifique», pensó Clive para sí. Hilillos de sudor empezaban a descenderle hacia los ojos. Intentó desviar su curso parpadeando, y movió la cabeza para sacudirse las gotas. Inútil. La sal de la transpiración escocía como fuego. Estuvo a punto de soltar la mano de Annabelle, pero temió hacerlo. Hasta que supieran a lo

que se estaban enfrentando, no quería que nadie soltara a nadie.

—Agárrate aquí un momento —dijo a Annabelle envolviendo los dedos de ella en uno de los faldones de su chaqueta. Sólo entonces se atrevió a limpiarse la frente con la manga.

Y volvió a cogerle la mano.

—Ahora atentos: continuemos todos cogidos —dijo—. Que nadie se suelte, pase lo que pase. Tiene que haber algo por ahí, alguna pista que nos indique hacia dónde debemos seguir.

—¿Pero cómo vamos a encontrarlo a oscuras, hermanito?

Clive casi gruñó. Imaginó a la perfección la sonrisa burlona en el rostro de su hermano gemelo. Y oyó con toda certeza su tono despectivo.

—Tengo una idea, mi comandante —dijo Horace Hamilton Smythe apretando la otra mano de Clive.

—Sí, Smythe, hable. —El viejo y bueno de Smythe, siempre con el cerebro en marcha.

—Tumbamos a su hermano de espaldas en el suelo, le aplicamos un fuerte movimiento giratorio y nos vamos en la dirección que señale su cabeza al detenerse.

Annabelle no pudo evitar una carcajada ante la ocurrencia.

Sin embargo, el tono de la voz de Neville no fue precisamente el de diversión:

—Lo que yo digo, Smythe, es que parece haber olvidado los modales, sin mencionar el rango que ocupa. Esas no son buenas maneras para alguien que sirve al ejército de la reina, me parece.

Annabelle volvió a reír.

—Tienes mucho que aprender, petimetre. Ya sé que actitudes como las tuyas son duras de pelar, pero no hagas que me arrepienta de haber sacado tu pellejo de aquel maldito sarcófago. Tal vez deberíamos haberte dejado a merced de los Señores Chang Guafe interrumpió lo que Clive creía que derivaría en una seria discusión.

—Localizando —anunció de súbito—. Capacidad operativa en rayos infrarrojos. —Rayos gemelos de luz roja salieron como lanzas de los lentes ópticos del ciborg y se extendieron un metro o un metro y medio antes de difuminarse en la oscuridad—. Indicando ahora la dirección adecuada.

Un coro de sonidos de agradecimiento se alzó en respuesta a los rayos de Chang Guafe. Al menos ello significaba que no estaban ciegos. Chang recorrió sus rostros con la mirada, iluminándolos al detenerse una fracción de segundo en ellos. Continuaba habiendo sólo oscuridad a su alrededor. Ni siquiera sabían con exactitud qué era lo que los sostenía. El suelo era tan negro como todo lo demás.

—*Obrigado, obrigado!* —murmuró Tomás, soltándose de Chillido lo suficiente para persignarse—. ¡Gracias!

—Exactamente, ¿qué ve, Chang? —preguntó Clive cuando todos volvieron a estar en relativa calma.

—Una importante fuente de calor a lo lejos —respondió.

—¿Es la causa de este calor, Hombre de Hojalata? —interrumpió Annabelle—. Esto parece el sur de California en julio. ¡Me derrito!

—Afirmativo —respondió—. También hay una fuente de calor menor más cerca. —Movié los haces de luz en la dirección adecuada—. Sugiero que investiguemos.

—Estoy de acuerdo —dijo Clive—. No dejemos nada atrás sin saber lo que es. Guíenos, Chang Guafe.

—Por todos los diablos, guíanos —repitió Neville en tono burlón.

Echaron a andar en fila, con las manos cogidas, paso a paso y con cautela. Sus pisadas no producían ruido alguno, pero el suelo parecía completamente sólido. Era la cosa más rara con la que Clive se había topado nunca, pensó, resistiendo al impulso de extender los brazos ante sí en el temor de que, en cualquier momento, podía chocar con algo, tropezar con algo o caer en algo. Los dos rayos de luz rubiácea eran lo único a donde dirigir los ojos, aparte de ciertas zonas metálicas del rostro de Chang, en donde la luz se reflejaba brevemente.

Clive oyó un murmullo. Al principio pensó que debía de ser Tomás con sus inacabables letanías, pero entonces se dio cuenta de que era Annabelle, que estaba justo a su lado.

—Leones, tigres y osos, ¡oh, madre mía! —musitaba—. Leones, tigres y osos...

—¿Qué es eso? —interrogó Clive, entrelazando sus dedos con los de ella, inclinando la cabeza un poco más hacia donde creía situada la boca de ella.

—Oh, nada —dijo con voz algo turbada, como si no hubiera advertido que estaba hablando sola—. Simplemente me entró canguelo, eso es todo. Este sitio me pone los pelos de punta, Clive. Es como un paseo espacial, sólo que aquí no hay estrellas.

Clive le estrechó la mano otra vez, y luego deslizó la palma por el brazo de ella sin perder el contacto ni un momento y la rodeó por los hombros.

—Clive —susurró de nuevo—, creo que el Baalbec podría proporcionarnos un poco más de luz.

—No —repuso él con firmeza—. El Baalbec se alimenta del calor de tu cuerpo. Te agotaría demasiado. Quizá tengamos que correr el riesgo más adelante, pero por ahora vamos a seguir sólo con el alumbrado de Chang.

—Sí, abuelito —respondió dócilmente.

—Sensores auditivos recibiendo —informó de improviso Chang Guafe.

Clive se sobresaltó un poco. La voz del ciborg siempre tenía este efecto en él, y más aún en aquella oscuridad infernal. Respiró hondo, decidido a poner sus nervios bajo control.

—¿Qué hay? —inquirió—. ¿Qué oye?

Chang Guafe moduló su voz y cantó en un estilo familiar:

—«Camptown corre cinco millas, du-duá, du-duá...»

—¡Finnbogg! —exclamaron Smythe y Annabelle a una—. ¡Es la voz de Finnbogg!

Y, en efecto, momentos después todos pudieron oír las roncadas entonaciones del can alienígena bramando desde la penumbra que se abría ante ellos, y se añadieron a

la melodía:

—«Y va a correr toda la noche» —prorrumpieron a cantar a todo pulmón siguiendo el ritmo con un leve saltito en sus pasos—, «y va a correr todo el día».

Sólo Chillido no cantaba, porque su aparato vocal tenía una capacidad muy limitada. Pero sus pensamientos frotaron la mente de Clive.

¿Qué ruido es ése, Ser Clive?, preguntó con curiosidad, divertida. *Percibo felicidad y alegría. ¿Algún canto ritual?*

Sí, Chillido, respondió contento. *Un canto ritual para el amigo perdido recobrado.*

¿Amigo?, inquirió. ¿El Ser Finnbogg?

Clive oyó el eco de su canción en la mente de Chillido, pues ésta intentaba entonar la melodía, trataba de encontrar sentido a su letra. Al fin, se percató Clive, a su manera se había añadido al coro.

La voz de Finnbogg se detuvo de improviso.

—¡Annie! —su clamor se alzó por encima de las tinieblas—. ¡Olor a Annie! ¡Olor a Clive! ¡Olor a Horace! —Lo pronunció como «horse^[3]». Soltó un largo aullido, hizo una pausa y luego—: ¡Ug! —Y su voz se levantó de nuevo—: ¡Olor a Neville!

—Estupendo —dijo Neville a la defensiva—. Después de todo fui yo quien le enseñó esa canción. La aprendí en un viaje a América.

Durante un instante dos ojos brillantes refulgieron en dirección a ellos: los rayos de Chang Guafe se habían reflejado en el rostro de Finnbogg. Este abrió los brazos y saltó hacia ellos.

—¡Amigos de Finnbogg! —exclamó—. ¡Feliz reunión! —Se frotó contra la pierna de Annie y lamió la mano de Clive. Todos se soltaron de las manos y se pusieron en corro alrededor del perro, y todos a la vez lo acariciaron y le rascaron el pelo, y Finnbogg se pavoneó al ser de pronto el centro de atención.

—¡Sabía que los amigos de Finnbogg vendrían! —dijo Finnbogg, sonriendo al aceptar con agradecimiento que Sidi Bombay le arañara afectuosamente debajo de su oreja izquierda—. ¡Sentémonos y cantemos con Finnbogg! Los amigos han oído y han venido. ¿Habéis oído a Finnbogg cantar? ¡Canta bien!

—Seguro, seguro —trató de calmarlo Annabelle, frotando su cuello con largas caricias—. ¿Finnbogg ha oído a los amigos de Finnbogg cantar el estribillo?

—Hummm, Annie frota bien. Annie huele bien. ¡Todos huelen bien! —Finnbogg soltó otro largo aullido y todos rieron, todos menos Neville y Tomás, quienes permanecían un poco aparte.

—¡Basta! —dijo Tomás con brusquedad—. ¡Miren allí!

Clive se enderezó. Podía imaginarse al pequeño español señalando, pero no distinguía el brazo. Se volvió despacio, escudriñando la oscuridad. Muy a lo lejos localizó un resplandor anaranjado y un claro indicio de lo que tenían que ser llamas. También el aire, advirtió, se había vuelto sensiblemente más cálido.

—Eso me da mala espina —comentó Annabelle colocándose de nuevo a su lado.

—¿Chang Guafe? —llamó Clive por encima del hombro.

—Es la importante fuente de calor de que ya informé —contestó el ciborg—. Según los nuevos datos ha doblado su tamaño y la temperatura irradiada.

Clive se volvió hacia su hermano. Le daba un fastidio terrible tener que pedirle consejo. Neville siempre lo había dominado, siempre había desempeñado el papel de superior, y todo sólo porque había nacido unos pocos minutos antes que él, poco antes de la medianoche, y Clive, poco después. Pero ahora la vida de sus amigos estaba en juego, y se tragó el orgullo.

—¿Sabes algo acerca de eso? —preguntó Clive con tanta educación como le fue posible.

Ocurrió que los haces de luz de los ojos de Chang Guafe se posaron en aquel momento en el rostro de Neville. Claro: sus labios dibujaban aquella sarcástica sonrisa tan suya.

—No, nada —contestó—. Ahora estás tan adentro de la Mazmorra como yo; así que me temo que esto sea nuevo para todos.

Sidi Bombay dio un paso, se colocó entre ellos y clavó su mirada en Neville unos largos instantes, con dureza. Luego se volvió hacia Clive.

—Tan sólo una corazonada, inglés —dijo con calma—. Comprobemos su diario. Miremos si hay alguna nueva anotación.

—¿Qué diario? —dijo Neville con fingida exasperación—. Todos ustedes no hacen más que hablar de mi diario. ¡En mi vida he llevado un diario! ¡Y ciertamente aquí he estado demasiado atareado en conservarla para empezarlo!

Annabelle sacó el diario del interior de su chaqueta y lo pasó a Clive.

—Seguro, capullito —repuso burlona—. ¿Acaso necesitas que te depure el sistema de nuevo? —Y se pasó un dedo por los implantes del Baalbec—. Si sabes algo de este lugar, mejor será que lo sueltes.

Finnbogg emitió un grave gruñido.

—¿Debo considerarlo una amenaza? —inquirió Neville llevándose una mano al pecho en una exagerada demostración de ultraje.

—Annabelle —interrumpió Clive—, dijiste que tu Baalbec podría proporcionar algo de luz. Los rayos de Chang son insuficientes para la lectura.

Annabelle asintió.

—Muy bien, Clive. ¡No puedo creer que hayamos llegado tan lejos sólo para encontrar este cacho de imbécil! —Apretó dos de los implantes de su antebrazo. En un momento, toda ella se puso a refulgir con una suave luz verde, como una luciérnaga humana—. Es estupendo para encontrar los ojos de las cerraduras —añadió con una sonrisa—. No te acerques demasiado, todavía pega sacudidas.

Clive se acercó al borde de su alumbrado, abrió el libro y lo hojeó con el pulgar hasta que encontró la última anotación. Dudó un instante, levantó la vista hacia su hermano y leyó en voz alta:

—«Del fuego saldrás y en las brasas caerás; muy bien, hermanito, pero que muy bien. Cuando conozcas al Señor del Infierno, ¿cómo te sentirás? Muy bien,

hermanito, pero que muy bien».

—¡Pero si es un poetastro rematado, el sujeto este! —comentó Smythe adornándolo con su mejor *cockney*.

—¡Pero yo nunca escribí eso! —exclamó Neville Folliot con exagerada indignación—. ¡A ver, déjenme echar un vistazo al maldito libro! —Lo arrebató de manos de Clive y se volvió para que Annabelle alumbrase la página—. ¡Diablos, si incluso está escrito con mi letra! ¡Pero juro que nunca lo escribí! —Se volvió de nuevo hacia su hermano—: Clive Folliot, sabes que nunca lo hice. ¡Por Dios, si como poeta soy el doble de bueno, al menos, que el autor de este pedazo de aleluyas!

En silencio, Chillido se situó detrás del mayor de los Folliot, y Chang Guafe se desplazó a su derecha. Tomás y Smythe estaban hombro con hombro en el flanco izquierdo de Neville, con aspecto de hombres hambrientos ante un sabroso bistec.

Desde la barrera (por decirlo así) habló Sidi Bombay:

—En realidad yo creo a tu hermano Neville, comandante Folliot.

Todas las miradas convergieron en el indio.

—¿Sí? —interrogó Neville tan sorprendido como el que más.

Sidi Bombay cruzó los brazos en el pecho, cerró los ojos y cabeceó varias veces. Apretó los labios hasta que se convirtieron en un pequeño fruncimiento pardo y se llevó el dedo a ellos.

—Este libro, que todos suponemos que es el diario de los viajes de Neville Folliot, ha aparecido y ha vuelto a aparecer en lugares en los cuales tu hermano nunca ha podido estar. Y recuerda que cada vez que lo abres (y en algunas ocasiones se abre solo) hay una nueva anotación, tanto si ha permanecido como si no ha permanecido en poder del grupo. Por lo tanto, no es razonable creer que sea auténtico.

—*Ora bolas!* —soltó Tomás.

—¿Qué es eso? —interrogó Horace Hamilton Smythe arqueando una ceja.

Tomás señaló a Annabelle con el pulgar.

—«¡Y una mierda!», como diría ella. Es la letra de él, ¿no es verdad?

Sidi Bombay abrió los ojos.

—La letra puede ser imitada. Sí, creo que esto es lo que ha ocurrido. La cuestión pasa a ser ahora ¿quién? ¿Quién lo ha hecho y con qué propósito? Evidentemente, alguien nos está dirigiendo.

—¿Dirigiendo hacia dónde? —gruñó Finnbogg.

Neville señaló el resplandor ardiente en la lejanía.

—Es evidente que hacia allí. ¿Qué más podría significar «cuando conozcas al Señor del Infierno»? Es una clara invitación.

—Y ya sé cuánto te gustan las fiestas —replicó Clive con sarcasmo—. ¿Crees que deberíamos asistir a ésta?

La sonrisa azucarada de Neville hizo su reaparición.

—¿Tenemos otra elección, hermano? Parece ser la única atracción posible en este lugar, por otra parte muy aburrido. Si hay alguna puerta o paso hacia el siguiente

nivel o hacia casa, tiene que estar allí.

De pronto los pensamientos de Chillido brotaron en la cabeza de Clive.

¿Y si el Ser Bombay está en lo cierto, Ser Clive? Si los Señores secretos de la Mazmorra nos están dirigiendo, ¿no podría ser que estuvieran también en el lugar de donde proviene el extraño resplandor de fuego?

Tiene usted razón, claro, Chillido, concedió Clive. Luego, dijo en voz alta, conoedor de que ella continuaría comprendiendo la conversación:

—Me estoy cansando de que me manipulen. ¡Ganémosles por la mano, demos la vuelta a la tortilla!

—*Muito falar e pouca acao* —masculló Tomás.

—Mucho ruido y pocas nueces —tradujo Annabelle, para obvia sorpresa del español y le guiñó el ojo—. Estoy empezando a captar tu programa, usuario.

La luz del Ser Annabelle está disminuyendo, susurró mentalmente Chillido a Clive. La araña alienígena estaba en lo cierto. El halo que envolvía a su tataranieta ahora sólo tenía la mitad de intensidad.

—Annabelle, apaga el Baalbec —ordenó Clive—. Te estás cansando.

—Estoy bien, Clive —le respondió ella, desconectando de todas formas y sumergiéndolos de nuevo en la oscuridad—. Se alimenta del calor metabólico de mi cuerpo, ¿recuerdas? Cuanto más trabajo duro realizo, más reservas de calor tiene el Baalbec para convertirlas en energía. Hasta que me aclimate a este temperatura, puedo usarlo como escape para menguar los efectos del intenso calor.

Clive sacudió la cabeza.

—Cuanto más duro trabajes, más duro trabaja el Baalbec. Lo cual añade tensión a tu sistema y eso significa fatiga. Nos las compondremos sin el Baalbec por el momento.

Tenían los rayos de los ojos de Guafe para señalar el camino y el resplandor del fuego en la distancia era ahora un hito de fácil localización. No obstante, Clive insistió en volver a cogerse de las manos para reemprender la marcha.

—Te estás volviendo algo aprensivo, abuelito —dijo Annabelle con calma, tomándole la mano.

—Estás haciendo un uso un poco liberal de la palabra «abuelito», ¿no crees?

Ella hizo un movimiento con la cabeza en dirección a Neville.

—Últimamente estoy tomando mucha conciencia de las relaciones familiares —confesó—. Antes, sólo estábamos buscando a tu hermano y una salida a este follón. Ahora parece que hay algo más. Hay que resolver algún... ¿me atreveré a decirlo? —Y apretó juguetonamente la mano de Clive—... ¿lío de familia?

Continuaron andando. El resplandor anaranjado se extendía ante ellos en la vasta llanura tenebrosa. Ahora podían ver con toda claridad las llamas que se elevaban, saltaban y crepitaban en el aire, las lenguas incandescentes, abrasadoras, que podrían haber lamido las estrellas de haber habido alguna. Un tórrido viento que hedía a azufre soplaba en dirección a sus rostros y fustigaba sus vestidos. El viento hería sus

ojos y los humanos de la compañía avanzaban agachados, inclinados contra la galerna calcinante. Incluso Finnbogg se dobló hasta ponerse a gatas. Sólo Chillido y Chang Guafe parecían quedar al margen de los efectos del calor.

Horace Hamilton Smythe se detuvo en seco.

—¿Oyen eso? —preguntó.

Al principio, Clive creyó que era alguien que cantaba.

—Ruego al comandante que me dispense, pero me parece que no es nada —se desdijo Smythe. Reemprendieron el camino.

Fue Clive el siguiente en detenerse.

—¿Qué infiernos es eso? —dijo de repente con una crudeza poco corriente en él.

—Simplemente eso, hermanito —respondió Neville con gran calma—. El infierno, como decía el libro.

Escuchaban, anclados en el sitio, el terrible y estruendoso clamoreo que planeaba hacia ellos. Lamentaciones y gemidos, lloros y gritos, gimoteos y quejidos, chillidos. La sangre se heló en las venas de Clive. Un plañido que sonó justo a su lado lo sobresaltó de modo terrible.

—¡Me vas a triturar la mano! —exclamó Annabelle, soltándose de un tirón.

—Lo siento —se disculpó Clive—. Me ha cogido por sorpresa.

—Creo que el objetivo de todo esto es cogernos por sorpresa —musitó Neville—. Alguien está intentando descorazonarnos.

—¿Amigos tuyos, quizá? —dijo Annabelle. Neville no respondió y se pusieron en camino de nuevo.

La iluminación que proporcionaba el resplandor del fuego era ahora lo suficientemente intensa como para permitirles ver lo que tenían ante sí. Un enorme muro negro rodeaba el fuego y se extendía tanto que incluso Chang Guafe no podía determinar sus límites. En mitad de su camino se alzaba una inmensa puerta de doble batiente. La puerta estaba abierta e invitaba a entrar; al otro lado de ella, Clive y sus amigos sólo veían fuego.

Pero al acercarse más se les hizo evidente un sendero que serpenteaba a través de las llamas, un sendero de piedras calcinadas en cuyas márgenes un humo pálido ondulaba y oscilaba. Se detuvieron ante la puerta.

Annabelle levantó la cabeza y gimoteó.

—Oh, ¡esto ya es el colmo! —Señaló hacia arriba, a las altas letras esculpidas en los bloques de piedra que hacían de dintel—. ¡Alguien ha estado trabajando horas extras en esta cachondísima granja! Se supone que debe de tratarse de una broma, ¿no? —Se volvió hacia Clive, y luego hacia Neville—. ¡Empiezo a estar hasta las narices de que me jodan, Folliot!

Clive no estaba preparado para una tal explosión de cólera, pero, antes de que pudiera decir nada, Tomás se dejó caer de rodillas y humilló la cabeza.

—*Ave María, cheia de graça* —arrancó a rezar el marinero a todo lo que daba su farfullante voz; mientras, las lágrimas le caían en torrente mejillas abajo—. *Ai, Cristo,*

bento Cristo!

Sidi Bombay corrió a su lado y se arrodilló junto a él. Clive también fue en su ayuda.

—Levántese, Tomás, levántese. Todo va bien. Todos estamos bien. —Y tiraba de la manga de Tomás, pero era en vano.

—*Amaldiçoado!* —gritó Tomás aterrorizado—. ¡Condenado!

—¡Pero qué cabeza de chorlito! —exclamó Annabelle extendiendo los brazos—. ¡No creerás que esto es real! ¡Vamos!

—Annabelle, ¡cállate! —le ordenó Clive. Echó una mirada al indio y le susurró—: Sidi, encárguese de ella. Está tan histérica como Tomás.

Sidi Bombay se acercó a Annabelle y le deslizó un brazo alrededor de los hombros. Ella se lo sacudió con enojo y se paseó a un lado y a otro durante un rato, pero al final se aplacó.

—Tomás —dijo Clive, posándole una mano en la cabeza y despeinándole cariñosamente el pelo—. Debemos continuar. ¡Sosiéguese!

Tomás tomó las manos de Clive entre las suyas y las estrechó con fuerza.

—*Minha alma!* —masculló—. ¡Mi alma! —Dejó que lo pusieran en pie. Y, al levantar el rostro, Clive pensó que nunca antes había visto tal dolor y un miedo semejante en la mirada de ningún hombre.

—Estaré junto a usted —lo tranquilizó Clive—, siempre a su lado.

Tomás dio un paso titubeante hacia la puerta, con su cuerpo entero temblando como una hoja en el peor de los vendavales.

De súbito, Clive sintió a Chillido en el interior de su mente.

Estoy estudiando con atención las reacciones humanas, Ser Clive, dijo ella. ¿Estás bien?

Soy un hombre de razón, Chillido, respondió con toda la calma que pudo reunir.

¿Qué es pues la inscripción en la puerta que tanto ha enfurecido a la Ser Annabelle?

Clive levantó la mirada y tradujo en pensamiento para la arácnida alienígena:

«Quien cruce esta puerta que abandone toda esperanza».

Miró luego a su alrededor en busca de su hermano. Neville se hallaba en la misma puerta, esperándolos con los brazos en jarras, la perfecta imagen de un militar del ejército de la reina. El fulgor del fuego se reflejaba en sus botones de latón. Había más que un indicio de impaciencia en su postura mientras miraba a Clive y compañía.

—Smythe —llamó Clive, volviéndose.

—Presente, mi comandante.

—Finnbogg...

El canino extraterrestre se giró hacia él, con la lengua colgando.

—Bien, Clive, bien, bien.

—Permanece con Annie —lo instruyó—. No le quites ojo de encima.

—No le quito la nariz de encima —aseguró Finnbogg—. Annie huele bien.

Clive llamó a los dos restantes, los miembros más extraños de su extraña tropa.

Chang Guafe y Chillido asintieron y se acercaron, situándose a ambos flancos de la partida.

—Pues en marcha —ordenó Clive, respirando tan hondo que amenazó con abrasar sus pulmones. Con un brazo rodeó a Tomás estrechamente, atrayendo al hombrecito hacia sí—. Marchemos juntos.

3

Inferno

—Tal vez sea a causa de haber perdido mi turbante —dijo Sidi Bombay intentando intercalar una nota de humor al cruzar el impresionante umbral—. Dios abomina la cabeza descubierta.

El camino era un sendero peñoso de roca quebrada y ennegrecida, de quizás unos tres metros de ancho. Géiseres de llamas se elevaban muy arriba a cada lado, escupiendo y saltando en el aire como erupciones solares. El mismo suelo parecía arder con un fuego de llama baja y azulada que oscilaba hipnóticamente. Sólo el camino ofrecía seguridad.

Muy a lo lejos, Clive distinguió una silueta que pronto bautizó como las Montañas Ardientes. Bellas y terribles, se hinchaban en el distante horizonte, amarillas, anaranjadas, rojas, con picos tan agudos que parecían alancear la oscuridad. Estas montañas también oscilaban y danzaban con la irradiación del calor, con lo cual se hacía difícil contemplarlas durante largo rato.

El sudor caía por el rostro, el cuello y el pecho de Clive y le empapaba las vestiduras. Por un momento pensó en quitarse la camisa, pero ya notaba la piel de la cara tirante y a la vez ablandada por el calor y sentía que las manos se tostaban poco a poco.

—No parece que tengas mucho que decir, hermano —dijo a Neville Folliot, al tiempo que reflexionaba que su hermano parecía casi ridículo en su rígido uniforme militar, con su guerrera roja, sus charreteras y sus botones de latón. No podía haber entrado en la Mazmorra con aquella indumentaria; debía de haberla encargado a los criados de los Señores del Trueno.

Neville miraba fijamente hacia adelante.

—Es un espectáculo que corta el aliento —repuso con calma—. Si alguna vez regresamos a casa, puede que reforme mis costumbres y vuelva al seno de la Iglesia.

—¡Por favor! —interrumpió Horace Hamilton Smythe—. Sin hablar ya quedaremos lo bastante sedientos. No me hagan gastar lo poco de saliva que me queda.

Neville echó una mirada de sorpresa al sargento mayor, alzando interrogativamente una ceja.

—¡Smythe! —exclamó—. ¡Nunca me hubiera imaginado que yo le caía tan mal!

—¿Caerme mal usted, comandante? —replicó Horace Hamilton Smythe con

inusitada desenvoltura—. No lo conozco lo suficiente para que me caiga mal, puesto que sólo me he topado con usted un par de veces, y aun como ordenanza de su hermano. Pero me han bastado para desaprobar su conducta. He estado al servicio de la reina, comandante, y conozco su reputación.

Neville Folliot observó a su hermano con un ligero fruncimiento, pero siguió dirigiéndose a Smythe.

—Bien, no le corresponde a usted aprobar o desaprobar, ¿no? Después de todo yo soy el heredero Tewkesbury y usted... Bien... —Neville levantó la nariz con altivez e hizo un gesto despectivo.

—Continuemos el camino —sugirió Clive—. No hay razón para que nos detengamos aquí. —Pero las palabras de Neville empezaron a dar vueltas y vueltas en su mente. Era cierto: ahora que había encontrado a Neville vivo, Clive se había quedado sin ninguna posibilidad de recibir la herencia. Neville siempre había sido el preferido de su padre, mientras que éste siempre había odiado a Clive, acusándolo de la muerte de su madre en el parto porque había sido el último en salir del vientre.

No obstante, aunque volvía una y otra vez sobre los mismos pensamientos, no dejaba de parecerle una cantinela aburrida. Ya no le importaba nada, era así de simple. Precisamente en aquellos momentos tenía un grupo de buenos amigos que contaban con él para que los sacara de aquel atolladero, y uno de ellos era su tataranieta.

¡Que Neville se quede con el dinero y a paseo con su padre!: eso era todo.

De improviso, por encima del fragor y del chisporroteo de las llamaradas, Clive oyó otro sonido distinto y ordenó alto. Levantó la vista, escudriñando, pero costaba ver. La brillantez de los fuegos le hería los ojos, por más que los protegiese.

—¿Ha oído, Chang Guafe? —preguntó. Los sensores del ciborg eran mucho más agudos que los sentidos humanos de Clive.

—Afirmativo —respondió el hombre máquina—. Incapaz de identificarlo. Espera. —Dobló el cuello hacia atrás y miró al cielo—. Algo se nos acerca por arriba.

Parecieron salir de las mismas llamas: eran unas enormes alas membranosas, como de murciélago, que batían las cálidas corrientes. Iniciaron su descenso hacia la compañía y, a cierta altura, se pusieron a volar en círculos encima de ellos. *Demonios* fue el único término que Clive consideró adecuado para las horribas monstruosidades, y se desenlazó de Tomás y desenvainó el sable con rapidísimo gesto.

—¡Dios mío, mi comandante! —exclamó Horace Hamilton Smythe, tomando posición a la derecha de Clive. Tenía su propio sable en la mano derecha y en la izquierda sostenía la pequeña caja de rayos paralizadores que había quitado a los criados de los Señores del Trueno.

—Parece que vamos a tener algo de bronca —comentó Neville, avanzando hacia la izquierda de Clive. Blandiendo su propia arma hizo un guiño a Clive.

Con la comisura de los labios y sin sacar los ojos de la amenaza alada que

planeaba sobre sus cabezas, Clive dijo en un murmullo a Smythe:

—Déle una de sus armas a alguien que no tenga. Personalmente yo confío en su arma blanca.

—¡Sidi! —llamó Smythe sin volver la vista atrás, y tendió el rayo paralizador al flaco indio.

Arriba, uno de los demonios se separó del resto, plegó sus alas y aterrizó de pies en el suelo, ante la partida. Su desnudez corporal mostraba su gordura monstruosa, pero una capucha le cubría la cabeza y el rostro.

—Bienvenido al Pandemónium, Clive Folliot —dijo la criatura mientras se echaba atrás la pieza que le ocultaba la faz.

—¡Philo B. Goode! —Clive quedó estupefacto al ver aquel rostro familiar. A pesar de los colmillos curvados que le sobresalían de las comisuras de los labios y de que sus ojos eran rasgados como los de un felino, no había error alguno en que era el mismo semblante del hombre que había tratado de hacerle trampas en las cartas, a bordo del *Empress Philippa* durante el viaje a África, y que había visto en varias ocasiones rondando por los vericuetos de la Mazmorra.

Philo B. Goode lanzó la cabeza hacia atrás y prorrumpió en horripilantes carcajadas.

—Ah, pero aquí abajo, mi buen amigo Folliot, ¿me conocen como Belcebú!

—¡Puah! ¡El Señor de las Mentiras, con toda probabilidad! —intervino Horace Hamilton Smythe.

Belcebú bajó la vista hacia el sargento mayor (de menor estatura) y sonrió, exhibiendo el tamaño entero de sus colmillos afiladísimos.

—Mucho gusto de volver a verlo, sargento Smythe. Ha pasado mucho tiempo desde aquellos días en Nueva Orleans, ¿no?

—Creí haberle dado muerte entonces —repuso Smythe con algo de amargura en sus palabras.

La sonrisa de Belcebú se estiró hasta que las llamas se reflejaron en la nacarada blancura de sus dientes.

—Y lo hizo, y ahora estoy aquí, en el infierno. ¡Y va a hacerme compañía, tanto en cuerpo como en espíritu!

Alzó la cabeza y soltó un agudo grito al tiempo que saltaba, extendiendo las alas y subiendo muy arriba. El resto de los demonios plegó las alas y se dejó caer en picado hacia la partida, pegando fortísimos chillidos.

Clive puso sus fuerzas en tensión y hundió el arma en el pecho de la primera de las criaturas, antes de que sus garras tocasen tierra. Su gemido vibró con una nota aguda, terrorífica, muy singular. Clive, que aún tenía la espada hincada en el demonio, cortó con ella hacia su vientre y la desclavó de una sacudida. Para gran alivio suyo, la criatura se desmoronó a sus pies y quedó despatarrada en medio del camino, sangrando con un líquido espeso y negro.

—¡No son invulnerables! —gritó triunfante.

Pero Smythe y Neville ya lo habían comprobado por sí mismos. Los demás también, por lo que parecía. Tras él, oyó el zumbido del rayo paralizador que manejaba Sidi y vio a uno de los demonios quedar yerto a mitad del vuelo. Para su sorpresa, fue Tomás quien soltó un furioso alarido, saltó y dio tal patada al monstruo que lo envió fuera del camino; el demonio cayó en uno de los géiseres flamígeros, donde chisporroteó y explotó. El español permaneció allí un momento, desafiando el peligro, lanzando invectivas en portugués, la lengua que había aprendido en su infancia.

Lo cual casi le cuesta la vida. Otro demonio cayó del cielo tras él, agitando una zarpa que le podría haber segado la cabeza de los hombros. Pero, antes de que la criatura pudiera asestar el golpe, un par de envenenados pelos-púa de Chillido se inyectaron de súbito en su espalda. Emitió un espeluznante aullido de dolor y trató de alcanzar las espinas de la espalda para arrancárselas. Demasiado tarde. El veneno hizo su efecto de inmediato. El demonio cayó en el camino, donde se hinchó y ennegreció mientras se retorció y pataleaba. Su carne reventó y una sangre espesa le brotó de los ojos, narices y boca. Murió de forma horrible, pero rápida.

Clive, Neville y Smythe luchaban como en el frente de la batalla, alzando y abatiendo los sables, clavando y golpeando a los demonios que arremetían contra ellos. Arriba, en el aire, el demonio que se autodenominaba Belcebú, y que se parecía a Philo B. Goode, maldecía a gritos a sus secuaces y a la partida de Clive; pero sus grandiosas alas batían el aire manteniéndolo a una distancia segura del combate.

Clive oyó un potente zumbido a sus espaldas y se dio la vuelta en redondo. «¡Annabelle!», gritó para sus adentros, buscándola con la vista en el fragor de la batalla, temiendo por su descendiente. ¡Debía haberla vigilado más de cerca!

Pero no habría debido preocuparse. Muchas veces en aquel viaje, ella había demostrado su valía. Clive observó cómo un demonio se lanzaba a ella desde el cielo. Ella esperó hasta el último momento; entonces apretó uno de los implantes de su antebrazo y el Baalbec lo fustigó con toda su potencia, dejando al monstruo sin sentido. Finnbogg saltó hacia él y lo destripó con sus garras y sus protuberantes colmillos. Hacían un buen equipo, Finnbogg y Annabelle. Y también Tomás y Sidi, advirtió Clive. Y también el sargento Smythe, Neville y él mismo.

Aquello permitía que Chillido empleara su fuerza letal a sus anchas. Ella no esperaba que los demonios aterrizasen, sino que lanzaba a puñados sus pelos--púa al aire haciendo gran cantidad de víctimas: los cuerpos caían a su alrededor como una lluvia.

Y Chang Guafe. Una gran masa de carne demoníaca se amontonaba a sus pies. Este no tenía armas, sino su fuerza acorazada. Las criaturas se echaban sobre él, pero sus zarpas resbalaban en su cuerpo escudado en el acero. Él los agarraba con las manos, les retorció el pescuezo, les arrancaba de cuajo las alas de la espalda y les machacaba el cráneo. Se movía como el implacable *jagannatha*^[4] hindú, como el *golem*^[5] de la antigua leyenda hebrea.

Mientras Clive observaba a sus amigos, una furiosa pasión lo fue invadiendo. Se sintió más fuerte que nunca, más poderoso que nunca. Habían pasado por demasiadas penalidades, habían sufrido y experimentado demasiado. Y, en esta oportunidad al menos, Philo B. Goode había elegido un mal momento (para él) para la lucha. Como Annabelle había comentado, estaban cansados de que los jodieran, o lo que eso significara.

Con su sable amenazó al cielo.

—¡Baje aquí, Goode, o Belcebú, o como quiera llamarse! ¡Baje!

El comandante de los demonios hizo burla a sus gritos y arañó el vacío con sus zarpas.

—Ha ganado este asalto, comandante Folliot, usted, su hermano y sus amigos. ¡Pero los esbirros del infierno son incontables y es largo el camino para llegar al Palacio del Lucero del Alba! ¡Nos volveremos a encontrar!

Chillido echó el brazo atrás para lanzar un pelo-púa, pero, antes de que pudiese soltarlo, una forma parda saltó en el aire como un rayo, gruñendo. Philo B. Goode profirió un grito sobresaltado al mismo tiempo que Finnbogg, en el ápice de su salto, le atenazó el tobillo con sus poderosas mandíbulas. El grito se arrastró en una larga y estridente nota que duró mientras el demonio intentaba desasirse del can alienígena mediante un vuelo acrobático, dando vueltas y revueltas bruscas, subidas verticales y caídas en picado, hasta que, al fin, entró en el chorro de un geiser de fuego.

Finnbogg emitió un aullido y soltó su presa, para ir a caer torpemente al borde del camino. Annabelle y Smythe corrieron a su lado. Annabelle, desesperada, se lanzó a su cuello.

—¡Mi buen Finnbogg! —lloraba, acariciándole el pelo de entre las orejas.

—Je, je, je! —respondió Finnbogg con una risa ronca. Y luego agregó—: ¡Puaj! Cosa voladora no tiene gusto bueno, pero es buena de morder, estrujar y triturar en la boca.

Desde muy arriba en el aire, Belcebú/Goode los miraba con furia, agarrándose el tobillo maltrecho.

—¡Id, por ahora! —dijo rabioso—. Pero guardo muchas sorpresas para vosotros. ¡En especial para ti! —Y con un larguísimo dedo señaló a Annabelle. Luego empezó a ascender arriba y más arriba hasta que desapareció de la vista.

—¡Y el perrito también para ti! —masculló Annabelle mientras rascaba la oreja derecha de Finnbogg y observaba el despegue de Philo B. Goode.

—«El infierno no tiene furia...» —empezó Neville pero lo interrumpió aquí. Se volvió hacia Clive—. Bien, hermanito, estoy sumamente impresionado. ¡Eso son buenos compañeros! ¡Con unos amigos así estoy totalmente seguro de que podremos encontrar nuestro camino de regreso a casa!

—Tú mismo te las has apañado muy bien, Neville —fue todo lo que respondió Clive. Y se volvió para ver el estado de sus amigos. Todos parecían hallarse bastante bien excepto, para su sorpresa y consternación, Chang Guafe. El ciborg no tenía todo

el cuerpo acorazado con metal, y las partes desprotegidas estaban cubiertas de heridas rezumantes.

—No hay motivo de alarma —dijo el ciborg a Clive cuando éste le examinó los cortes y rasguños. Algunos parecían profundos y la piel colgaba en tiras—. Daños dentro de los parámetros normales. Sistemas de control de daños en marcha. —Y, cuando los demás se acercaron en corro para observar, las heridas dejaron de sangrar y se coagularon—. Antibióticos circulando por el sistema —informó Chang Guafe—. Cicatrización en proceso.

Bueno, aquello era todo.

—Pongámonos en marcha, pues —ordenó Clive—. Creo haber oído a Goode decir algo acerca de un Palacio del Lucero del Alba y de su intención de no dejarnos llegar a él. Así pues, éste parece ser el destino de nuestro viaje. Tal vez allí encontremos la siguiente Puerta.

—Creo que deberías examinar a la señorita Annabelle, inglés —susurró Sidi Bombay a Clive—. No parece estar bien.

Clive sintió un momento de terror que le estranguló el pecho, y se abrió paso entre sus compañeros. ¿Habría pasado algo por alto? ¿Habría sufrido Annabelle alguna herida secreta y la mantenía en silencio?

La encontró sentada con las piernas cruzadas en la margen del camino, con la cabeza de Finnboogg en su regazo, en el mismo lugar donde la había visto minutos antes. Estaba en efecto muy pálida y, como ella hubiera dicho, «hecha polvo». Clive le tocó el hombro y luego la mejilla. Tenía la piel fría.

—¿Te encuentras bien, Annabelle? —le preguntó.

Finnboogg giró sus enormes ojos pardos hacia arriba sin levantar la cabeza.

—¿Bien, Annie? —dijo añadiéndose a la solicitud—. ¿Annie bien? ¿Quiere Annie que Finnboogg cante?

Annabelle esbozó una sonrisa forzada.

—Está bien, Finnboogg. Me encuentro bien. —Miró a Clive y su sonrisa se desvaneció—. El Baalbec —dijo en voz baja—. Me fatigó un poco más de la cuenta usarlo tanto rato y a un nivel energético tan alto. Pero me pondré bien. Ahora mismo me siento tan sólo un poco mareada.

Clive la ayudó a ponerse en pie y la sostuvo unos momentos.

—Finnboogg, ¿cargarás con Annie? No creo que sea sensato detenerse más tiempo aquí.

Finnboogg se puso en pie de un salto, pero se dejó caer de nuevo a gatas y ofreció su espalda.

—Contento de llevar a Annie. Finnboogg fuerte y Annie huele bien, como compañeros de camada.

—Vaya, ¿no te sientes mejor al saberlo? —dijo Clive ayudando a Annabelle a ponerse a horcajadas encima de Finnboogg y asegurándose de que podía mantener el equilibrio allí—. Hueles exactamente como los compañeros de su camada.

—¿Quieres saber cómo hueles tú, Clive? —replicó con un fulgor en los ojos.

Clive se volvió hacia los demás y les hizo un ademán con el brazo para que emprendiesen la marcha.

—Chang, ¿puede vigilar el cielo con sus sensores? Puede que traten de atacarnos por ahí de nuevo.

—Estoy en plenas funciones —respondió el ciborg—. Cielo en observación.

Clive se giró hacia Tomás mientras echaban a andar.

—Lo hizo muy bien, amigo mío —le dijo—. Estoy contento de que vuelva a estar entre nosotros.

El rostro del español tenía una expresión casi enfurecida.

—¡Los demonios sangraban y morían! —farfulló con los dientes apretados—. Si eso fuera *o inferno* auténtico, no sería así. Hasta ahora, en nuestro deambular por la Mazmorra, tomaba las cosas tal como venían. Pero ahora empiezo a creer que alguien está jugando con nosotros deliberadamente. —Y lanzó una mirada a Clive que casi lo dejó helado—. No me gustan los juegos, inglés, en especial cuando alguien juega con mi fe. —Bajó la mirada y se santiguó, pero como parte del último movimiento se cruzó la garganta con el dedo pulgar y miró hacia adelante de nuevo con aquella expresión durísima, glacial.

Clive sólo asintió.

Caminaron durante un tiempo con las armas dispuestas. Smythe fue el primero en envainar la suya al sentir que la empuñadura estaba demasiado caliente para sostenerla. Clive no lo había notado durante el combate, pero Smythe tenía razón: el metal estaba muy caliente al contacto. En realidad, él mismo también estaba muy caliente. Se pasó la lengua por los labios. Estaban cortados y resecos. «Y bien, ¿por qué has hecho eso? —se preguntó—. Lo único que has conseguido es recordar lo sediento que estás».

Casi como para torturarlo más, el escenario cambió. Los enormes y rugientes penachos de fuego continuaron, pero el suelo ardiente finalizó: ahora se encontraban a orillas de un inmenso lago de agua negruzca, salobre. La superficie ondulaba y centelleaba con la luz del fuego, y el agua burbujeaba, espumeaba, hervía. El aire se tornó pesado y húmedo, pero en algunos aspectos era un alivio muy bien recibido frente al viento abrasador y al calor seco que habían sufrido hasta entonces.

Pero la vista de tanta agua hizo que Clive sintiera aún más la sed. Y pudo ver la misma sensación en los ojos de sus camaradas humanos.

—¿Quieres beber agua de mi boca? —sugirió Chang Guafe, situándose a su lado.

—¿Qué? —Clive no había comprendido bien.

Chang Guafe no dijo nada más, sino que se arrodilló al borde del camino y hundió la cabeza en el lago hirviente. Horrorizado, Clive Folliot se dejó caer junto a él, lo cogió por los hombros e intentó desesperadamente levantarlo. El ciborg tan sólo se sacudió los hombros para desasirse y, cuando al final levantó la cabeza, su recubrimiento metálico estaba limpio y reluciente.

—Chang, ¿está...?

Antes de que Clive pudiera pronunciar otra palabra, el ciborg le tomó la cabeza entre sus manos con la fuerza de un torno y aplicó sus labios metálicos en los de Clive. Este se resistió un instante, desconcertado por completo, hasta que degustó el líquido que pasaba de los labios del ciborg a los suyos. Estaba caliente, ¡pero era agua!

Sin embargo, lo apartó de sí, turbado; y, ruborizado, lanzó una mirada a los demás, que se habían colocado a su alrededor. Los rostros de Neville y de Smythe expresaban una sorpresa absoluta que bordeaba el ultraje. Annabelle soltó una risita, y su risa desató la de Finnbogg. Sólo Sidi, Tomás y, evidentemente, Chillido, permanecieron en silencio.

—El agua es potable —le aseguró Chang Guafe—. He analizado sus diversos componentes. El alto contenido en azufre le proporciona cierto sabor, pero no es perjudicial.

—¡Eso no es ninguna excusa para hacer lo que ha hecho! —gritó Clive Folliot—. ¡Un hombre no hace tal cosa a otro hombre, aunque sea un ciborg alienígena!

Chang Guafe continuaba inmutable.

—La morfología vital humana requiere alimento líquido. Además, el cuerpo no puede tolerar el agua a esta extrema temperatura y no tenemos recipiente alguno para recogerla y enfriarla —prosiguió con paciencia mecánica—. Yo puedo tomarla, enfriarla en mi boca y verterla en la tuya como ya he demostrado. No hay otra solución.

—¡Pero, pero...! —Clive se dirigió a los demás, suplicante. Tenía una sed de mil diablos (una expresión muy apropiada). Pero aquello era imposible, ¡era inmoral! ¡No lo haría, no lo haría!

Annabelle bajó de la espalda de Finnbogg, se acercó a Clive y lo apartó a un lado.

—¡Oh, Clive, no seas tonto! A mí me parece la mar de divertido. —Y se volvió hacia Guafe—: Arrodiállate, vaquero. Llénala y dame toda la que tengas.

El ciborg enfocó sus ojos de rubí hacia ella.

—¿Tomarás alimento líquido?

Annabelle mostró una ancha sonrisa.

—Creo que es lo que he dicho, ¿no?

Chang se agachó, hundió la cabeza en el agua y emergió de nuevo; después esperó a que el agua se enfriara un momento en su boca. Y asintió con la cabeza cuando creyó que estaba a punto.

La sonrisa de Annabelle se ensanchó aún más al dar una mirada a Clive. Cerró los brazos en torno al cuello de ciborg, lo atrajo hacia sí y aplicó sus labios firmemente en los de él.

—¡No hace falta que hagas un espectáculo! —espetó Clive algo nervioso—. ¡Y a plena luz del día! —Bien, en realidad no había luz de día, pero había la suficiente claridad.

Annabelle se retiró relamiéndose. Guiñó un ojo a Clive y dijo a Chang Guafe:

—Creo que te ha gustado, ¿no, Hombre de Hojalata?

—Cuando sirvo a los buenos amigos mi cerebro registra ondas alfa —respondió el ciborg.

—Juraría que sí —repuso Annabelle.

Sidi Bombay fue el siguiente.

—Yo sólo soy un miserable salvaje —explicó a Clive—. Completamente incivilizado según los valores de tu imperio. ¿Qué se podría esperar de mí?

Clive tuvo que volverse de espaldas a lo que sucedió entonces.

Tomás fue el próximo. Clive gimoteó y cerró los ojos. El tenía la excusa de haber sido marinero. De un hombre de mar se podía esperar cualquier cosa.

—Ruego que me dispense, mi comandante —dijo Smythe en un tono de disculpa—, pero tengo demasiada sed para hacer un escrúpulo de cómo remojo mi gaznate.

Clive lo agarró por el hombro.

—¡No! ¿Usted también, Horace?

Horace Hamilton Smythe tan sólo se encogió de hombros y se acercó a Chang Guafe.

Neville Folliot fue después.

—Vas a pensar que soy la oveja negra, después de todo, hermanito mío.

Chang Guafe esperaba a Clive.

—¿Vas a ser razonable? —preguntó el ciborg—. No hay otro método, y mis sensores detectan un peligroso agotamiento de tus reservas corporales de agua.

Clive gimoteó de nuevo y echó una mirada a los demás. Todos a una cruzaron los brazos y le mostraron una enorme sonrisa. ¡Era una conspiración! ¿Qué iba a hacer? Se mordió el labio inferior y asintió. Estaba atrapado. Pero cuando sintió el contacto de los labios de Chang Guafe cerró con fuerza los ojos y trató de pensar en su amante, Annabella Leighton, en Plantagenet Court.

—Eso es, hermanito —lo animó Neville con una sonrisita—. Cierra los ojos y piensa en Inglaterra.

—No te preocupes —añadió su nieta por encima de su hombro, riendo—, por ahí se empieza.

Cuando Clive se separó de Chang Guafe, se desencadenó una gran salva de carcajadas. Incluso Chillido repiqueteó con sus mandíbulas. Rojo como un tomate, aceptó sus burlas. El agua lo había refrescado, tenía que admitirlo. Cuando acabaron de reír, se volvió hacia Chang Guafe.

—Simplemente somos buenos amigos —dijo con firmeza. Luego rió y dio unas palmaditas en el brazo del ciborg—. Tiene que hacer algo con su aliento —le susurró lo suficientemente alto para que los demás lo oyeran.

—Son los antibióticos —le respondió Chang Guafe, y el ciborg también rió.

El camino serpenteaba cruzando el lago y se desvanecía en la neblina que se arremolinaba encima. Clive insistió en que Annabelle debía volver a subirse a espaldas de Finnbogg, y al final ella cedió. Por supuesto, que Finnbogg se puso muy

contento, levantó la cabeza y empezó a cantar.

—«Oh, tú toma el camino de arriba, que yo tomaré el de abajo...»

—No se parece mucho a Escocia, eso, hermanito —le dijo en confidencia Neville.

—Oh, nunca se sabe, jefe —intervino Horace Hamilton Smythe en su mejor *cockney*—. Existen verdaderos caballeros ingleses que así lo creerían. Porque no hay ni una buena taberna por estos andurriales, si me lo pregunta, cosa que no ha hecho.

La niebla comenzó a arremolinarse a sus pies, caliente y empalagosa, empapando sus pantalones, penetrando en sus botas. Clive dio una patada al suelo para asegurarse de que era firme, de que no estaban metiéndose en el agua o en cenagales. El camino, no obstante, seguía sin cambio alguno: dura roca.

Reiniciaron su marcha. La senda dio un súbito giro a la derecha, que siguieron sin alternativa. Luego viró a la izquierda y dobló sobre sí misma de nuevo. De repente apareció una bifurcación y se detuvieron.

—A Finnbogg esto le da mala espina.

Todos contemplaron con sorpresa al perro alienígena y Annabelle soltó una pequeña interjección que se apresuró a reprimir llevándose las manos a la boca, aunque los ojos continuaron centelleándole. Rascó cariñosamente las orejas de Finnbogg.

—A mí también me da mala espina —admitió.

—¿No cree que será otro laberinto? —preguntó Horace Hamilton Smythe, pasándose la mano por la incipiente barba de su mentón—. Otro no, por favor.

—Si lo es —dijo Clive con ciertas dudas—, al menos ahora tenemos a Neville. Es un experto en laberintos.

—Mi comandante, usted ha resuelto bastante bien los laberintos que se nos han presentado —comentó Smythe.

Neville miró a su alrededor con algo de nerviosismo y frunció los labios.

—¿No te referirás al laberinto de seto de cuando éramos niños? Tengo una confesión que hacerte, hermanito. Nunca resolví aquel rompecabezas. Simplemente me arrastré atravesando las matas en línea recta. Sabía que al final aquello me llevaría afuera.

Clive quedó boquiabierto.

—¿Hiciste trampa?

Neville aparentó una gran indignación.

—Bueno, yo no utilizaría ese término. Sólo jugué con mis propias reglas.

—Podríamos aplicar la misma regla aquí, si eso es un laberinto —les recordó Annabelle—. El Baalbec ya nos llevó por debajo del agua una vez permitiéndonos respirar.

—Negativo —replicó Chang Guafe—. El Baalbec puede electrolizar el agua y convertirla en oxígeno e hidrógeno, permitiendo así nadar bajo el agua. Pero no ha demostrado tener capacidad para evitar la transmisión de la temperatura ambiental. Dentro del campo térmico de esas aguas quedaríais hervidos hasta morir.

—No es una perspectiva muy agradable —opinó Sidi Bombay.

—¿Entonces qué? —preguntó Clive exasperado—. ¿Cuál es el camino hacia el Palacio del Lucero del Alba?

—Por aquí, Clive Folliot —dijo una voz ronca.

Se volvieron hacia el ramal izquierdo y se quedaron mirando fijamente, estupefactos. En el mismo centro de lo que parecía ser otra encrucijada, sentado en el suelo con las piernas cruzadas y envuelto por la niebla, había un hombre. Hasta que se acercaron a él no lograron distinguirlo con detalle. Vestía un viejo traje hecho harapos casi por completo, y un alto sombrero de copa. Tenía la piel muy pálida, casi como de alabastro, y delgadísima, como tisú. Sus manos estaban en los huesos, con los nudillos enormemente hinchados, e iba descalzo. Se llevó la colilla de su cigarro puro a los labios y, al inhalar, el ascua roja refulgió brevemente.

—Algún día tendré que dejar el vicio —musitó para sí al mirar el cigarro con una expresión de disgusto. Lo tiró con un capirotazo de los dedos, los saludó con el brazo extendido hacia adelante y, encorvando el dedo índice, les hizo señal de que se le acercaran.

Clive se detuvo y posó una mano en la empuñadura de su sable mientras escrutaba la figura.

—¿Quién es usted? —inquirió en un susurro apenas audible. Al cabo de un momento repitió la pregunta.

La figura devolvió la mirada escrutadora, sin dejar de hacer señas con aquel índice increíblemente largo.

—Me llaman barón Samedi.

4

Un guía para el Lago de Fuego

—Me parece, amigo —intervino Neville con brusquedad—, que se encuentra un poco fuera de lugar, ¿no? —Y con un amplio movimiento de brazo indicó el paisaje, si es que así podía llamárselo—. Quiero decir, ¿qué hace un dios vodú en un infierno bíblico?

Samedi se encogió de hombros, un gesto particularmente horripilante puesto que Clive casi pudo oír el castañetear de los huesos en el interior de aquel envoltorio de carne seca.

—Eh, chaval, ésta no es mi pesadilla —fue su áspera respuesta, y sonrió mostrando sus dientes de raíz y sus incoloras encías en retroceso—. Vengan. —Se volvió y emprendió la marcha por el camino amortajado de niebla.

Pero Clive vacilaba.

—¿Qué quieres decir con «un dios vodú»? —preguntó a su hermano—. ¿Quién es?

—Pasé algún tiempo en Nueva Orleans —respondió Neville—, y durante mi estancia aprendí algo de las costumbres locales del vodú. Vudú, como lo llama mucha gente. Fue sólo por curiosidad, de veras..., y por haber conocido a aquella preciosidad que resultó ser una especie de sacerdotisa, una mamaloi, como se hacía llamar. De cualquier forma, este tipo, el barón Samedi, es una especie de espíritu de los muertos. Se suele encontrar en los cruces de caminos, según dicen. —E indicó los cuatro estrechos senderos que partían por entre las aguas en cuatro direcciones diferentes y se desvanecían en la niebla—. Supongo que esto le da derecho a estar aquí.

El sargento Horace Hamilton Smythe avanzó hacia ellos.

—También yo pasé un tiempo en Nueva Orleans, mi comandante, y también oí hablar de ese tal barón Samedi. Por la manera como hablaban de él, no era un tipo de costumbres muy agradables. Convertía a los hombres en zombies, sí señor.

—Sea lo que sea —dijo Annabelle añadiéndose a su coloquio—, es algo totalmente fallado. No se ajusta al programa. Alguien ha cometido un error.

—¿Pero no es un error a nuestro favor, bella dama? —repuso Sidi Bombay con una mirada de duda cautelosa.

Un poco más adelante, el barón Samedi se detuvo, se volvió despacio y de nuevo les hizo señas encorvando su dedo índice y sonrió. La inclinación de aquel viejo sombrero de copa le daba, en la distancia y cuando no se veía la palidez de su piel

tensa recubriendo sus pómulos, un efecto casi cómico.

—Vengan —los llamó.

Ser Clive. Los pensamientos de Chillido establecieron contacto con los de éste con la suavidad de la caída de un copo de nieve. *La alternativa está entre deambular sin el Ser Samedi en el laberinto trazado a la sinrazón y tal vez perderse, o seguir al Ser Samedi. Debe de tener un destino específico.*

—Lo he oído y estoy de acuerdo con Chillido —intervino Chang Guafe—. Si te ayuda a decidir, te diré, Clive Folliot, que mis sensores revelan que no tiene ánimo de enfrentarse con nosotros. Esta andrajosa criatura conserva unos latidos casi humanos e irradia una temperatura corporal de cuarenta grados. Esta temperatura es superior a la normal para los humanos, pero sin duda alguna le permite realizar sus funciones con más comodidad en este extremo calor. Puedo sondear a más profundidad...

—No es necesario —lo interrumpió Clive levantando una mano—. Estoy convencido. Como Chillido ha dicho, no tenemos realmente mucha elección. Pero permanezcamos juntos y a punto para cualquier eventualidad.

—Sabio consejo, hermanito —aprobó Neville Folliot.

Y siguieron el andar arrastrado de la silueta del barón Samedi a través de la niebla. El piso del camino se fue tornando más rocoso. Ahora aparecían nuevas ramificaciones, nuevos caminos, algunos más anchos, más lisos, más atractivos, pero el barón Samedi avanzaba con seguridad, eligiendo su curso sin dudar.

El camino empezó a hacerse angosto y a subir y a bajar en empinadas cuestas. Debido a la bruma, la negra roca era resbaladiza en ciertos puntos, y la pisada, insegura en algunos momentos. Se vieron obligados a andar en fila de a uno. A cada lado del sendero zigzagueante y de piso irregular, las aguas negras y burbujeantes chapoteaban contra la roca.

El uniforme caqui de Clive, empapado con el sudor y la humedad de la niebla, se le pegaba a la piel. Al final, cedió a la razón del ambiente y se atrevió a desabrocharse la camisa hasta la cintura. Podría habérsela quitado del todo, pero algo semejante habría supuesto sobrepasar en demasía los límites de la decencia, sobre todo teniendo en cuenta que Annabelle y Chillido iban tras él.

De la superficie del lago brotó un geiser de fuego que explotó en el aire. Una oleada de calor los arrolló, y el súbito destello de claridad arrancó un grito de asombro de Tomás. Neville alzó un brazo para protegerse los ojos. La niebla se arremolinó agitada y el agua se precipitó hacia sus pies.

Sidi Bombay, que iba descalzo, soltó un grito de terror, pero, antes de que el líquido pudiera escaldarlo, Chang Guafe lo levantó en vilo y lo sostuvo colgando en el aire. La temperatura del agua no pareció molestar a Chillido, cuyos pies estaban también descalzos; ni a Finnbogg, que se encontraba en un terreno algo más elevado.

—Miles de gracias, noble extranjero —dijo Sidi Bombay cuando el agua se hubo retirado y el geiser hubo desaparecido por completo. Chang Guafe se limitó a asentir y depositarlo otra vez en el suelo.

—Vengan. —El barón Samedi se hallaba a salvo en una roca delante de ellos, haciéndoles señas.

—Tiene el vocabulario un tanto limitado, el sujeto ese —masculló Neville al reemprender la marcha—. ¡Y no quiero ni saber quién es su sastre!

El sendero tomó entonces una pronunciada inclinación hacia arriba y tuvieron que ayudarse mutuamente. Para variar, esta vez fue Chang Guafe en especial quien necesitó más ayuda. Sus pies calzados de metal arañaban en vano la roca húmeda, que se había vuelto lisa como la obsidiana, y resbalaban, y más de una vez cayó de rodillas. Clive conoció, para su propia sorpresa, qué aspecto tenía una expresión de frustración en un rostro metálico. Habría sido una expresión muy cómica de no ser por lo desesperado de su situación.

—Mire hacia allí. ¿No es más fácil ese camino? —dijo desde atrás Neville Folliot a Samedi.

Éste se volvió con una ancha sonrisa en el ceniciento rostro.

—¿Un camino fácil en el infierno? Vaya idea más novedosa. —Fue una imitación tan perfecta de la voz y el tono de su hermano, que Clive Folliot tuvo que taparse la boca con la mano para evitar una carcajada.

—Bien —dijo Annabelle, con un claro matiz de sarcasmo—. Su vocabulario está mejorando.

—Pero no sus modales —respondió Neville indignado.

Más géiseres flamígeros hacían erupción a derecha e izquierda, pero ahora el camino transcurría demasiado elevado por encima del lago como para ser inundado con las olas resultantes. Vientos cálidos los azotaban y les desgarraban las ropas. En las extrañas y violentas oscilaciones luminosas de las llamas, el aspecto de la compañía era en efecto singular.

En la cima de su escalada, Samedi se detuvo e introdujo la mano en un bolsillo de su holgado viejo traje. La sacó, abrió los dedos y mostró una masa de cera sucia.

—Ahora, petimetres míos, tomen esto. Métanselo en los oídos, así, vean. Estamos llegando al Lago de las Lamentaciones, y no querrán oír aquel clamor conmovedor, ¿eh? Porque si no, la tristeza puede darles un arrebató tan fuerte que hagan algo estúpido de veras, como por ejemplo lanzarse al agua o algo parecido, ¿lo pescan?

Clive miró a su alrededor, con expresión divertida.

—¿Qué ha querido decir?

—Vaya, si es muy clásico. —Neville extendió la mano para tomar su porción de cera y empezó a hacer bolitas con ella—. Me imagino que esto hace de mí un Ulises que se enfrenta valerosamente a los peligros, intentando encontrar el camino de regreso a casa.

—Venga, pasa la cera, héroe —soltó Annabelle—. No eres el único del barco, ya sabes.

Clive hizo caso omiso de los comentarios de ambos mientras aceptaba su parte.

—¿El Lago de las Lamentaciones? —dijo a Samedi. Intentó recordar los versículos

de la Biblia, aunque nunca había prestado demasiada atención a aquel tipo de cosas—. ¿Se refiere usted al Lago de Fuego?

Samedi hizo un amplio gesto con la mano.

—¡Todo esto es el Lago de Fuego, hermano! —Y se dio una palmada en el muslo—. Pero esta parte es también el Lago de las Lamentaciones. No preste atención a lo que vea en él y tan sólo cierre los oídos por completo. Y permita que le diga también que, si tropieza y cae fuera del camino, va a quedar como una piltrafa lamentable. Cuando llegemos a la otra orilla, nuestro destino no quedará lejos.

Clive pensó de inmediato en Chang Guafe.

—Usted no tiene oídos para los tapones —le comentó.

—Desactivaré los sensores auditivos —contestó—. Estaré fuera de peligro.

—Chillido, ¿y usted?

Yo oigo, pero no como los humanos creen. Noto las vibraciones por medio de los pelos-púa. Ni la cera ni ninguna otra cosa pueden impedirlo. Sin embargo, no me va a pasar nada.

El barón Samedi les hizo señas con el dedo, y se volvió y encabezó de nuevo la caminata.

—¡Todavía no! —le gritó Clive. Samedi se detuvo y le echó una mirada cargada de paciencia.

Clive se volvió hacia Chillido.

—Samedi dice que no debemos caer del camino, así que me gustaría que todos fuésemos responsables de cada miembro del grupo. Los fuertes ayudando a los débiles y el grupo entero apoyando a los fuertes. ¿Puede atarnos juntos con su tela?

Horace Hamilton Smythe le dio unas palmaditas en el hombro.

—¡Ha tenido una buena idea, mi comandante! ¡Una cuerda de seguridad!

Voy a hilar una hebra delgada, pero lo suficientemente resistente para el cometido, respondió Chillido.

—Entonces hágalo ya —indicó Clive.

Pero Neville protestó.

—Ea, esperen un momento...

Annabelle parecía haberse comprometido a bajar los humos a Neville.

—Oh, cállate, Neville —dijo con mordacidad—. Incluso Ulises permitió que lo ataran.

En el estrecho sendero, Chillido se movió con gran cautela entre ellos. Daba una vuelta en torno a cada uno y le rodeaba la cintura con un delicado hilo. Al principio, el filamento era pegajoso y húmedo, pero el tórrido viento pronto lo secó, convirtiéndolo en una cuerda suave al tacto y resistente a la tensión. Por último se acercó al barón Samedi, quien alzó una mano y sacudió la cabeza negativamente.

Pero ella, con hábil agilidad y presteza, lo entrampó antes de que pudiera protestar más.

Allá vamos, allá va el Ser Samedi, dijo.

—Parece como si hubiera apresado a la muerte —comentó divertido el barón Samedi con voz ronca, dando tironcitos de la cuerda con un dedo, como si fuera la cuerda de un arpa.

—Cambiar de parecer es cosa de sabios, yo siempre lo digo —musitó Horace Hamilton Smythe por lo bajo, detrás de Clive.

El camino iniciaba la bajada de nuevo, volviendo hacia la superficie del lago. La roca, tan lisa en el camino de ascenso, estaba ahora resquebrajada y llena de agujeros, lo cual facilitaba una pisada más firme.

Clive miró las pequeñas bolas de cera en su palma y escuchó con atención mientras descendía casi hasta el nivel del lago. Pensó que, si un geiser entraba en erupción, lo más seguro era que todos acabaran con los pies escaldados. Volvió a mirar las bolas. Los demás ya se las habían colocado en los oídos.

Un sonido vibró en el aire neblinoso, un fuerte plañido, muy distante. Sin embargo, penetró en los oídos de Clive como si fuera una hoja de serrucho herrumbrosa. Otro grito lo siguió. Recordó los quejidos que habían oído al otro lado de la Puerta de Dante (era con este nombre que Clive pensaba en ella), los agudísimos llantos que tanto habían aterrorizado a la compañía. Pero al final se habían desvanecido y él casi los había olvidado.

Estos eran muchísimo peores. ¡Raían los mismos bordes de su alma! ¿Qué criaturas podían sufrir semejante tormento? Un repentino chillido le desgarró los nervios. Se sobresaltó violentamente y, antes de que se diera cuenta, uno de los preciosos tapones para los oídos se le cayó de la mano. Rebotó en el camino rocoso y con un sonido apagado cayó en el agua. Clive se quedó contemplando las ondas circulares, pero la cordada lo obligó a proseguir el camino.

—¡Horace! —llamó por encima del hombro. Pero no hubo respuesta por parte de Horace Hamilton Smythe, quien ya había obturado el conducto de sus oídos.

¡Calma, Ser Clive! Los pensamientos de Chillido brotaron en su mente, apaciguadores. *Lo que te queda, divídelo. Puede que sea suficiente.*

Ella estaba en lo cierto: no se podía hacer nada más. Rápidamente, partió la cera en dos y fabricó dos nuevas bolas. Al ver que quedaban mucho más pequeñas, sus manos temblaron. Otro chillido más sonó como si proviniera de muy cerca, y se sobresaltó de nuevo; pero esta vez apretó el puño con fuerza y los tapones no cayeron. Con la máxima presteza los introdujo en el interior de sus orejas.

Advirtió que aún podía oír; pero los gritos quedaban al menos así amortiguados en cierta medida.

Algo chapoteó en la superficie del lago. Captó el movimiento por el rabillo del ojo y se volvió para observarlo. ¡Una mano! ¡Era una mano que se debatía en el agua! ¡Y una cabeza! Un rostro emergió a la superficie. Una boca se abrió en un grito casi sin sonido, antes de que la aparición se sumergiera de nuevo.

¡Conocía aquel rostro!

—¡Du Maurier! —exclamó con el pecho ahogado por el terror—. ¡George, Dios

mío!

Pero la cordada tiraba de él. Por encima de su hombro contempló el lugar en donde su viejo amigo luchaba con las aguas y se hundía sin remedio ni esperanza.

No era posible, se decía a sí mismo. ¡Por todos los cielos que no lo creía! Alguien estaba realizando trucos de magia con ellos. George du Maurier estaba en su piso de Londres, sorbiendo el té mientras leía periódicos y libros de filosofía. ¡Aquello no podía haber sido George!

Otro movimiento atrajo su atención. Un cuerpo surgió a la superficie junto al camino, muy cerca de sus pies. Clive escrutó la cara barbuda que abría la boca y aullaba. Aquel terrible sonido trepanó incluso los tapones de cera. Débil ya, como si el ánimo se le estuviera muriendo, Clive se desplomó en una rodilla y por un instante quedó frente a frente con Maurice Carstairs, su antiguo patrocinador del periódico *The London Illustrated Recorder and Dispatch*, el hombre que le había proporcionado los fondos para la primera etapa de su viaje a África.

Pero la cordada lo arrastró a seguir el camino.

Miró atrás por encima del hombro, hacia su buen amigo Horace Hamilton Smythe en busca de ayuda, pero Smythe sólo contemplaba fijamente el agua mientras hilillos de lágrimas le recorrían las mejillas como si lo atormentara una gran emoción. Enrollaba una y otra vez las manos en la cuerda que lo ataba como si una parte de él quisiera escaparse y él luchara para evitarlo. A pesar de todo, el sargento continuó andando, dejando atrás la parte de su alma que el lago reclamaba para sí.

Clive volvió la vista hacia adelante otra vez e intentó centrar su atención en el sombrero de copa de Samedi. «No mires a ninguna otra parte —decía para sí—. ¡Todo es un truco, no es real!»

Hubo un fuerte tirón en la cuerda y el ruido de una súbita zambullida. Él mismo se sintió tirado hacia el lago y se balanceó peligrosamente en una sola pierna hasta que consiguió recuperar el equilibrio. Un pie le resbaló hacia el lago y sólo la bota lo salvó de una quemadura cuando el agua se lo cubrió. La cordada temblaba y vibraba y le estrangulaba la cintura.

—¡Camada de Finnbogg! —El bramido del can alienígena atravesó con toda limpidez sus tapones de cera—. ¡Alto! ¡Hermanos de Finnbogg! ¡Necesitan a Finnbogg!

Su lastimero gemido hirió a Clive más de lo que creía posible. Observó con desesperación cómo Chang Guafe y Chillido sacaban a Finnbogg a rastras del agua, hacia el sendero rocoso, y se sintió invadido por un sentimiento de piedad y de rabia. ¡Nadie tenía derecho a hacerle aquello, nadie!

Echó un vistazo a Annabelle antes de mirar de nuevo al frente. Había miedo en sus ojos, preocupación y desconcierto total. Clive se preguntó qué horrores estaría experimentando. Pero ella se hallaba tras Horace y Neville y él no podía alcanzarla, no podía rodearla con un brazo reconfortante.

A su derecha, un geiser de fuego salió disparado hacia el cielo como un cañonazo,

arrastrando en su llamarada tubular a miles de almas desnudas que se retorcían y se abrazaban mutuamente como serpientes en un pozo.

¡Buen Dios! Él la vio allí, gritando y llorando, con lágrimas de angustia derramándose por su bellissimo rostro, hincando las uñas en los demás, arañándolos, arrastrándose por encima y por debajo de ellos, mientras éstos se apretujaban contra ella, la asfixiaban, se retorcían a su alrededor. Clive contempló atónito cómo el fuego prendía su hermosa cabellera e incendiaba su cabeza. La piel empezó a derretirse y a chamuscarse; los ojos explotaron en sus órbitas. Carne ennegrecida, huesos que sobresalían, huesos que a su vez se oscurecían. Pero, inclusive así, seguía agitándose y debatiendo con el resto, sin descanso ni tregua.

—¡Annabella! —exclamó Clive con voz ahogada. Había sabido que aparecería. El cometido del lago era fácil de entender. Se ensañaba en los recuerdos de los amigos y de las personas queridas. Desde el instante en que lo había comprendido, se había preparado para aquel momento. Annabella Leighton estaba a salvo en Plantagenet Court, enseñando literatura a chicas de alta alcurnia, comiendo bollos y esperando el regreso de Clive. Aquello que había visto en las llamas, lo que fuera, no era su dulce Annabella Leighton. A pesar de todo, murmuró otra vez con voz asfixiada—: ¡Annabella!

¡Ser Clive! La voz mental de Chillido interrumpió sus lamentos. El Ser Finnbogg ha sufrido importantes quemaduras. Ha saltado al hirviente lago. Necesita tratamiento. Necesita ayuda. Debemos pasar rápidamente al otro lado.

Clive hizo un gran esfuerzo para sacudirse aquellos pensamientos. Finnbogg estaba herido. Tenía que concentrarse en eso. Todos sus amigos estaban en peligro, si retardaban la marcha. Arrancó la mirada del geiser y apretó los puños con fuerza.

Dígaselo a todos, Chillido, ordenó de repente. Diga a todos que corran. Dígales que se agarren a la cordada y que no piensen en nada más salvo en correr.

El camino está resbaladizo. Puede ser traicionero.

El peligro mayor está ahí, espetó, indicando el lago. ¡Dígaselo!

Clive Folliot miró fijamente la espalda de la figura que tenía ante sí. El barón Samedi seguía andando con su incesante paso arrastrado, con la vista clavada en el suelo y sin volverla hacia atrás para nada.

—¡Samedi, viejo saco de huesos! —le gritó cuando los demás empezaban a apretujarse a sus espaldas—. ¡Deje que lo arrastren o deje que lo lleven, si no puede ir más aprisa que eso! ¡Vamos a paso ligero!

Samedi dejó caer una mirada divertida por encima de su delgadísimo hombro vestido de negro, pero cuando Clive lo tomó en brazos la expresión de sus ojos pasó a ser de completa sorpresa.

—Nos dice el camino, y es mejor que sea el camino correcto o lo echo al lago y yo mismo lo mantengo con la cabeza hundida —murmuró Clive a la frágil y ligerísima criatura.

—¡Cuánto te quiero, mamaíta! —sonrió Samedi, cruzando los brazos mientras los

harapos de su traje aleteaban en torno a Clive—. ¡Siga recto, joven! ¿No le gusta la comida *cajún*^[6]?

Prosiguieron su camino serpenteando por una serie de estrechos senderos, con el agua lamiéndoles los talones, corriendo tan veloces como eran capaces. A cada lado surgían géiseres repletos de imágenes, y emergían cuerpos a la superficie que se quedaban flotando a orillas del camino. Había cosas que se debatían, chapoteaban, chillaban, los llamaban, pero la partida seguía corriendo, cada uno tirado por el anterior y Clive guiándolos a todos tan deprisa como el camino se lo permitía.

Samedi no paraba de emitir un incesante flujo de palabras sin sentido, pero las únicas que Clive escuchaba eran *derecha* o *izquierda*.

Más pronto de lo que esperaban llegaron a la orilla opuesta. Clive depositó a Samedi en el suelo y se desplomó de rodillas sin aliento. Exceptuando a Chang Guafe y a Chillido, los demás hicieron otro tanto. El sonido de los jadeos atrajo la atención de Clive. Finnbogg estaba echado con la cabeza en el regazo de Annabelle, con la lengua colgando.

—Creo que dijo que estaba herido —recordó Clive a Chillido.

El Ser Clive necesitaba algo en qué concentrar sus energías. Había una sonrisa en sus pensamientos, pero éstos también expresaban disculpa y deseo de perdón, *la preocupación por el Ser amigo es más fuerte que la autocompasión.* Dudó un momento y él percibió que estaba buscando la palabra exacta. *Mentí*, agregó finalmente.

Clive se dejó caer boca arriba y dio rienda suelta a la risa; pronto ésta se contagió a los demás, que se expresaron con la misma desinhibición. Chillido hizo chasquear las mandíbulas y Chang Guafe produjo un horrible sonido mecánico que pasó por una risotada. Finnbogg soltó un larguísimo aullido.

El barón Samedi los miró desde su posición erguida.

—Vengan —indicó, encorvando un dedo huesudo.

Se pusieron en pie y siguieron a su extraño guía, aún riendo y carcajeándose. Aquella expresión de alegría constituyó una explosión natural de alivio de los terrores que acababan de experimentar, un alivio bien recibido, agradable de oír.

Los gritos y los gemidos habían finalizado tan pronto como habían alcanzado la orilla. A una indicación de Samedi se sacaron los tapones de las orejas. Clive lanzó los suyos al lago con un lento movimiento oscilante del brazo y escuchó en espera del breve «plop» que nunca llegó. Se rascó la barbilla extrañado ante aquel hecho. Otra pequeña rareza inexplicable, en la que apenas valía la pena fijarse en un lugar como la Mazmorra.

A partir de ahora anduvieron la mayor parte del tiempo en silencio. Sólo una ligerísima neblina cubría el terreno, el cual iba cambiando lenta pero radicalmente a medida que viajaban. Las llamas, los tórridos vientos y las aguas burbujeantes habían desaparecido. Ante ellos aparecía ahora un monótono paisaje de negrura, no muy diferente de la tierra que rodeaba Q'oorra, en el primer nivel de la Mazmorra.

Y también había desaparecido la iluminación que proporcionaban las llamas. Una

luz gris y neblinosa cubría las cosas, suficientemente intensa para permitir ver, pero deprimente para el ánimo.

El camino llevaba ahora a un macizo de montañas no muy altas. Clive echó un vistazo por encima de su hombro, recordando la belleza de las Montañas Ardientes, como él las había llamado al cruzar la Puerta de Dante. Ahora no podía distinguirlas, aunque no comprendía cómo podía ser aquello. Encogió los hombros, se dijo que allí las cosas cambiaban demasiado aprisa.

Al llegar a las primeras estribaciones, Samedi los condujo a una inmensa cueva al pie del camino.

—Vengan —dijo, con una indicación del dedo. Clive estaba demasiado cansado para desconfiar, de modo que lo siguió sin poner objeciones.

—¡Comida! —exclamó Neville.

—¡Olor a comida! —gritó Finnboogg.

Muy adentro de la cueva, un fuego quemaba en el hogar, inundando una gran sala central con una luz acogedora. Ante el fuego había una larga mesa de madera dispuesta con un espléndido banquete. En candelabros de latón ardían velas, y unas sillas blandas y cómodas rodeaban la mesa.

—¡Suéltanos de la cuerda! —gritó Tomás tirando de la hebra que se ataba alrededor de su cintura—. *A pressa*, que no puedo romperla.

Clive tampoco podía romperla.

—Chillido, ¿puede ayudar?

La aracnoide se arrancó unos de los pelos-púa y correteó hacia ellos, uno tras otro. La espina brillaba húmeda con una sustancia química inodora que disolvió la cuerda con gran rapidez, dejándolos así en libertad.

Todos se precipitaron a la mesa. Y, en menos que canta un gallo, habían devorado hasta el último bocado sin dejar ni las migajas.

Clive llevó una copa de vino a Samedi; su anfitrión estaba apoyado en la chimenea observando el festín. El mismo no había probado nada, pero aceptó el vino y lo engulló de un solo trago.

—Nuestro agradecimiento, barón —dijo Clive Folliot, reconocido.

—Permita que le diga algo, amigo mío —repuso Samedi con una mirada de soslayo a Clive—. Estoy hasta las narices de este asunto del «vengan», no sé si me entiende. Mire, fijese en estos trapos, hombre. ¿Qué le parece tener que salir a la calle con estos harapos? ¡Mierda! Pero es mi trabajo, ¡qué le vamos a hacer! Por eso me pusieron aquí. ¡Lo cual no quiere decir que en el fondo no sea un buen tipo!

Clive se sintió confundido. No estaba seguro de haber comprendido la mitad de lo que su anfitrión acababa de decir. Se detuvo un momento a pensarlo y se rascó la incipiente barba del mentón.

—Me gusta usted —declaró al fin.

—Esto está muy bien por parte suya, jefe. —Samedi puso la copa al revés en la repisa de la chimenea—. Ahora, mejor que se vayan a echar una cabezadita, porque

mañana tenemos que llegar al Palacio del Lucero del Alba. El mismísimo Gran Petimetre los está esperando.

—¿Hay camas aquí? —preguntó Clive, casi con disgusto.

El barón Samedi puso los ojos en blanco y encorvó un dedo.

—Vengan —dijo.

La cueva de los pavores silenciosos

Por entonces Clive sabía ya que Chillido no tenía el hábito biológico de dormir; al menos no dormía en el sentido que los humanos duermen, y Clive se sentía perfectamente seguro sabiendo que ella permanecería de guardia mientras el resto intentaba echar unas cabezaditas. Tampoco le había pasado por alto el hecho de que Chillido había apartado algunos pedazos de carne seleccionados de la mesa para consumirlos una vez que estuviera sola, puesto que se negaba a comer en presencia de los demás. Por eso parecía tan complacida de ver que se iban a la cama como ellos mismos de irse a ella.

Samedi tomó una tea encendida de la chimenea y los guió hacia las profundidades de la cueva. Numerosas galerías menores partían del pasillo principal y en cada una de ellas se hallaba un pequeño jergón hecho con un montón de mantas gruesas y cálidas. Junto a cada jergón había un candelabro como los de la mesa en que habían cenado. Con la tea, Samedi encendió las velas una a una mientras los miembros de la compañía se iban separando y deseando las buenas noches.

Clive eligió la última galería. Tan adentro de la cueva, el aire estaba inmóvil y cargado, pero tenía el estómago lleno y el jergón era más blando de lo que había imaginado. Se sacó las botas y movió los dedos ahora liberados; luego, ante el olor, fundó la nariz. Los pies le habían quedado empapados dentro de las botas y necesitaban una buena aireación.

Se volvió para desear las buenas noches a Samedi, pero su anfitrión ya se había marchado. Clive se encogió de hombros y se tumbó para dormir. Consideró un momento si apagaba la vela, pero al final decidió que no. La tenue luz que propagaba no le impediría dormir. Se sacó la camisa caqui y la dejó a un lado. Luego, doblando un brazo bajo la cabeza, cerró los ojos.

No obstante, mientras permanecía tendido en silencio, el hecho de que cada uno de sus amigos hubiese sido separado de los demás empezó a darle vueltas por la cabeza. En cualquiera de las galerías, aunque pequeñas, podrían haber dormido dos o incluso tres. Se incorporó de repente, mordiéndose el labio y recorriendo con la mirada los rincones más oscuros de su aposento, allí donde la luz de la llamita de la vela no penetraba.

Al cabo, incapaz de parar de imaginarse cosas, se volvió a poner la camisa y, descalzo, desanduvo el camino por el que había llegado a su galería.

Encontró a Finnbogg acurrucado alrededor de su vela solitaria, con las mantas de su jergón arrugadas y amontonadas en un fardo informe donde apoyaba la cabeza, las patas traseras y poco más. La criatura perruna abrió las fauces en un gran bostezo y escudriñó desde debajo de un párpado caído. Clive cubrió su llama y prosiguió su camino.

Neville dormía en la siguiente galería. Su hermano se había sacado el uniforme y lo había depositado en meticoloso orden encima de una de las mantas que, por lo visto, había extendido en el suelo con aquel propósito. Yacía desnudo con una manta atravesada públicamente de cadera a cadera, y dormía con tanta placidez como si lo que ocupaba fuera su misma cama de Londres. El espeso pelo rubio le caía a greñas en torno al rostro y, a pesar de su estatura y de su musculatura, tenía aún mucho del aspecto de un niño.

Durante un breve momento, Clive sintió una punzada de pesar y frustración por el hecho de que Neville y él no hubieran compartido una verdadera amistad, no hubieran sido hermanos en el pleno sentido de la palabra. Pero el sabor de la rabia y de la amargura continuaban en su boca. Neville nunca había realizado el más mínimo esfuerzo para cerrar el abismo que se abría ante ellos, nunca había hecho nada salvo hacer caso omiso de él mientras nadaba en regalos y disfrutaba del favoritismo que su padre mostraba para con su llamado «primogénito».

Una gota de cera caliente que cayó en la mano de Clive, lo sobresaltó y le arrancó una maldición callada. Era culpa suya, se dijo a sí mismo, por dejar correr así sus sentimientos, y por apretar tan fuertemente el cabo de vela con el puño que habría debido usar para propinar a su hermano la paliza que se merecía. Pero habría que aguardar hasta otro momento, un momento en que se hallaran sin peligros por delante. Lanzó a Neville una última mirada desaprobadora y prosiguió.

Uno a uno comprobó que los miembros de su tropa (porque así los había llegado a considerar) estuvieran bien y en su sitio. Tomás estaba encogido en posición fetal alrededor del candelabro, de manera muy parecida a Finnbogg. Sidi yacía como un cadáver, rígido y estirado y con las manos entrelazadas en el pecho, en lo que Clive adivinaba que era uno de los extraños trances de yoga. Annabelle se volvía y se revolvía sin descanso en su jergón, pero no abrió los ojos cuando Clive se detuvo ante ella, con lo cual Clive pasó a la siguiente galería. Incluso su viejo amigo Horace Hamilton Smythe, de quien habría esperado que mantendría una guardia por cuenta propia, se había rendido al abrazo de Morfeo.

Chang Guafe, empero, continuaba despierto.

—¿No puede usted dormir? —le preguntó Clive desde la estrecha entrada a su galería—. ¿O nunca duerme?

Chang Guafe se quedó observando a Clive durante unos instantes; luego desvió la vista hacia su propia forma metálica.

—Mi cuerpo no requiere descanso —dijo con una suavidad sorprendente para su voz mecánica—. Sin embargo, mi cerebro orgánico sí descansa. Pero no consigo

conciliar el sueño, como puedes ver.

Clive tomó aquello como una invitación a entrar, reflexionando acerca de la incongruente escena que tenía ante sí. El poderoso ciborg había arrinconado su jergón contra el muro de la cueva. Estaba sentado en el catre con la espalda apoyada en la pared, las piernas estiradas y abiertas ante sí, con los brazos a los lados: en conjunto se parecía mucho a un muñeco que un niño hubiera dejado y abandonado.

—Ah, conozco esta sensación —respondió Clive—. A veces parece que cuanto más necesita uno dormir, más le cuesta. ¿Pero no puede usted obligar a su cuerpo a dormir? Con drogas, me refiero. —Clive dudó cuando Chang Guafe, por toda respuesta, lo miró de hito en hito—. Lo que quiero decir es que usted tiene medicinas en su interior que lo han curado de sus cortes y heridas. ¿No hay nada que pueda ayudarlo a dormir?

Ahora le tocó a Chang Guafe dudar. Volvió, la cabeza a un lado y a otro, y la luz de la vela se reflejó de modo misterioso en sus singulares facciones.

—No deseo dormir —repuso al final. Y volvió a su habitual voz fría, agregando—: Estar alerta es una prioridad, observar es un imperativo.

Pero Clive no se dejó engañar por Chang. En realidad, quedó conmovido de súbito. De todos sus extraños nuevos amigos, Chang Guafe era quien más lo desconcertaba. Sin darse cuenta, extendió una mano y la posó en el hombro del ciborg.

—Chang —dijo, incapaz de ocultar la sorpresa en su voz—, ¿le da miedo la oscuridad?

—¡Negativo! —replicó el ciborg. Luego, suavizando la voz de nuevo—: Y afirmativo. Casi nada puede hacer daño a esta forma —prosiguió, haciendo repiquetear los nudillos metálicos en un muslo metálico—. Mis sensores lo saben. Los elementos cibernéticos de mi cerebro lo saben. —Miró directamente a Clive con sus ojos de rubí, que ahora parecían, de alguna forma, más humanos—. Pero ahí dentro subsiste el cerebro orgánico y, muy en su interior, donde ni los ordenadores ni las drogas pueden llegar, todos los viejos arquetipos e instintos de la raza, los primitivos miedos y temores que todos los seres conocen, permanecen al acecho. —Desvió la vista y se quedó mirando la llamita de la vela. La diminuta luz se reflejó en sus lentes—. Sí, Clive Folliot, en momentos de silencio como ahora, incluso un Hombre de Hojalata puede conocer el miedo.

Clive se quedó pensando un largo momento, evocando todos los terrores con los que se habían topado en la Mazmorra, capaz de mirarlos de frente con cierta sensación de indiferencia porque ya los había dejado atrás. Enseguida alzó la cabeza al frente y se preguntó qué terrores los aguardaban aún, y se mordió el labio inferior.

Al final suspiró, se sentó junto a Chang Guafe y apoyó la espalda en la pared.

—Bien, yo tampoco puedo dormir —confesó dejando la vela en el suelo, junto a la del ciborg—. Así podremos mantener una estupenda vigilancia mutua, ¿qué le parece? Páseme una manta, ¿quiere?

Dos pares de ojos se miraron y desviaron la mirada en el momento en que la manta cambiaba de manos, y dos cabezas se apoyaron a una en la roca. Y sin decir palabra se dispusieron a aguardar el alba, o lo que diablos pasara allí por alba.

No obstante Clive se durmió, y despertó con un sobresalto, reprendiéndose por haberse dormido. Echó una mirada a Chang Guafe. También el ciborg se había quedado dormido, apuntalado de espaldas contra la pared y con la cabeza colgando hacia un lado. No había fulgor detrás de sus lentes de rubí.

Clive se levantó haciendo el menor ruido posible y se estiró. La postura sentada en la que había quedado dormido le había dejado doloridos los riñones. Se frotó el cuello, tomó el cabo que restaba de su vela y se escabulló hacia el pasillo central de la cueva.

De regreso a su propia galería no pudo resistir la tentación de comprobar una vez más el sueño de sus camaradas. Sin embargo, cuando llegó a la galería de Annabelle, su débil luz alumbró un jergón vacío.

Clive se mordió el labio pensativamente, y acabó de llegar a su aposento para recoger sus botas. Con el aire cálido se habían secado pronto; se las puso, se abrochó la camisa y se la metió dentro de los pantalones. Luego, vela en mano, se dirigió otra vez a la enorme sala principal de la cueva.

Los restos del fuego en el hogar irradiaban hacia el techo una suave claridad rojiza. Esperando encontrar a Annabelle allí, apresuró el paso. El viento se escurrió entre sus dedos y la vela parpadeó unos instantes y se apagó; pero ahora ya no la necesitaba. Su vista se valió del resplandor de las ascuas.

Algo se le enganchó en el tobillo y una enorme sombra negra le cerró el paso. Su corazón dejó de latir un segundo. Lanzó la mano derecha a la empuñadura del sable y sacó la hoja hasta la mitad mientras daba un salto hacia atrás.

Ser Clive.

Clive soltó un suspiro de alivio y dejó caer de nuevo el sable en la vaina. Debería haber reconocido la silueta que surgía ante él. Cerró los ojos con fuerza un momento y se frotó las sienes.

—Mis disculpas, Chillido —dijo con voz débil—. Creo que tengo un poco los nervios de punta.

Disculpas por mi parte por espantarte, emitió cerebralmente ella. Yo también estoy nerviosa. ¿Ves? Telaraña-alarma por todas partes. Estoy de guardia. De cualquiera que se mueva, estoy informada.

Clive bajó la vista. Tendido en el paso entre las galerías y la sala principal había un hilo delgado y reluciente. Era en lo que se había enganchado su tobillo. Luego advirtió que hilos semejantes estaban atados a varios puntos de la sala y que todos los cabos convergían y se ataban en una de las piernas de Chillido. Si algo tocaba la trama, las vibraciones la alertaban enseguida.

—¿Ha visto a Annabelle? —preguntó él, preocupado.

Chillido enmendó la parte de la telaraña-alarma que Clive había dañado y regresó

rápida­mente a la chimenea. A la luz de los rescoldos, sus ocho ojos centelleaban como extrañas gemas.

El Ser Annabelle ha salido fuera, respondió.

—¿Qué? —Las manos de Clive se cerraron en puños que golpearon sus muslos con furia—. ¿Por qué no la detuvo?

No palabras, sino genuina sorpresa fue lo que brotó en la mente de Clive al considerar Chillido la novedad de la idea: ¿un ser inteligente intentando controlar las acciones no violentas de otro ser inteligente?

¿Acaba de salir del huevo, Annabelle?, preguntó Chillido con brusquedad, esforzándose por comprender. *¿Es una cría aún?*

Clive, frustrado, gruñó por lo bajo y se dirigió a la entrada de la cueva. A pesar de su irritación, pisó con cuidado, evitando tropezar con la telaraña de Chillido. No había razón para destruirle el trabajo, se dijo. La culpa era suya. A veces olvidaba por completo que estaba tratando con una alienígena.

Recorrió el corto pasillo que daba al exterior. Incluso allí había colocado Chillido un par de hilos de seda, uno a la altura del tobillo y otro a la del pecho. Su diligencia estaba fuera de toda crítica.

Al salir lo recibió una ráfaga de aire cálido. Sus mangas produjeron un ruido crepitante y aleteante, y su pelo rubio voló hacia atrás. En la calma de la cueva de Samedi había olvidado la fuerza del viento exterior.

Con la vista recorrió el camino arriba y abajo en busca de Annabelle, pero no había señal de ella. Puso los brazos en jarras durante un instante y soltó una maldición. ¿Qué se había creído, separarse así del grupo? Por fin, después de comprender que no habría tomado la dirección por la que habían venido, emprendió el camino en la dirección opuesta.

El sendero subía y subía cada vez más empinado, serpenteando por entre las estribaciones de las montañas.

Antes de verla la oyó. Su voz llegaba hasta él, clara, de una penetrante dulzura. Clive se detuvo.

Oh, Hija de la Fortuna, ¿dónde estás ahora?

Oh, Hija de la Fortuna, ¿dónde estás ahora?

Lloraría por ti, pero no sé cómo.

Oh, Hija de la Fortuna.

Desafortunada Hija, me fui.

Me fui al infierno, como diría mamá.

Tendrás que apañarte sola, es el precio que se paga,

Hija de una desafortunada Hija.

Pero no dejo de pensar en ti ni un día,

y trato de llorar, desafortunada Hija.

Clive la encontró sentada en un canto rodado chamuscado, con las rodillas recogidas en el pecho y rodeadas con los brazos. Cantaba con los ojos cerrados y meciendo el cuerpo, y el viento agitaba su corto pelo negro. Clive sabía que en su época ella había sido música, pero nunca la había oído cantar de aquella manera, nunca le había hablado de su música. No tenía fuerzas para interrumpirla y su pecho se acongojaba al escuchar.

Oh, Hija de la Fortuna, ¿dónde estás ahora?

Lloraría por ti, pero no sé cómo.

Oh, Hija de la Fortuna...

Annabelle abrió los ojos de súbito, como si de algún modo hubiera notado su presencia. Durante un momento, el miedo se reflejó en la mirada de ella, pero, al reconocerlo, se suavizó; entonces Clive vio tal dolor en aquellos ojos que se sentó junto a ella y la abrazó protectoramente.

Ella no lloraba; tan sólo apoyaba la cabeza en el hueco del hombro de Clive y suspiraba, con sus brazos colgando flácidos, las piernas estirándose poco a poco, deslizándose a ambos lados de la roca, dejando que él recogiera todo su peso.

Clive la abrazaba y le acariciaba el pelo; ninguno de los dos decía nada. Con cierta confusión, él recordó cuánto había turbado sus sentimientos Annabelle antes de conocer su parentesco. Pero era su tataranieta y de repente aquello había significado para él más que cualquier otra cosa en el mundo. Añoraba con gran dolor a su queridísima Annabella Leighton, y quizá no consiguiera regresar nunca a su lado. Pero su amor, al menos, había producido aquella maravillosa criatura que ahora tenía en sus brazos, y él la protegería siempre, la protegería con todas sus fuerzas.

—Lo siento —se disculpó ella al rato, incorporándose—. Supongo que sentía pena por mí misma.

Clive tenía pocos deseos de soltarla.

—Cantas de forma maravillosa —dijo con verdadero afecto—. ¿Hablabas de ti, la canción?

Movió la cabeza en un gesto negativo, se dejó resbalar del canto rodado, se apoyó de espaldas en él y se quedó mirando al vacío.

—Hablabas de Amanda —contestó—. No podía dormir pensando en ella. —Dudó un instante y tragó saliva—. Echo de menos a mi hija.

Y él echaba de menos a Annabella. En realidad no se había permitido dedicarle muchos pensamientos, pero la añoraba terriblemente. ¿Qué debía pensar de él? Había pasado todo aquel tiempo y ella no había recibido ni una palabra suya. ¿Y por qué no le había dicho nada de su embarazo antes de partir para el África?

Agachó la cabeza. Si lo que le había dicho su nieta era cierto, nunca jamás volvería a ver a Annabella. Traería su hija al mundo y la criaría en la soledad y en la pobreza, sin poder casarse nunca, amargada, maldiciendo su nombre, con toda seguridad.

¿Cómo podría soportarlo él? ¿Cómo podría volver a respetarse a sí mismo?

—Hay casi belleza en esto —comentó Annabelle de repente, haciendo un amplio ademán hacia el paisaje que se extendía ante ellos—. Uno tiene que abrirse a ella, pero está ahí.

Estaban a gran altura, en la ladera de una colina. Un crepúsculo perpetuo cubría el terreno, pero aún podían divisar un vasto panorama. Una llanura monótona, gris y cenicienta se extendía bajo ellos, de una uniformidad sólo interrumpida por alguna que otra piedra o un canto rodado. Más allá, el Lago de Fuego era una negrura resplandeciente; vetas de niebla erraban por encima de su superficie como serpientes fantasmales. Espumas flamígeras surgían disparadas del agua, aquí y allá, provocando rojas ondas que chocaban contra el laberinto de estrechos senderos (en realidad terraplenes) que cruzaban el lago de parte a parte.

A muchísima más distancia, un resplandor anaranjado iluminaba el horizonte, un centelleo danzante de calor y de fuego que señalaba el final del mundo en aquel séptimo nivel. Como el sol al alba, como si asomara por el borde de la tierra, así atraía la mirada.

Había una belleza en ello, una belleza tan terrible que se clavó como un hierro candente en el corazón de Clive.

—Regresemos —dijo tendiendo la mano a Annabelle. Pero ella seguía mirando fijamente al vacío.

—Aquello debe de ser el Lago de las Lamentaciones —comentó señalando un estrecho brazo de agua más cercano, en donde el camino tocaba la orilla. Se volvió hacia Clive y desvió la vista de inmediato—. ¿Qué viste allí dentro?

El cruzó los brazos sobre el pecho; en la garganta se le formó un nudo y recordó la visión de Annabella perdida en el fuego entre una masa de almas que se retorcían; Annabella ardía y recuperaba su frescor, y ardía otra vez al gritar el nombre de Clive. No era real, se obligó a recordar. Annabella Leighton estaba a salvo en Londres, en su piso de Plantagenet Court, probablemente leyendo y preocupada por lo que podía haberle pasado a él. O quizás, en aquel mismo momento, maldiciendo su nombre.

—Recuerdos —contestó con voz apagada—. Recuerdos de viejos amigos.

—¿Viejos amores? —pinchó ella—. ¿La querías, Clive? Quizá no tenga derecho a preguntártelo, pero me gustaría saberlo.

—Con todo mi corazón —admitió él—. Quería casarme con ella.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste? A pesar de él mismo, sonrió ante su pregunta tan directa.

—Las cosas quizá sean muy simples en mil novecientos noventa y nueve —dijo riendo—. Pero en mi época existían unas cosas llamadas conveniencias y responsabilidades. Un hombre no se casaba hasta que podía permitírselo económicamente, y con el sueldo de un comandante del Quinto Regimiento de la Guardia Montada Imperial yo apenas podía dar de comer al caballo y pagar el lustre para los botones de latón.

—¿Pero la querías? —insistió Annabelle.

Clive la miró directamente a los ojos y respondió con toda seriedad:

—La *quiero*. En presente del indicativo para mí.

Ella sonrió y le cogió la mano.

—Volvamos, Clive Folliot. —Y añadió con un guiño—: Abuelito.

Al entrar en la cueva los recibió el aroma de buen té inglés. Clive apenas podía creer lo que olía. Olvidó por completo la telaraña-alarma de Chillido al precipitarse hacia el interior, y casi choca con la aracnoide que salía disparada a investigar.

—Lo siento, Chillido —se disculpó apartándola a un lado—, pero creí haber olido a...

—¡Sí, es té, hermanito! —exclamó Neville, levantándose, taza en mano—. Al parecer incluso el infierno puede ofrecer alguna que otra comodidad.

Los botones del uniforme de Neville relucían a la luz del fuego del hogar que su anfitrión había vuelto a encender. Por primera vez Clive se percató de que lo que ardía era carbón o algún material similar, pero no leña. En general, alardeaba de ser muy observador y detallista, y consideró como una señal de cansancio haber pasado aquello por alto. Debería haber dormido más.

Pero con el té recuperó las fuerzas de inmediato, y Horace Hamilton Smythe echó una segunda medida de la preciosa bebida en las delicadas tazas de porcelana, que tan fuera de lugar parecían en aquella ruda mesa de madera, dentro de una cueva profunda y oscura, situada en los confines de algún lugar que alguien quería hacerles creer que era el infierno.

—Casi como en casa otra vez, ¿no, mi comandante? —dijo Smythe dejando la tetera en la mesa.

—No creo que hayamos llegado tan lejos, Horace —repuso Clive—. Pero de veras que se agradece mucho, ¿no, Annabelle?

Esta escrutó interrogante el interior de su taza y frunció el entrecejo.

—Personalmente, Clive, daría lo que fuera por una Coca-cola.

Nieta o no, hacía ya tiempo que Clive había dejado de intentar descifrar todo lo que Annabelle decía. Se encogió de hombros, tomó otro delicioso sorbo y se volvió hacia Samedi, quien estaba junto al fuego, apartado del resto.

—¿Cómo se las apañó para traer esto hasta aquí? —inquirió sin bajar la taza a la mesa—. Té negro a la naranja, supongo.

—Ea, chico —respondió Samedi chascando sus delgadísimos dedos—, lo que le falte, lo consigo.

Clive tardó un segundo en comprender lo que había querido decir. El acento de Samedi era tan raro para él como el de Annabelle. Claro, ¿cómo no?: aquello era la Mazmorra.

—Pero, ¿*dónde* lo consiguió? —insistió Clive.

Samedi puso los ojos en blanco y exhibió aquella enorme sonrisa que dejaba al descubierto dientes amarillentos y encías regresivas.

—Amigos en las altas esferas, nene, y ya he dicho bastante. Pregúnteme algo que pueda responder sin ambages.

Pero Clive no estaba dispuesto a rendirse con tanta facilidad.

—¿Qué quiere decir «amigos en las altas esferas»? ¿Qué amigos? ¿Fueron los que nos proporcionaron la cena de anoche, también?

Samedi puso los brazos en jarras, se inclinó hacia adelante y con el pie dio unos golpecitos impacientes en el piso de la cueva.

—Mire, hombre. ¿Por qué no mete las narices en otra parte? ¿Qué demonios le pica? Y si le pica, se rasca y a mí me deja en paz, porque no voy a responder ninguna pregunta más, ¿lo pesca?

Clive miró desesperanzado a Annabelle.

—¿Qué ha dicho éste?

Annabelle le sonrió y engulló un último sorbo de su té.

—Va con un programa de funciones limitadas —explicó—. No más interrogantes.

Clive frunció las cejas confuso. Se volvió hacia Horace Hamilton Smythe.

—¿Qué ha dicho ésta?

Horace Hamilton Smythe se inclinó hacia adelante con aires de conspirador.

—Dicen: «Acabemos lo que queda de este excelente té y pongámonos de nuevo en marcha». —Tomó su taza y se la llevó a los labios—. Cuánto me hubiera gustado con un chorrito de brandy..., sólo para darle sabor, claro —agregó por encima del borde de la porcelana.

Clive respiró hondo y miró a Chillido, luego a Finnbogg y por último a Chang Guafe. A veces se sentía más próximo a ellos, reflexionó, que a los de su propia especie. Y esos tres eran alienígenas, después de todo. ¡Algunas veces sentía unos deseos enormes de tomar a los demás aparte y enseñarles a hablar en buen cristiano!

—Por cierto —dijo a Samedi, con algo de malhumor—, yo tengo un nombre y es Clive Folliot.

Samedi pasó por delante de él pavoneándose y contoneando las caderas.

—Clive —replicó, alargando la vocal hasta el punto de romperla—, ¿no *jive*^[7]? — Y despacio se dirigió hacia la entrada, se detuvo para colocarse el sombrero de copa en la cabeza y se volvió hacia ellos.

Enmarcado en el hueco de la entrada a la cueva, extendió el brazo, encorvó el dedo índice y salmodió:

—Vengan.

6

Ecós mortales en las colinas del infierno

Samedi los conducía por el estrecho sendero, arriba y más arriba. Por todas partes se alzaban picos escarpados como dientes rotos. A veces, el camino no era más que una cornisa de piso irregular que se ceñía a la ladera de la montaña, y los pequeños cantos rodados que, con las pisadas, tiraban por el borde, caían en unas vastas tinieblas inacabables. Otras veces, sin embargo, lo que los llevaba a través de los valles (similares a los de las tierras altas de Escocia) que reposaban entre aquellos picos, era casi como una carretera, una ancha cinta de piedra de ébano.

¿Qué colinas son ésas, tan oscuras y bajas?

Son las colinas del infierno, amor mío,

A donde tú y yo debemos ir.

Era la letra de una vieja canción popular británica que Clive no lograba sacarse de la cabeza al contemplar aquellos parajes. Algún día tendría que enseñársela a Annabelle. La cantaría de maravillas. O quizás (aquí sonrió) se la enseñaría a Finnbogg. Finnbogg le imprimiría un carácter totalmente distinto.

Volvió la cabeza para mirar a Annabelle, que se hallaba justo detrás de él en la fila india, y dos versos más le vinieron a la memoria.

Y, mientras seguían haciendo camino,

ella resplandecía con el brillo del oro.

Bien, quizás ella no era de oro, pero estaba preciosa con los pantalones vaqueros de piel rojiza, la blusa blanca y la cazadora de piel negra echada sobre un hombro. A Clive se le ocurrió que debía estar asándose en aquellas ropas, pero ella no había pronunciado ni una sola queja. Era fuerte, su nieta, y aquello lo hacía sentirse muy orgulloso.

Clive metió la mano en el interior de su camisa y sacó el diario de Neville de donde lo tenía guardado, pegado al cuerpo. Estaba caliente de su calor corporal y la cubierta estaba húmeda de sudor.

Neville afirmaba que el libro no era suyo, pero ¿podía creer en su hermano? Dio

vueltas y más vueltas al diario en las manos; con las palmas le limpiaba la humedad, y pasaba las eminencias carnosas de los pulgares por la encuadernación, como si allí pudiera encontrar alguna clave de la verdad del asunto. La letra de su interior parecía la de Neville, pero también las sospechas de Sidi tenían sentido. Aquel objeto había aparecido como por arte de magia en demasiados lugares inverosímiles.

Así pues, ¿de quién era? O, mejor dicho, ¿quién era el autor de los mensajes e instrucciones que no cesaban de aparecer en sus páginas?

Levantó la vista hacia adelante y la fijó en la espalda de su guía. Samedi había mencionado «amigos en las altas esferas». Clive intentó sopesar las implicaciones de aquella afirmación. ¿Qué amigos? ¿Debía suponer que alguien los estaba observando desde algún lugar? ¿Eran los Señores de la Mazmorra? ¿Eran esas «amistades» las autoras de las pistas del diario?

Demasiadas preguntas. Intentó dar la vuelta a sus pensamientos, formular las mismas preguntas desde otro ángulo.

¿Y si aquellas «amistades» que Samedi había mencionado no eran, en absoluto, los Señores de la Mazmorra? ¿Sería aquello indicio de otra facción en la Mazmorra? ¿Posibles aliados? ¿Quizá se estaba cocinando algo tan extraordinario como una guerra civil? ¿Y si las anotaciones del diario no eran obra de las «amistades»? ¿Y si fuerzas «enemigas» estuvieran tratando de extraviarlos y manipularlos? Con el pulgar dio una pasada rápida a las hojas. ¿Debía confiar en las anotaciones o debía tirar el maldito libro?

Los rens y los chaffris: dos nombres que había oído en un nivel anterior, los nombres de dos poderosas razas alienígenas. Casi las había olvidado hasta ahora. La gente de aquel nivel había sugerido que una de ellas la constituían los Señores de la Mazmorra y hablaba de ambas en murmullos temerosos. Pero no había sabido nada más de ninguna de las dos, y ni siquiera había vuelto a oír los nombres en ninguna otra parte. ¿Eran pues sólo los productos de una superstición local, o eran, en verdad, los arquitectos de aquel endiablado lugar? Aquellos nombres le daban vueltas y más vueltas en la cabeza mientras intentaba encontrar algún sentido a todo.

Más que nunca estaba convencido de esto: no había ido a parar a la Mazmorra por casualidad. Lo habían llevado allí deliberadamente. Y también a Neville. Y era probable que a todos los demás. Annabelle, por ejemplo: ¿podía ser una casualidad que poco después de su llegada hubiera conocido a una nieta suya de quien, de otro modo, nunca habría sabido nada?

Puso de nuevo el libro en el interior de su camisa. Lo cierto era que la cuestión se imponía sobre todas las demás y eso hacía que la cabeza le doliera con agudas punzadas.

¿Qué estaba sucediendo?

Tomó un sorbo de la cantimplora que ahora llevaba. Samedi había repartido algunas, recogidas de su despensa en la cueva. Clive tenía una y Smythe, otra. Se secó la frente con el envés de la mano y se pasó la lengua por los labios. Ya no bebería más

de la boca del ciborg o de la boca de cualquier otro. Tomó un segundo sorbo y se colgó el recipiente. El calor y los vientos abrasadores lo habían fatigado y el esfuerzo de la subida también se cobraba su cansancio. Los músculos de sus muslos le dolían y, mientras seguía dando un paso tras otro, se alegraba de la robustez de sus botas de caño alto.

¿Qué colinas son éstas, tan pálidas y altas?

*Son las colinas del cielo, amor mío,
pero no serán para ti ni para mí.*

De nuevo trató de sacarse la canción de la cabeza. Sencillamente había cosas en que pensar más importantes que las canciones populares.

Por ejemplo, Neville. ¿Qué tenía que pensar de Neville? Su hermano parecía muy callado, casi manso; no se asemejaba en nada al Neville que creía conocer. Sí: su Neville se hubiera colocado delante, junto al barón Samedi, maniobrando para dirigir él mismo la marcha, tanto si conocía el camino como si no lo conocía, en lugar de seguir con docilidad la fila desde su puesto de detrás de Annabelle. ¡Si desde el principio había esperado que Neville bregaría para quitarle el control de aquella pequeña expedición!

Clive miró hacia atrás por encima del hombro. Y una súbita sospecha lo invadió. Alzando la voz para que lo oyera, preguntó a su hermano:

—Dime, Neville, que no me acuerdo: ¿cómo se llamaba el perrito faldero de Nany?

Neville le lanzó una mirada de absoluta sorpresa.

—Vaya, pues *Tennyson*, claro. Siempre pensé que poner ese nombre al animal favorecía al viejo poeta^[8]. Pero, ¡qué cosas se te ocurren preguntarme! ¿Qué diablos te hizo pensar en ello?

Clive advirtió la expresión de alivio en el rostro de Horace Hamilton Smythe. El sargento mayor andaba detrás de su hermano. Smythe conocía la verdadera intención de la pregunta. El clon Neville con que se habían topado en el sexto nivel había sido incapaz de responder a aquella simple cuestión y por eso habían descubierto la impostura.

Pero Neville había respondido rápida y correctamente. Era difícil poner en duda, pues, que era el auténtico Neville Folliot y el hermano de Clive. Pero parecía muy cambiado, casi sumiso. Clive se mordió el labio inferior y pensó y pensó.

Poco a poco, el mundo fue quedando más silencioso. La cuasi-luz gris del perpetuo anochecer menguó hasta convertirse en una sombra más sutil y más deprimente, sin ser, no obstante, oscuridad total. Ahora las montañas se alzaban a su alrededor como gigantes amenazadores, ignorantes de los insectos que trepaban por sus faldas, y el cielo se cerraba encima de ellos como una mano a punto de aplastarlos.

Pero Samedi continuaba encabezando la marcha, sin volverse nunca atrás, como Orfeo guiando a nueve Eurídicés hacia afuera de las entrañas del Hades.

—¿Cuándo llegaremos? —preguntó Clive de súbito—. ¿Cuánto nos falta?

—Vengan —respondió Samedi, de un modo hosco y terco, alzando una flaquísima pierna y posándola en el suelo, alzando la otra y colocándola con gran cuidado, y así de modo sucesivo.

Clive se preguntó qué hora era, si era de día o de noche. Le producía gran desconcierto alzar la vista y no ver nada en el cielo; sólo tinieblas vacías, sin sol, sin luna ni estrellas, nada con lo cual pudiera medir el paso de las horas. Intentó contar los segundos en su cabeza y luego pasarlos a minutos. Fue un ejercicio vano, claro, uno de los que más lo frustró y le puso los nervios de punta.

Por primera vez se dio cuenta de su sombra y de un suave resplandor que era la causa de aquella delgada línea que se alargaba en el suelo, ante sus pies. Se volvió maravillado y algo aliviado, pues recibiría con alegría cualquier fuente de luz que pudiera repeler aquella penumbra empalagosa.

Annie le dedicó una débil sonrisa desde el interior de un halo verde pálido. Había programado el Baalbec A-nueve para dar luz, a pesar de las energías que extraería de ella si lo tenía en funcionamiento demasiado tiempo. Pero Clive pudo ver que los demás también agradecían la iluminación y no protestó. Todos sabían ya lo suficiente para dejar espacio entre ellos y Annabelle mientras el Baalbec estaba operando; y la claridad, por más tenue que fuera, les daba ánimos.

Alcanzaron la cima de un estrecho pico y descansaron allí unos momentos. A partir de aquel punto el camino descendía zigzagueando hasta un valle hundido en la niebla. Clive miró en aquella dirección, con las manos en la cintura y los labios fruncidos. Simplemente, sentía unos deseos incontrolables de gritar. Habían llegado tan lejos y les quedaba todavía tanta distancia por recorrer y lo único que divisaban era aquella monotonía... ¡aquella nada vacía, total!

Bien, ¿y por qué no?

Se puso las manos a ambos lados de la boca formando pabellón, aspiró profundamente y gritó a todo lo que le daban los pulmones. Constituyó un enorme alivio para su tensión, según decidió incluso antes de acabar de soltarlo todo.

—¡Ea, los de ahí! ¡Malditos vosotros, rens o chaffris, o quienes seáis!

—¡Díselo, Clive! —lo animó Annabelle.

—¡Muy bien, mi comandante! —murmuró Smythe aprobando—. ¡Déles lo que se merecen, a esos canallas!

Finnbogg echó la cabeza atrás y lanzó un largo y potente aullido.

Samedi se apresuró a su lado, con sus grandes ojos saltones en blanco.

—Ya está hecho, jefe. Y bien hecho. Pero ahora es mejor que tomemos las de Villadiego cuesta abajo y a toda prisa, ¡porque el picnic se ha acabado!

Y, con esto, Samedi hizo un ademán con el brazo a los demás, se caló el sombrero de copa hasta las cejas, se volvió y echó a correr pies para que os quiero.

—¡¡¡Picnic!!! —exclamó Clive con el pecho rebotante de furia y con la vista clavada en la espalda del llamado dios vudú—. ¡Qué diablos...!

Ea, los de ahí.

El volumen de la voz casi tumbó a Clive. Se llevó las manos a los oídos para protegerse del dolor en su cráneo y levantó la mirada hacia arriba, casi esperando que apareciera el propio Dios, cayendo sobre ellos con toda Su gloria.

Malditos vosotros.

Se tambaleó y cayó sobre una rodilla. Tras él, Tomás rodaba por los suelos agarrándose la cabeza. Sidi estaba sentado, doblado sobre sí mismo, con la cabeza apretada con fuerza contra las rodillas. Annabelle también se había desplomado al suelo; Smythe se inclinó hacia ella, intentando alzar la voz por encima de aquel estruendo, tratando de convencerla para que apagara su Baalbec.

Chillido, con tres de sus cuatro extremidades superiores, abrazaba a Chang Guafe, quien tenía un aspecto terrible incluso para un ciborg; Clive se preguntó a qué volumen habría tenido puestos sus sensores auditivos. Finnbogg, también, tenía aspecto de sufrir un dolor indecible. Rens o chaffris.

Neville estaba blanco como un fantasma, pero continuaba en pie. Llevándose las manos a los oídos, echó a correr a toda velocidad en persecución del fugitivo Samedi.

O quienes seáis.

Aquellas eran sus mismas palabras, su propio eco enormemente magnificado y disparado hacia ellos. Sintió que los huesos le crujían cuando la fuerza del sonido chocó de nuevo contra él.

Díselo.

Bregó para ponerse en pie. Tenía que levantarse, tenía que hacer que los demás se levantaran y se marchasen de allí. ¡Pero el dolor! Parecía que la cabeza le iba a estallar.

Clive.

Medio tropezando, medio arrastrándose, llegó hasta Annabelle. Esta había conseguido apagar el Baalbec, y Smythe la rodeaba con los brazos.

—¡Levántela! —ordenó a su anterior ordenanza. Smythe puso sus brazos bajo los de él y tirando hacia arriba la puso en pie—. ¡Corran hacia allí! —gritó Clive—. ¡Deprisa!

Sidi Bombay había oído las órdenes y se había hecho cargo de Tomás. Ayudó al español a levantarse y siguieron a los demás.

—*Não aguento mais!* —gritó Tomás, sacudiendo la cabeza con violencia, en un esfuerzo inútil para librarse del ruido—. ¡No puedo soportarlo!

—¡Cállate, cállate —le susurró Sidi Bombay—. ¡Cada sonido que haces es una bomba que rebota hacia nosotros! —Dio un puntapié a Tomás en el trasero y lo empujó montaña abajo.

Muy bien.

—¡Oh, calla...! —empezó Clive a gritar al potentísimo eco. Pero se interrumpió. Sidi tenía razón. Cualquier sonido era una amenaza mortal.

¡Chillido!, gritó en sus pensamientos, esperando que ella estuviera a la escucha.
¡Chillido! ¿Podrá apañárselas con Chang Guafe?

En respuesta, la aracnoide levantó al ciborg en sus cuatro brazos, y salió disparada correteando cuesta abajo a una velocidad asombrosa.

Aquello dejaba sólo a Finnbogg. La pobre criatura permanecía en el suelo, ovillado en una posición casi fetal, con las garras apretadas con fuerza en las orejas y soltando un grave y lastimero aullido de dolor. Entonces Clive se arrodilló junto a él, y deslizó un brazo bajo su hombro.

—¡Vamos, Finnbogg, viejo amigo! —lo apremió—. ¡Tenemos que salir de aquí! —Mantuvo su voz en un grito susurrado, con la boca tocando el rostro de Finnbogg. Y obligó al perro extraterrestre a mirarlo—. ¡Vámonos, Finnbogg!

—¡Vete! ¡Deja a Finnbogg! —gruñó Finnbogg, apartándolo de sí y tumbándolo con su poderosa pata—. ¡Áuuuu! —aulló tapándose de nuevo los oídos—. Amigo Clive hace daño a Finnbogg.

Frotándose las posaderas magulladas, Clive se arrastró de nuevo hasta Finnbogg.

—¡No soy yo, Finnbogg! —siseó, intentando mantener la voz baja—. Quiero decir: es mi voz, pero en realidad no soy yo. Es el eco. —Intentó tapar la boca de Finnbogg—. ¡Para de aullar, Finnbogg! —chilló, olvidándose de contener el volumen—. Somos todos. Cada ruido que hacemos rebota contra nosotros. ¡Ahora levanta! ¡Levántate!

Pero Finnbogg, con los lagrimones que le caían mejillas abajo, se negaba a ello.

—¡Haces mucho daño! ¡Deja a Finnbogg, amigo Clive! —Y aplicó las manos con más fuerza en los oídos, y cerró los ojos bien apretados.

Clive lanzó una maldición y, furioso, se incorporó.

—¡Muy bien, cachorro! —le soltó, sin molestarse ya en bajar la voz—. ¡Yo me voy, y tú vienes conmigo! Tápate la cabeza, si es lo que deseas. A mí me da igual. —Y a continuación agarró una pata de Finnbogg y, haciendo acopio de todas sus fuerzas para llevar a cabo la tarea, se dispuso a arrastrar a su gimiente camarada.

—¿No dejas a Finnbogg, amigo Clive? —gimoteó el hombre-perro por encima del hombro al tiempo que descubría una oreja.

—¡Ni lo pienses! —dijo Clive entre dientes a la vez que reunía todas sus fuerzas y daba otro potente tirón. El corazón le martilleaba en el pecho a causa del esfuerzo. «Dios mío —pensó—, ¿cuánto puede llegar a pesar esta criatura?»

Finnbogg se levantó de un brinco.

—¡Entonces Finnbogg *debe* irse! ¡Debe salvar al amigo Clive! —Cogió a Clive en sus enormes brazos antes de que éste pudiera emitir protesta alguna y la emprendió cuesta abajo a un trote veloz.

Ea, los de ahí, empezó de nuevo el eco.

—¡Bájame! —exigió Clive con furia—. ¡Ya soy lo bastante mayor para correr con mis propias piernas! ¡No soy un muñeco!, ¿sabes?

Pero Finnbogg se limitó a estrecharlo más y correr más deprisa.

—¡Salvar a Clive Folliot! —repetía Finnbogg jadeando—. ¡Finnbogg buen amigo! ¿Sí?

—Sí —masculló por lo bajo Clive, indefenso, decidiendo relajarse y disfrutar de la cabalgata.

Mientras descendían la cuesta a toda velocidad, el camino se iba ensanchando. Sus propias voces retumbaban en el cielo, sacudiéndoles los sentidos y asaetándoles los tímpanos con espinas y agujas. Finnbogg corría y no dejaba de aullar, por más que Clive intentase convencerlo de que aquello no hacía más que empeorar la situación.

Hacia adelante no había señal de los demás, pero Clive estaba seguro de que los encontraría en algún lugar del camino. Bajaban y bajaban hacia el valle, y la niebla que Clive había visto desde la cima ahora se levantaba a su alrededor de forma lenta pero implacable.

Era una niebla cálida y espesa que en un momento empapó sus ropas, una bruma viscosa que se arremolinaba en espesos zarcillos por el aire y encima del camino, ocultándolo. Sin embargo, tuvo el efecto de amortiguar las voces que parecían saltar incesantemente de pico a pico; las amortiguó y las apagó, de tal forma que el dolor desapareció de sus oídos. «¿Cuánto tiempo puede durar un eco allí arriba?», se preguntó Clive. Recordó para sí que aquello era la Mazmorra, no su Tierra natal. Si el volumen era tan antinatural, ¿cómo podía esperar una ley natural aplicable a la duración?

Finnbogg aminoró la marcha hasta andar al paso, pero seguía negándose a bajar a Clive. «Para él soy un muñeco —murmuró Clive para sus adentros—, o una manta de seguridad».

La bruma se convirtió en una sauna. La ropa de Clive casi chorreaba agua y el cabello se le apelmazaba en la frente. El pelo de Finnbogg, también empapado, empezaba a rizarse y a colgar en greñas. Clive casi suelta una carcajada al levantar la vista hacia el rostro de su amigo, pero se contuvo por pura educación.

No se divisaba nada delante. Incluso el camino bajo los pies de Finnbogg se había desvanecido. El aire se agitaba como algo vivo cuando Clive soltaba un suspiro o hacía ademán de apartarlo con la mano.

—Cosa asquerosa —masculló Finnbogg.

—En efecto —coincidió Clive. Abría la niebla con un movimiento del brazo, pero se volvía a cerrar, dejándole pegado en la manga un fino vapor que tardaba unos momentos en desaparecer.

Era la niebla de las historias de fantasmas de su infancia, muy exagerada en las narraciones, surrealísticamente irreal. Imposible, como todo en la Mazmorra.

—¡Epa! —exclamó Finnbogg.

De súbito Clive quedó flotando en el aire. Se volvió y se revolvió, sin saber a ciencia cierta hacia dónde estaba el suelo. Aterrizó con sus posaderas, el mismo lugar magullado con que había aterrizado antes, y soltó una exclamación.

Y lo que no se esperaba: empezó a patinar. El camino era más inclinado de lo que

había creído desde arriba y la niebla había dejado resbaladiza la lisa piedra negra. «¿Dónde acaba la cornisa? —chilló una parte de su mente—. ¿Hay una cornisa?» Apretó los talones contra el suelo para frenar su descenso, pero sólo obtuvo ínfimos resultados; por fin el talón izquierdo se enganchó por unos momentos en un saliente y empezó a dar vueltas como un trompo.

—¡Finnboooooogg! —gritó, pero la bruma absorbió el sonido con una eficacia impersonal. Extendió los brazos hacia ambos lados. No había nada en que agarrarse. ¿Qué anchura tendría el camino en ese lugar? ¿Todavía estaba en él?

De improvviso, la pendiente se allanó y Clive perdió aceleración. Rodó sobre sí mismo un par de veces más antes de detenerse, y luego permaneció quieto por un momento. El corazón le palpitaba en los oídos con el mismo estruendo producido por el eco de los picos, y esperó a que se calmara. Sólo entonces se puso en pie.

El suelo seguía siendo liso y resbaladizo y Clive se mantenía en pie con cautela, como si estuviera encima de hielo, a punto de patinar, recobrándose para estar a punto de patinar otra vez. Conservaba los brazos abiertos para ayudar a su precario equilibrio.

—¡Finnbogg! —llamó en voz baja. Luego con más fuerza—: ¡Neville! ¡Annabelle! ¡Smythe! —Esperó, a la escucha de oír alguna respuesta, y lo intentó una vez más—. ¿Hay alguien? —dijo con alguna esperanza.

Consideró unos instantes lo que debía hacer. La razón le decía que al menos Finnboogg debía hallarse cerca. Por otra parte, el peso de la criatura podía haber aumentado su aceleración y haberlo llevado mucho más lejos. Clive se rascó la cabeza y deseó haber prestado más atención a la asignatura de física durante sus años de estudiante. Pero ahora no tenía sentido arrepentirse de ello. Tenía que tomar una decisión.

Decidió ponerse a andar. Era claro que no había nadie al alcance de su voz; pero, admitió, en aquella niebla el alcance no debía ser mucho. Tampoco podía ver a nadie. Su misma mano, al final del brazo, era una visión incierta. ¡Aquella maldita nube hacía que uno confundiera un huevo con una nuez!

—¡Neville! —llamó de nuevo, y esperó respuesta.

Lo mejor era seguir gritando, decidió. Quizás alguien lo oyera si pasaba lo bastante cerca.

—¡Annabelle! —intentó esperanzado—. ¡Chillido! —Y entonces se paró. Había otra manera mejor de intentarlo. Quizá podría contactar con los pensamientos de la aracnoide si se concentraba lo suficiente. Cerró los ojos con fuerza y llamó con toda su energía mental: ¡Chillido!

No hubo respuesta por parte de nadie. Pero siguió gritando los nombres de sus amigos, esperando que en un momento u otro lo oirían y le responderían. Pero pronto empezó a preocuparse. ¿Dónde podían haber ido? ¿Era posible que estuviera solo? ¿Habría caído en otro nivel de la Mazmorra? A tientas buscó la empuñadura de su sable. ¡Gracias a Dios que todavía continuaba en posesión de un arma!

Al rato se cansó de ir bramando nombres y se puso a cantar. Aquella vieja canción popular había entrado de nuevo en su cabeza y, apenas sin darse cuenta, descubrió que ya la estaba canturreando tímidamente.

Hola, amor mío verdadero, hola.

Hola, gritaba él, hola.

Regreso de la mar salada,

sólo por tu amor.

Cuando Annabelle le dio unas palmaditas en el hombro, él se sobresaltó enormemente. No había oído ni pasos ni aliento ni nada que le advirtiese de su proximidad. Aparte de su canción, nada, claro.

—Creo que el talento lo he heredado de la abuela —dijo ella con una sonrisa.

Clive la abrazó de inmediato.

—¡Annie! —exclamó—. ¡Annabelle, gracias a Dios! —La estrechó con fuerza entre los brazos y soltó un suspiro de alivio. Y admitió para sus adentros lo mucho que le había asustado haberse quedado solo. Ahora que ya no lo estaba, era fácil admitirlo.

—En realidad aquello dio un nuevo sentido a la advertencia de Miranda, ¿no?

Clive miró en sus ojos, reticente a soltarla.

—¿Qué es eso?

—La advertencia de Miranda —repitió ella señalando con un dedo hacia las alturas—. Allí arriba, en el pico. Ya sabes: «Todo lo que diga puede ser utilizado en contra suya».

—Oh —respondió él sin comprender. Pero se percató, por el tono de ella, de que era una especie de broma—. Sí, es gracioso. ¿No estaba el sargento Smythe contigo?

Annabelle se libró de su abrazo.

—Bien, no te partas de risa con lo que te voy a contar —advirtió—. Nos separamos. Bajamos por el camino esquiendo, o algo por el estilo. Un endiablado descenso, no quieras saberlo... ¿No viniste por la misma ruta?

—Sí, la misma ruta —le aseguró, frotándose el trasero. Aún lo sentía dolorido a través de los pantalones caqui. Ella soltó unas risitas y se frotó el suyo también, aunque la ropa de piel le había proporcionado más protección. La risa de Annabelle levantó los ánimos de Clive. Si ellos se habían encontrado, también podían encontrar a los demás.

Clive le cogió la mano y se la apretó con firmeza.

—No te sueltes —le avisó—. Tenemos que encontrar al resto.

—¿Me enseñarás la canción? —suplicó ella—. En realidad no lo hacías tan mal.

Él sonrió y la empezó desde el principio. Era mejor que ir gritando nombres, y más divertido, y Annabelle era una aprendiz adelantada. Cantaron juntos apartando la niebla con el poder de sus voces.

Las hijas

—¡Clive!

—¡Neville!

—¡Comandante Folliot! ¡Mi comandante!

Las voces de sus amigos llegaban a ellos como desde muy lejos, como meros susurros fantasmagóricos que flotaban en la niebla. Clive y Annabelle, esperanzados, respondieron a gritos, pero las voces se desvanecían sin haber obtenido respuesta.

Clive imaginaba a todos sus camaradas errando perdidos, tanteando a ciegas en su busca mutua, incapaces de ver a través de la densísima bruma que llenaba aquel valle entre montañas. Se preguntaba cuánto tiempo habían estado separados y cómo se volverían a encontrar, si alguna vez se levantaba la niebla. Se sentía como una sombra en el Tártaro griego.

Annabelle dio un apretón a su mano.

—Vuelve a entonarla, Clive —dijo.

Pero él ya no se sentía con ganas de cantar más. Habían repetido la misma canción popular tres veces, hasta que ella la hubo aprendido bien. Cantar les había mantenido el ánimo a flote durante un tiempo mientras buscaban a sus amigos. Pero, al cabo, las palabras habían empezado a punzarlo, a escocerle en su interior, y Clive había parado.

Habían perdido el camino, estaba seguro. Sentían que la superficie bajo sus pies era blanda y polvorienta, como cenizas. El camino era de piedra dura y lisa, como basalto. Sin duda, los demás también debían haberse extraviado. En aquellos momentos podían hallarse en cualquier extremo del valle.

De todas formas, ¡maldito Samedi!, ¿por qué no les había advertido de lo peligroso que era el eco en la cima del pico? ¿Por qué no les había avisado de aquel valle? ¿Dónde estaba?

—Annie —dijo, usando la forma familiar de su nombre, con toda probabilidad porque tenía a Finnbogg en mente—, ¿cuánta luz puedes obtener del Baalbec?

—No lo sé, Clive. Nunca necesité gastarla toda. El límite depende del calor corporal que tenga acumulado. Pero no temo probarlo. Vamos allá. Agarra bien mi mano y no rompas el aparejamiento. De esta forma no vas a recibir ninguna sacudida.

Con su mano izquierda le cogió la derecha y se puso a apretar los implantes de su antebrazo izquierdo. Poco a poco ambos empezaron a resplandecer con una suave luz

verdosa. Cuando el resplandor comenzó a formarse y a brillar, Clive pudo sentir el pulso de Annabelle bajo su piel. La muchacha levantó los ojos hacia él y sus miradas se encontraron. Clive esbozó una leve sonrisa y la luz bregó por abrirse paso entre la niebla.

Pero la niebla no hacía más que reflejarles su misma luz. Cuanto más brillaban, peor era su visibilidad.

—Olvídalo —dijo él fastidiado. Ella podría haber continuado alumbrando y ser de este modo un faro para los demás, pero Clive no tenía garantías de que ellos pudieran ver la luz, y el coste en las energías de Annabelle sería demasiado elevado—. Apágalo —ordenó con firmeza cuando se percató de que ella estaba considerando la misma idea; y el resplandor se desvaneció de modo gradual.

—¡Inglés!

¡Ese era Sidi Bombay! Clive se volvió como un rayo en la dirección de la voz arrastrando a Annabelle consigo.

—¡Sidi! —llamó—. ¡Por aquí! ¡Annabelle está conmigo! —Buscó palpando en la niebla con las manos extendidas hacia adelante. Pero, si Sidi lo había oído, no daba signos de ello. De nuevo oyeron el grito de «¡inglés!», pero más lejos.

—¡Me muero de calor con estas ropas! —se quejó Annabelle, muy melodramática—. Estoy segura de que mis pantalones podrían andar solos.

—Entonces no te los saques, por favor —refunfuñó Clive—. Lo último que nos faltaría ahora sería otra forma animada extraviada por estas tinieblas.

Su nieta le dio un codazo afectuoso en las costillas.

—Ten cuidado, abuelito. Estás desarrollando el sentido del humor.

—Ahora mismo preferiría un sentido más útil —repuso irritado—. Hablando de sentidos, ¿dónde está Chang Guafe? ¿No debería ser capaz de localizarnos por medio de nuestro calor corporal? ¿Cómo lo llamáis, eso?

—Rayos infrarrojos —le respondió—. Pero no lo sé. Quizás esta bruma caliente interfiera en sus receptores. Es como una sauna. Debemos de estar a más de treinta y ocho grados.

Clive se detuvo, suspiró, y se mordió el labio.

—Ya no sé si debemos continuar andando o permanecer en un sitio. Puede que nos estemos alejando más y más del camino.

Clive aguardó, esperando que ella opinara algo, pero Annabelle guardaba silencio. Clive quería darle una patada a algo. En la Mazmorra todavía no había pasado por una situación de la que no hubiera podido salir, por medio del ingenio o de la fuerza, pero aquella maldita bruma lo tenía atascado. ¡Nunca había visto nada igual! Ahora todos sus amigos estaban separados, y era posible que en peligro, y él tenía la culpa. A causa de su capricho infantil en el pico se encontraban en aquella penosa situación. Casi bastaba para arrancarle otro grito.

Entonces la niebla se abrió y les mostró una silueta que avanzaba hacia ellos. Al principio era una sombra, apenas una forma oscura en la bruma. Se les acercaba

lentamente, y con un objeto de trapo en un brazo y el otro extendido hacia ellos.

Clive creyó reconocer la silueta.

—¿Neville? —llamó titubeante—. ¿Eres tú?

Annabelle apretó la mano de Clive con fuerza.

Neville Folliot salió de la niebla. Tenía la expresión de un cadáver. Sus ojos miraban al vacío y la boca le colgaba abierta. Profundas arrugas le surcaban el entrecejo, e hilillos de sudor y humedad le descendían rostro abajo. Se había quitado la chaqueta de su uniforme y la llevaba en el brazo izquierdo. Llevaba las mangas de puños de encaje arremangadas por encima del codo, y se había desabrochado la camisa blanca hasta la cintura de sus pantalones.

Al verlos por fin, recompuso sus facciones. Desarrugó el ceño y el brillo vital volvió a sus ojos. Sonrió de repente y fue a estrechar la mano de su hermano.

—¡Clive! —exclamó—. ¡Dios mío, qué contento estoy de verte! Contento de ver a quien sea. ¡Y observo que has encontrado a Annabelle!

—En realidad fue ella quien me encontró a mí —admitió Clive, retirando la mano con frialdad, frunciendo el entrecejo ante el aspecto de su hermano. El mismo Clive tenía los pantalones empapados de sudor y la camisa se le pegaba incómodamente al pecho y a la espalda, pero no se había exhibido con tanta impudicia. Se sentía violento por Annabelle, aunque a ella parecía no importarle lo más mínimo—. ¿Has encontrado a alguien más? —prosiguió—. ¿Qué les ha ocurrido a los demás?

Neville se limpió los ojos con la manga y los miró fijamente, uno después de otro.

—No tengo ni la más nebulosa idea, ya perdonarán mi expresión, estoy seguro. Parece que he estado deambulando por ahí durante horas. He gritado hasta quedarme ronco. —Se pasó la mano por debajo del mentón—. Creo que todavía me duele algo la garganta. Esto es peor que el jodido barrio portuario, por poner un ejemplo.

—¡Cuida tu lenguaje, grosero! —espetó Clive. Pero tuvo que estar de acuerdo en que ni Londres se podía comparar con aquello—. Cógete de la mano de Annabelle —le indicó a su hermano—. No nos volvamos a separar.

—Mi más encantadora pariente —dijo Neville llevándose la mano de Annabelle a los labios. Le depositó un delicado beso en los nudillos, le guiñó el ojo y le sonrió.

—Eres el pariente más fastidioso, pero pariente, al fin y al cabo —respondió Annabelle en su mejor, más ceremonioso y más exagerado acento inglés. Cuando tuvo un hermano a cada lado, se soltó las manos y enlazó sus brazos con los de ellos—. Ahora —proclamó—, vamos a ver al mago.

Clive y Neville se miraron extrañados por encima de la cabeza de ella y se encogieron de hombros al mismo tiempo.

—¿Quién sabe? Tal vez haya uno de verdad ahí abajo.

«Bien», pensó Clive. «Ahora somos tres.» Tres ahí y seis más por encontrar. Siete, si se contaba a Samedi. Avanzaban despacio, escudriñando en la bruma en busca de sombras y siluetas, azuzando el oído, a la escucha de voces. De vez en cuando gritaban un nombre y esperaban una respuesta. Pero los únicos sonidos que oían eran el suave

frotar de sus propios pasos contra el suelo.

Clive empezó a sentir que la cabeza se le iba. Se secó el sudor de los ojos, del rostro. Sabía que estaba perdiendo humedad con mucha rapidez, que se deshidratava en el constante e implacable calor. Volvió a coger su cantimplora, dio un sorbo y la ofreció a sus compañeros, que también bebieron. Al tirar Annabelle la cabeza hacia atrás, echó un vistazo a su hermano. Sus miradas se encontraron y el mensaje se transmitió entre ellos. También Neville sabía que estaban en una situación apurada.

—¿Habéis oído eso? —preguntó Annabelle de repente, devolviendo la cantimplora a Clive.

—¿Oído qué? —respondió éste—. No he oído nada.

—Esperad —dijo Neville alzando una mano—. Me parece que...

Quedaron paralizados, poniendo toda la atención en escuchar, y otra vez llegó el sonido, como un sollozo lastimero. Aquel tenue sonido que salía de la niebla les produjo un escalofrío en el espinazo. No había error posible: era la vocecita de una niña, una vocecita débil e incierta, temerosa. Y la única palabra que decía era:

—¿Mamaíta?

Annabelle desenlazó su brazo del de Clive y se llevó la mano a la boca. Miraba fijamente a la niebla, con los ojos desorbitados y brillantes de duda y de horror. Temblaba, se encogía. Recogía los codos en las costillas, levantaba y bajaba los hombros. Apretaba las rodillas una contra otra. Se mordía la punta de un dedo. Al final se inmovilizó.

—¿Amanda? —Fue un suave susurro que la bruma pronto tragó.

—No seas tonta, Annabelle —empezó Clive—. No puede...

Annabelle se inclinó hacia adelante en un esfuerzo desesperado por ver algo a través de la espesa cortina de niebla.

—¿Amanda? —repitió, en voz más fuerte, más segura.

—¿Mamaíta?

Quizá provenía de más adelante, pensó Clive sin estar muy seguro, pero, antes de que pudiera hacer nada, Annabelle soltó bruscamente su brazo del de Neville y arrancó a correr hacia el sonido, gritando:

—¿Amanda, hija! ¡Estoy aquí, Amanda!

—¡No la pierdas! —gritó Clive a su hermano, intentando por todos los medios mantener el contacto visual con su tataranieta. Una vaga silueta, una sombra fugitiva, era lo único que podía seguir, y la bruma parecía dispuesta a ocultar incluso aquello.

Neville lo adelantó. Siempre había sido mejor corredor que él, tanto en carreras llanas como de obstáculos. Pronto alcanzó a Annabelle, y la tumbó al suelo agarrándola de una manera muy poco caballeresca. Durante un instante desaparecieron en la bruma, que se cerró sobre ellos como un manto, y el corazón de Clive se detuvo por un segundo. Pero enseguida estuvieron de nuevo en pie, riñendo y peleando. Una de las sombras dio una patada a la otra gritando furiosamente con la voz de Annabelle. Las demás maldiciones guturales eran, sin lugar a dudas, de Neville.

—¡Amanda! ¡Amanda! —chillaba Annabelle en plena crisis nerviosa pataleando y magullando a puntapiés las espinillas de Neville. Este la tenía agarrada por las muñecas con total firmeza, dispuesto a no dejar que accionara su Baalbec A-nueve. Ya había probado sus efectos.

—Dispense, madame —dijo de pronto, cuando Clive ya los alcanzaba. Soltó la mano izquierda de Annabelle, pero sólo los instantes necesarios para levantar la suya y atizarle un tortazo que la tumbó al suelo.

—¡Neville! —gritó Clive fuera de sí—. ¡Maldito seas, Neville!

Ambos se arrodillaron junto a ella, y ella se incorporó despacio y se sentó. Clive reparó en que Neville tenía mucho cuidado de no soltar la mano que podría activar la unidad de autodefensa, atento a detenerla si intentaba utilizarla.

—No eran tus espinillas las que recibían las patadas, hermanito —explicó Neville sin intención de disculparse—. Además es una chica muy fuerte. De la manera como se debatía, pronto se hubiera soltado y hubiera puesto en marcha el aparato. ¿Dónde estaríamos ahora nosotros? Bien, te diré dónde estaría ella: corriendo desbocada por ese caldo.

Odiaba tener que admitirlo, pero Neville tenía razón. Si Annabelle hubiera utilizado el Baalbec no habrían sido capaces de tocarla y en sólo cuestión de segundos la habrían perdido. Con un brazo la cogió por los hombros y se acercó a ella para examinarla. En su mejilla izquierda, allí donde Neville había golpeado, un cardenal estaba haciendo su aparición.

Annabelle miró a Clive con los ojos llenos de lágrimas.

—Estoy segura de que era Amanda —murmuró con voz débil—. ¡La oí, conozco su voz!

Clive la estrechó con fuerza entre sus brazos. Percibió los temblores de su cuerpo; mientras, sus ojos no dejaban de lanzar miradas frenéticas a su alrededor. Annabelle hincó una mano en el hombro de Clive, apretó su cara contra la de él y lloró. Neville le soltó la muñeca y se sentó con un suspiro, cruzando las piernas debajo de sí. Clive miraba a su hermano y mecía a Annabelle en su abrazo, esperando a que se le pasara la dolorosa emoción. Quería decirle que saldrían de allí, que encontrarían su camino de vuelta a casa, donde Amanda estaría aguardándola. Pero ya ni él mismo estaba seguro de ello y no quería mentirle. Así pues, la envolvía con sus brazos, pretendiendo ser fuerte, y se quedaba callado. Si no decía nada, nadie oiría el temblor dudoso de su voz.

—¿Mamaíta?

Sintió que el cuerpo de Annabelle se estremecía y miraba con avidez a su alrededor. Neville se puso en pie de un salto, con el sable medio desenvainado, escrutando la sombra que emergía de la niebla.

La niña debía de tener cuatro años, no más. El pelo oscuro y lustroso le colgaba en los hombros y le tapaba parcialmente los ojos húmedos y centelleantes, que miraban desorbitados. Su cuerpecito desnudo brillaba con palidez en el cambiante vapor. La

niña extendió una mano rellenita, de dedos rechonchos, hacia Annabelle. Annabelle gritó de alegría.

—¡Es Amanda! —dijo a Clive apartándolo de un empujón para ir al encuentro de su hija—. ¡Te dije que conocía su voz!

—¡Mamaíta! —repitió la niña. Pero, cuando Annabelle se disponía a rodearla con su abrazo, Amanda emitió un bufido como el de un gato furioso. Y, con la manita regordita que había mantenido escondida tras su espalda en lo que parecía una postura de timidez infantil, de un zarpazo abrió la garganta de su madre.

Annabelle soltó un aullido y cayó de espaldas y la sangre brotó negra de entre los dedos de la mano que agarraba la herida. Amanda saltó encima de su madre, escupiendo y silbando como una pequeña bestia furiosa. Una y otra vez aquellas pequeñas garras la herían, mientras Annabelle gritaba y se revolcaba por los suelos intentando protegerse el rostro.

Luego Neville agarró a la niña desde atrás. Ésta le escupió, emitió un terrible bufido felino, le arañó los brazos desnudos y también trató de darle patadas. Neville la sacudió violentamente en un intento de frenar su ataque, pero ella continuó escupiendo y dando zarpazos. La sangre corrió espesa por sus mangas subidas y le empapó la camisa. Al final, Neville soltó un colérico bramido y lanzó a la criatura lejos de sí.

—¡Lo siento! —le dijo Clive al acercarse a él, con el corazón martillándole con gran violencia en el pecho—. Estaba demasiado aturdido para hacer algo. No podía moverme. ¡Era una niña! —Agarró la empuñadura de su sable y escrutó en la niebla. No había señal de la niña, si es que niña era.

Neville gimoteó y se desplomó de rodillas, extendiendo los brazos flácidos ante sí y soltando una retahíla de maldiciones y juramentos. Clive intentó examinarle las heridas, temeroso de que tuviera alguna arteria abierta. Pero Neville lo apartó con un gruñido.

—¡Ve a examinar a Annabelle! —ordenó—. La maldita bestia la alcanzó en la garganta.

Annabelle sollozaba tendida en el suelo, acurrucada en una posición fetal que a Clive le costó mucho tiempo y esfuerzo deshacer. Sus brazos y sus hombros eran una ensangrentada masa de arañazos. Clive sintió que se le encogían las entrañas y que los ojos se le llenaban de lágrimas. Pero se las limpió y desgarró un pedazo de su camisa caqui, que dobló haciendo una útil compresa. Cuatro rajadas melladas bombeaban sangre en el lado derecho del cuello de Annabelle. Clive empapó la compresa con agua de su cantimplora y se la aplicó en la garganta, sin dejar de llorar. Annabelle gimió y se estremeció al contacto de la tela, pero Clive la mantuvo apretada contra la carne.

Neville se arrastró hasta ellos.

—Déjame ver —dijo, y Clive levantó una esquina de la compresa—. Bien. —Clive le lanzó una mirada que interrogaba cómo podía estar bien una herida semejante, y

Neville se lo explicó—: La arteria carótida está aquí. —Y con un dedo trazó una línea de arriba abajo en el costado de su propio cuello. Clive volvió a mirar debajo de la compresa y advirtió que los desgarros se habían detenido antes de llegar a ella, sólo por un pelo—. Va a lucir un bonito collar de cicatrices, hermanito..., si tú no la asfixias antes.

Clive frunció el entrecejo y disminuyó la presión. La herida apenas sangraba ya. Echó más agua de la cantimplora al pedazo de tela de su camisa y trató de lavarle las otras heridas. Gracias a Dios, Annabelle parecía haberse desmayado. Ya no se resistió, ni ayudó, más que si fuera una muñeca, a los trabajos de Clive. Cuando éste ya no pudo hacer nada más por ella, se volvió hacia Neville con el agua y el pedazo de tela.

Fue entonces cuando oyeron otro sonido, algo más familiar: el batir de unas grandes alas membranosas. Codo con codo, los hermanos levantaron la vista hacia Philo B. Goode, que ahora se hacía llamar Belcebú y que descendía ante ellos. Parecía tener ya el tobillo perfectamente curado; ni siquiera había rastro alguno de los de los colmillos de Finnbogg en su carne.

En sus brazos mecía a la niña monstruo que los había atacado.

Annabelle se sentó.

—Tiene a Amanda —dijo llena de dolor.

—Aquello no es Amada —le repuso Neville con firmeza, aún de rodillas y sin dejar de mirar a Goode.

Clive se pasó la lengua por los labios al darse cuenta de la mirada que intercambiaban Neville y Goode.

—Desde que nos encontramos nunca se me había ocurrido preguntártelo —aventuró Clive—, pero ¿no os conocíais ya?

—Me jugó una mala pasada, en África —explicó Neville, sin apartar ni un momento la mirada de su enemigo alado—. Me pasó una nota de una tal lady Baker, esposa de un tal lord Samuel Baker^[9], de quien ya debes de haber oído hablar. Son gente de sociedad, y un matrimonio encantador, de veras. Estaban disfrutando de un safari en la zona de Bukoba y los conocí por casualidad. De cualquier forma, la nota invitaba a... hem, una relación amorosa, a la cual yo respondí en persona. Lord Baker nos descubrió y lo tomó como una gran afrenta, aunque te puedo asegurar que nada inconveniente sucedió. Pero podría haber sucedido... —añadió guiñando el ojo a Clive— si hubiéramos tenido más tiempo y una botella de buen brandy. La nota, innecesario es decirlo, fue una broma de mal gusto, uno de los trucos de este tiparraco. Asuntos de los que sabe bastante.

Clive fijó una mirada escrutadora en su hermano.

—¿Has tenido otros tratos con él?

Neville se encogió de hombros.

—Lo conocí en una taberna portuaria al desembarcar en Zanzíbar, y jugamos unas cuantas manos a las cartas. Unos sujetos nos robaron en un callejón después de las partidas. Me quitaron todo el dinero, sí, me lo quitaron todo. —Neville cabeceaba

en dirección a Goode, quien escuchaba con gran paciencia y con una enorme sonrisa en los labios—. Entonces, este individuo me ayudó a obtener las provisiones..., hem, cargando las facturas a ciertos ricos personajes.

—¿Cómo el sultán Seyyid Majid ben Said? —insinuó

Clive, recordando un extraño episodio de su propia estancia en Zanzíbar.

Neville se volvió a encoger de hombros.

—Y también unos cuantos parientes suyos. ¿Conociste al amigo?

Clive puso los ojos en blanco y se volvió hacia Philo B. Goode.

—Tiene usted mejor aspecto en esta encarnación —dijo—. Le sienta bien.

Antes de que Goode pudiera responder, Annabelle se dio una palmada en la frente.

—¡Fallo del sistema! Temporalmente fuera del sistema de datos. ¡Yo también lo conozco! —exclamó lanzando un dedo acusador hacia el demonio—. ¿No eras un técnico en la gira de mi banda? ¡Pues claro, ya lo recuerdo, cabronazo! ¡Preparaste el equipo para la actuación de Picadilly!

Philo B. Goode batió sus alas agitando vapores y provocando remolinos en la niebla a la par que echaba la cabeza atrás y estallaba en carcajadas.

—¡Ah, mi querida señorita Leigh! —reconoció Goode. Se lamió los labios y se pasó la lengua por las puntas de los colmillos mientras la miraba maliciosamente—. Soy hombre de muchos lugares y de muchas épocas. Pero dígame ahora: ¿le ha gustado el animalito de compañía? —Dio la vuelta a la criatura que tenía en los brazos. La cosa-Amanda arqueó la espalda y soltó un gruñido ronco cuando Goode le pasó la mano por el espinazo.

—¡Mamaíta! —dijo la criatura, pero no había nada humano en aquella voz.

—¡Cabrón! —murmuró Annabelle, apenas incapaz de controlar su ira.

Philo B. Goode chasqueó la lengua varias veces.

—Oh, oh, señorita Leigh, qué vocabulario. ¿Qué van a pensar su abuelo y su tío abuelo?

—Bien, yo, por mi parte, creo que tiene toda la razón —replicó Neville con acritud.

—Déjala en paz, Goode —amenazó Clive con voz contenida, poniéndose lentamente en pie y llevando la mano a la empuñadura del sable.

—¿Dejarla en paz? —De nuevo Goode rió, flexionando las alas, removiendo la bruma y enviándoles olas de calor húmedo. Continuó acariciando y rascando a la criatura-Amanda que tenía en el brazo, casi de una manera obscena—. Mi querido comandante Clive Folliot, ¿no lo comprende? Ha sido un error de cálculo lo que los ha traído aquí, un error que tengo intención de subsanar. —Su mirada felina pasó de Clive a Neville, y de nuevo volvió a relamerse los colmillos—. Y usted, comandante Neville Folliot, ¡qué tremenda decepción! Apenas un pasatiempo. Su pobre hermanito, a quien en ocasión de conocernos describió como «inepto y poco agraciado» ha demostrado ser mucho más que un reto.

Clive miró de soslayo a Neville y arqueó una ceja.

—¿Inepto y poco agraciado?

Neville se encogió de hombros e inclinó la cabeza a un lado expresando resignación.

—Por la boca muere el pez. —Fue lo más aproximado a una disculpa que Clive había recibido alguna vez de parte suya. Philo B. Goode despegó de un salto. Sus alas batieron a un poderoso ritmo y pronto planeó por encima de sus cabezas, con su precioso animalito aún en brazos—. Es jaque mate, Clive Folliot. Incluso con la compañía de sus amigos, nunca ha tenido realmente suficientes piezas para acabar la partida.

—Piense lo que quiera, Goode —replicó Clive desenvainando el sable—, pero esto no es ningún juego.

—¡Oh, sí lo es, comandante! —bramó Goode, riendo a grandes carcajadas—. Y tengo una provisión inagotable de peones.

Y, sin más aviso, Philo B. Goode lanzó la bestia-Amanda al rostro de Clive. Esta cayó hacia él chillando y siseando, buscándole los ojos con las garras.

Clive se percató de la maniobra con suficiente antelación y acabó de sacar su arma. No obstante, continuaba siendo el rostro de una niña lo que veía en aquel monstruo y no tenía las fuerzas necesarias para ensartarla. En el último instante posible, la esquivó. El animal soltó un furioso grito, se revolvió en el aire y aterrizó de pie. Sin mediar un segundo, volvió a saltar hacia él. Clive alzó el brazo izquierdo a modo de escudo, y las zarpas se hundieron en su carne después de desgarrar la manga caqui. Soltando un alarido de dolor, lanzó la criatura lejos de sí de una sacudida.

Arriba, Philo B. Goode se carcajeaba con gran regocijo y estruendo. Entonces, de las profundidades de la bruma empezaron a emerger más sombras, escupiendo y siseando, y todas eran criaturas-Amanda, todas idénticas, todas con las afiladas zarpas extendidas. Clive contempló petrificado, horrorizado, cómo decenas de niñas pequeñas, todas parecidas a Annabelle, arremetían contra ellos desde la niebla.

Annabelle emitió un chillido de odio y de consternación.

Las niñas se lanzaban hacia ellos en una ola arrolladora, arañando y rasgando, mordiendo como animalitos. Clive descubrió que su propio código moral lo traicionaba. Empujaba y daba patadas a sus pequeños atacantes, pero sin convicción. No tenía fuerzas suficientes para utilizar el sable.

—¡No seas tan blando, hermanito! —le gritó Neville; pero, antes de que éste pudiera poner su propia hoja al ataque, una de las pequeñas bestias dio un brinco y le hundió los dientes en la muñeca. Neville gritó y dejó caer la espada antes de que pudiera librarse del animal.

Clive oyó los gemidos de Annabelle y vio que se revolcaba por el suelo bajo el peso de media docena de animales-Amanda. Annabelle no las golpeaba, ni siquiera las empujaba para apartarlas de sí. Tan sólo intentaba protegerse el rostro y la cabeza de los diminutos puños que la aporreaban y de las minúsculas garras que le arañaban la

piel.

De pronto, Clive retrocedió y cayó bajo el carnicero ataque. Los felinos le arrancaban el pelo, le lanzaban zarpazos a los ojos, le clavaban los diente-cillos en el cuello. Sin saber cómo, había perdido el sable. Con un furioso bramido, abrió el brazo con violencia y arrojó por los aires a sus enemigos, pero otros tomaron su lugar antes de que él pudiera recobrar el aliento. Fuera de sí, chillaba de dolor y con el brazo intentaba protegerse los ojos.

Entonces, por primera vez, oyó el Baalbec. Sonó una segunda y una tercera vez. ¡Annabelle estaba contraatacando! Sabía lo que debía haberle costado tomar aquella decisión, pues recordaba lo mal que él se había sentido al enfrentarse y matar al clon Neville en el sexto nivel. Pero aquéllas eran sus hijas..., es decir, criaturas que se parecían a su hija. Sin embargo, el precio emocional...

De un tirón liberó un brazo, agarró el pelo del animal que se hallaba más próximo a su rostro y le echó brutalmente la cabeza hacia atrás. La bestia soltó un alarido de agonía; Clive la lanzó a lo lejos y buscó la otra que tomaba su lugar. Pegó, golpeó, aporreó con los puños, los codos, con cualquier parte de su cuerpo que pudo liberar, y consiguió incorporarse y sentarse.

Un montón de cuerpecitos inertes iba creciendo alrededor de Annabelle. Lo único que había tenido que hacer había sido activar el Baalbec. Los animalitos hacían el resto. Se lanzaban inconscientes a ella, asalto tras asalto, y entraban en contacto con su campo eléctrico. El sonido del azote energético llenaba los oídos de Clive.

Neville se hallaba detrás de Annabelle, golpeando a diestro y siniestro como un demente absoluto. El mismo gruñía como un animal, y su rostro tenía una expresión bestial. Le habían arrancado la camisa del cuerpo y los pantalones le colgaban a tiras. Mientras Clive lo estaba observando, levantó a una niña, le rompió la columna vertebral de un rodillazo y la lanzó a los lejos con todas sus fuerzas.

Philo B. Goode estalló en aplausos entusiásticos.

—¡Oh, es delicioso! ¿No ha sido especial para usted, como le prometí, Annabelle Leigh?

—¡Monstruo! —lo insultó rabiosa Annabelle, amenazándolo con el puño. Los implantes del Baalbec relucieron con una mezcla de sangre y sudor en su brazo desnudo levantado—. ¿Crees que esto es un juego? ¿Que puedes jugar con nosotros impunemente? —La histeria encendía sus ojos. Cinco Amandas más embistieron contra ella, chillando, y salieron despedidas hacia atrás, retorciéndose y estremeciéndose antes de derrumbarse inconscientes.

Goode se carcajeaba con las manos en la barriga. Más y más de sus animalitos de compañía salían en enjambre de la niebla y arremetían contra Annabelle. Las sacudidas del Baalbec producían un chisporroteo incesante, mientras los animales seguían llegando a ella.

Pero ahora Annabelle hizo caso omiso de las bestias. Miró fijamente, con furia, a Philo B. Goode, y se abrió paso entre las niñas hasta llegar ante él.

—¡Cabronazo mal nacido! —tronó—. ¡Voy a hacer trizas tu jodido programa!

Con la mano derecha apretó sus implantes.

La exclamación de horror de Clive murió antes de ser pronunciada, pues, ante la súbita descarga eléctrica, cada centímetro de su piel se estremeció y cada músculo de su cuerpo se convulsionó. Cayó desplomado al suelo, pero los cuerpos de varios animales-Amanda que habían sucumbido ante la misma fuerza amortiguaron su golpe.

El pecho le ardía, pero no perdió el conocimiento: vio la expresión de Goode cuando la fuerza lo azotó a él también. Las inmensas alas membranosas se abrieron y se cerraron bruscamente y Philo B. Goode cayó como una piedra, estupefacto.

Annabelle recogió el sable de Neville y con calma histérica se acercó a la forma inerte de su verdugo. Clive recuperó el suficiente control de sus músculos para incorporarse en un codo, pero nada más. No había manera de evitar que Annabelle hiciera lo que estaba decidida a hacer.

Annabelle colocó la punta de la hoja en el corazón de Goode; un gemido salió de los labios de éste. Y ella, mientras se apoyaba con todo su peso en el sable, dijo entre dientes:

—¡Encaja ésta en tu disco duro, hijoputa!

Goode soltó un agudo suspiro de dolor. Levantó la cabeza del suelo, pero le volvió a caer sin fuerzas.

—¡Estúpida! —susurró con los dientes apretados—. El juego continúa. Yo sólo soy el lacayo que anuncia la llegada del amo. —Otro largo suspiro se escapó de sus labios y, con él, la vida.

Annabelle miraba a Goode desde su posición erguida. Con movimientos lentos, soltó el sable y contempló su mano. Luego se volvió y fijó la vista, horrorizada, en los cuerpecitos que tanto se parecían a su hija. Se mordió el labio, soltó el más lastimero de los sollozos y se desmoronó en el suelo, desfallecida.

El barquero inesperado

—No creí que su campo energético pudiera alcanzar tal distancia —comentó Neville algo preocupado.

—Ni yo —acordó Clive con voz lúgubre, inclinándose hacia Annabelle—. Su piel está fría como el hielo.

Clive tenía todos los músculos de su cuerpo ardientes y adoloridos, pero a pesar de eso se puso a frotarla con toda la intensidad de que fue capaz. Neville se añadió a la tarea. La cálida bruma debería también ayudar a que su cuerpo recuperara la temperatura..., si no era demasiado tarde. Una descarga de poder tan tremenda tenía que haberle causado un terrible agotamiento en el sistema.

—Gracias a Dios que el artilugio se desconecta solo —musitó Neville sin dejar su tarea—. Debe de haber algún mecanismo de seguridad, un punto de interrupción automática.

Clive frotaba la mano izquierda de Annabelle, pero, al advertir la mancha de sangre que se extendía en su pálida piel (era la propia sangre de Clive que corría por la parte inferior de su brazo y le caía en la palma), se retrajo horrorizado. Bien, ahora no podía preocuparse de sus propias heridas. Neville y él estaban marcados y lacerados con arañazos y cortes. Y también Annabelle. Pero, en aquellos momentos, nada podía hacer por las heridas.

Apoyó un costado de la cabeza en el pecho de Annabelle y escuchó su corazón.

—Palpita, pero con debilidad.

—Sácate la camisa, Clive, o lo que queda de ella. Tenemos que abrirla.

Clive se quitó la prenda hecha trizas y la extendió encima del pecho y de los hombros de Annabelle lo mejor que pudo; luego se sentó en cuclillas y miró a su hermano. Neville estaba casi desnudo. Sólo le quedaban las botas y unos restos, estratégicos, de pantalones. Su carne era un encaje hecho de hilillos de sangre; su pelo rabio, una maraña ensangrentada de greñas y mechones apelmazados. En conjunto parecía un hombre salvaje. Quizá no fuera una descripción muy incorrecta, se dijo al recordar la visión de su hermano fustigando a sus atacantes a diestro y a siniestro y rugiendo como una bestia. No era una visión placentera.

Neville también se sentó en cuclillas.

—Bueno, ahora depende de ella —anunció—. El aire es lo suficientemente cálido para subirle la temperatura con rapidez. —Cogió el brazo en que tenía implantados

los controles del Baalbec A-nueve y lo sostuvo con cuidado—. A menos que esta maldita cosa le haya causado algún daño que ignoramos.

Entonces los gemelos se contemplaron; sus miradas se trabaron, se detuvieron una en la otra. En aquellas miradas no había nada de desafío. Era una exploración mutua a un nivel muy sutil. Clive pensaba que conocía a Neville. Pero no estaba seguro de conocer al hombre que tenía ante sí. Clive había creído odiar a Neville. Pero no sabía en absoluto si odiaba a aquel hombre. Clive había creído envidiar a Neville. Pero no estaba seguro de envidiar a aquel hombre.

Todos los males que Neville le había causado en su infancia, todos los insultos y daños se agolpaban con gran precipitación en la mente de Clive y éste trataba desesperadamente de encajar esos recuerdos con el rostro del hombre que veía ante sí. Pero no lo lograba. El baúl de los recuerdos reventó y los recuerdos se esparcieron por el aire como polvo fino, como polen que podía ver, oler y probar, pero que no podía coger con las manos.

Bajó la mirada, confuso.

Neville habló primero.

—Hola, hermanito.

Clive levantó la vista de nuevo.

—Yo no soy tu *hermanito* —dijo cortante.

Los labios de Neville se abrieron ligeramente en una sonrisa. Asintió con la cabeza y afirmó:

—Pero eres mi hermano, mi hermano gemelo.

Las criaturas-Amanda empezaron a despertar en torno a ellos. Los hermanos se pusieron alerta y buscaron sus espadas. Neville se levantó con las manos vacías y lanzó una mirada al cadáver de Philo B. Goode. Su sable estaba clavado vertical en el pecho del hombre muerto.

Poco a poco, las pequeñas niñas monstruo fueron incorporándose y sentándose. Gruñían y siseaban mientras se iban librando de los efectos del Baalbec.

—Mamaíta —murmuraban en sus voces graves y antinaturales—, mamaíta, mamaíta. —No había amor en aquellas palabras. Era un grito de caza, un reclamo, nada más. Se agitaban pero no parecían mostrar interés ni en Clive ni en Neville ni en Annabelle. Arqueaban las espaldas y se estiraban, como gatos; luego se ponían en pie y, tambaleantes, se dirigían a la forma inerte de su amo—. Mamaíta —susurraban; en la niebla, aquel susurro era un sonido extraterrenal. Uno a uno, los animales se acercaban a Philo B. Goode, lo tocaban, lo exploraban con los dedos, le lamían rostro y manos, pecho y alas. Se arrastraban encima de él con movimientos lentos como los de los gusanos y, cuando al final advertían que no respondía, erraban otra vez hacia la bruma.

—¿Qué es ese ruido tan raro? —dijo de improviso Neville, algo irritado, frotándose el cogote.

Clive había estado demasiado impresionado contemplando a las niñas para darse

cuenta del distante y agudo ululato que taladraba la niebla con gran esfuerzo.

—¡Es Chillido! —exclamó poniéndose en pie de un salto... sólo para caer otra vez, de lado. Miró hacia su pierna derecha, sorprendido. Una larga rasgadura en los pantalones dejaba que la tela pendiera abierta, mostrando una profunda herida en el muslo, de donde brotaba incesante un fluido escarlata.

Aplicó la mano en la herida y cerró los ojos con fuerza, en un intento de no hacer caso del súbito dolor. Tenía que concentrarse. Quizá Chillido había estado antes demasiado lejos para oírlo, pero ahora estaba más cerca. Cruzó los dedos.

¡Chillido!, llamó disparando sus pensamientos en todas direcciones como salvas de aviso. Así era como trataba de imaginárselo: como un cazador que alertara a sus camaradas disparando en el aire. ¡Chillido!, gritó a las calladas una y otra vez. ¡Chillido!

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Neville en tono implorante, y, rodeando a Annabelle, se le acercó y se arrodilló junto a él. Apartó las manos de su hermano gemelo de la hendidura y la examinó. Hizo una mueca de disgusto.

—Cosa fea, ésta —dijo. Arrancó la pernera de los pantalones de Clive y empezó a rasgar la tela haciendo vendas. Pero, antes de que pudiera envolver la herida, un sedoso tisú blando se le pegó al brazo. Neville soltó una exclamación de sorpresa y se puso en pie de un salto intentando librarse en vano de lo que lo enganchaba.

En ese momento, Chillido hizo su aparición. Miró a los gemelos y se acercó rápidamente a Annabelle; la expresión de sus ojos era ilegible. La aracnoide se arrodilló con sus patas delanteras y se inclinó hacia la humana inconsciente, haciendo castañetear las mandíbulas.

Fue entonces cuando Clive vio los hilos de telaraña atados a su pata posterior. Se arrastraban tras ella y desaparecían en la bruma.

Un instante después, Tomás se reunió con ellos. La hebra ceñía su cintura y proseguía serpenteando hacia la niebla. Tomás se quedó contemplándolos un momento con el horror pintado en el rostro.

—*Senhor Clive! Senhor Neville! Ai, Cristo!* ¿Qué ha ocurrido? —Observó en todas direcciones como si buscara el peligro, y se arrodilló entre ellos. Distinguió el cuerpo de Philo B. Goode, ahora parcialmente oculto por los vapores errantes—. ¿Quién es?

—El bueno del señor Goode —explicó Neville con los dientes cerrados. Ahora apretaba una mano contra las costillas, y su expresión traicionaba el dolor que había negado demasiado tiempo.

Clive intentó sentarse.

—¿Cómo nos encontraron?

Tomás vio la herida en la pierna de Clive y sintió que se le cortaba el aliento. Al reparar en el montoncito de tiras que Neville había empezado a hacer con la tela caqui y comprendiendo sus propósitos, el marinero español se puso manos a la obra. Lavó la herida de Clive vertiendo en ella agua de su propia cantimplora, dobló una tira, la aplicó en el corte y ató otra a su alrededor.

—Encontré a Chillido deambulando perdida en esta maldita niebla —contó mientras proseguía su trabajo—. Erramos largo tiempo, muy lejos del camino; a veces oímos voces, pero no encontramos a nadie.

Clive agradeció el vendaje al pequeño marinero, mientras reflexionaba que era más probable que fuera Chillido quien hubiera encontrado a Tomás.

—*Ai!* ¡Está hecho un horror, con tanta sangre! —exclamó Tomás, mojando otra tira y limpiando los arañazos de alrededor de la herida, y siguió con la historia—. De pronto Chillido se volvió como loca. —Echó los brazos al aire y puso una expresión horrorizada—. Me cazó en su telaraña y echó a correr hacia la niebla. Yo la seguí tan deprisa como pude; mientras, ella echaba su telaraña por todas partes, a ciegas, ¡la lanzaba a la bruma! —Hizo otro gesto de extrañeza y puso los ojos en blanco—. Una vez, se detuvo lo suficiente para que yo pudiera alcanzarla y saltarle a la espalda. A ella no pareció importarle. Volvió a marchar y se volvió a detener para mirar a su alrededor. Yo descansé para recuperar el aliento y, *ai de mim!*, ella arrancó a correr y yo caí. —Se dio una palmada en la frente y sonrió con una ancha sonrisa—. ¡Pero aquí estoy!

Una sombra tomó forma al borde de la niebla y se definió en la figura familiar de Chang Guafe. Los lentes de rubí que eran sus ojos brillaban a plena intensidad, provocando un resplandor rojizo que se difuminaba de un modo espectral en la bruma que lo rodeaba. El hilo de Chillido daba varias vueltas en uno de sus brazos.

—No hay hostilidades aparentes —observó—. Todos los sensores a cero.

Clive sonrió, recordando la noche anterior y su conversación con el ciborg.

—Hola a usted también, Chang. Estoy muy contento de verlo.

Chang Guafe se acercó más al centro del grupo, que iba aumentando en número.

—Detectando ritmos acelerados en la presión sanguínea de ambos comandantes Folliot —informó—, acompañados de insuficientes niveles respiratorios.

—Hemos tenido un poco de jaleo —explicó Neville con traviesa diversión mientras guiñaba un ojo a Clive—. Pero mejor que eche una mirada a la señorita Leigh.

Los pensamientos de Chillido acariciaron la mente de Clive.

Su problema no está en el cuerpo, a pesar de las heridas, le dijo la aracnoide. Hubo un miedo agudo en sus pensamientos, que se transmitió a Clive por medio de su enlace neuronal. *¡No puedo llegar a su mente! ¡Está cerrada!*

Clive apartó a Tomás a un lado y a gatas se acercó a Annabelle. Levantó la vista hacia Chillido.

—¿Qué le pasa, Chillido? ¿Es el Baalbec?

Chillido entrechocó las mandíbulas y lo miró con cuatro de sus ojos. Los otros cuatro continuaban puestos en Annabelle.

Es un shock, Ser Clive, un shock profundo. Oigo el gemido de su mente desde una gran distancia. Veo a sus crías. Luego locura, ¡locura! Temo por la Ser Annabelle. Se llevó dos de sus manos a la cabeza y la sacudió a un lado y a otro. Temo mucho.

Clive posó una mano afectuosa en el hombro de Chillido.

—¿Está usted bien?

Chillido tragó saliva y asintió.

Asustada. El miedo mental por la Ser Annabelle permanece, pero empieza a desvanecerse. Estoy bien.

Clive señaló la hebra de seda atada a su pata.

—¿Tiene a todos nuestros amigos?

La pregunta pareció turbarla.

Muchos seres en la telaraña, respondió. La suerte guió mi hilatura. Trabajé a ciegas, soltando el hilo. Mucho esfuerzo, muchas vibraciones. Demasiados seres, para ser sólo amigos.

Clive se frotó la barbilla e hizo una mueca de dolor, pues encontró nuevos cortes incluso en su rostro.

—Probablemente habrá enganchado a algunas de sus crías —explicó Clive—. Chillido, nosotros cuidaremos de Annabelle. ¿Puede retroceder y encontrar a los demás? ¿A Samedi, también? Suelte a las niñas animales. Parecen ser inofensivas sin Philo B. Goode para guiarlas.

Puedo encontrarlos a todos, contestó Chillido levantándose. Las vibraciones conducen muy deprisa.

Desató los hilos de seda de su pata posterior, los aplicó al suelo y frotó sus agujeros hiladeros contra los cabos, andándolos con firmeza. Luego desapareció en la bruma.

En un abrir y cerrar de ojos la compañía entera estuvo reunida de nuevo. Finnbogg soltó un aullido de pena al ver a Annabelle. Los demás se pusieron en corro a su alrededor. Se lavaron y vendaron cortes y arañazos con tiras de tela. Cuando las tiras de tela caqui se agotaron, Smythe hizo donación de su camisa. Neville tenía un zarpazo muy profundo y doloroso que le seguía las costillas de arriba abajo, y un trío de heridas en la parte inferior de su espalda. No era posible vendar el cuello de Annabelle, pero sus brazos y su espalda tenían también severos arañazos. Clive examinó sus propias heridas y las consideró leves, pero, al intentar levantarse, los demás lo obligaron a sentarse de nuevo.

El barón Samedi permanecía discretamente apartado, en el mismo límite de la bruma, sombrero de copa en mano.

—¿Por qué no nos avisó acerca del lugar, Samedi? —preguntó Clive.

Samedi miró su sombrero y se encogió de hombros.

—Eh, chaval, todo el mundo pega un patinazo de vez en cuando, ¿se entera? Me entró el canguelo, cuando allí arriba empezaron a batir sus caucásicos labios, ¿comprende? Así que perdón. De haberlo tomado con calma y de habernos mantenido juntos, las cosas hubieran ido como una seda, sin problemas.

—¿Labios caucásicos? —repitió Sidi con mordacidad—. Aunque has sido mi gracioso anfitrión y guía, debo insistir en que tú, noble señor, eres tan blanco como

mis amigos. Y, de hecho, más blanco que cualquier hombre que nunca conocí.

Samedi lo miró inclinando la cabeza a un lado y arqueando una ceja.

—Bien, ¡usted disculpe! —Y fue una perfecta imitación de la voz y del acento de Smythe. Samedi se caló el sombrero y con unas palmaditas se lo hundió hasta las cejas.

Clive volvió a sentirse desconcertado por el comportamiento del guía. La criatura seguía confundiéndolo con su gracioso modo de hablar y, todavía más, con sus incomprensibles dobles sentidos. Afirmaba que lo habían enviado para que les mostrara el camino. ¿Pero quién lo había enviado? ¿Podían confiar en él? ¿Podían confiar en quien lo había enviado?

Clive sabía que pronto tendría respuesta a aquellas preguntas y que lo mejor por el momento era salir de aquella niebla. Ya no había que temer a más bestias-Amanda, pero podía haber otros peligros al acecho más allá del alcance de su visión.

—Salgamos de aquí —ordenó de repente.

Empezó a levantarse, pero Horace Hamilton Smythe lo obligó a sentarse otra vez.

—No, mi comandante —insistió Smythe—. Aún no puede andar. La herida en la pierna es demasiado profunda y necesita tiempo para cicatrizar.

Clive trató de apartarlo.

—No sea tonto, sargento —replicó—. No podemos quedarnos en medio de esta niebla empalagosa. Con el vendaje podré apañármelas. Ahora, ayúdeme a levantarme.

Pero Smythe fue inflexible.

—Chillido o Chang Guafe cargarán con usted, y también con el comandante Neville. Finnbogg llevará a la señorita Annabelle.

Finnbogg se entusiasmó con la idea.

—¡Ole, ole! —exclamó mostrando su acuerdo—. Finnbogg llevará a Annie con la misma suavidad que si llevara a cachorros.

—¡No sea absurdo, Horace! —soltó Clive, horrorizado ante la idea de que cargaran con él como si fuera un muñeco. Después de todo, era un hombre hecho y derecho, y un oficial del ejército de Su Majestad. Tenía que conservarse un cierto decoro—. Soy perfectamente capaz de andar por mí mismo. —Otra vez apartó a Smythe e hizo intención de ponerse en pie.

—Mejor que hagas caso, hermanito —le dijo Neville con una débil sonrisa—. No creo que vayan a darte otra alternativa.

Demasiado tarde, Clive reparó en los ojos de su hermano, en el modo en que parpadearon, y comprendió que había algo a sus espaldas. Se dio la vuelta como un rayo, justo a tiempo de recibir un pinchazo en el hombro derecho, seguido casi de inmediato de una sensación de entumecimiento que se extendió con rapidez por todo su cuerpo. Inerme, se desmoronó de costado y fue recogido por los brazos de Smythe. Al intentar resistir al efecto químico, sin saber con certeza qué le habían hecho, lo invadió por un momento el terror.

Chillido se colocó en su campo de visión, todavía con el pelo-púa en una mano.

Lo había drogado, como había hecho ya dos veces antes. ¿Aquella expresión en su alienígena rostro era una sonrisa? ¿Era tan difícil decirlo!

—Chillido... —Pero su boca se resistía a obedecerlo, a formar las palabras que la mente quería, y trató de concentrar sus pensamientos lo suficiente para que ella pudiera oírlos: ...*traidora*.

Algo castañeteó en su cerebro: debió de ser la sonrisa de Chillido.

No debes temer, Ser Clive, le dijo. He fabricado un poderoso anestésico. Pero más leve que el de la otra vez, más adecuado para el cuerpo humano. Sin efectos secundarios. He probado la sangre de la Ser Annabelle. Estaba en mis manos cuando la examiné. Habiendo probado la sangre mi cuerpo hizo el análisis para conocer y producir los nuevos productos químicos.

Clive se obligó a concentrarse. Pero sus pensamientos parecían dar vueltas sin control. Le costaba un esfuerzo terrible pensar con coherencia.

¿*Qué me ha hecho?* Se percató, de un modo muy distante, del gran temor que teñía su pregunta. Ya había visto otras veces los efectos de los pelos-púa de Chillido.

Te he administrado un sedante, respondió ella. Y te he medicado, para apresurar la curación. Lo mismo voy a hacer con los Seres Neville y Annabelle. Todos los seres amigos cuidarán de ti.

Alzó la vista y miró a todos los que se apiñaban a su alrededor: Chillido y Sidi, Tomás y Smythe. También a Samedi, con aquella divertida sonrisa torcida. Tras ellos y por encima de ellos, la niebla se arremolinaba con una blancura de leche. Por primera vez, pensó Clive, conocía el auténtico miedo. Antes, siempre que el peligro lo había amenazado, él había tenido su sable, sus puños o sus pies para correr si era necesario. Pero ahora estaba indefenso, indefenso por completo, y no le gustaba nada.

Vagamente oyó una agitación y una aguda exclamación de ultraje: debía de haber sido su hermano. Al menos eso hizo que se sintiera un poco reconfortado. Si iban a cargar con él como si fuera un saco de patatas, era un consuelo saber que Neville compartiría la misma embarazosa suerte.

El rostro de Chillido volvió a aparecer por encima del suyo y se sintió levantado por su par de brazos inferiores. Con la mano superior derecha, la arácnida le apartó un mechón de cabello que le caía en la frente. Aquel gesto lo conmovió por la rara ternura humana que implicaba; sin embargo, Clive seguía sin perdonarla.

Pensamiento superficial falso, dijo en un tono reprobatorio, casi maternal. El pensamiento profundo del Ser Clive es que perdona.

Como proveniente de muy lejos, Clive oyó una palabra familiar, que penetró en su cabeza con líquida lentitud:

—Veeeenngaaannn. —Debía de ser Samedi.

Horace Hamilton Smythe se acercó a su lado y le apretó la mano con afecto.

—No se preocupe, mi comandante —le aseguró con convencimiento—. Todo irá bien, ya verá. Ahora descanse.

Tomás también se le acercó.

—*Não se afliga* —dijo como diría un confidente a otro, como si conspirara—. No se preocupe. Tengo su espada. —Y tendió el arma a Clive para que la viera—. Se la devolveré cuando se encuentre bien. Pero ahora la guardará Tomás para proteger a sus compañeros.

Clive vio a Neville en brazos del ciborg Chang Guafe. Su hermano tenía una expresión completamente idiotizada y la cabeza le colgaba a un lado, apoyándose en el enorme brazo de su cargador. De modo parecido, Finnbogg llevaba a Annabelle, pero la expresión idiotizada en este caso la ponía Finnbogg al mirar con extrema preocupación y reverencia a su carga.

—Mejor que nos pongamos en marcha, chicos.

Aquella fue la voz de Smythe. Al parecer el sargento había asumido el mando de la expedición ante la incapacidad transitoria de Clive.

Empezaron a moverse. Chillido lo llevaba con gran cuidado, pero él se sentía irritado por su propia impotencia y vulnerabilidad. Con un gran esfuerzo de voluntad, volvió la cabeza hacia adelante e intentó enfocar su visión. Samedi y Smythe encabezaban la partida, como se había imaginado. Al menos, alcanzaba a distinguir lo que tenían delante de ellos. Por el momento, no había nada sino niebla.

Chillido les había proporcionado la información de cómo se volvía al camino. Se habían alejado mucho, en efecto, pero había dejado clavado en él un hilo de seda, que ahora seguían como si de Teseo en el laberinto se tratara. En poco tiempo se hallaron de nuevo en la lisa superficie.

Al rato Clive creyó captar el apagado fragor de una corriente.

¿*Un río?*, envió telepáticamente a Chillido.

Tiene que ser un río, acordó ella. Y, en efecto, pronto llegaron a su orilla.

Por el sonido que habían oído esperaban un río caudaloso, con una corriente rápida y traicionera, quizá con rápidos. Pero el fragor no era el de movimiento, de agua encauzada entre dos orillas. Lo que habían oído desde tan lejos era el fragor del burbujeo y del furioso removerse de las aguas, ¡porque aquel río hervía!

¿Cómo lograrían cruzarlo?

Todos se reunieron en un grupo compacto y contemplaron con inquietud aquel nuevo obstáculo. Fue entonces cuando Samedi introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un pequeño silbato, que se llevó a los labios. Se acercó al borde del agua tanto como la seguridad se lo permitió, y sopló. Una nota agudísima y larga planeó uniforme por encima de la superficie del río y se perdió en la brumosa distancia. Samedi regresó a donde estaba el grupo y cruzó los brazos en actitud de espera.

Momentos después, una nota similar, sólo que algo más baja de tono, retornó como respuesta. Escrutaron hacia el lugar de donde provenía el sonido. Una pequeña embarcación salía con lentitud de la espesa cortina lechosa de vapor suspendida encima del río; iba impulsada por un par de esbeltos remos que se hundían con regularidad de metrónomo. Pasaron largos minutos antes de que por fin tocara tierra.

El remero iba sentado de espaldas a ellos cuando el casco topó en la margen pedregosa. Sólo cuando recogió los remos con gran cuidado, se levantó y se volvió hacia ellos.

A Tomás y a Smythe se les cortó el aliento. Clive, a pesar del sedante, se las apañó para parpadear.

—¡Eh, chico! —llamó el remero sonriendo y quitándose el sombrero de copa—. ¡Vengan esos cinco!

El remero y Samedi chocaron las manos con ruidosa palmada.

Eran exactamente iguales.

En las sombras de la muerte

La travesía del río fue húmeda y penosa. Clive, Annabelle y Neville fueron colocados lo más cómodamente posible en el fondo de la embarcación, mientras los demás se sentaban en estrechos bancos. Los dos Samedi tomaron las posiciones de proa y popa.

La barca se parecía a una nave vikinga. La proa se alzaba hacia arriba en una elegante curva y un solo mástil sin vela penetraba la densa niebla. A pesar de que era lo suficientemente pequeña para ser manejada por un solo hombre, contenía remos para tres. Cada uno de los Samedi empuñó un par de ellos. Tomás se encargó de los terceros.

El material con que estaba construido el navío fascinó a Clive de inmediato. No era madera, ni siquiera metal. Era un material liso por completo, negro y reluciente, y, aunque el casco parecía muy delgado, no transmitía en modo alguno la elevada temperatura del agua. No había juntas ni intersticios, al menos que fueran visibles. Todo el conjunto de la nave, incluidos los bancos, el mástil y la proa, parecía moldeado en una sola pieza de aquel material.

Los efectos del potente anestésico de Chillido empezaron a menguar. Clive ya podía volver a moverse, aunque con debilidad y requiriendo mucha concentración. No obstante, agitaba los dedos, arañaba el fondo de la embarcación (no podía llamarlo cubierta con propiedad) y se maravillaba.

Entonces fue cuando se percató de los demás. ¡Comida! ¡Estaban comiendo! La vista de alimentos le hizo entrar hambre enseguida. Intentó sentarse, pero sólo consiguió golpearse los codos y los hombros. Pero bastó para atraer la atención, y Horace Hamilton Smythe se inclinó prontamente hacia él.

—Lo siento, mi comandante —se disculpó Smythe—. Supuse que estaba durmiendo como su hermano, mi comandante. —Smythe deslizó un brazo por debajo de los hombros de Clive y lo ayudó a sentarse apoyándolo en un costado de la barca, mientras los demás se acercaban—. ¿Tiene hambre, mi comandante? ¿Puede comer?

Clive lanzó a su sargento lo que esperaba que fuera una mirada fulminante. ¿Qué clase de pregunta estúpida era aquélla? Haciendo un esfuerzo asintió con la cabeza y miró fija e intencionadamente el extraño preparado que Sidi Bombay tenía entre manos, algo que se parecía a pedazos de buey entre dos gruesas rebanadas de pan.

—Comer —dijo obligando a sus labios, a los que sentía como si se los hubieran

machacado a golpes, a moverse.

Sidi Bombay, sin levantarse del banco, se volvió y alargó el brazo hacia una caja, que parecía estar hecha del mismo material que la barca, y sacó una especie de paquetito. Lo desenvolvió con mucho cuidado y de él surgió, para asombro de Clive, una nubecita de vapor que desprendió un aroma intenso y sabroso.

Clive extendió una mano trémula para aceptarlo.

—Esto es lo que Samedi llama un *sándwich* —le comentó Smythe. Y señaló hacia la proa—. Aquel Samedi, me refiero —añadió—. Es el que trajo la barca y la caja de comida. Al menos eso creo. —Y se volvió hacia Clive—. Pero no se parece a ningún *sándwich* de los que hasta ahora he visto en Inglaterra, mi comandante. Y lo que sea que es esta carne, no es jamón, no. Y, vea, hay dos rebanadas de pan y ni una mancha de mantequilla en ninguna de ellas. Además, está caliente. Y es muy sabroso, eso se lo puedo asegurar.

A Clive Folliot no le importaba qué nombre se le daba o quién lo llamaba así. Se llevó el emparedado a la boca, le dio un bocado cauteloso y lo masticó poco a poco. Sabía de maravillas y su cerebro parecía aclararse a cada momento que pasaba. Lo único que le interesaba ahora era su estómago.

Cuando acabó su porción se lamió los dedos. Luego tendió la mano de nuevo, esta vez hacia Tomás.

—Me gustaría que me devolviese el sable, si no le importa —le dijo.

El pequeño español siguió remando. El arma yacía, con muy poco respeto hacia ella, a sus pies, entre el banco y el mamparo. Tomás la empujó con la punta del pie hacia Clive.

—Gracias —dijo Clive, y se dirigió de nuevo hacia Smythe—. ¿Es muy ancho el río? ¿Es la droga, o hace algún tiempo ya que hemos zarpado?

—Sí, hace algún tiempo, mi comandante —confirmó Smythe—. Parece extraordinariamente ancho para esas montañas, ¿no? El burbujeo y el movimiento arremolinado, combinado con el efecto de la corriente, hacen que sea una travesía lenta. Pero Tomás y los guías gemelos están dando lo mejor de sí.

—¿Y Annabelle y Neville? —preguntó, dirigiendo una mirada a sus parientes.

Smythe meneó la cabeza.

—No hay cambios en la señorita Annabelle. Neville, al final, se ha dormido. La droga y el balanceo de la embarcación, sin duda alguna. Pensamos que usted también se habría dormido. A decir verdad, le tenía un poco de envidia.

Clive sonrió.

—¿Cansado, Horace?

Horace dudó un momento y luego sonrió.

—Cansado de la Mazmorra, mi comandante, eso seguro. ¡Lo que no daría yo por estar sentado junto al fuego en un *pub* de Londres con una jarra de buena cerveza en la mano!

Una cortina de niebla cálida los envolvió. Durante unos breves instantes fue

imposible ver ninguno de los extremos de la nave. Horace Hamilton Smythe acercó su rostro al de Clive; los dos se contemplaron mutuamente durante un tiempo incómodo y luego desviaron la vista, mirando a cualquier parte menos a ellos.

A Clive le entró un miedo terrible, y el súbito espesor de la niebla hizo que el corazón le latiera a saltos en el interior del pecho. Sabía que su sargento había visto el breve destello de pavor en sus ojos antes de que hubiera podido reprimirlo. Pero, para su sorpresa, la mirada de Smythe había traicionado en él el mismo pavor momentáneo. Fue una molesta revelación para ambos.

Una maldición expresada en un susurro y en portugués motivó que Clive mirara hacia Tomás. Dejando de lado a Smythe, el pequeño marinero era quien estaba más cerca de Clive; pero todo lo que podía distinguir de él en la bruma era una vaga silueta. Estaba inclinada sobre los remos y tiraba de ellos con golpe seguro, firme; pero también podía haber sido un espíritu quien remaba.

—Cuando salgamos de aquí, Horace —dijo Clive al fin, limpiándose la humedad del rostro con el envés de la mano—, lo acompañaré a ese *pub*. Maldita sea, hombre, incluso pagaré yo. Pero, se lo advierto: voy a tomar más de una jarra. Muchas más.

—Ten cuidado, hermanito. Vas a echar a perder tu buena imagen.

Apenas fue más que un susurro, pero Clive lo oyó con toda claridad. Un sonido apagado de algo que se arrastraba acompañó el comentario: unos codos algo torpes y unos talones de botas frotaron el casco.

—Quédate quieto, Neville —le sugirió Clive—. Los efectos se van despacio al principio y luego más deprisa. Cuando la niebla se levante un poco otra vez, te sentaremos y te daremos algo de comer, pero ahora más vale que no se mueva nadie, no sea que alguien se caiga por la borda.

—Gracias, hermano —respondió Neville de manera un tanto seca—, pero me voy a sentar.

Clive escrutó con atención por entre la niebla y vio la vaga silueta de su hermano apoyándose en el otro costado de la barca. No pudo evitar fruncir el entrecejo. Neville se libraría de los efectos de la droga de Chillido por cuenta propia, sin ayuda de nadie. Neville nunca necesitaba ayuda. Neville siempre lo hacía todo muy bien.

Clive intentó estirar su pierna herida, pero una aguda punzada de dolor le subió por el muslo. Una súbita exhalación alertó a Smythe, pero Clive apartó con suavidad a su sargento cuando éste intentó inclinarse para ver lo que pasaba.

Los pensamientos de Chillido frotaron los de Clive.

He oído tu plañido de dolor, Ser Clive. ¿Necesitan más veneno medicinal?

—No, Chillido —espetó en voz alta—. ¡Lo que necesito es una cabeza clara y una pierna buena!

El veneno medicinal hará que tu pierna esté buena al cabo de un tiempo. Pero no puedo provocar la transparencia en el hueso que recubre el cerebro.

Algunas sonrisas disimuladas siguieron a aquello, y Clive se percató, con alguna irritación, de que Chillido había transmitido su respuesta abiertamente. Todos la

habían oído. De acuerdo, también todos habían oído lo que Clive le había contestado con brusquedad. Suspiró, resignado, y apoyó la cabeza en el casco de la embarcación.

Emergieron de lo más denso de la bruma y pocos momentos después la proa atracaba en la margen del río. Habían alcanzado la otra orilla. El Samedi situado en la parte delantera de la barca saltó por la borda a tierra firme y mantuvo el navío lo más inmóvil que le fue posible. Sidi y Tomás lo siguieron.

Clive empezó a levantarse sin esperar ayuda a pesar del dolor lacerante de la pierna. Pero Chillido se le adelantó: lo tomó en brazos y lo sacó a tierra firme. Chang llevó a Neville y Finnbogg cargó, con todo su amor, a Annabelle. Las pegajosas lágrimas perrunas habían formado legañas en las comisuras de sus ojos.

El otro barón Samedi salió el último, llevando la caja de comida con lo que quedaba de ella. La depositó en el suelo, hizo una señal con el dedo a su semejante y juntos vararon la embarcación. Clive consiguió olvidarse del dolor lo suficiente para maravillarse de lo ligera que debía de ser la barca y se preguntó de nuevo por el material de su construcción.

—No quiero ser una molestia, viejo amigo —dijo Neville con educada paciencia—, pero me gustaría echar un vistazo a lo que huele tan bien en aquella fiambarrera.

Clive asintió e hizo un ademán hacia la caja. Sidi Bombay la acercó y todos se pusieron en corro en torno a ella. Sólo Chillido denegó el ofrecimiento cuando el indio pasó el contenido. Finnbogg aceptó un poco de carne y la masticó con gran desconsuelo mientras mecía la cabeza de Annabelle en su regazo y le acariciaba el pelo al azar con los dedos de la pata delantera. Tomás devoró su ración sin decir palabra, se lamió los dedos, chasqueó los labios y alargó la mano en busca de más.

Neville Folliot comió con aquella aristocrática elegancia que sacaba de quicio a Clive. Después de tragar su último bocado y limpiarse las migajas de los labios y del bigote dijo con gran pomposidad:

—¿Podría sugerir que conservemos un poco para más tarde?

Neville los miró a todos con la expresión de quien ha dicho algo juiciosísimo y Clive se dio una patada mental por no haber pensado antes en ello. Contempló el *sándwich* intacto en sus manos, arrugó la frente e hizo intención de devolverlo a la caja.

—¡No es cojonudo el tío ni nada! —exclamó uno de los Samedi dándose una gran palmada en el muslo—. Eh, hermano: ¿no es cojonudo, eh? —El otro Samedi asintió y sonrió—. ¡Siempre cavilando! —prosiguió el primero dirigiéndose a Neville con una mirada afectuosa—. ¡Pero usted tiene que tener confianza, hombre de Dios! Vamos, si el palacio está a la vuelta de la esquina, como quien dice, y el mismísimo Gran Petimetre los está esperando. Allí hay todo lo que quieran zamparse, hombre. ¡El paraíso del comilón!

El segundo Samedi se inclinó hacia Clive y le dio unas palmaditas de consuelo en el hombro.

—Así que coman lo que quieran y no se preocupen por guardar nada. Recobren

las fuerzas, chicos.

Horace Hamilton Smythe se acercó rápidamente a Clive.

—¿Quiere que retire algo, sólo por si acaso, mi comandante? —Y con la cabeza señaló hacia Neville con disimulo—. El hermano del comandante tiene un punto de razón.

Clive reflexionó un momento y luego negó con la cabeza. No era por despecho a Neville, se dijo para sí, no era para llevarle otra vez la contraria.

—No, sargento. Samedi lo ha hecho muy bien hasta ahora y creo que debemos confiar en él como sugiere. —Y, llevándose el emparedado a la boca, le pegó un gran mordisco.

La mirada de Neville se detuvo en la suya sólo un instante. Luego éste se encogió de hombros y se sirvió también otro bocadillo.

Mientras comían, Chillido llenó las cantimploras con agua del río y las dejó a un lado para que el líquido se enfriara lo suficiente para ser bebible. Cuando todos se hubieron recuperado y hubieron llenado los estómagos, la compañía se preparó para reemprender la marcha.

Chillido se inclinó hacia Clive, pero éste levantó una mano.

—Espere —dijo—. Si insiste en llevarme a cuestras, debe haber otra forma. Yo no soy un saco de patatas, señora.

El breve castañeteo de la aracnoide sonó, para disgusto de Clive, como una risita disimulada. Chillido agarró a Clive con sus dos manos superiores, lo alzó en un vuelo oscilante y lo depositó en sus hombros. Dos manos le cogieron los muslos, evitando con cuidado su peor herida, y las otras dos le asieron los tobillos. Clive contuvo un momento la respiración y luego espiró. Era mejor así que ser llevado como un bebé.

Chang Guafe levantó a Neville y lo colocó de forma similar en sus hombros. Clive no pasó por alto el modo como su hermano se encogió y se agarró las costillas, y sintió una punzada de culpabilidad por el tono de algunos de los pensamientos que dedicaba a Neville.

—¿Hacia adonde, Samedi? —inquirió Clive.

Ambas criaturas se volvieron y sonrieron.

—Hacia arriba —dijo uno de ellos.

—Fuera de este valle de las sombras de la muerte, hombre —contestó el otro.

Adelantándose, ambos extendieron un brazo hacia el grupo, se miraron un instante, exhibieron la dentadura en una sonrisa y, al unísono, encorvando un dedo, pronunciaron:

—Vengan.

Clive puso los ojos en blanco mientras Chillido se agitaba bajo él para colocar bien su carga, y los dos guías se volvieron y encabezaron la caminata. Clive contempló sus espaldas, sus trajes negros y harapientos, y sus viejos y gastados sombreros de copa. Tenía que haber algún modo de distinguirlos, pero se le escapaba. Eran de la misma estatura, tenían el mismo aspecto, hablaban igual, incluso andaban igual. El atuendo,

también, era idéntico hasta el más mínimo detalle.

Clones. No podía comprender cómo algo así podía existir. Dos seres vivos reproducidos a partir del mismo tejido. Neville y él habían nacido del mismo parto, pero no era lo mismo. Pero ¿y si hubieran sido gemelos idénticos en lugar de fraternos? ¿El mismo óvulo, dividido por cualquiera que fuera el misterioso proceso de fertilización, habría hecho de ellos unos clones? Annabelle decía que no. Clive seguía sin comprenderlo, según admitía, y estaba determinado a volver a interrogar sobre ello a su tataranieta más tarde.

Giró la espalda y pudo ver a Annabelle en brazos de Finnbogg. Esta no se había movido en absoluto desde que había matado a Philo B. Goode. Finnbogg le había mojado los labios para mantenerlos húmedos y continuaba arrullándola y susurrándole cosas como si ella pudiera oírlo, pero hasta el momento nada había llegado a su cerebro.

Chillido, susurró mentalmente Clive, *inténtelo de nuevo.*

He probado de establecer contacto repetidas veces con su mente, respondió la aracnoide con pensamientos teñidos de pesar y preocupación. *La Ser Annabelle se ha retirado muy al fondo de su interior. No puedo encontrarla, Ser Clive.*

Clive miró a Annabelle y se mordió el labio. Tenía que haber un modo de ayudarla, pero no lo había hallado aún.

—Cuídala, Finnbogg —dijo con inquietud.

El perro alienígena levantó unos ojos tristes.

—Bien, bien —contestó—. Finnbogg está aquí, no tengas miedo. ¿Quieres que cante?

Clive negó con un movimiento de la cabeza.

—Ahora no, Finnbogg. No sabemos si hay alguien al acecho en esta maldita niebla. Mejor será no atraer la atención más de lo necesario.

—Bien, muy bien —repuso Finnbogg mostrándose de acuerdo. Miró a la mujer que tenía en sus brazos y la meció como si fuera un bebé—. Dejo que Annie duerma en silencio, pues.

Prosiguieron su penosa caminata y el terreno poco a poco empezó a subir de nuevo. Pronto, la niebla empezó a aclararse y el sendero a inclinarse con una fuerte pendiente. Clive entrelazó los dedos bajo el mentón de Chillido para mantener bien el equilibrio. Cuando por fin alcanzaron un punto situado por encima de la niebla, se detuvieron y volvieron la vista atrás. Abajo se extendía un espeso mar blanco que ocultaba el valle y el río, y que se arremolinaba y se desplazaba en vetas, con un lento movimiento sensual.

Samedi los llamó para que todos contemplaran lo que estaba señalando: el pico más alto que se elevaba en la distancia.

—Allí se encuentra el Palacio del Lucero del Alba —anunció con tono ceremonioso poco corriente en él.

Reemprendieron el ascenso, eligiendo con mucha atención el terreno por donde

pisaban, ya que el sendero continuaba siendo resbaladizo a causa de la humedad. Clive había esperado que, una vez que la niebla hubiera quedado atrás, miraría arriba y vería el cielo azul de nuevo, o al menos un cielo normal lleno de estrellas normales. Pero allí sólo había una extensión plana y negra. «Como el cielo de Q’oorna, en el primer nivel —recordó—, pero al menos allí estaba la espiral de estrellas para romper la monotonía».

A medida que iban ascendiendo se hacía más oscuro también. Ahora la cordillera de montañas tras ellos ocultaba el fulgor anaranjado del este que había iluminado la primera parte de su viaje. Quizás alcanzarían más altura que la de la cordillera, pero por ahora no había indicios de ello. Los dos Samedi parecían no tener angustia alguna, como si pudieran ver en la oscuridad, y a lo mejor podían.

Pero Clive sí estaba inquieto. No quería que nadie se separara del grupo en la oscuridad. Con Annabelle inconsciente no podía haber iluminación del Baalbec Anueve. Quizá debería pedir a Chillido que los atara de nuevo con su telaraña. Pero no estaba seguro de que fuera muy buena idea. Porque, a pesar de que Philo B. Goode estaba muerto, un recodo de su mente seguía obsesionado por la amenaza de un nuevo ataque. Y él no quería estar atado, a nadie si tenía que luchar.

—¡Chang! —llamó hacia atrás por encima del hombro, rompiendo el silencio en que se había sumido la compañía. El ciborg aceleró el paso y se situó junto a él, con Neville a hombros. Clive echó una mirada fugaz a su hermano gemelo antes de proseguir—. ¿Qué le parece si nos valemos de su luz?

Los ojos del ciborg empezaron a refulgir con la luz roja ya familiar. No era una irradiación potente, pero al menos todos podían verla, seguirla y saber que continuaban juntos.

—Tal vez deberíamos hacer un alto —sugirió Neville—. Quizás esto sea la noche y haya un poco más de luz cuando llegue el amanecer.

Fue Sidi Bombay quien repuso a eso.

—Nada hemos visto en este nivel que nos indique que haya cosas tales como día y noche, inglés. Sólo tinieblas perpetuas de las cuales nos aliviaron un poco las llamas.

—¿Recuerdas cómo era al otro lado de la Puerta de Dante? —intervino Clive—. Puede que volvamos a encontrar un paisaje parecido.

—*Não aguento mais!* —musitó Tomás—. ¡Ya estoy harto de este paisaje!

—¡Oh! —dijo Horace Hamilton Smythe con ironía—. ¿Prefería usted el fuego? ¿O acaso el Lago de las Lamentaciones?

Tomás refunfuñó algo incoherente pero, sin lugar a dudas, grosero.

—¡Vengan! —insistieron los Samedi a una—. «No queda mucho para la tierra prometida —salmodiaron al ritmo de palmadas—, donde hay leche y miel en abundancia».

Clive aprovechaba su elevada posición en los hombros de Chillido para hacer de vigía. Sin embargo, había poco por ver. Exceptuando el pico más alto, su destino, los picos de las montañas no eran más que sombras profundas recortadas contra la

oscuridad general, continua e indistinguible. Para luchar contra la monotonía del recorrido intentó contar pasos, pero también aquello llegó a ser tedioso.

Al final buscó conversación.

¿Chillido?

Pero ésta no respondió de inmediato, y volvió a llamarla con la mente.

La palabra produjo el estrépito de un disparo en el interior del cráneo de Clive; se aferró las sienes y esperó a que se le pasara la sacudida.

Lo siento, Ser Clive, dijo Chillido a modo de disculpa. *Estaba distraída.*

Pero Clive percibió algo tras las palabras, algo desconcertante o preocupante que teñía sus pensamientos.

¿Algo va mal, Chillido?

La aracnoide movió la cabeza negando.

No ¿o sé. Estoy nerviosa, repuso ahogando una risita, pero Clive pudo advertir que no era una risa de verdadera alegría. *En las profundidades de tu mente, Ser Clive, hay una frase exacta para lo que siento.* Dudó unos instantes y prosiguió: *Me pica, pero no llego a rascarme.*

Chillido hizo un fruncimiento mental y Clive se retiró. Fuera lo que fuese lo que la molestaba, entendió que su deseo era la soledad.

El terreno se allanó de súbito y se encontraron en lo alto de una elevada meseta. El viento cálido soplaba a ráfagas hacia ellos como no hacía desde algún tiempo. La fuerza del aire echaba el pelo de Clive hacia atrás, por lo que tenía esperanzas de que pronto secara sus ropas harapientas, que estaban saturadas de sudor y de la humedad que habían dejado atrás.

Los Samedi los condujeron al extremo opuesto de la planicie. Un abismo negro, inmenso, se abría junto al borde de la meseta. Clive sintió un momento de vértigo al mirar hacia abajo desde los hombros de Chillido.

Smythe se asomó con cautela y se quedó mirando, frotándose la barbilla pensativo.

—Me pregunto qué profundidad tendrá —comentó.

—Pues lo que es yo —dijo Neville haciéndose el gracioso—, no voy a agacharme para coger un guijarro.

—Eso, ¿por qué molestarse en coger un guijarro? —repuso Smythe devolviéndole la pelota—. ¡Si podríamos tirarlo a usted!

Chang Guafe se acercó al borde.

Neville soltó un grito inesperado.

—¡Espere! Estoy seguro de que no lo decía en serio.

Incluso Clive dejó escapar una exclamación.

—¡Chang!

El ciborg estaba en el borde con las puntas de los pies a ras del precipicio; extendió una mano al espacio vacío. Una verde luz mortecina parpadeó unos instantes en su palma y un breve y agudo pitido sonó una sola vez. Mantuvo el equilibrio allí un

momento más y se alejó del borde. Luego se volvió hacia Horace Hamilton Smythe.

—En contestación a tu pregunta, mis sensores no reciben respuesta sonora alguna a mi señal acústica.

Smythe miró a su alrededor, como buscando ayuda en los demás. La expresión confusa de su rostro era casi cómica.

—¿Quiere decir que no hay fondo?

—Afirmativo —respondió Chang Guafe—. O, si lo hay, está muy lejos para que mis sensores puedan detectarlo.

—Lo cual significa que es muy hondo —se ofreció a explicar Neville, cáustico.

—No se burle de mi amigo, *senhor* —intervino de súbito Tomás—. Hace tan sólo un momento pensó que Chang Guafe iba a echarlo abajo. El miedo lo traicionó y gritó. Vuestra merced es muy orgulloso, pero no por eso es mejor que el resto de nosotros.

Clive sonrió para sus adentros. ¡Vaya con el pequeño marinero! Neville ni siquiera encontró una buena réplica. Clive dejó de mirar a su hermano y volvió los ojos hacia el otro lado del abismo.

Una sombra elevada surgía ante ellos: el pico hacia donde estaban viajando. En su cima encontrarían el Palacio del Lucero del Alba y hallarían a quien fuera que había enviado a Samedi (a los Samedi, corrigió) para guiarlos. De nuevo consideró la idea de una guerra de facciones rivales en el seno de la Mazmorra; si era así, al menos una facción de las dos podía ser amistosa. ¿Pero cuál? ¿Los rens? ¿O los chaffris? ¿U otro grupo completamente diferente?

Quizá descubrirían nuevas pistas en aquel palacio. Reflexionó en el nombre del palacio, le dio vueltas y más vueltas. Clive tenía ciertos conocimientos de mitología y sabía el único posible significado de aquel nombre en un lugar sin estrellas. Se preguntaba si debía comunicarlo a los demás.

Finnbogg soltó un profundo gruñido que hizo volverse a Clive.

—¿Finnbogg?

Finnbogg, mirando fijamente el cielo vacío, lanzó otro gruñido gutural. Luego, despacio, sin dejar de observar hacia arriba, depositó a Annabelle en el suelo.

Clive desenfundó el sable.

—Bájeme —ordenó a Chillido—, bájeme.

Clive oyó el ruido de algo veloz que surcaba los aires, pero demasiado tarde. Se echó hacia atrás para evitar las alas membranosas que descendían en picado barriendo el espacio, lo cual hizo perder el equilibrio a Chillido y a sí mismo. Cayeron en una maraña. Clive consiguió mantener empuñada su arma, pero el golpe le había cortado la respiración. No obstante, intentó ponerse en pie.

Un par de chillidos agudísimos rasgaron las gargantas de los Samedi, que se agacharon aterrorizados junto al precipicio. Pero dos criaturas nauseabundas clavaron sus garras en los hombros de los clones, abrieron de súbito sus alas plegadas, batieron el aire y se elevaron llevándoselos. Los clones se debatían y bregaban, pero

los monstruos, sin inmutarse, los llevaban hacia lo alto. Los Samedi aporreaban el aire, pataleaban, se agitaban por encima del abismo, gritando y suplicando ayuda.

Clive permaneció impotente al borde del vacío, maldiciendo y contemplando la tragedia con lágrimas que le abrasaban las mejillas. Ahora la lucha era inalcanzable para él. No podía hacer nada, salvo apretar los puños con amarga frustración, y mirar absorto y horrorizado.

Chillido echó el brazo atrás a punto de lanzar un pelo-púa envenenado, pero Clive la detuvo.

—¿De qué serviría? —dijo con desesperación—. Si mata a las criaturas, nuestros amigos caerán al vacío.

Puedo proporcionarles una muerte rápida, insistió Chillido. *Es mejor que una caída sin fin.*

Clive volvió a cogerle el brazo al tiempo que se aferraba a la menor esperanza.

—¡Quizá sólo quieran capturarlos!

Chillido dudó; su cuerpo tembló indeciso. Y en aquel instante se oyeron dos gritos descorazonadores que se desvanecieron de inmediato en las profundidades.

El propio grito de Clive siguió a los anteriores, largo, angustiado y rabioso; los demonios alados dieron la vuelta y se fueron. Clive avanzó un paso más hacia el borde y blandió el puño en el aire, maldiciendo y jurando, pero el terreno cedió y su pierna se hundió hacia el vacío oscuro.

Smythe lo salvó de precipitarse con todo el cuerpo a la nada y lo arrastró de nuevo hacia suelo firme. Los demás enseguida se reunieron a su alrededor. Sólo Tomás permaneció donde estaba.

Algo en la expresión del marinero español alertó a Clive.

—¿Qué pasa, Tomás? ¿Qué ocurre? —Apartó de sí las manos que trataban de contenerlo y se sentó—. ¿Tomás?

—¡Sus caras! —exclamó el marinero, incapaz de ocultar el temblor en su voz—. ¡He visto sus caras! *Imposível!* ¡Yo conozco esas caras! Un hombre y una mujer, que estaban en el puerto de Palos, en España, cuando *La Niña* desplegó velas. Sólo que tenían un aspecto normal. ¡Lo recuerdo! ¡Me miraban fijamente!

Clive se agarró la pierna e hizo una mueca de dolor. Se inclinó hacia adelante.

—Tomás, ¿está seguro...?

Neville Folliot los interrumpió desde su posición elevada a hombros de Chang Guafe. El ciborg aún no había tenido tiempo de dejarlo en el suelo.

—Yo también vi sus rostros, hermanito, y los conozco. Cuando conocí al bueno del señor Goode, hacía ya algún tiempo que viajaban con él. Hermano y hermana, creo. Mellizos, igual que tú y yo. Ransome era su nombre, Amos y Lorena. —Neville se rascó el mentón y arrugó la frente—. En mi opinión, su aspecto ha cambiado, y ciertamente para peor.

A través del abismo negro

La pérdida de los dos Samedi dejó a la compañía en un profundo abatimiento. El paisaje negro parecía ahora el doble de negro, y la cima de la montaña que constituía su destino, el doble de lejos.

Chang Guafe se hallaba al borde del abismo observando al par de demonios con sus sensores al máximo. Se sentía culpable de la muerte de sus guías. Si hubiera sintonizado bien sus sensores auditivos, afirmaba, habría oído su ataque aéreo a tiempo de dar la alarma general, pero había cometido la estupidez de prestar toda su atención a la discusión entre Horace Hamilton Smythe y Neville Folliot.

Clive maldecía por turnos: a sí mismo, a los mellizos Ransome, al alma de Philo B. Goode y a los desconocidos Señores de la Mazmorra. Los gritos de los clones Samedi aún resonaban en sus oídos, y la escena de la caída a las profundidades no se borraba de su cabeza. Quizá no comprendiera con toda exactitud lo que era un clon, pero sus últimos gritos habían sido humanos.

Y, de cualquier forma, ¿qué importancia tenía que fueran clones? ¿Acaso no se sentiría terriblemente mal si Chillido muriera? ¿O Finnbogg? ¿O Chang Guafe? Aunque alienígenas, no por ello dejaban de ser amigos suyos. Sus almas eran tan nobles, sus ánimos tan valerosos, sus lealtades tan firmes, como los de cualquier humano.

En aquel instante volvió la vista hacia Sidi Bombay, como si viera a aquel indio de piel oscura por primera vez, y comprendió por fin lo absurdo de los prejuicios de su propia educación inglesa. Piel oscura o piel blanca, cuatro brazos o brazos de metal, ¿qué importaba?

¿Y por qué aquella lección tan elemental había tenido que costar la muerte de dos seres? (Seres: ahora comprendía realmente lo honorable y honorífico que había de inherente en el término que usaba Chillido para dirigirse a los demás.)

Con lentitud y con dolor, colocó un pie debajo de sí. Con un balanceo y un impulso se levantó y se enderezó, apoyando en la pierna herida sólo el peso necesario para mantener el equilibrio. El músculo del muslo chirrió y Clive aplicó una mano en el vendaje; pero, en lugar de aliviar el dolor, lo acrecentó, y se puso a dar pequeños círculos cojeando. Cerró los ojos con fuerza durante unos momentos para contener las lágrimas que bregaban por salir. Luego los volvió a abrir e intentó obligar al dolor a retroceder hasta un alejado y oscuro rincón de su mente.

Recorrió con la mirada a los demás, nada sorprendido de que también Neville hubiese controlado sus molestias. Su hermano se agarraba un costado mientras andaba por el borde del precipicio con algún propósito, como si estuviera buscando algo.

—Ser Chillido —dijo Clive en voz alta, y la aracnoide se acercó correteando a su lado—. Nos hemos quedado sin guías. Tenemos que encontrar el camino hacia la cima de la montaña.

Pero, antes de que Chillido pudiera responder, Neville los llamó. Se había alejado bastante del grupo y, en la oscuridad, apenas se lo distinguía; se hallaba en otro costado de la meseta.

—¡Por aquí, hermanito! Creo que te lo encontré.

Clive se reprendió por el absurdo sentimiento de competitividad que sentía para con su gemelo. Aquél no era momento para rivalidades infantiles entre hombres maduros. Cada instante que permanecían en aquel espacio abierto, las vidas de sus amigos corrían peligro. Se desabrochó el cinto del que colgaban sable y vaina, enrolló la tira de cuero en su mano con una o dos vueltas y se apoyó en el arma. La vaina acababa en un regatón ornamental de acero, que la protegía del roce contra el suelo y evitaba su desgaste, pero que también hacía de ella un apoyo inseguro en la piedra dura, si se la usaba como bastón de andar. No obstante, si Clive iba con cuidado, le sería de utilidad, y, además, era lo único que tenía. Renqueando se acercó a su hermano para ver lo que había encontrado.

—¡Oh, no, caramba! —exclamó Finnbogg, que se había aproximado con mucha cautela a ellos, con Annabelle en sus brazos—. No creo yo que ése sea un camino divertido, no señor.

Horace Hamilton Smythe se llegó a ellos y se situó al otro lado de Clive; miró e hizo una mueca de disgusto.

—¡Dios mío, mi comandante! ¡De veras que estoy empezando a odiar este sitio! —comentó el sargento, hastiado.

Pronto los demás se reunieron a su alrededor.

—¿Crees que si te damos cinco o diez minutos más podrás encontrar otra ruta? —dijo Clive a Neville con algo de sarcasmo.

A pesar de sus heridas, Neville esbozó su habitual sonrisa y enderezó el cuerpo.

—Venga, hombre, ¿dónde está ese ánimo? Sería poco caballeresco no aprovechar lo que nos han proporcionado nuestros acompañantes.

—Yo no sé de esas cosas, inglés —intervino Sidi Bombay sin alegría—, pero ese paso debe de ser el motivo por el que el barón Samedi nos trajo hasta aquí. Tiene que ser el camino al Palacio del Lucero del Alba, si es que éste continúa siendo nuestro destino.

—No veo que tengamos otra alternativa, en realidad —afirmó Neville atajando cualquier discusión—. Los mellizos Ransome, o demonios o lo que sea que fueran, con toda la mala intención nos han desprovisto de nuestros guías para que no

podamos llegar al palacio. Por esa misma razón yo digo que hay que continuar. Pero la razón más importante es que, si por alguna parte existe una Puerta hacia el siguiente nivel (y, esperemos, hacia casa), la mejor ocasión de tener noticias de ella está allí. Incluso puede que la Puerta esté en el mismo palacio.

Clive se asomó por el borde de la meseta y sintió un escalofrío. No le gustaba, pero Neville tenía razón. Además, estaba ya demasiado enfurecido con los arquitectos de la Mazmorra y sentía una tremenda curiosidad por conocerlos. Clive y sus amigos habían deambulado a ciegas por los niveles anteriores, guiados o manipulados por los autores del llamado diario, escapando de un peligro tras otro sin ni siquiera haber llegado a aprender mucho de aquel extraño lugar en que se encontraban.

Pero allí, en aquel séptimo nivel, parecían tener una oportunidad única de cambiar aquella situación, de obtener alguna noción de lo que estaba sucediendo. Clive empezaba rápidamente a percatarse de que, para poder regresar un día al hogar, era crucial comprender la naturaleza de la Mazmorra.

—No me había dado cuenta de que los Ransome fueran mellizos —susurró a su hermano—. Es muy interesante: una nueva pieza para el rompecabezas.

Neville asintió y comentó en voz baja:

—En realidad, cuando los conocí insistieron mucho en ello. Y fíjate: ellos mellizos y nosotros mellizos también. Me gustaría charlar un ratito con los Ransome acerca del caso, de veras.

Clive soltó un suspiro y se volvió hacia el resto de la partida.

—Creo que Neville tiene razón —declaró al fin—. No tenemos otra alternativa sino seguir.

Tomás puso los ojos en blanco.

—*Porque? Cristo, porqué?*

Clive se asomó otra vez al borde. Una angosta escalera, excavada en la roca negra, descendía hacia el abismo. Por lo que parecía, en los peldaños apenas cabía un pie humano, y no se divisaba el final de tan traicionera pendiente. El muro del abismo bordeaba la escalera por la izquierda y un paso en falso hacia la derecha implicaba un destino cierto. Una pequeña duda lo atormentaba. ¿Y si estaban equivocados? ¿Y si aquél no era el camino por el cual habían querido conducirlos los Samedi? ¿Y si la escalera no llevaba a ninguna parte y se acababa bruscamente? Por cierto, ¿y si no sostenía su peso?

—¡Vámonos! —dijo Neville, pisando el primer peldaño.

—¡Aún no! —Clive cogió el brazo de su hermano y tiró de él hacia atrás, sin hacer caso de la mueca de dolor en su rostro. Con expresión preocupada, se volvió hacia Chillido. Las estrechas escaleras podían demostrar ser un auténtico problema para sus cuatro patas y el gran tamaño de su abdomen—. Ser Chillido —dijo con toda formalidad—, ¿podrá maniobrar con seguridad?

Tendré cuidado, Ser Clive. Muchas gracias por tu interés.

Clive decidió que de todas formas se preocuparía y que tendría un ojo puesto en

ella. Se volvió de nuevo hacia su hermano.

—Vete atrás, Neville. No irás primero. Los sensores de Chang Guafe verán donde tú no ves. Si la escalera acaba, quiero saberlo antes de que nadie caiga al vacío. Y, si la piedra no va a soportar nuestro peso, otra vez sus sensores serán el mejor método para detectar la resistencia.

Chang Guafe dio un paso al frente.

—Elegiste con lógica, humano. Examinaré el camino.

—Que todo el mundo vaya despacio y pegado a la pared —ordenó Clive con calma cuando el ciborg tanteaba el primer peldaño. Observaron al ciborg que descendió con sus lentes de rubí ardiendo en la oscuridad—. Manténganse alejados del borde de la escalera y tengan cuidado con las corrientes de aire —recordó Clive.

—Para ser un hermano —intervino Neville con frivolidad—, haces muy bien el papel de madre.

—Y tú haces muy bien el de... —Clive se interrumpió y desvió la mirada. Rivalidades infantiles, recordó, cosas que era mejor dejar para los niños—... segunda tentativa. ¡Venga abajo! —Dio unas palmaditas en el hombro de su hermano gemelo y le señaló las escaleras.

El siguiente fue Sidi Bombay, seguido de Finnbogg, con Annabelle en brazos. Tomás esperó unos instantes, tragó saliva y se persignó; luego descendió tras ellos.

—Después de usted, mi comandante —rogó Horace Hamilton Smythe con una leve reverencia—. Y tenga cuidado con la pierna. Estaré al tanto de usted.

Pero Clive tenía una idea diferente. Había planeado situarse cerca de Chillido para permanecer atento a su descenso. A pesar de sus palabras tranquilizadoras, aquellas escaleras tan estrechas no estaban hechas para cuatro pies aracnoides.

—No, viejo amigo —dijo a su sargento—, pase usted primero y, si yo tropiezo, tendré a alguien que me sostenga, tarea que usted siempre ha realizado bien.

Smythe se puso rígido como si lo hubieran insultado.

—Por favor, mi comandante, con esos peldaños tan empinados lo único que nos faltaba era que alguien diese jabón. —Y lo miró con una expresión severa, que pronto se tornó sonriente para que Clive se diera cuenta de que sólo estaba bromeando—. Además, mi comandante, usted nunca tropieza, y si lo hace se levanta con gran elegancia.

—¿Ahora quién esta dando jabón? —replicó Clive devolviendo la sonrisa al sargento—. Venga, continúe.

Yo iré después de ti. Los pensamientos de Chillido rozaron los de Clive, pero como si tuvieran un rarísimo borde dentado que Clive nunca había notado antes. Chillido intentaba, sin conseguirlo, enmascarar alguna irritación dejándola de lado. *El Ser Smythe vigilará tus movimientos desde delante y yo desde detrás.*

Clive arqueó una ceja, se apoyó en la espada enfundada para aplacar el dolor en su muslo y se preguntó qué podía estar inquietando a Chillido.

—Espere un momento —dijo él con una sonrisa prudente—, ¿quién vigila a

quién?

Clive oyó el castañeteo de su risa y percibió que la alienígena se relajaba un poco.
Vigilar a todos, todos a vigilar, respondió, *para así estar todos seguros*.

Clive la observó durante un instante y se rascó la cabeza. Aquello le sonaba sospechosamente familiar. ¿Tenían en su planeta el equivalente arácnido de Alejandro Dumas?

—Se dice así: «Todos para uno, uno para todos» —explicó Clive.

Todo uno, un todo, fue la respuesta de ella.

No, no, pensó él. Así es demasiado filosófico. Es Voltaire, no Dumas. Pero ya se lo enseñaría más tarde. Los demás se estaban alejando demasiado. Cojeó hasta el primer peldaño e inició un descenso cauteloso.

¡Si hubiera algo con que hacer antorchas! Al quedar por debajo del nivel de la meseta, la oscuridad empezó a asemejarse a la del otro lado de la Puerta de Dante. Clive arrimaba el hombro izquierdo a la pared y descendía los peldaños uno a uno, bajando el pie derecho primero y luego el izquierdo hasta donde estaba el derecho, y volviendo a repetir la misma maniobra. Así evitaba en parte recargar la tensión en su herida.

Unos peldaños más abajo distinguía a Horace. Pero Tomás, por delante de él, era ya una vaga sombra, que sin embargo se identificaba con facilidad por la retahíla de epítetos que iba soltando en su idioma. Más allá de Tomás no podía ver a nadie, aunque por el ruido de sus pisadas sabía que estaban allí.

Se volvió hacia Chillido. Esta se apoyaba con tres de sus manos en el muro, manteniendo así el equilibrio mientras salvaba los angostos peldaños. Movía sus dos pies delanteros a la vez, descendiendo tres peldaños de golpe mientras los dos posteriores soportaban su peso. Luego inclinaba el cuerpo hacia adelante y hacía bajar sus patas traseras. Sin duda aquellas escaleras no estaban hechas para ella. Eran demasiado estrechas para sus pies y la ponían en constante peligro de resbalar; ahora Clive consideraba que quizás había cometido un error al situarla en última posición, puesto que, si caía hacia adelante, con su empuje los arrastraría a todos al vacío. Las escaleras también eran demasiado estrechas para el volumen de su abdomen. Aunque se mantenía pegada a la pared, su brazo y hombro derecho quedaban colgando en el espacio.

Chillido se detuvo de pronto y miró hacia arriba.

Clive se paró también.

¿*Ser Chillido?*, llamó en silencio.

Ella no respondió, aunque reinició el descenso de las escaleras. Sin embargo, sólo dos de sus ocho ojos parecían centrados en la marcha. Los demás lanzaban miradas frenéticas hacia arriba y hacia el vacío como si buscaran algo en la oscuridad. Y aunque era difícil decirlo con certeza, su mandíbula parecía crispada.

¿*Se encuentra usted mal?*, inquirió Clive preocupado sin dejar de proseguir su bajada.

Chillido dudó antes de mandarle una respuesta y, cuando lo hizo, llegó a Clive teñida de confusión.

No ¿o comprendo, Ser Clive, dijo al final. *Algo...* Y con su mano libre hizo un amplio ademán indicando el espacio; luego frunció de nuevo la boca y se llevó la mano a la sien.

«Oh, estupendo», pensó Clive; «una aracnoide con jaqueca». Y se dio una palmada en la boca, como si hubiera hablado en voz alta y quisiera capturar las palabras que se le habían escapado. Pero Chillido leía la mente. Sin embargo, no reaccionó. O no lo había oído, o no comprendía la referencia, o simplemente había decidido pasarla por alto.

¿Debemos regresar?, preguntó él, empujando sus pensamientos hacia ella. *Podemos buscar otro paso.*

No, respondió ella con firmeza. *El único paso es éste. Estoy segura... o lo estaban los Seres Samedi.* Se detuvo de nuevo, sacudió la cabeza y se frotó la sien, y prosiguió. *Tengo algo que me rasca y no puedo picarme,* dijo, como si esto lo explicara todo.

Algo que le pica y no puede rascarse, corrigió Clive, recordando que antes ya le había comentado algo al respecto. *¿Está enferma? ¿Puede decirme algo más acerca de ese picor?*

Ella encogió los cuatro hombros, causando un efecto ondulante que viajó por todo su cuerpo, y sacudió de nuevo la cabeza. Su frustración vibró en la red neuronal que los enlazaba.

Clive se mordió el labio y volvió a concentrarse en las escaleras. Otra vez se habían rezagado del grupo. La espalda de Smythe apenas era ya visible. Clive apresuró el paso, aunque ello le provocara más dolor. Se apoyaba pesadamente en el sable enfundado y en el muro.

Al cabo de un tiempo ya no pudo distinguir el borde de la meseta. Recuerdos de la pavorosa oscuridad que habían encontrado al principio de entrar en aquel nivel empezaron a removérsele en la mente otra vez. Hasta ahora no se había dado cuenta, ni habría admitido, que el tiempo que habían pasado errando hasta llegar hasta la Puerta de Dante lo hubiese trastornado tanto. Había pasado ya, y habían sobrevivido, aquello era todo. Pero ahora que reconocía la posibilidad de encontrarse en la misma situación, se sentía mucho más inquieto. Para un hombre maduro era vergonzoso tener miedo a la oscuridad; aunque en realidad no era miedo. La oscuridad simplemente lo ponía nervioso. Y no porque temiese la aparición de un ogro de cuento de hadas, sino porque había visto las cosas *reales* que se arrastraban y acechaban en aquella Mazmorra.

El sonido de voces lo arrancó de sus meditaciones de forma brusca. Horace Hamilton Smythe lo estaba llamando y los demás murmuraban y hablaban, en voz baja pero en tonos alarmados.

—Cuidado con el peldaño, mi comandante —susurró Smythe—. La escalera acaba de repente en un rellano.

El sargento había hecho bien en advertírselo. Clive casi cae al intentar bajar al siguiente peldaño, inexistente. La escalera se había convertido en una angosta cornisa que continuaba pegada a la pared del precipicio. Al menos esperaba que no terminase de improviso en cualquier parte. Apoyó firmemente la espalda en la pared y con la punta de la espada tanteó en busca del borde. Luego fue a tocarlo con la punta del pie y contuvo la respiración.

La cornisa debía de tener medio metro de anchura.

—¡Chillido! —gritó Clive. La arácnida se había detenido justo tras él, antes del último peldaño—. ¡Por el amor de Dios, tenga cuidado!

La aracnoide asintió y bajó con gran cautela al estrecho y largo sendero.

Clive pensó de súbito en Finnbogg. El tampoco debía de tener mucho margen para maniobrar, y además iba cargado con Annabelle. Bien, al menos sólo tenía dos patas de que preocuparse y, si marchaba arrimado a la pared, todo saldría bien.

De nuevo se pusieron en movimiento. Pero esta vez permanecieron próximos uno de otro, arrastrando los pies de lado en un lento avance por la roca a paso de tortuga. El ruido de algo de metal que frotaba la pared los acompañó un trecho, hasta que Sidi Bombay se detuvo un momento y se cambió de lugar la cantimplora que llevaba colgando. Neville y Smythe aprovecharon la parada para desabrocharse los cintos de los sables, juzgando más seguro llevar las armas en la mano que arriesgarse a que se les cruzaran entre las piernas, por más remota que fuera esa posibilidad.

Neville fue el primero en romper el silencio.

—¿Alguien de ustedes lee buenos libros?

Clive reconoció en esa pregunta un intento elegante de sacudirse la melancolía que al parecer se había abatido sobre el grupo, pero nadie respondió.

—Huumm —prosiguió Neville—. Una pandilla de analfabetos, ¿eh? Bien, quizá sea posible que encontremos un tema más común para la conversación, cualquier cosa para matar el rato, ¿eh? —Chascó los dedos—. Ah, ya lo tengo. —Hizo una pausa, se aclaró la garganta teatralmente y empezó—:

Había una vez una señorita inglesa...

Clive sintió que se ruborizaba como un tomate. Si hubiera podido atraer la vista de su hermano, lo habría acallado con una mirada desaprobatoria. Claro era que en aquella oscuridad ni siquiera distinguía a Neville, y no tenía la más mínima intención de inclinarse al vacío para localizarlo.

—¡Neville! —llamó con los dientes apretados.

*... cuyos simpáticos guiños,
eran de todos conocidos.
Y, por una copa y compañía...*

A Clive le ardía el rostro.

—Neville —intentó una vez más, vejado, agradeciendo enormemente que Annabelle, al menos, no estuviera en condiciones de oírlo.

...el amor verdadero ofrecía.

—¿Qué? —farfulló sorprendido—. Vaya, así no es como sabía yo el último verso. Horace Hamilton Smythe no pudo contener la risa.

—¿Algo acerca de «pasar la noche con ella podías», mi comandante? ¿Así era como lo contaba usted?

—¡Sargento! —espetó Clive.

Neville chascó la lengua varias veces.

—Me dejas perplejo, hermanito, y estoy seguro de que padre también se sentiría algo contrariado. Tienes demasiados tratos con gentuza.

Entonces fue Sidi Bombay quien comenzó:

*Había una vez una joven india...
que una joya en el vientre mostraba
cuando para los hombres bailaba.
Unos que era pecado insistían,
pero otros como mantequilla se derretían.*

El indio esbozó una sonrisa y dijo a Clive:

—Es un tipo de estrofa universal, inglés.

Clive soltó un rugido ronco, frunció el entrecejo y sacudió la cabeza. Entonces empezó Chang Guafe, para el colmo de las sorpresas de Clive. «¡Oh, no! ¿Los alienígenas también?»

El ciborg recitó en su más fría voz metálica:

*Había una vez una ciborg llamada Sue...
que gustaba de retozar en la chatarra.
Pero tenía un capricho más viciosillo;
era que, como le faltaba un tornillo,
siempre buscaba uno que enroscara.*

La risa de Chang Guafe sonó muy parecida al brusco crepitar de las interferencias radiofónicas, pero los demás se añadieron a ella de buena gana. Incluso Clive tuvo que admitir que le había gustado.

—¿Ves, inglés? —dijo Sidi Bombay cuando las risas se calmaron un tanto—. Es una auténtica forma universal.

Prosiguieron el camino del precipicio, intercambiando viejas canciones jocosas y componiendo otras nuevas, y poco a poco Clive olvidó sus aprensiones y se rindió a la alegría del juego. Era bueno volver a oír las risas de sus amigos. Le levantaban el ánimo y parecía disminuir el dolor de su pierna. La medicina de los dioses, como un poeta había llamado a la risa, y quizá fuera así.

La cornisa empezó a inclinarse hacia abajo con suavidad, y avanzaron con suma precaución hasta que se niveló otra vez. El sargento Smythe acababa de empezar una nueva cancioncilla cuando una sola palabra de Chang Guafe los acalló a todos.

—Alerta —dijo el ciborg.

Se pararon en seco y se quedaron absolutamente inmóviles. Clive escuchó con atención, preparado para oír el terrible sonido de las alas membranosas en la oscuridad de cielo, consciente de pronto de su vulnerable posición y cerrando la mano en torno a la empuñadura de su sable. Pero no lo desenvainó. Ni siquiera había espacio para una posición de combate. Miró hacia adelante en un esfuerzo por ver a Chang Guafe. Alcanzó a distinguirlo a duras penas al borde de la cornisa, escrutando hacia abajo.

—Receptores visuales observando por medio de rayos infrarrojos —informó Chang Guafe a una pregunta de Clive. El ciborg permaneció un instante silencioso escudriñando el abismo; luego volvió a hablar—: Irradiaciones caloríficas de origen y objetivos desconocidos aparecen a lo largo de la parte inferior del muro opuesto. —Hizo una nueva pausa—. Analizando probabilidades. —Otra pausa—. A larga distancia, los análisis deben combinarse con las suposiciones lógicas. Son orificios de ventilación.

—¿Dice orificios de ventilación? —interrogó Neville—. ¿Y qué es lo que quieren ventilar ahí abajo?

—Calor —dijo Chang Guafe mirando a Neville como si fuera un alumno que prestara poca atención—. Mis lecturas, aunque a larga distancia están sujetas a error, sugieren la posibilidad de una industria subterránea.

Clive apretó los labios y se asomó al precipicio. La cálida corriente de aire que subía del fondo le azotó el pelo y le castigó los ojos, pero no vio nada sino negrura abierta. No obstante, no ponía en duda las afirmaciones del ciborg.

—¿A qué profundidad se hallan esos orificios?

—Según entiendo vuestras unidades de medida —respondió Chang Guafe dando muestras de gran paciencia—, aproximadamente a setecientos metros.

Clive se mordió el labio. Aquel nuevo descubrimiento lo intrigaba de modo extraordinario. No obstante, no había manera de llegar a los orificios desde aquella cornisa y, además, lo más seguro era que allí sólo encontraran nuevos peligros. Puede que incluso fuera la residencia de los demonios con que se habían topado por el camino.

—Están demasiado abajo para que debamos preocuparnos, por el momento —dijo Clive sin entusiasmo—. Sigamos la marcha.

—*Sim, adelante!* —coincidió Tomás—. Pero en silencio, amigos, para no molestar a nuestros vecinos.

—Tiene un punto de razón —opinó Neville.

Se acabaron las cancioncillas y las bromas. Continuaron por la cornisa con las espaldas pegadas a la pared, como si quisieran esconderse de los ojos ocultos que podían vigilarlos desde abajo. Avanzaban lentamente, centímetro a centímetro, y el sonido de pisadas arrastradas en la piedra era lo único que se escuchaba. Clive observaba el cielo, temeroso de oír el aleteo de sus enemigos.

Al poco rato volvieron a detenerse.

—Oh, esto sí que te va a gustar, Clive, viejo amigo —dijo Neville en tono burlón.

—Quizá sea una suerte que la señorita Annabelle no haya estado despierta durante esta parte del trayecto —comentó Sidi Bombay.

—¿Qué hay? —susurró Clive algo irritado, incapaz de comprender de qué estaban hablando—. ¿Podemos seguir o no?

—Afirmativo —respondió Chang Guafe—. Podríamos seguir hacia adelante. La cornisa continúa tanto como mis sensores pueden detectar. Pero este viaducto nos ofrece un paso hacia el otro lado.

—¿Viaducto? —repitió Clive inclinándose hacia adelante—. ¿Quiere decir que hay un puente?

—Si te atreves a dignificarlo con esa palabra... —comentó con desdén Neville—. Pero a mí no me parece más que cuatro cuerdas y unas cuantas tablas viejas. ¿Por qué diablos se supone que lo han puesto aquí?

—He dejado de preguntar el porqué de muchas de las cosas que ocurren en esta Mazmorra —replicó Clive secamente—. Pero, si el puente cruza al otro lado, entonces tenemos que tomarlo.

—¡Pues venga, tú primero, hermanito!

Pero Chang Guafe los interrumpió: su talón metálico arañó la madera en medio de grandes crujimientos y quejidos de las viejas cuerdas.

—He sido elegido para examinar el camino —declaró Chang a Neville con firmeza. Sonaron más pasos en los maderos. Las cuerdas comenzaron a gemir con unos ruidos espantosos; luego se silenciaron. El ciborg, volviéndose, dijo—: ¿No te habían colocado como segunda tentativa?

En la voz del ciborg hubo una doble intención que casi hace sonreír a Clive. Sus lentes de rubí y los haces gemelos de luz que irradiaba iluminaban un pequeño tramo del puente, y Clive comprendió la aprensión de su hermano. Había visto puentes como aquéllos en libros de ilustraciones, y una parte de su corazón se acobardaba ante la idea de cruzarlo. Las cuerdas parecían muy viejas y las tablas se veían podridas y agujereadas por el comején. Pero, no obstante, otra parte de su corazón se animaba ante la perspectiva con una especie de entusiasmo juvenil. Clive mantuvo esta parte controlada. Después de todo, aquello era la Mazmorra y en aquel puente serían más vulnerables que en la cornisa donde se hallaban ahora.

Pero era la vía que los llevaría al otro lado.

—Pasa o apártate del camino —le ordenó Clive a su hermano con dureza.

—Ya voy, ya voy —contestó Neville—. Pero sin empujar, ¿eh?

Clive hizo caso omiso de aquel comentario. Era el modo que tenía Neville de reunir el coraje necesario. Clive sólo estaba atento a escuchar los crujidos que harían las maderas cuando sus botas las pisaran. Chang Guafe se volvió y siguió avanzando por el puente. Sus ojos ardían como dos ascuas refulgentes y parecían flotar en el tenebroso vacío del abismo. La fila continuó la ruta: Sidi, Finnboogg cargando con Annabelle, Tomás y Smythe entraron en el puente.

Las cuerdas sonaban en los oídos de Clive como una música discordante. Se tomó el tiempo de abrocharse de nuevo la espada, y luego asió una cuerda con cada mano y pisó el primer madero. Tuvo un momento de tremendo desconcierto cuando el madero se hundió bajo su peso y las corrientes de aire se agitaron a su entorno. Se aferró con más fuerza a las cuerdas, apretó los dientes y avanzó otro paso, y lentamente otro. Le dio la impresión de que el puente tomaba una extraña inclinación y se enderezaba de nuevo, y el corazón se le puso a latir con una violencia inusitada. Las tablas saltaban bajo él, vibraban con el paso de los que iban delante de él y la estructura entera oscilaba de modo espantoso por el empuje de las cálidas ráfagas de viento que subían desde abajo.

Luego su pie tocó suelo firme de nuevo y Horace Hamilton Smythe le tendió la mano para ayudarlo a salir.

—Hay otra cornisa, mi comandante —le dijo el sargento. Para Clive fue una gran alegría. Por más estrecha que fuera, no se movería, ni pegaría sacudidas ni crujiría.

Con gran cautela reemprendieron la marcha por ella. Después de un trecho empezó a subir en una suave cuesta hacia el borde del otro precipicio. Pero en aquella parte el viento soplaba con más intensidad, lo que los obligó a arrimarse bien a la pared de roca. De nuevo Clive decidió descolgarse la espada, prefiriendo llevarla en mano a que le fuera golpeando en la pierna. Pero esta vez, al desabrochar la hebilla, sintió que algo se deslizaba por la piel de su cuerpo y que quedaba atrapado en un desgarrón de un costado de la camisa.

¡El diario de Neville! Hizo un movimiento brusco para cogerlo, pero la vaina del sable empezó a resbalar del cinto; hizo otro gesto rápido para atraparla, pues de ninguna forma quería perder su espada. Este último movimiento, sin embargo, desatascó el diario del desgarrón y el libro cayó.

—¡Cójalo! —gritó.

Chillido estiró su cuerpo para cazarlo al vuelo. Pero rebotó en su mano derecha y salió volando dando tumbos, con las cubiertas extendidas como las alas de un pájaro maravilloso y las páginas abiertas como un abanico. La arácnida intentó atraparlo entonces con la mano inferior derecha.

De pronto soltó un grito horripilante y se inclinó hacia el vacío. Agitó sus cuatro manos en el aire, en un vano intento de recuperar el equilibrio en una cornisa en la

que apenas cabía. Clive soltó el cinto y corrió a agarrarla. El arma rebotó contra la piedra, se interfirió en el camino de su pie y cayó en el vacío.

Las puntas de sus dedos frotaron las puntas de los dedos de Chillido, pero era demasiado tarde. La bestia soltó un ululato espeluznante y cayó al abismo de espaldas, siguiendo al libro y a la espada hacia el tenebroso fondo mientras Clive y su partida contemplaban la tragedia aturcidos por el horror.

El «vuelo» de Chillido

Una sustancia blanca hinchada apareció en lo hondo del abismo. Poco después, Chillido subía flotando empujada por las corrientes de aire cálido que inflaban la inmensa vela hecha con los vibrátiles y diáfanos hilos de una telaraña. Chillido ondeaba a merced de los vientos inconstantes, que con su empuje la movían, le hacían dar vueltas, la apartaban de la pared de roca y la llevaban hacia donde nadie podía alcanzarla.

Clive gritó su nombre cuando vio que se elevaba por encima de ellos.

Estoy bien, Ser Clive, respondió la aracnoide sin mover un solo músculo, *aunque todavía puedo caer. Son violentos estos vientos. Pueden desgarrar mi vela.*

—¡Eche un cabo! —le gritó Clive—. ¡La rescataremos!

No puedo hilar otra hebra, replicó con una nota de preocupación que impregnaba sus pensamientos. *Debo mantener la vela o caeré.*

Horace Hamilton Smythe le tocó el brazo.

—¿Pero adonde irá, mi comandante? ¿A qué altura llegará?

Así pues, Chillido había enviado sus pensamientos a todos. Clive abrió un poco su mente y sintió las vibraciones de la telaraña neuronal que Chillido había tejido entre ellos en su primer encuentro. Para él no había sido algo agradable, ni para la mayoría de los demás. Permitía la transmisión de mucho más que de simples frases silenciosas, si uno no protegía lo más íntimo de sí con gran cautela. Pero Clive reavivó aquella comunicación y percibió mentalmente a sus amigos, a todos salvo a Annabelle, cuya mente estaba cerrada, y excepto a Neville y a Sidi Bombay, que no habían participado del don mental de la arácnida.

Voy a donde el viento me lleva, respondió Chillido a Smythe mientras se elevaba más y más arriba en su extraño paracaídas. *Vuelo hacia las cálidas brisas. Atrás dejo tierras y mares. Voy hacia la libertad.*

¿Un poema? La sorpresa llenó los pensamientos de Clive, mientras Chillido continuaba su ascenso hasta ser casi imperceptible a la vista.

Traducción, fue la respuesta de Chillido. La preocupación pareció haberse desvanecido en sus pensamientos. Una alegría sublime llenó su mente. *Es una canción que cantaba mi pueblo en época de vuelo, una época muy especial para nuestro pueblo. Ea canción no está completa, pero casi.* Hizo una pausa y todos percibieron que el temor la inundaba de nuevo ante los vientos que la arrastraban más y más arriba.

Vuelo hacia la montaña, Ser Clive. Nos volveremos a encontrar, Seres amigos.

Clive no sabía si ella sólo había dejado de responder o si flotaba demasiado arriba para que pudiera oírlo. La llamó una y otra vez, pero Chillido no respondió. Observó impotente cómo se alejaba hacia la oscuridad y desaparecía.

Horace Hamilton Smythe le puso un brazo en el hombro.

—Todo irá bien, mi comandante. Nos esperará en la cima, ya verá; será tal como ella ha dicho.

Clive Folliot miró de forma penetrante en los ojos de su sargento; luego parpadeó, desvió la mirada y soltó un suspiro.

—Pensé que la perdía, Horace, igual que perdí a los Samedi, igual que puedo haber perdido a Annabelle. —Aspiró profundamente, contuvo el aire un momento y volvió a expulsarlo—. No debería ser yo quien conduzca esta expedición. Dejemos que lo haga Neville. Es un jefe nato.

—Neville es un tontaina, con perdón por la expresión, mi comandante —susurró Smythe algo tenso—. Usted no ha perdido a nadie. Los mellizos Ransome, o alguna burda imitación de ellos, mataron a los Samedi. Por lo que respecta a Annabelle, está aquí con nosotros, y vamos a encontrar la manera de ponerla bien, si no sale por sí sola, cosa que espero que haga cuando sea el momento. Y Chillido no está muerta, tampoco. Está viva porque es lo bastante hábil para conservarse viva. Es lo único que tiene cada uno de nosotros: su ingenio y su habilidad. Y bien, es usted, con su ingenio y su habilidad quien nos va a sacar de esta situación. No Neville. Puede ser su hermano y todo lo que quiera, pero no olvide que se dejó capturar por los Señores del Trueno, y ahora se encontraría en la página de sucesos (ya me entiende) de no ser por usted y por la señorita Annabelle, que pensaron y actuaron con toda presteza para salvarle el pellejo.

Clive seguía sin convencerse, pero esbozó una tenue sonrisa.

—El bueno y viejo de Horace —dijo—, siempre a punto de darme un bofetón reanimador.

—Sólo cuando es necesario —respondió Smythe con seriedad.

Clive volvió otra vez la vista al cielo, esperando divisar a Chillido, pero la oscuridad era total. Bien, no tenía sentido permanecer en aquel angosto paso discutiendo con Horace Hamilton Smythe las cualidades que debía tener el mando.

—Vámonos —ordenó por fin Clive—. Una amiga nos está esperando en la cima.

Reemprendieron su prudente caminata y llegaron a otro tramo de escaleras, al menos tan traicionero como el que los había bajado a la cornisa del otro lado del puente. Después de una larga y ardua ascensión se encontraron en la cima del nuevo lado del abismo, bajo la sombra de la montaña que constituía su destino.

—¡Bien, bien! —exclamó Finnbogg con entusiasmo—. Al menos no tan oscuro como un pozo. Más fácil de ver. —Cambió de posición el peso del cuerpo de Annabelle y contempló la montaña.

Había una diferencia sutil de oscuridad, y la razón parecía hallarse en la misma

montaña. Un halo nebuloso la envolvía, como si tras ella ardiera pálidamente una luz mayor. Las sombras crepusculares aún eran densas, pero al menos se podían ver entre ellos y alcanzaban a distinguir el camino. Y, sin embargo, ¿por qué desde el otro lado del abismo no habían advertido aquella aureola? La visión de la montaña había sido bien clara.

A una sugerencia de Clive, Chang Guafe, con sus sensores electrónicos, buscó algún indicio de Chillido. Pero ¿quién sabía adonde la habían llevado los vientos, o dónde tomaría tierra, si en su extraño estado de éxtasis quería tomarla? Extendió sus pensamientos al aire y la llamó, pero sólo obtuvo la respuesta del silencio, con un carga de singular soledad.

Las cantimploras pasaron de uno a otro y todos bebieron. Clive sentía la pierna rígida y adolorida, pero soportaba su peso mejor que antes. Cojeando, se adelantó un poco del resto y se plantó ante la montaña, dejando que llenara su visión. El Palacio del Lucero del Alba reposaba en su cima. Aquello significaba comida, esperaba, y quizá también cama. Tal vez también encontrarán la Puerta hacia el siguiente nivel. Agradecería de todo corazón la oportunidad de abandonar el séptimo.

¿Pero encontrarían amigos allí? ¿Por fortuna aliados? Samedi afirmaba que lo habían enviado para que los guiara al palacio. Philo B. Goode y los mellizos Ransome parecían haber querido impedirlo. ¿Por qué? Unos a favor suyo, otros en contra. ¿Qué significaba aquello?

Clive Folliot empezaba a sentirse más y más como un peón en alguna especie de partida de ajedrez, y aquella sensación no era muy de su agrado.

Se volvió a los demás y les hizo una señal encorvando el dedo para que lo siguieran.

—Vengan —dijo como un autómata.

Una marcha corta por una sección de terreno relativamente plano los llevó al pie de la montaña. Mientras los demás disfrutaban de un breve descanso, Clive dio una vuelta por el lugar, buscando, sin éxito, algún indicio de Chillido. Al regresar se arrodilló junto a Annabelle y le tomó la mano entre las suyas. Seguía sin dar señales de vida. Le levantó un párpado. El iris le había subido muy arriba y su pupila dilatada era un pozo vacío y negro. Le dio un beso suave en la frente y murmuró a Finnbogg, dándole unas palmaditas en el brazo:

—Cuídala, Finnbogg.

—Annie bien, Annie estará bien —respondió éste con seguridad.

El sargento Smythe se levantó y se acercó a ellos.

—Debería dejarme examinar su vendaje, comandante —le dijo.

Clive le hizo un ademán elusivo.

—El vendaje está bien, sargento. —Pero, cuando el ordenanza desvió la mirada, se puso la mano en la herida e hizo una mueca. El escozor aún estaba allí, y también el entumecimiento. Había logrado hacer retroceder el dolor a la parte más recóndita de su cerebro durante un rato y lo único que tenía que hacer era alargar ese rato. Pero

tenía la impresión de que, si se sentaba y descansaba como los demás, no podría volver a levantarse.

Al principio fue una ascensión fácil. Remontar la suave pendiente requería tan sólo un esfuerzo mínimo y la pisada era segura. Ahora ya no mantenían la fila de a uno y cada cual hacía su propio camino por la ladera de la montaña. Horace Hamilton Smythe, sin embargo, permanecía cerca de Clive y éste advirtió con una reticente gratitud que Chang Guafe se había puesto al cuidado de Neville.

La delicada luz que envolvía la montaña se intensificó sensiblemente, iluminando las grietas y hoyos en que podían tropezar, las piedras que podían desprenderse bajo una pisada. Clive reflexionó que en aquel nivel no habían visto ni una brizna de hierba ni ninguna criatura viviente, excepto los demonios que los habían atacado. Los niveles anteriores habían estado poblados por seres de especies, épocas y planetas diferentes. Pero, al parecer, éste no. ¿A qué era debido?

La cuesta se hizo más aguda. Ahora Clive sintió un tirón en la herida del muslo. Tocó la venda con la punta de los dedos y notó una humedad cálida. Sangre. La herida estaba sangrando. Se la tapó con la mano para ocultarlo a Smythe y continuó subiendo. En algunos momentos la cuesta era tan pronunciada que tenían que inclinarse y trepar a gatas. Clive trataba siempre de situarse de tal modo que su sargento no pudiera verle la herida.

A medio camino descansaron de nuevo. Chang Guafe y Finnbogg daban pocas muestras de fatiga, aunque al can alienígena le colgaba un poco la lengua mientras mecía a Annabelle en su regazo. Sidi Bombay parecía estar en plena forma y a punto de seguir; Clive se preguntó si durante su carrera como guía y porteador habría pasado algún tiempo en las montañas del norte de la India o en algunas de las regiones más accidentadas de África.

Por otra parte, Tomás parecía a punto de derrumbarse, lo cual hizo tan pronto se detuvieron: se tendió boca arriba y se cubrió los ojos con el brazo. Soltó un larguísimo y miserable gemido y se sumió en el silencio.

Neville era quien lo tenía más preocupado. Su hermano se negaba a que lo llevaran a cuestras, pero estaba pálido y cerraba la boca en una línea tensa, como sin labios. En ningún momento sacaba la mano derecha de las costillas y tenía dificultades para respirar. El sargento Smythe y Sidi Bombay lo habían examinado y habían asegurado que no tenía ninguna costilla rota.

Chang Guafe extendió un delgado tentáculo, que salió de un pequeño orificio de su pecho, y lo situó cerca de las costillas de Neville. Aunque el ciborg poseía numerosos apéndices semejantes, parecía usarlos muy poco. Clive hizo una pausa en sus meditaciones para preguntarse si no sería algún aspecto latente del perdido poder de imitación de Chang Guafe lo que hacía que, al pasar más tiempo en compañía de los humanos, confiara, de forma inconsciente, cada vez más en su forma humanoide.

Una lucecita roja en el extremo del tentáculo se encendió y empezó a parpadear rápidamente mientras se desplazaba de un lado a otro por encima de las costillas de

Neville.

—Difícil de precisar —informó el ciborg retrayendo de nuevo el tentáculo hacia su cuerpo—. Este sensor está preparado para el estudio de la flora alienígena. Sin embargo, y teniendo en cuenta este factor, el análisis indica una probabilidad media-alta de que Neville tenga roto el cartílago que une las costillas en el centro del pecho, lo cual produce una sensación dolorosa, pero cuya soldadura requiere sólo descanso y tiempo.

Clive se rascó la barbilla y se preguntó si debía confiar mucho en los diagnósticos del alienígena en cuanto a los daños humanos. Por otra parte, no se podía hacer nada más, al menos por lo que se refería a las costillas de Neville. Pero muchos de los cortes y arañazos en los hombros y espalda de su hermano parecían tener un aspecto peor que el de su propia herida en el muslo. Clive pensó que probablemente ambos necesitaban puntos de sutura, pero eso, desde luego, estaba fuera de su alcance.

Volvieron a beber agua de las cantimploras y, después de conseguir que Tomás se pusiera en pie a base de amenazas y tirones, reemprendieron la subida.

Llegaron a otra meseta llana y contemplaron el paisaje de donde venían. Como paisaje, sin embargo, no era gran cosa. Las montañas que habían atravesado parecían sombras dentadas recortadas contra el fondo de la noche, con un aspecto más ominoso que cuando las habían cruzado. No había señales del valle hundido en la niebla ni del río que lo había excavado.

Tampoco había señales de Chillido. Clive miró por todas partes en busca de la aracnoide. Echaba de menos aquella presencia de ánimo en su mente, y echaba de menos la seguridad de sus feroces habilidades combativas. Escudriñó la meseta, creyendo que podía haber aterrizado con seguridad en ella, pero no halló rastro de la aracnoide.

Horace Hamilton Smythe se le acercó.

—Está usted sangrando, mi comandante —le comentó—. Debería haber dicho algo.

—Déjeme en paz, Horace —susurró Clive—. A veces es usted como una madre. Y hable en voz baja. Ahora estamos a mucha altura y no sé si por aquí habrá algún eco o no, pero mejor que no lo descubramos, ¿eh?

—Pero su pierna, mi comandante...

—Mi pierna está bien —insistió Clive con calma tensa—. La estoy vigilando, y está bien, se lo aseguro.

Cruzaron la meseta y prosiguieron el ascenso. La montaña se volvía más y más escarpada. Peñascos de roca negra surgían como astillas verticales, semejantes a estalagmitas de una caverna. Algunos de ellos caían sólo con tocarlos; otros resultaban lo bastante resistentes como para apoyarse en ellos. Singulares paredes de roca se alzaban empinadas. Sin embargo, cada vez que el sendero parecía demasiado infranqueable para seguirlo, alguien encontraba otro paso a poca distancia.

Tomás se quejó de ampollas, se paró y se frotó los pies. Smythe se frotó las palmas

haciendo una mueca de dolor. Todos tenían las manos en carne viva de haberlas utilizado para encaramarse por las piedras. Clive, también, sintió que en el interior de su bota se empezaba a formar una ampolla. Movi6 los dedos de los pies y soltó una larga y silenciosa maldición con palabras que ningún caballero inglés debería conocer.

Un rudo despertar, Ser Clive.

Durante un instante, Clive Folliot creyó que su imaginación le jugaba una mala pasada. Pero de inmediato se despabiló. Iba a gritar, pero se contuvo.

—¡Chillido! —susurró mirando con frenesí a su alrededor—. ¡Está viva! ¿Dónde diablos se encuentra?

Los demás lo habían oído y lo contemplaban con algo parecido al recelo que uno abriga hacia un loco de la calle.

Aquí arriba, Ser Clive, respondió con un matiz de diversión soñolienta. *Encima de ti.*

Clive miró hacia arriba en un ángulo pronunciado y contuvo la respiración. Colgada entre un pináculo alto y delgado como una aguja y la pared de un precipicio había la telaraña más grande que Clive jamás había contemplado, y Chillido daba vueltas y se columpiaba en el centro con la suave brisa que balanceaba la red. Clive señaló y los demás miraron también con el mismo asombro.

—Apenas el menor indicio de luz en los hilos —comentó Sidi Bombay impresionado—. Esto es una obra de arte, amigos míos, una obra de arte del tejido.

Chillido se agitaba y se revolvía en su telaraña.

El Ser Sidi es muy amable. Esto sería considerado primitivo, bárbaro y tosco en la patria de Chillido. En nuestro mundo no flotamos de este modo. Sólo lo hacen las crías maleducadas o desvergonzadas. Hizo una pausa, extendió dos brazos y tiró de dos hilos de la tela, haciéndolos vibrar, con gran sorpresa de Clive, como dos cuerdas de arpa, y dos notas musicales sonaron trémulas en el aire. Tiró de dos filamentos más cortos y el resultado fueron dos temblores más agudos. Luego sus pensamientos frotaron los de todos. *Sin embargo, estoy aprendiendo que hemos renunciado a mucho de nuestro pasado, de nuestra evolución. Lo hemos sacrificado en beneficio de los amaneramientos de la civilización. Tal vez nuestro carácter básico sea el autorrechazo del propio modo de ser.*

Pero Clive advirtió algo más profundo bajo sus pensamientos. De repente, el movimiento de vaivén de la telaraña producido por el viento le recordó a una madre meciendo y confortando a su bebé. Le dirigió los pensamientos en lugar de la voz, ofreciéndole así mayor intimidad.

¿Qué es, Ser Chillido? ¿Qué ocurre?

Después de una breve duda, respondió:

Estoy asustada, Ser Clive, y preocupada. ¿Podré regresar a casa? ¿Voy a encajar en sus hábitos? He aprendido mucho aquí, en la Mazmorra. He cambiado mucho.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Clive, quien miró a los demás. Todos habían oído a su amiga aracnoide y, por la expresión de sus rostros, habían

experimentado el mismo escalofrío.

Sólo Chang Guafe reaccionó de forma distinta.

—El cambio es inherente a la naturaleza de todas las cosas —dijo con frialdad—. En mi planeta absorbemos en nuestro ser cada cosa nueva que tocamos. Cada cosa nueva que aprendemos provoca alteraciones en nosotros. Ni siquiera tenemos nunca el mismo aspecto, sino que evidenciamos los cambios y el aprendizaje en nuestro aspecto exterior. —Los demás se volvieron hacia él con lentitud, recordando sin duda alguna la historia acerca de la evolución de su planeta, de cómo allí la vida había sido inicialmente una masa informe hasta que una nave espacial había aterrizado. Absorbieron la nave y eso les proporcionó inteligencia y forma, a la vez mecánicas y orgánicas—. Viajo con vosotros, lucho con vosotros —prosiguió— porque los Señores de la Mazmorra me han arrebatado el poder de modificarme, el poder de crecer y de desarrollarme. Y quiero volver a poseerlo.

—Quizá no sea el cambio lo que tememos —intervino Sidi Bombay con tranquila sensatez. El escuálido indio volvió un instante su delgado y oscuro rostro hacia cada uno de ellos y sus ojos brillaron con triste compasión—, sino el aislamiento. Una caparazón de costumbres, de civilización, nos encierra en determinados modelos de comportamiento, que aceptamos. Chillido teme haber visto a través de esa caparazón que el modelo ya no es adecuado para ella. —Volvió a recorrer sus rostros con la mirada—. Y así creo que ocurre con muchos de nosotros. Y sin embargo, si no nos acomodamos a estos modelos, tanto si son las costumbres inglesas como las creencias hindúes, nos arriesgamos a que nuestro pueblo nos rechace, nos condene al ostracismo y tal vez a la cárcel.

—O a que nos encierren en un maldito manicomio —añadió Horace Hamilton Smythe en tono lúgubre.

—¡Qué mundo más ilógico y limitado! —comentó Chang Guafe—. Realmente sois verdaderas criaturas alienígenas.

Clive escuchó la conversación con interés, pero eran las simples afirmaciones de Chillido las que lo conmovían con más profundidad, quizá porque con el contacto mental había captado algo de la complejidad de su miedo, mientras que Chang Guafe y Sidi intentaban simplificarlo con meras palabras. Advirtió de repente que era muy importante comprenderlo, comprender lo que el lenguaje sólo podía reducir a esquemas, lo que nunca podría expresar en su totalidad.

Se preguntó cómo podría él volver a encajar en la sociedad victoriana sabiendo que había otros planetas habitados, y habitados por una infinita combinación de formas. ¿Qué decía eso acerca del lugar del hombre en el universo y de su relación con Dios? ¿Cuál de ellos, Clive, Chillido, Chang Guafe o Finnbogg, era auténticamente hecho a imagen de Dios? Esta no era la única cuestión, aunque por sí sola bastaba para socavar los cimientos de su cultura, si alguien llegaba a creerlo y se preocupaba por debatirlo con todas sus consecuencias.

¿Cómo encajaría sabiendo *{sabiendo*, no meramente conjeturando como hacía su

amigo George du Maurier) que un ser podía comunicarse con otro sólo con el poder del pensamiento?

¿Cómo encajaría conociendo el aspecto del futuro que se les avecinaba, sabiendo que sería un mundo de pesadilla gobernado por máquinas llamadas computadoras y poblado por gente que se hacía implantar extraños mecanismos en obscena simbiosis, mecanismos tales como el Baalbec A-nueve? Chang Guafe no era el único ciborg que había conocido en la Mazmorra. Chang, al menos, provenía de otro planeta, donde prevalecían otras leyes y costumbres. No era incumbencia de Clive juzgar el mundo de Chang. Pero también había conocido a ciborgs humanos. Annabelle con su Baalbec era un ejemplo de los más inofensivos.

Y, por cierto, ¿cómo encajaría en su época y en su mundo después de haber comprendido que las mujeres no eran las criaturas débiles que le habían contado, sabiendo que podían planear, decidir y luchar al lado de cualquier hombre si era su voluntad hacerlo, que no necesitaban la protección del hombre y mucho menos su supervisión? Annabelle se lo había enseñado, su propia tataranieta.

Sin embargo, al mirarla, lo que vio de súbito no fue el rostro triste de Annabelle Leigh, sino el de Annabella Leighton, la mujer que amaba y que, sin saberlo, había dejado sola y en unas circunstancias muy desafortunadas, en Londres.

Respiró profundamente y se afirmó en su resolución. Y esta vez habló en voz alta para que los demás lo pudieran oír.

—Es el miedo lo que todos tenemos que superar, Ser Chillido, cada cual a su manera y lo mejor que pueda. Pero todos debemos regresar a nuestro hogar.

¿Por qué, Ser Clive?, repuso Chillido, con una duda en sus pensamientos, fácil de percibir. *Quizás ahora pertenezcamos aquí.*

—Entonces permita que lo diga de otro modo —replicó Clive obstinado, acercándose a Annabelle y acariciando a Finnbogg entre las orejas. Finnbogg gruñó agradecido—. Yo tengo que regresar a casa. Tengo asuntos que resolver.

—¿Nuestro padre? —inquirió Neville dubitativo.

—Al diablo con padre —soltó Clive sin pensarlo ni un instante—. Debo volver por mis razones personales, no por las tuyas. He dejado ya de ser su marioneta.

—¿Marioneta? —repitió Neville—. Un poco más de respeto, por favor: te envié a buscarme.

—Y ya te he encontrado —espetó Clive—. Es hora ya de que nos vayamos a casa. —Y se volvió a los demás—. Todos nosotros.

—*Boa ideia* —musitó Tomás—, si podemos.

Annabelle en el País de las Maravillas

La fuente de la tenue luz pronto dejó de ser un misterio. La montaña había ocultado una familiar espiral de estrellas, emergida de algún horizonte invisible y que había ascendido muy arriba en el cielo. Sin embargo no era la misma espiral que la que brillaba en Q'oorna. La de Q'oorna estaba suspendida en la noche, fría, estática, indiferente, como una lejana galaxia de diamantes helados. La del presente nivel ardía con la misma luz fría, pero las estrellas giraban y bailaban en una nube de gases revueltos. La masa entera se agitaba en la oscuridad con una furia electrizante y silenciosa.

La espiral vertía su luz en una construcción igualmente antinatural que se levantaba en la cima de la montaña. La misma cumbre parecía haber sido segada por alguna grande e inconcebible máquina, dejando una superficie pulida como el ónice, una superficie que brillaba como un espejo en la iluminación de la espiral. En el centro de este suelo liso surgía la más rara de las mansiones, una inmensa morada cuyas líneas y ángulos parecían sutilmente desencajados. Las paredes parecían inclinarse en tres o cuatro direcciones diferentes a la vez; el tejado se hundía en algunos puntos y mostraba extrañas protuberancias en otros. Las abundantes chimeneas se torcían a la derecha y a la izquierda, en un obstinado rechazo a la vertical. Ninguna ventana era cuadrada, ni siquiera rectangular, porque una u otra de las esquinas estaba doblada hacia adentro.

—A mí me parece que el arquitecto debe de haber trazado el plano en un mantel con algunas copas —musitó Neville Folliot a su hermano.

—Querrás decir *después* de algunas copas —sugirió Clive.

Llegaron al borde de la cima y allí se quedaron, agazapados, sintiéndose desnudos, desvalidos, casi temerosos de ponerse en pie. Los vientos cálidos soplaban en súbitas ráfagas con ímpetu suficiente para barrerlos de la cima si cedían a la distracción. La etapa final de la escalada los había dejado extenuados, ya que el terreno había sido de lo más empinado y dificultoso, y el sendero subía zigzagueando por una imponente pared de roca.

El muslo de Clive le latía dolorosamente y el músculo temblaba y se estremecía cada vez que apoyaba peso en él. Un hilillo de sangre había descendido hasta su bota, y se había coagulado en un acto de piedad. Pero el vendaje que ataba su pierna estaba saturado. Todos los cortes y arañazos menores también le dolían y le escocían a causa

de la tensión y del sudor que los irritaba sin cesar.

Y Neville no parecía mejor. Pero ninguno de los dos decía nada ni se quejaba. De vez en cuando se miraban de soslayo por el rabillo del ojo como para comprobar la resistencia del otro. Era casi como si estuvieran enzarzados en una competición que determinaría quién aguantaba más, quién sería el fuerte y quién el débil. Annabelle tenía una expresión para definir aquella situación, una expresión curiosa de la cual Clive ahora no podía acordarse.

¿Exhibición machista?, ofreció atentamente Chillido.

Clive se volvió de súbito, aturdido.

Gracias, respondió con cierta duda.

—¿Quién cree que vive aquí, mi comandante? —preguntó Horace Hamilton Smythe en un susurro mientras se agachaba junto a Clive.

—Oh, creo que está muy claro, sargento —intervino Neville Folliot.

Pero Clive interrumpió a su hermano. Había resuelto aquel rompecabezas hacía ya algún tiempo, y no estaba dispuesto a permitir que Neville tuviese la satisfacción de quedarse con el mérito.

—Tenemos dos pistas muy buenas, Horace. Primera: la anotación del diario, que leímos al principio de llegar aquí. «¿Cómo te sentirás cuando conozcas al Señor del Infierno?», decía el diario. Y segunda: el nombre de este lugar, el Palacio del Lucero del Alba.

Neville cortó:

—Evidentemente es...

—Lucifer —disparó Clive antes de que su hermano pudiera terminar—. Al menos, es evidente que es eso lo que quieren que pensemos.

Tomás se hincó de rodillas y se santiguó.

—*Ave María, cheia de graça...*

Clive hizo caso omiso de él.

—El Señor del Infierno es una referencia obvia —concedió Chang Guafe—, pero mi memoria no proporciona informaciones sobre el segundo nombre.

—Mi hermano y yo —explicó Clive— poseemos una sólida formación en cuanto a los clásicos. Entre los antiguos romanos, una cultura que floreció en el pasado de nuestro mundo, el lucero del alba (o estrella matutina) era llamado Lucifer o El Que Trae la Luz del Día. Más tarde, este nombre fue dado al ángel que acaudilló la rebelión contra Dios y cayó del cielo. Y se convirtió en el soberano del infierno, un lugar creado específicamente para su castigo.

—¿Vuestro Dios lo castigó dándole un lugar propio sobre el que reinar? —preguntó Chang Guafe pasando la mirada de Clive a Neville y otra vez a Clive—. ¿Así pues fue victorioso en su rebelión?

Clive y Neville se miraron. Neville no pudo reprimir una sonrisa torcida.

—Tienes que presentarlo a Milton^[10], si alguna vez salimos de aquí.

Chang Guafe miró a uno y a otro de nuevo.

—Registro confusión —informó.

Sidi Bombay le dio unas palmaditas de consuelo en el hombro.

—También a mí me han confundido siempre sus creencias, amigo mío —dijo ladeando la cabeza y haciendo una mueca de simpatía burlona—. Son ingleses, ¿qué le vamos a hacer!

Chang Guafe volvió sus ojos de rubí hacia Sidi.

—¿Tú no lo eres? —preguntó, sin matiz de sorpresa.

Sidi se llevó la mano al corazón con una expresión de tal asombro y de tan extremo ultraje que no pudieron sino pensar que estaba bromeando.

—¡Yo soy hindú! —respondió con exagerada dignidad. Hizo un ademán despreciativo con el brazo y arrugó la nariz—. Ellos son cristianos.

Chang Guafe los miró a todos a la vez; el brillo de sus ojos se intensificaba y disminuía de forma confusa e intermitente.

—Registro confusión —repitió.

—Nos llevaría demasiado tiempo explicarlo —se excusó Clive, sonriendo ante la mueca de Sidi—. Baste decir que, aunque los humanos podamos parecer iguales a sus ojos, existen entre nosotros tantas diferencias como entre distintos alienígenas. Pero nada de eso importa ahora. —Y, ayudándose con su espada envainada, se levantó, con gran lentitud y cautela, hasta una posición semiencorvada. Los vientos le golpearon el pecho y tuvo que dar un pequeño paso para conservar el equilibrio—. Aquí es donde quería llevarnos el barón Samedi. Propongo que llamemos a la puerta y veamos quién responde.

—¿Y si es el mismísimo Patillas? —dijo Neville alzándose también.

Clive echó una mirada a su compañero español, quien aún permanecía arrodillado y murmurando con las manos en actitud de rezo.

—Si es así, tenemos a Tomás para ahuyentarlo con sus oraciones.

La compañía se apiñó junto a Clive y todos echaron a andar hacia la casa.

—Comida, ¿sí? —inquirió Finnbogg—. ¿Comida para Annie, para Finnbogg, para todos?

—Eso espero —respondió Clive tranquilizándolo.

—Bistec tártaro, con toda probabilidad —refunfuñó Smythe.

—Y como postre, cabello de ángel... caído —sugirió Neville.

—O calderada —añadió Sidi.

—De las calderas de Pero Botero, sin lugar a dudas —concedió Clive. Levantó la vista hacia las ventanas iluminadas de la casa y sintió que se le hacía un nudo en las entrañas. Observó atentamente en busca de sombras que se movieran en su interior, de un rostro que apareciera de detrás de una cortina. ¿Sabía alguien que estaban allí? Era imposible creer que no los estuviesen espiando. Empezaba a pensar que cada movimiento realizado desde que habían entrado en la Mazmorra había sido observado por alguien. Se sentía estudiado como un bicho en un microscopio. O como un estudiante en un examen.

El edificio parecía mayor a medida que se aproximaban. Una orla adornada con remolinos y espirales bordeaba las ventanas y remataba los aleros. Gárgolas acechantes sobresalían de los canalones. Una especie de seto petrificado brotaba a cada lado del camino que llevaba a la puerta principal, con hojas de ébano y ramas que centelleaban a la luz y se fragmentaban al contacto.

Una descomunal aldaba fabricada en hierro, o en algún otro metal negro, colgaba en la puerta. Clive alargó el brazo para cogerla, pero tuvo un momento de vacilación. Por encima del hombro miró los rostros de sus amigos y vio la misma mezcla de esperanza y ansia en cada uno de ellos. Sólo el de Chang Guafe permanecía impassible; pero una noche, en la cueva de Samedi, Clive había aprendido a leer en los ojos de su amigo ciborg.

Asió la aldaba y asestó dos golpes.

La puerta se abrió un resquicio. Desde un vestíbulo muy iluminado, una pequeña criatura de quizá seis palmos de estatura y con cara de rana asomó con recelo. Unas membranas opacas parpadearon encima de unos ojos grandes y redondos, que se clavaron primero en la cara de Clive y luego en la de Neville. Una inmensa sonrisa desdentada partió casi en dos el curioso rostro y la criatura abrió la puerta de par en par.

—¡Han llegado, llegado! —La criatura se puso a dar saltos con sus poderosas patas mientras aplaudía alegremente con sus manos membranosas—. ¡No sabíamos cuándo llegarían, llegarían! ¡Pase, Clive Folliot! ¡Pase, Neville Folliot! ¡Bienvenidos todos! ¡Bienvenidos, bienvenidos!

Los hermanos intercambiaron miradas.

—Muy diferente de mi idea de Lucifer, hermanito —comentó Neville con sequedad.

—¿El Príncipe-sapo de las Tinieblas, quizá? —sugirió Clive meneando la cabeza.

Siguieron a la extraña criatura por el vestíbulo. Ésta se desplazaba en saltos bruscos, de vez en cuando giraba su cabeza sin cuello en redondo para sonreírles y mantenía un constante flujo de palabras. Unas pulseras de oro le repiqueteaban en la muñeca cuando brincaba, y una bata de seda púrpura revoloteaba en torno a sus patas y entre ellas.

Horace Hamilton Smythe observaba aquellas patas con un fulgor en los ojos y relamiéndose los labios. Clive Folliot le lanzó una mirada severa.

—Bistec tártaro, ¿recuerda? —le dijo a su antiguo ordenanza.

—Supongo que tendrá un nombre o algo así... —comentó Neville, interrumpiendo a su guía.

—Herkimer —fue su rapidísima respuesta—. Soy Herkimer, Herkimer. Ahora por aquí, por favor. Tenemos habitaciones para todos ustedes, y baños calientes y ropas nuevas, y todo lo necesario para que se sientan cómodos, cómodos. Y después, cuando hayan descansado, podrán cenar. Por entonces el amo ya estará despierto, despierto. ¡Tenía tantas ganas de verlos! últimamente sólo hablaba de ustedes,

¿saben?, sólo hablaba de ustedes. ¡Oh, y sus heridas, sus heridas! Mandaremos vendas nuevas y medicinas también, también, también. Luego nos contarán sus aventuras. El amo ya las sabrá, claro. Lo sabe todo. Pero querrá oírlas de su propia voz, de su propia voz. ¡Será tan divertido!

Clive seguía a Herkimer, pero prestaba oídos sordos a mucha de la palabrería del lacayo. Mientras recorrían un pasillo tras otro, una sala tras otra, le sorprendió comprobar que el mobiliario era de su misma época en la Tierra. Aquí y allí había parejas de sillas acolchadas, a veces una mesa delicada o un espejo enmarcado. Incluso el alumbrado era a gas. Las paredes estaban recubiertas con papel aterciopelado que tenía un estampado de flores, no muy diferente del de su propia casa.

Qué extraño, pensó, encontrar gustos Victorianos en un lugar tan remoto. En multitud de aspectos le recordaba a su hogar, con muchos de los mismos detalles de acabado, y por un momento lo invadió la añoranza.

Subieron un tramo de escaleras y llegaron a un pasillo con una hilera de puertas a cada lado. Herkimer señaló la primera puerta con una mano llena de pecas verdes y pardas.

—He aquí su habitación, su habitación, señor Chang Guafe, y he aquí la suya, señorita Chillido. —E indicó la habitación frente a la primera. Era sorprendente: cuando les asignaba habitación y les abría la puerta, ya conocía sus nombres.

—Por favor —dijo Clive de repente cuando Herkimer adjudicaba la habitación a su tataranieta—. Me gustaría que la habitación de Annabelle estuviera junto a la mía, o frente a la mía.

—Desde luego —respondió Herkimer con una sonrisa—. Es muy fácil de solucionar, de arreglar. Simplemente intercambiaremos su habitación, su habitación, con la de Smythe. —Volvió su sonrisa hacia el sargento—. Ya que ambos pertenecen a la misma especie supongo que no habrá problemas, no habrá problemas de ninguna clase.

El sargento Smythe se dirigió hacia su habitación, pero se detuvo ante la puerta, se volvió y se quedó mirando, lo cual hicieron también Chillido, Chang Guafe, Sidi Bombay y Tomás desde las suyas. Finnbogg tomó nota de cuál era su aposento, pero siguió a Clive y a Neville con Annabelle en brazos.

Había el número exacto de habitaciones para acogerlos. Clive y Neville tomaron las dos últimas, en el extremo más alejado del pasillo. Estaban situadas frente a frente. Herkimer abrió las puertas de par en par revelando una visión fugaz de unas alcobas ricamente amuebladas.

Herkimer hizo una leve inclinación, con su imperecedera sonrisa batrácida.

—Encontrarán el baño caliente preparado y esperándolos, esperándolos —dijo—, y ropa limpia en los armarios, armarios. No teman, las prendas serán de su talla. Mi amo ha puesto mucho cuidado en ello, mucho cuidado en ello.

—Creí que no sabían cuándo llegaríamos —comentó Clive con algo de recelo.

—¡Oh, no lo sabíamos! —insistió Herkimer—. Pero no teman, el agua estará caliente, caliente. Confíen en mi señor. Y, cuando se hayan lavado, vestido y descansado, la cena estará servida, estará servida.

—¿Veremos al señor entonces? —preguntó Neville como por casualidad, asomándose por la puerta, supervisando toda su habitación mientras hablaba por encima de su hombro.

—Con toda seguridad —respondió Herkimer mientras regresaba saltando hacia las escaleras—. Con toda seguridad.

Clive observó cómo se alejaba y observó que sus amigos hacían lo mismo antes de entrar en sus habitaciones. Escuchó cómo cerraban las puertas en silencio, y se encontró solo en el pasillo. Fue hacia la puerta de Annabelle, la abrió y entró.

La habitación estaba decorada en un estilo más bien espartano y militar que le evocó los barracones de los oficiales, y recordó que en un principio había estado destinada a Horace Hamilton Smythe. Había una silla y un escritorio sencillos, con un poco de papel de escribir, y un tintero en un rincón. En una esquina de la habitación había un armario ropero y, a los pies de la cama, un cajón de madera. El aroma a agua cálida y perfumada con hierbas emanaba de un pequeño cuarto adyacente.

Annabelle yacía en una postura sosegada en la cama donde Finnbogg la había dejado. Clive se sentó en un costado de la cama, contempló a su nieta durante un largo momento y pasó un dedo por su suave mejilla. Adonde fuera que su mente se hubiese retirado, parecía hallarse en una paz absoluta. Le volvió la cabeza un poco hacia un lado. Las heridas en el cuello se habían recubierto ya de una costra, pero temía que la cicatrización le dejase tres finas, delicadas, líneas. Los demás arañazos eran de una importancia relativa.

Clive sintió que lo arrollaba una súbita fatiga y que lo invadía una familiar sensación de culpabilidad. Aunque una parte de él había aprendido, la otra lo reprendía por sus fracasos. Tendría que haber cuidado más de ella, tendría que haberla vigilado con más atención, haberla protegido mejor. La mano que había matado a Philo B. Goode debería haber sido la suya, no la de ella. Debería haberle ahorrado aquella terrible conmoción.

Aspiró profundamente, reposó la cabeza en una mano y cerró los ojos. No, ahora ya era demasiado tarde. Recordó la expresión de los ojos de Annabelle, aquella expresión de terror que puso al abrirse camino entre las criaturas con el rostro de su hija, después de rechazarlas con la máquina que era parte de su cuerpo y de despacharlas a diestro y siniestro. Su mente había iniciado la retirada incluso ya antes de matar a Philo.

Bien, si entonces había sido incapaz de ayudarla, quizás ahora podría hacer algo. Tenía que hacerlo; era su propia nieta, y era lo único que lo ataba con la otra mujer que amaba y que se hallaba en un mundo al que tal vez nunca regresaría.

Chillido le había proporcionado un método. En su primer encuentro, la aracnoide los había arrastrado a su telaraña psíquica para que todos pudieran, en un nivel

carente de palabras, comunicarse con ella o, por medio del contacto, entre ellos si lo deseaban. No era cosa que hicieran a menudo. Chillido, para quien la telepatía era algo completamente natural, tenía la capacidad de cerrar los caminos que conducían a sus pensamientos y emociones más íntimos, y poseía suficiente habilidad, o cortesía, para no inmiscuirse demasiado en la otra mente cuando llevaba a cabo una comunicación.

Pero todos evitaban utilizar el poder sin la conducción de Chillido. Era demasiado fácil tropezar con la personalidad y secretos íntimos de alguien cuando lo que se quería era sólo saludarlo. En aquel primer encuentro, antes de la profunda impresión que hizo que todos se retrayeran, Clive había vislumbrado no sólo los recuerdos y experiencias personales de todos sus compañeros, sino sus inclinaciones y deseos, incluso los aspectos de sus idiosincrasias culturales vistos a través de la propia mirada de cada cual.

Todo había sido demasiado personal, y por un acuerdo tácito habían eludido volver a realizarlo, a no ser que las circunstancias lo exigieran.

Volvió a tocar la mejilla de Annabelle, a sentir la calidez y el palpito de su propia sangre bajo la piel de ella. Ahora se hallaba ante una circunstancia que lo exigía, se dijo. Quizás Annabelle estuviera en desacuerdo, quizá lo considerara la más cruel de todas las posibles intromisiones. Pero no iba a dejar que permaneciera así el resto de su vida.

Clive iba a encontrarla.

Tomó su mano y la apretó con firmeza entre las suyas, y volvió a cerrar los ojos.

Annabelle, llamó dulcemente, *Annabelle*. Pero ningún pensamiento a modo de respuesta subió hacia él, ninguna voz resonó por el pozo negro y vacío que era lo único que percibía.

Clive abrió los ojos y la miró con resolución. En absoluto estaba decidido a abandonar. Se puso en pie, rodeó la cama y se tendió junto a Annabelle, colocando su cuerpo de tal modo que sus hombros se tocaran. Le cogió la mano y la estrechó entre sus cuerpos. Volvió a cerrar los ojos.

Annabelle, llamó, acercándose al borde del pozo, asomándose en él, gritando en silencio hacia abajo. *Annabelle, soy yo, Clive*. Esperó, mirando hacia abajo, hacia el vacío. No hubo respuesta. *Muy bien, nieta, iré a buscarte*.

Clive dudó durante el más breve de los instantes y dio un paso hacia el vacío. Un viento terriblemente impetuoso sopló contra su cara al caer en picado por el pozo, más y más abajo, más y más deprisa. Empezó a dar tumbos. Todos los recuerdos de Annabelle, todos sus deseos, pasaban a demasiada velocidad para ser vistos con claridad; todo era borroso, difuso: pequeñas imágenes que se acurrucaban y temblaban en las celdas y galerías poco profundas que se alineaban en la pared del pozo.

O hacía mucho tiempo que caía o, a pesar de la evidencia de sus sentidos, caía con mucha lentitud. Abajo, abajo, abajo... ¿no acabaría nunca de caer? Abajo, abajo,

abajo. *Annabelle*, llamaba mirando más allá de los dedos de sus pies, mirando hacia la oscuridad de abajo, aunque en realidad podía estar perfectamente mirando hacia la oscuridad de arriba: ya no podía decirlo. *Annabelle, si estás ahí abajo, ten cuidado, no bajes más.*

Luego, de repente, *tump, tump*, cayó en algo blando pero era firme. Sin haber sufrido daño alguno, se puso en pie.

Annabelle estaba allí, de espaldas a él, agazapada y con los dedos extendidos como zarpas. Las ropas le colgaban en harapos y su pelo era una maraña salvaje.

Después de esto, caer por las escaleras será una menudencia para mi, le dijo Clive, intentando aparentar alegría y despreocupación. Ella ni siquiera se volvió para saludarlo. Sus labios soltaron un sonido animal. *Annabelle*, llamó Clive. *Todo está bien. Todo esta en orden. He venido a buscarte. Despierta ya.*

Entonces ella se dio la vuelta como un rayo y un gruñido felino salió de su boca. Sorprendido, Clive retrocedió de un salto, tropezó y cayó sentado. Sólo entonces vio dónde había aterrizado. Eran un par de cuerpos..., de cadáveres de las criaturas-Amanda.

Annabelle soltó otro gruñido y levantó la vista de nuevo. De repente, emergiendo de la oscuridad, aparecieron montones de aquellas pequeñas y furiosas criaturas, todas con su aspecto dulcemente infantil, todas siseando y escupiendo, arañando y mordiendo. Annabelle rechazó su ataque. Usaba la energía de su Baalbec y las quemaba hasta asarlas. Luego las partía en dos con un sable que aparecía y desaparecía en su mano.

Después las criaturas se desvanecieron, simplemente. Annabelle permanecía en la misma posición agazapada en que Clive la había encontrado. Pero esta vez ni siquiera la llamó. Ella se volvió y gruñó de la misma manera que antes.

Y empezó todo de nuevo.

¡Annabelle, no!, gritó Clive. *¡No es real, es un sueño! ¡Todo ha terminado! ¡Despierta!*

Pero ella no oía, o no respondía. Una y otra vez llevaba a cabo el mismo combate, aniquilaba a aquellas criaturas que eran exactamente iguales a su hija, a veces con el sable, a veces con su máquina, a veces con sus propias manos ensangrentadas.

Clive no podía alcanzarla, no podía tocarla o correr a su lado. No importaba cuánto corriera, anduviera o saltara, él parecía permanecer siempre en el mismo lugar. Se podía mover, pero no parecía ir a ninguna parte.

Pero tenía que hacer algo. Pensó en regresar para pedir ayuda. Quizá Chillido supiera lo que se podía hacer. Entonces, cuando levantó la cabeza, comprendió de pronto que no sabía cómo regresar. Intentó imaginarse a sí mismo otra vez en su cuerpo, pero no funcionó. Intentó imaginarse un pozo o un túnel que lo devolviera a la realidad, una especie de ruta inversa para sacar a Annabelle de su pesadilla, pero tampoco funcionó.

¡Estaba atrapado!

Con un súbito escalofrío de horror vio por primera vez que las criaturas-Amanda se habían percatado de su presencia. No obstante, no lo atacaban; sólo lo observaban. Pero la intuición le decía que, cuanto más permaneciera allí, más intenso sería su miedo y, cuanto más intenso fuera su miedo, más real sería la pesadilla de Annabelle para él también. Y entonces las criaturas se volverían contra él.

No, Ser Clive, eso no será así.

El pensamiento lo rozó con suavidad tranquilizadora, y de inmediato, al sentir próxima la presencia de Chillido, su corazón recobró el ánimo. Y de pronto ella se halló junto a él.

Negativo, llegó otro pensamiento simultáneo al de Chillido, y Chang Guafe apareció también.

Finnbogg muerde cosas asquerosas. Salva a Annie, ¿sí?

Clive se encontró rodeado por sus camaradas. Sidi, Tomás y Horace Hamilton Smythe (sable desenvainado en mano) también estaban allí. Hicieron un corro cerrado en torno a él y enseguida las criaturas-Amanda perdieron interés en él.

¿Dónde está Neville?, preguntó con brusquedad, dando un vistazo a su alrededor.

El engréido de su hermano aún no forma parte de la telaraña mental, respondió Smythe con su mejor *cockney*. A Clive le pareció un momento poco apropiado para la broma.

Ha sido idea de Chillido, inglés, dijo Sidi Bombay recordando a Clive que ahora todo pensamiento estaba abierto a los demás. *Debemos conservar el buen humor y no permitirnos caer en ningún tipo de miedo. Y ahora debemos rodear a la señorita Annabelle.*

Clive miró fijamente al indio.

Pero usted tampoco forma parte de la trama mental, dijo confundido. *Usted estaba en las entrañas del monstruo del puente de Q'oorna cuando conocimos a Chillido. ¿Cómo puede hallarse ahora aquí?*

Chillido acaba de hacerlo entrar, mi comandante, respondió Smythe. *No puedo decir lo mismo de Neville, pero todos confiamos en Sidi Bombay. Y mucho más importante: Annabelle confía en él, siente afecto por él. Chillido dice que ahora mismo Annabelle nos necesita a todos.*

La aracnoide los interrumpió.

La Ser Annabelle está atrapada en una espiral de la memoria. No puedo encontrarla. Sólo ha abierto un camino para ti, Clive. Ella confía en ti más que en nadie.

Entonces, ¿cómo nos encontró usted?, preguntó Clive con el ánimo levantado por la presencia de sus amigos.

Casi quedas atrapado aquí dentro, Ser Clive. Me llamaste. Tu mente no estaba cerrada y te seguí, trayendo conmigo a todos tus seres amigos. Ahora todos los seres amigos pueden salvar a la Ser Annabelle.

¿Cómo?

Debemos rodear a la señorita, intervino Tomás impaciente. *Chillido nos lo ha explicado. Los monstruos no atacarán a vuestra merced, ni a nosotros. Y, cuando no puedan alcanzarla, la...* El español dudó y miró a Chillido.

Espiral de la memoria, ayudó ésta.

Sí, la espiral de la memoria, la rueda, se romperá. Entonces tal vez despierte.

Clive se volvió hacia Chillido.

¿Tal vez?

Ella hizo un gesto de resignación. *Probar y tener esperanza. No podemos hacer más.* Clive asintió con la cabeza y abrió los brazos para rodear y acercar a cuantos pudiera. *Bien, hagámoslo.*

Con Chillido a su lado guiando sus pasos y los de los demás, Clive descubrió que podía avanzar hacia Annabelle. Enlazó su brazo derecho con uno de los de Chillido y el izquierdo con uno de Smythe. Cada uno se asió con alguien más y así unidos marcharon hacia Annabelle, la rodearon y cerraron el círculo a su alrededor.

Las criaturas-Amanda saltaban por todas partes, emitiendo sus ruidos bestiales y obscenos, cortando el aire con sus zarpazos. Con el largo pelo negro flotando al viento y los baberos rosados hechos tiras aleteantes, corrían enloquecidas en torno al círculo. Pero no podían alcanzar a Annabelle. Una a una empezaron a desvanecerse. Al principio sólo un brazo o una pierna, luego otro, y después un ojo o la nariz. Lo último que quedaba siempre era una boca que, al final, también se desvanecía.

Creo que Annabelle ha leído el reciente libro del señor Carroll, mi comandante, dijo Horace Hamilton Smythe con una sonrisa.

Clive Folliot asintió a su viejo amigo. Horace Hamilton Smythe nunca cesaba de asombrarlo.

No sabía que usted también lo hubiese leído, sargento, dijo. *Hace verdaderamente muy poco que ha salido publicado.*

Smythe ensanchó la sonrisa y guiñó el ojo a Clive.

Con los tiempos que corren, un hombre tiene que estar al tanto de todos los acontecimientos, mi comandante.

Clive le devolvió el guiño y recordó la habilidad del sargento Smythe en cuando a disfraces, y sus actividades como agente provocador al servicio de la reina.

En especial un hombre como usted, ¿eh sargento? Imagino que todos llevamos un poco de Alicia dentro. Se volvió para ver cómo estaba Annabelle, pero, antes de que acabara el movimiento, sus piernas desaparecieron, dejándolo colgado en medio del aire. Se volvió hacia Horace lleno de admiración.

Nos vemos arriba, mi comandante. Ya no quedaba nada de Horace excepto la cabeza, y ésta empezó a esfumarse rasgo a rasgo. *Siempre me pregunté qué era un gato de Cheshire.* El sargento exhibió su mayor sonrisa. Los labios se estiraron y las comisuras subieron hacia las perillas de las orejas, y Smythe mantuvo aquella sonrisa paralizada juguetonamente. Fue lo último que desapareció de él.

Clive miró por encima del hombro a Annabelle. Ésta permanecía aún con los ojos

cerrados, pero el terror había desaparecido ya de su rostro. En su lugar vio aquella expresión plácida que su cuerpo real poseía en el mundo real. Clive tenía la certeza de que Annabelle ya se encontraba bien. Después de todo, se había lanzado a lo desconocido para salvarla. Todos lo habían hecho.

Yo también me lo pregunté, Horace, admitió Clive dibujando su mejor sonrisa mientras observaba cómo se desvanecía su brazo derecho. Los demás lo miraban fijamente, sin comprender. ¡Qué aspecto más particular tenían todos, mitad allí mitad desaparecidos! Chang Guafe ya no tenía tronco; sólo dos brazos, dos piernas y la cabeza, con muchos huecos en ella. Clive rió.

¡Lo mas curioso que he visto en toda mi vida!

Ai de mim!, exclamó Tomás persignándose con sólo tres dedos y su sonrisa. Parecían tres salchichas burlando una boca hambrienta.

En efecto, rió Clive de nuevo. *Curioso y re-que-te-curioso.* Y entonces, él también desapareció por completo.

En el Palacio del Lucero del Alba

Clive abrió los ojos, consciente de inmediato de la calidez de la mano de Annabelle que asía y de la blandura de la cama en la que estaba tendido. Giró la cabeza a un lado para mirar a su nieta. ¡Qué perfil tan hermoso, qué rostro tan encantador!

Con un sobresalto salió disparado de la cama. ¿En qué estaría pensando? Después de todo estaban en una cama, ella era una dama y él un caballero. No era lugar adecuado para tratar ningún tipo de asunto, o, al menos, para permanecer sin hacer nada después de haberlo tratado.

—Vaya, jefe, ya veo que sabe ponerse colorado, ¡pero no se violente, hombre! — Desde el suelo, Horace Hamilton Smythe lo estaba mirando sonriente mientras continuaba con su demostración de *cockney*. Clive casi tropieza con él—. Se comportó de un modo correcto con ella, jefe, estoy seguro.

Toda la compañía, menos Neville, estaba sentada en el suelo, alrededor de la cama, con las manos aún cogidas.

—¿Está bien, la *senhorita*? —preguntó Tomás al tiempo que soltaba las manos de Sidi Bombay y de Finnbogg. Se levantó con lentitud. Era claro que tenía un calambre en la pierna.

—Eso espero —respondió Clive volviendo su atención de nuevo hacia Annabelle. Esta tenía aún los ojos cerrados y no había dado señales de vida.

Pronto despertará, seres amigos, explicó Chillido a todos, cuando la conciencia volvió a sus ocho ojos. Soltó las manos de Chang Guafe y de Smythe, y también se levantó, erigiendo sus dos metros diez de estatura. Posó una mano afectuosa en el hombro de Clive.

Antes, cuando la busqué, no la encontré. Pero inconscientemente dejó un sendero secreto para ti solo, Ser Clive. Si no hubieses llevado a cabo tu intrépida acción, ella aún estaría perdida, y tal vez para siempre.

—Observación —dijo Chang Guafe con su voz fría y metálica—: eres un héroe.

—«*Allons enfants de la patrie...*» —empezó a cantar Finnbogg a todo lo que daban sus pulmones. Era el himno nacional francés; Clive decidió de inmediato que reprendería a Neville por la clase de canciones que había enseñado al can alienígena nada más conocerlo. No obstante, antes de que pudiera decir algo directo a Finnbogg, Tomás se inclinó hacia el perro y le atenazó el morro con una mano. Finnbogg giró los ojos hacia el español y se miraron durante un instante. Luego ambos sonrieron y

Finnbogg se calló.

—¡Oh, qué cosas más raras he soñado!

Todo el mundo miró hacia la cama al sonido de la voz de Annabelle; ésta se incorporó apoyándose con los codos y los contempló a todos con una expresión que irradiaba alegría absoluta. Sidi, Finnbogg y Chang Guafe se pusieron en pie y se acercaron a la cama. Annabelle parpadeó un momento al verlos allí a los tres y sus ojos centellearon divertidos.

—¡Vaya por Dios! ¡Si son el Espantapájaros, el León y el Hombre de Hojalata! —exclamó sentándose con gran rapidez y cruzando las piernas encima de la cama—. Pero dejemos eso, que es otra historia. —Alargó la mano, dio unas palmaditas en la cabeza de Finnbogg, y éste levantó las orejas—. Además, tú podrías ser Toto —dijo dirigiéndose a él solo.

—No conozco esa historia —dijo Horace Hamilton Smythe, acercándose también a la cama—. Pero el señor Carroll parece haber causado una profunda impresión en usted. El comandante y yo hemos leído su último libro y me complace saber que sigue siendo popular en su época.

—Es uno de mis dos preferidos —admitió Annabelle—. Pero aún no debéis conocer al señor Baum. De niña solía leer ambos cuentos una y otra vez, y de mayor los leía una y otra vez a Amanda. —Bajó la vista de repente y su rostro se ensombreció.

«Al diablo con el decoro», pensó Clive, y se sentó en la cama junto a ella, la rodeó con el brazo y la estrechó contra sí.

—Imagino que esta vez caí en mi propio agujero —dijo ella levantando de nuevo la vista hacia sus amigos y esbozando una tenue y forzada sonrisa—. Gracias a todos. —Apretó cariñosamente la mano de Clive y le dio un beso en la mejilla—. Gracias, abuelito.

Clive se ruborizó de nuevo y se levantó. Sin embargo, en su interior sentía una satisfacción tan grande que no cabía en su piel: era como si hubiera logrado cumplir una promesa (no formulada) a una mujer solitaria en un piso de Londres. Una oleada de emociones inundó su corazón y supo que tenía que retirarse a su habitación, alejado de todos.

—Si te sientes con fuerzas —se apresuró a indicarle a Annabelle—, estamos invitados a cenar. Tienes un baño caliente que te espera allí —y señaló el pequeño cuarto adyacente—, y ropas en el armario. —Con eso, rodeó al grupo por detrás y se dirigió a la puerta.

—Por cierto, ¿dónde estamos? —interrogó ella, pero Clive no se volvió.

Chang Guafe respondió por él:

—En el Palacio del Lucero del Alba.

Al cruzar la puerta, Clive oyó su suspiro y su comentario:

—No creí que fuera Kansas.

Cerró la puerta y se apresuró hacia su aposento. Allí se desplomó en la cama y

hundió el rostro en las manos. Poco a poco consiguió dominar las emociones que casi provocaron una exhibición impropia en un hombre.

Alguien llamó a la puerta.

Dudó un momento, se levantó y se volvió.

—Adelante —respondió, pensando que sería Horace Hamilton Smythe. Su sargento tenía la costumbre de estar siempre pendiente de él, de hacerle de madre, según lo acusaba algunas veces.

Pero fue Chillido quien abrió la puerta y entró. Y la cerró silenciosamente tras ella. *Existe otro problema*, le informó.

—Desde luego que existe —repuso él, utilizando el habla. Y una sonrisa afectada le cruzó el rostro—. Esto es la Mazmorra.

Chillido abrió las mandíbulas en lo que podía haber sido su imitación de la sonrisa humana, y encogió sus cuatro hombros. Clive iba a hacerle un ademán con el brazo invitándola a sentarse en una de las sillas acolchadas que amueblaban la habitación, pero con cierto desánimo advirtió que no se adecuarían a su estructura cuadrúpeda. Además, nunca la había visto sentarse.

—Bien... —Miró a su alrededor con resignación y tuvo que abandonar su intento de ser cortés. Tanto peor para la hospitalidad victoriana—. ¿Qué hay esta vez?

Chillido se dirigió a la pared más alejada de la habitación, la escudriñó con la mirada y regresó.

No hay ventanas, Ser Clive, señaló. Ninguna en mi habitación. Ninguna en la de la Ser Annabelle.

Tenía razón. Clive no se había percatado de ello; pero tenía razón. Frunció el entrecejo y pasó la lengua por detrás de los dientes. No hay ventanas, sólo una puerta para entrar y salir de las habitaciones. Los pelos del cogote se le fueron erizando con lentitud.

Quizás hayamos sido unos incautos, Ser Chillido, envió Clive mentalmente hacia ella. Nadie podía oír sus pensamientos privados.

Todavía hay más, prosiguió. *He estado irritada. Distraída.*

¿La picazón que no llegaba a rascarse?

No pude identificarla hasta que todos los seres amigos estuvieron enlazados en la red psíquica. Ni siquiera podía encontrarla en mi interior. Muy bien disimulada. Pero ardía en todos vosotros, y refulgía ante mis sentidos.

Con un gesto inconsciente Clive se pasó la mano por el pecho.

¿Qué hay en todos nosotros?

Estamos siendo escrutados, con mucha sutileza, por seres con poderosas habilidades telepáticas.

—Bien, ¿quiénes diablos son? —gritó Clive cerrando los puños. Aquella revelación lo había ultrajado y encolerizado tanto que perdió el control de sí mismo y se pasó al lenguaje hablado. ¡Le importaba un puñetero comino que alguien pudiera oír sus palabras si ya podía oír sus pensamientos! ¡Ya no había intimidad para el

hombre!

No ¿os conozco, respondió Chillido, transmitiendo calma. No puedo ver/os. Se hallan muy lejos y se ocultan muy bien. Pero ya no podemos estar seguros de mantener nuestros secretos. Creí que tenías que saberlo.

Clive pensó un momento.

—¿Nos están escrutando ahora?

Chillido negó con la cabeza.

—Entonces no es un escrutinio constante —comentó. Inquieto, se puso a andar de un lado a otro por la habitación. Incluso si Chillido decía que no los estaban observando, él seguía sintiéndose como un bicho en un experimento o bajo la sombra de un talón.

—¿Siguen alguna pauta? ¿Existe algo en lo que parezcan tener un interés especial? —Se rascó la incipiente barba y continuó andando por el cuarto de un lado a otro—. ¿Podrían ser los Señores de la Mazmorra, o los rens o los chaffris o quien sea que gobierne el lugar?

No he tenido tiempo de averiguarlo, se disculpó la arácnida. Esos seres de gran capacidad telepática están más allá del alcance de mi exiguo poder, pero lo intentaré.

Clive se acercó a ella y le dio unas palmaditas afectuosas en el hombro superior izquierdo. Ahora le parecía raro que una vez la hubiese considerado fea y singular. Ahora no veía nada de eso en ella. Representaba un tipo de belleza única para él, una belleza alienígena, cierto, pero algo que incluso sus sentidos humanos podían percibir y apreciar.

Y también poseía una tranquilidad y una serenidad que Clive intentaba emular.

—Entonces no creo que haya nada más que podamos hacer sino tomar el baño, vestirnos y bajar a cenar. ¿Está segura de que sus amigos telepáticos no están por aquí?

Chillido le apretó una de sus manos y luego la soltó.

Muy lejos, respondió tranquilizándolo. Pero quedan más cosas por hacer, y le señaló la herida del muslo. La sangre se había coagulado, pero restos de rojo fresco aún rezumaban por los bordes de los coágulos. Puedo ayudar mejor que antes. Se arrancó un pelo-púa de su cuerpo y lo sostuvo en alto. En la punta, una gota de un fluido transparente brillaba en la luz de gas que alumbraba la alcoba. Medicina para la sangre de los seres humanos. He tenido más tiempo para asimilar el sabor de la sangre de la Ser Annabelle. La primera vez pude prevenir la infección y aliviar el dolor.

—Y se le fue la mano en el somnífero —interrumpió Clive recordando la primera vez que fue anestesiado. Cruzó los brazos en el pecho y arqueó una ceja.

Esto aliviará el dolor de nuevo, prosiguió. Tienes dolor aunque lo niegues. Puedo detectarlo detrás de cada uno de tus pensamientos. Pero esta gota además curará, y con rapidez. Parará la hemorragia, cerrará la herida, cicatrizará los arañazos.

—¿Puede hacer lo mismo con Annabelle y Neville? —preguntó, vacilando un momento y extendiendo luego el brazo.

La Ser Annabelle ya ha aceptado la medicación, le respondió ella. *El Ser Neville también lo aceptará si se lo pido*. Y con un rápido movimiento lo pinchó con el pelo-púa. Un gota de sangre brotó del pinchazo en el antebrazo y se mezcló con la gota transparente.

—No recuerdo que se lo pidiera la primera vez —dijo Clive con una sonrisa burlona. De un capirotazo despachó la gota de sangre, ya cuajada. Un diminuto agujero quedó marcado en la epidermis, pero no apareció más sangre.

Entonces era urgente que nos moviésemos con presteza, contestó mirando de reojo y encogiendo los hombros. *No había tiempo para discusiones*.

Clive apenas la oía ya. El dolor se escurría de su cuerpo como si de un recipiente de cristal agrietado en la base se tratara. Con el dolor también se escurrió toda su fatiga. La tensión en el cuello y hombros se desvaneció. El escozor de los arañazos se esfumó. Flexionó la rodilla. Todavía quedaba alguna rigidez en el muslo que producía una ligera punzada, pero incluso eso fue disminuyendo al tiempo que iba tanteando movimientos.

Dedicó una radiante sonrisa a Chillido.

—Bien, pues pídaselo con toda cortesía, pero si dice que no —en este momento Clive le guiñó un ojo—, lo pincha igualmente.

Se abrió la puerta y entró Annabelle, con cara de disgusto y envuelta sólo con una gran toalla húmeda. Bueno, en realidad, la toalla no era tan grande. Clive dejó escapar un gemido y cerró los ojos con fuerza.

—¡Oh, deja de hacer chiquilladas, Clive! —le espetó ella—. ¡Y ayúdame!

Con un suspiro y armándose de paciencia abrió de nuevo los ojos y la contempló. En un brazo llevaba un traje de campaña caqui; en el otro, un completo uniforme de gala para un sargento mayor del quinto regimiento de la Guardia Montada Imperial de Su Majestad. Annabelle tenía su corto pelo negro mojado y pegado alrededor del rostro; sus piernas parecían no acabar nunca y la toalla parecía flotar en el aire.

—¡El armario entero está lleno de asquerosidades así! —se quejó.

—Quizás esto sea más de su gusto, señorita.

Era Horace Hamilton Smythe, que había aparecido justo detrás de ella. En una mano llevaba un vestido blanco de algodón y en la otra unos pantalones de piel.

Clive se frotó los ojos y se sentó, sin fuerzas, a los pies de la cama. Su propia Annabella Leighton no se había atrevido nunca a aparecer ante él con tan poca ropa o con tanta luz. Bien, eso no era exacto del todo, admitió con una sonrisa forzada. Había pasado una noche memorable (y muchas otras) en sus aposentos antes de partir de Londres. Pero allí había habido sólo un quinqué de tenue luz difusa y además ella no se había comportado con tanto descaro. A pesar de que su nieta le había hecho evidente que las cosas eran diferentes en su siglo, nunca habría imaginado que lo fueran tanto. Pero aquélla era su vida; también lo había dejado en claro. Y poco a poco Clive fue soltando el aliento que había contenido.

—Escoja usted misma —le dijo Smythe—; y hay muchos más para elegir.

Cambiamos las habitaciones mientras estaba... —hizo una pausa para buscar la palabra adecuada—... dormida. Podemos intercambiarlas de nuevo si lo desea.

Annabelle echó los dos trajes masculinos a los brazos de Horace e hizo una mueca despectiva ante el vestido y los pantalones.

—Sólo deja que coja algo más para vestirme...

«¡Por favor!», pensó Clive para sí.

—...y nos cambiaremos después de cenar. Yo ya he tomado el baño y, por lo que percibo, tú aún no, sargento. —Le dio unas palmaditas de burla condescendiente en la cabeza y salió de la habitación. Smythe la siguió.

—Bien, ya vuelve a estar otra vez normal —comentó Clive a Chillido poniéndose en pie—. Creo que lo mejor será que nos pongamos a punto para la cena. De repente me han entrado muchas ganas de conocer al señor de la casa. —Frunció el entrecejo—. Pensándolo mejor, «señor» quizá no sea el término adecuado. Bien, no importa. Espero que la comida sea buena.

Chillido se dirigió hacia la puerta y en el umbral se volvió hacia él.

Lo que yo espero es que sepa dónde está la Puerta hacia el siguiente nivel, dijo.

—Veo que tiene un talento positivo para las cosas prácticas, querida —respondió él, haciendo una ligera inclinación. Luego se puso serio de nuevo—. Hágamelo saber, si se entera de algo más acerca de nuestros misteriosos escuchas. Si son tan poderosos como cree, puede que en sus manos esté la clave de la Mazmorra entera. —Y volvió a sonreír—. Y ahora, déle fuerte a Neville —agregó haciendo un ademán de dar un pinchazo.

Chillido produjo el suave castañeteo que pasaba por risa y cerró la puerta al salir.

Solo, Clive se volvió y observó de nuevo y con atención su aposento. Si era una celda, era una celda dorada, y, al menos por ahora, tenía la intención de sacarle todo el provecho posible. Se quitó los harapos que una vez habían sido su traje y los echó en un rincón, cerca del armario ropero.

Se situó ante un espejo de cuerpo entero, enmarcado en una madera antigua y trabajada con gran exquisitez e inclinado en un ángulo que reflejaba mejor su cuerpo. Desde su entrada en la Mazmorra había perdido peso. No era que antes hubiese sido algo gordo, pero el ligero relleno que le rodeaba la cintura había desaparecido. En el tiempo que había pasado allí, había adelgazado y se había hecho más ágil, y sus músculos nervudos se habían endurecido.

Examinó algunos de sus arañazos. Ya no eran tiernos al contacto, y, al pasar la punta de un dedo por uno, la costra se desprendió con toda facilidad, dejando expuesta una línea de carne rosada y fresca. Ahora ya había desaparecido toda la rigidez de su muslo y encima de la herida se había formado una dura costra. «Gracias, Chillido», pensó en silencio.

No hay de qué, Ser Clive.

Se dio la vuelta en redondo, tapándose la ingle con ambas manos y enrojeciendo con gran virulencia, pero en la alcoba no había nadie más.

¡Eso no es jugar limpio!, protestó Clive.

Pero ella ya se había ido. Había entrado y salido de su cabeza antes de que él hubiera advertido su presencia. «Vamos, viejo amigo, no has advertido su presencia ni antes ni después», admitió. Y tampoco advertía si alguien más estaba metiendo las narices en su cabeza, pero, sólo por si acaso, dedicó a esos alguien un pensamiento verdaderamente grosero referido a la conducta de sus madres, y a grandes zancadas se dirigió al baño.

El agua aún estaba caliente. Se deslizó en la bañera con gran cautela, pues a pesar de la medicina de Chillido esperaba sentir algún escozor en los arañazos, pero sólo experimentó la deliciosa sensación del agua caliente. Encogió las rodillas y se hundió hasta el cuello. Sin lugar a dudas, era lo más cercano al cielo que podía esperar hallar en aquel infierno.

En una mesita a los pies de la bañera encontró una pastilla de jabón perfumado, junto con aceites aromáticos. Dejó a un lado los aceites, pero el olor a sándalo del jabón no le pareció inapropiado para un hombre, y se frotó suavemente con él. En la mesita también vio una pequeña navaja de afeitar y un espejo de mano. Era claro que su anfitrión había estado al tanto de todas sus necesidades.

Cuando al fin se levantó, descubrió más manchas de piel reciente y expuesta. Al secarse con la toalla desprendió todavía más costras. Estaba asombrado de lo rápido que parecía curarse su cuerpo.

Pero no perdió demasiado tiempo maravillándose. Su estómago roncaba de un modo amenazador. Ya tenía hambre antes del baño, pero ahora se sentía famélico. ¿Efecto secundario de la medicación de Chillido?, se preguntó. No tenía importancia. Se apresuró hacia el armario, eligió unos holgados y bastos pantalones caqui y una ancha camisa blanca de algodón. Todo era de su talla exacta, incluso las botas que encontró en el suelo del armario.

Comprobó su aspecto en el espejo. Apenas reconoció al hombre que se reflejaba en él. Casi había olvidado lo rubio que era su pelo, tanto tiempo hacía que no se lo había lavado. Ahora brillaba, como su delgado bigote dorado, que era todo el pelo facial que se permitía. Se pasó un dedo por encima de él, considerando el aspecto que tendría si lo dejaba crecer un poco más ancho. No, decidió. Porque entonces se mordería los pelos y un caballero no debía caer en tal vicio. Mejor era mantenerlo pulcramente recortado.

Se estiró por última vez ante el espejo (hacía siglos que no se sentía mejor) y se dispuso a salir de la habitación para reunirse con los demás. Pero se detuvo, advirtiendo de repente un nuevo sable que yacía en la cama.

Lo recogió y lo examinó con gran atención. Era un regalo extraordinario, un arma ricamente trabajada. Pero un caballero no insultaría a su anfitrión llevándose la espada a cenar. No era correcto, ni siquiera aunque su anfitrión fuera el mismísimo Lucifer. Si algo iba mal tendría que confiar en su ingenio y en sus compañeros. Depositó de nuevo la espada en la cama, cruzó la puerta y la cerró con presteza antes

de que le diera por cambiar de opinión.

El sargento Smythe andaba pasillo arriba, pasillo abajo; era obvio que estaba esperando a Clive. Smythe tenía un aspecto imponente en su uniforme militar.

—¡Casi esperaba verlo con el traje blanco, Horace! —bromeó Clive, dándole una palmada afectuosa en el hombro.

—No tengo el tipo para ello —respondió Smythe con soltura—. Además, me apretaba un poco en los hombros. Y el que llevo creo que ya viste lo suficiente.

Sidi Bombay salió de su habitación. El indio parecía casi un personaje de la realeza con sus anchos pantalones blancos y su camisa blanca rematada con encajes. Un fajín de suave seda azul le ceñía la cintura y un turbante de la misma tela coronaba su cabeza. Un pequeño broche de plata centelleaba en el centro.

—¡Ah, ingleses! —dijo a modo de saludo—. Vuelvo a tener la cabeza cubierta. Quizá los dioses me sean propicios de nuevo.

—¿En este lugar, viejo amigo? —repuso Smythe con cierto tono burlón—. ¡Qué optimista eres!

—O me equivoco o ésta es la primera vez que nos encontramos solos los tres juntos desde que cruzamos la Puerta Resplandeciente y fuimos a parar a Q'oorna —comentó Clive.

Los tres se miraron con curiosidad.

—Creo que tienes razón, inglés —concedió Sidi.

Hubo un momento de silencio embarazoso. Luego Clive habló:

—Me gustaría darles las gracias. Han sido unos buenos amigos y fieles compañeros. Considero un honor haberlos conocido. —Hubo otro momento de silencio embarazoso antes de que les pidiera que estrechasen su mano.

—Yo también considero un honor haberte conocido, Clive Folliot —dijo Sidi Bombay—. Verdaderamente eres un ejemplo para tu raza. —Y en una sonrisa exhibió una gran hilera de dientes.

Horace rodeó a Sidi con un brazo, le dio unas palmadas en la espalda y lo abrazó con alegría, lo que hizo recordar a Clive que hacía mucho más tiempo del que creía que ambos eran amigos.

—Perdónelo, mi comandante —suplicó, mostrando la misma sonrisa—. No es mal chico, ni tan sucio como los faquires.

—Estoy bastante limpio después de mi baño —le aseguró Sidi a la defensiva.

Smythe olfateó y arrugó la nariz.

—Deberías haber dejado de lado los perfumes.

Sidi dio un respingo.

—Nosotros los indios estamos libres de los prejuicios que los ingleses tienen respecto a la virilidad. Considero que los aceites florales son muy agradables. —Y olfateó—. En verdad tú también hubieses podido sacar provecho de ellos.

—¡Basta! —sugirió Clive reprimiendo una carcajada. Aunque le agradaban sus bromas y era bueno recuperar la risa, era hora de ir a cenar y estaba hambriento—.

¿Dónde están los demás?

—Ya han bajado, mi comandante —le informó Horace.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —Clive hizo una ligera inclinación de cortesía y señaló hacia las escaleras—. Caballeros...

Bajaron juntos. Al pie de las escaleras miraron a un lado y a otro del largo pasillo. Herkimer se hallaba no muy lejos de ellos, junto a una puerta de roble, de doble batiente. Clive parpadeó y meditó acerca del aspecto curioso de un sapo de cuatro patas y en traje de etiqueta.

—¡Por aquí, por aquí, señores! —dijo Herkimer. Se dirigieron hacia allí y el sapo, tras hacerles una profunda reverencia, abrió con una mano ambos batientes de la puerta. Una alfombra roja señalaba el camino hacia la mesa, dispuesta con suprema elegancia, donde aguardaba la cena. En el centro de la alfombra se encontraba otro sapo, que hizo otra reverencia y les sonrió.

—¡Por aquí, por favor! —indicó, y señaló hacia la mesa donde el resto de la compañía ya estaba sentada.

—¿Y usted quién es? —preguntó Clive al segundo sapo.

—Herkimer, señor —contestó el sapo con gran educación—. Pueden elegir sus asientos, sus asientos. ¿Tomarán vino con la cena, los señores?

Clive sonrió a Horace y a Sidi.

—Eso sería estupendo, Herkimer, Herkimer —respondió él en nombre de los demás.

—Tenemos una bodega bien provista, señor —prosiguió Herkimer—. ¿Puedo sugerirle un clarete, un clarete?

Clive rehusó decidir.

—Confío en su opinión, Herkimer.

El sapo se apartó a un lado e hizo otra reverencia, y Clive, Horace y Sidi se dirigieron a sus lugares. Clive se percató de que en la mesa había las sillas justas para su grupo, más una en la cabecera de la mesa para su anfitrión, quien aún no había hecho acto de presencia. Entonces volvió a contar.

—¿Dónde está Chillido? —preguntó con súbita preocupación.

Annabelle le señaló una silla que había guardado a su izquierda.

—Me ha rogado que la dispenses —le dijo su nieta—. Ya sabes que no le gusta comer delante de la gente.

Clive tomó la silla y se sentó. La vajilla era delicadísima. La cubertería había sido pulida hasta el destello deslumbrante. Clive podía ver su propia imagen en los platos de porcelana. Los candelabros parecían ser de oro, como las pequeñas bandejas, las salseras y los cuencos de azúcar.

Se volvió hacia Annabelle. Después de todo había elegido el vestido blanco de algodón y le sentaba maravillosamente bien.

—Tú también estás guapo, abuelito —le susurró.

Dos sapos más aparecieron por una puerta lateral. Uno empujaba un carrito

metálico con varias fuentes tapadas. El otro llevaba una bandeja con tres vasos de vino de un rojo intenso. Clive advirtió entonces que el resto ya tenía copas.

—¿Herkimer, supongo? —inquirió cuando el sapo dejaba la suya en la mesa.

—Desde luego, señor, señor, señor —fue la respuesta gutural, y el sapo volvió a sus tareas.

Neville estaba sentado frente a Clive. Se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en la mesa, demostrando con esto unos modales algo impropios.

—¿Y dónde supones que se encuentra nuestro anfitrión? —murmuró Neville—. Siempre supe que un día u otro me encontraría con el diablo, ¿sabes?

—Sí, ya lo sabía —admitió Clive con cierto sarcasmo.

Como si aquello hubiera dado la señal de entrada, la puerta de doble batiente se abrió de par en par. Clive retiró su silla y se puso en pie. Todos excepto Annabelle siguieron su ejemplo y miraron hacia el hueco de la puerta.

El anfitrión apareció en el umbral, dudó un instante, y marchó hacia ellos.

Clive quedó boquiabierto y Neville, por una vez, mudo.

Herkimer se hizo a un lado de la alfombra roja.

—Mi amo, amo —anunció la criatura con su mejor voz batrácea—, y señor de la casa. También el anfitrión de ustedes, su anfitrión. —Luego hizo una pausa, innecesaria y teatral, y pronunció su nombre.

Después de todo, ¡Clive ya conocía a su propio padre!

El señor del infierno

—Pues a mí no me parece el diablo —musitó Tomás.

—Fíjese bien, marinero —le susurró Neville—. Es el diablo en persona.

Clive clavó los ojos en su hermano, sorprendido por la rabia que se desprendía del tono de voz de Neville y por el desprecio apenas disimulado en la expresión de su rostro. ¡Nunca le había visto una mirada semejante! Neville era el favorito de su padre, el único heredero de las propiedades familiares y asimismo el heredero de derecho del título de los Tewkesbury. No comprendía en absoluto su reacción.

Neville, sin embargo, sí se percató de la sorpresa de Clive, y su rostro se volvió pétreo, y luego, de nuevo, completamente impasible, como si nada hubiera pasado entre ellos.

El barón Tewkesbury avanzaba decidido hacia la mesa, tomando más ímpetu a cada paso, radiante de orgullo paternal. Con su chaqueta de terciopelo pardo y su camisa de seda con chorreras tenía el aspecto de un caballero de finísima estampa. Era más alto que cualquiera de sus dos hijos y los años aún no le habían arrebatado todo el color rubio de la espesa masa de rizos que era su barba, por otra parte pulcramente recortada. Todavía seguía moviendo aquel cuerpazo anchísimo de hombros con poderío y elegancia.

Clive se apartó unos pasos de la mesa.

—Padre, ¿qué estás haciendo aquí?

No tendría que haberse extrañado de que el barón Tewkesbury pasase por alto su pregunta y se dirigiese hacia el otro costado de la mesa, donde se hallaba Neville. Durante toda su vida había recibido aquel trato. Aun así, le escoció cuando el anciano abrió los brazos, tomó a su hijo predilecto entre ellos y le dio palmadas en la espalda con gran entusiasmo. La mano de Clive se aferró en el respaldo de la silla, y apretó hasta que sus nudillos palidecieron. A duras penas se dio cuenta de que la mano de Annabelle se había posado en la suya.

—¡Hijo mío! —exclamó el barón—. ¡Mi hijo pródigo ha regresado! —Y volvió a estrechar a Neville, envolviéndolo con sus grandes brazos osunos—. ¡Queridísimo Neville, creí que nunca volvería a verte! ¡Pero aquí estás!

—Pues mata el buey graso —masculló Neville sin interés, por encima del hombro de su padre. Miró fijamente a Clive. Sólo había frialdad en los ojos de Neville.

—¡Siéntate, siéntate! —El barón Tewkesbury cogió la silla y la acompañó hacia

Neville cuando éste se sentó a la mesa. El anciano le dio unas palmaditas en los hombros y le estampó un beso en la cima de la cabeza, lo cual arrancó una mueca de rechazo en el rostro de su primogénito. Aunque su padre no la advirtió, la expresión no escapó a la vista de Clive.

Pero éste ya no pudo contenerse más.

—Padre, ¿cómo has llegado aquí? —soltó—. No comprendo...

—Claro que no, Clive. —Por fin su padre advertía su presencia. El anciano lo miró con extrañeza mientras se aferraba en el respaldo de la silla de Neville, y Clive tembló interiormente ante aquella mirada. Era una sensación que recordaba demasiado bien. Por instinto, Clive enderezó los hombros y encogió el estómago.

—¡Clive, Clive! —exclamó el barón de repente. Sin faltar a la etiqueta, rodeó la mesa a grandes zancadas y volvió a abrir los brazos para coger a Clive. Este casi se sintió aplastado contra el pecho de su padre. Se quedó sin aliento. Por todo lo que recordaba, su padre nunca lo había abrazado con tal fuerza, nunca le había dado ni una muestra del afecto más elemental.

—Clive, ¿podrás perdonarme alguna vez? —Su padre lo apartó de sí sin soltarle los hombros y lo miró—. He sido un viejo estúpido. Todos esos años te he acusado de la muerte de tu madre, pero ¡qué equivocado estaba, hijo! —El barón apenas podía contener las lágrimas, que ya le centelleaban en las comisuras de los ojos.

Clive no sabía qué decir. ¿Qué tenía que pensar de semejante comportamiento? Había deseado el afecto de su padre durante tanto tiempo, se había esforzado tanto por conseguirlo, que al final había abandonado toda lucha. Y ahora, por fin, se lo ofrecía sin condiciones. Su padre incluso le había pedido perdón. Pero ¿podría olvidar tantos años y tanta indiferencia con tanta facilidad?

El barón Tewkesbury rodeó los hombros de Clive con un brazo y se volvió hacia Neville y los demás. Con el brazo libre les hizo un amplio ademán.

—¡Mis hijos han regresado! ¡Nunca creí posible este día! ¡Bienvenidos, bienvenidos todos!

Abrazó de nuevo a Clive y luego se dirigió a la cabecera de la mesa, flanqueada por sus dos hijos. Se sentó con gran dignidad, recobrando su compostura una vez más.

—Herkimer —dijo al sapo que lo había anunciado—, sirva la cena, por favor.

Herkimer hizo una reverencia y dio unas palmadas con sus membranosas manos. Enseguida tres sapos más, todos exactamente iguales, salieron de la puerta lateral. Dos empujaban carritos, que aparcaron junto al que ya estaba allí. Él tercero llevaba una bandeja con tazones humeantes, que resultaron contener arroz. Cada tazón iba coronado por una cucharada de salsa verde, rodeada de varias gambas.

El delicioso aroma penetró en la nariz de Clive y le recordó lo hambriento que estaba. No obstante, no acababa de hacerse a la idea de que su padre estuviese realmente allí, en la Mazmorra. Clive apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia adelante.

—Padre, ¿cómo diablos...?

Su padre chascó la lengua y le lanzó una severísima mirada.

—¿Dónde están tus modales, hijo? Clive bajó la cabeza humillado y sacó los codos de la mesa en el acto.

—Eso está mejor —dijo su padre sonriendo de nuevo—. Ahora preséntame a tus amigos. Por cierto, ¿no falta nadie?

—Nuestra amiga Chillido —respondió Annabelle—. Ha preferido quedarse en su cuarto.

El barón frunció el entrecejo y se encogió de hombros.

—Ah, bien. Mandaré que le suban la cena.

Horace Hamilton Smythe se aclaró la garganta, echó un vistazo a Clive y dijo al barón:

—Hem, ella tiene unas necesidades muy peculiares, milord.

—Nada que no podamos resolver —aseguró el barón. Tomó una cuchara y probó el arroz. Uno de los sapos aguardaba a su lado esperando su aprobación. El anciano masticó con delicadeza la cucharada y sonrió—. Por favor, coman; podemos conversar mientras comemos.

Clive hizo las presentaciones con presteza, y tomó varias cucharadas de su tazón. Nunca había probado nada igual, pero era soberbio.

De pronto, Tewkesbury dejó la cuchara en la mesa.

—¿No es de su agrado el arroz, señor Guafe? No está comiendo.

El ciborg no había tocado ni la comida ni el vino. Miró con frialdad a su anfitrión y sus lentes de rubí refulgieron.

—No necesito ingerir materia orgánica —sentenció—. Mi cuerpo selecciona ciertos átomos particulares del aire y los transforma en la energía que preciso.

Clive miró a Chang Guafe por encima del borde de su copa. En realidad sabía que su amigo ciborg podía comer y beber si así lo deseaba. Lo había visto hacerlo, a veces solamente para experimentar el placer del gusto, a veces como medio de analizar alguna materia concreta. Pero ahora no dijo nada para contradecir a Guafe, aunque lo observó con detenimiento.

El ciborg bajó las manos a su regazo y habló al barón con un tono más rotundo de lo habitual en él.

—Has desoído de forma repetida las preguntas de tu hijo Clive Folliot. Responde a las mías, por favor.

El barón entrecerró los ojos y Clive entonces vio sentado junto a él al padre que recordaba. La mirada fija de Tewkesbury rivalizaba con la del ciborg en frialdad. El barón cruzó las manos en la barriga y echó la espalda hacia atrás. No dijo nada; sólo esperó a que Chang Guafe continuara.

—¿Con qué objetivo esta duplicidad? —disparó Chang—. La construcción de este edificio concuerda exteriormente con los usos del período que tu hijo ha descrito como Victoriano. —Con un dedo tocó el borde de su tazón de arroz—. Pero esta

comida tiene leves rastros de irradiaciones producidas por microondas. —Tocó la botella de vino—. Este recipiente contiene pocos de los minerales con que se fabrica normalmente el vidrio. —Hizo un gesto amplio con el brazo—. Todo este mismo edificio, las paredes, los suelos, el techo... es una construcción que no revela juntas, imposible para el nivel tecnológico que Clive Folliot ha descrito. Aquí, nada es igual a lo que parece.

El barón pareció relajarse.

—¿Y cómo ha llegado a conocer esos detalles? —le preguntó.

—Posee unos sensores muy potentes, padre —intervino Clive—, mucho más precisos que la vista y el oído. —Miró a sus amigos alineados a lo largo de la mesa. Todos habían parado de comer, todos habían dejado en silencio las cucharas junto al plato, en espera de que su anfitrión les justificase aquellos hechos.

Tewkesbury levantó su copa y sorbió despacio el líquido rojo. Y, con gran lentitud, depositó de nuevo la copa en la mesa.

—Tiene usted mucha razón, Chang Guafe —dijo—. Y, si permite que la cena continúe, le explicaré cómo es que estoy aquí. La verdad es que tenemos un excelente rosbif, y además mis criados se sentirían muy decepcionados si no pudieran llevar a cabo sus obligaciones. Son unas criaturas muy nerviosas, de veras.

A estas palabras, los batracios acercaron los carritos y destaparon las fuentes que contenían humeantes rodajas de rosbif, unas poco hechas, otras medio hechas. Clive sintió que sus sentidos se agitaban ante el fantástico aroma y, a pesar de sí mismo, tomó el tenedor y el cuchillo tan pronto como le colocaron el plato delante. Acompañaban al rosbif pequeñas patatas con piel, guisadas con mantequilla y adornadas con perejil.

De otro carro llegaron fuentes de tomates, guisantes y maíz hervidos. Otra fuente de manzanas y naranjas se añadió a la anterior. Y en otro carrito aparcado en el extremo más alejado de la mesa aguardaban tres clases de tarta.

Dos lacayos más, Herkimer y Herkimer, sin lugar a dudas, aguardaban preparados con el vino y agua helada.

«Agua helada en el infierno», pensó Clive con una sonrisa incongruente, sin dejar de masticar y tragar.

Entonces se puso en tensión al notar que por debajo del mantel Annabelle le ponía la mano en el muslo.

—¿No ibas a contarnos cómo llegaste aquí, abuelísimo Folliot? —dijo ella utilizando una forma de tratamiento un tanto irreverente.

El barón fingió pasarlo por alto.

—Gracias, querida. —Le sonrió, alargó las manos hacia las de sus hijos, las tomó y les sonrió con cariño—. Yo mismo todavía no lo entiendo muy bien, pero os contaré lo que sé.

Tewkesbury se echó para atrás en la silla e hizo girar la copa entre las palmas de las manos. Parecía ordenar sus pensamientos antes de decidirse a hablar. Entonces

dirigió la mirada a Neville.

—Al ver que no regresabas de África, envié a tu hermano Clive para que te encontrase y te trajese a casa. Hacía un año que habías desaparecido y nadie sabía si estabas vivo o muerto. —Se volvió hacia el otro hijo—. Para gran deshonra mía, Clive, esperé aún dos años después de perder tu rastro. Luego me informaron de que se habían hallado algunas de tus pertenencias, recogidas de un naufragio cerca de la costa de Zanzíbar. Había una cartera o algo así con algunos de los artículos que escribiste para aquel escandaloso e infame periodicucho que tu amigo Carstairs publica.

El barón hizo un silencio y tomó un sorbo de vino para humedecer la garganta. Clive no se molestó en explicar que el tal Carstairs no era amigo suyo, que tan sólo le pagaba por los artículos, y apenas lo suficiente para complementar la exigua suma que el mismo barón le había proporcionado para equipar la expedición.

Después de breves instantes, su padre continuó:

—Entonces, hallándome frente a la pérdida de ambos hijos, me dispuse a examinar mi vida entera. Y no pasó mucho tiempo antes de que decidiera embarcarme hacia África, con el propósito de hacer todo lo que estuviera a mi alcance para encontrarlos.

Clive sintió que la mano de Annabelle se cerraba en su pierna y él le puso la suya encima. Cualquiera podía haber malinterpretado la acción de ella, pero Clive sabía que sólo era un gesto tranquilizador. No obstante, apenas podía creer lo que estaba oyendo. ¿Su padre, un noble que era tenido en gran estima en el reino, abriéndose paso por la fétida jungla como un aventurero cualquiera? Seguramente otros caballeros, y damas también, habían hecho algo similar. Pero ¿su padre?

Desvió la vista hacia el otro lado de la mesa para ver cómo se tomaba su hermano aquellas noticias, pero Neville estaba muy callado, cosa poco habitual en él. Escuchaba con gran consideración, pero su rostro no demostraba ninguna emoción y proseguía con los movimientos de llevarse la comida a la boca y masticar con calma.

—Con ciertas dificultades seguí vuestros pasos, hasta que en Bagamoyo encontré al padre Timothy O'Hara, que os recordaba a ambos. —Volvió la mirada hacia Neville y lo señaló sacudiendo el dedo índice—. A ti, con alguna consternación, debo confesártelo —dijo a su hijo—. No te acusó de nada específico, cierto, pero sugirió algo acerca de un comportamiento muy impropio por tu parte. —Volvió a sorber vino e hizo un gesto al criado sapo que tenía la botella—. Gracias, Herkimer.

—El padre O'Hara, vaya, vaya —intervino Neville con una divertida sonrisa y apoyándose cómodamente en el respaldar de su silla—. He ahí un individuo que sabe más de la Mazmorra de lo que aparenta.

Clive manifestó su acuerdo con un asentimiento apenas perceptible.

—Yo sospecho lo mismo —coincidió. Luego, con otro asentimiento y ladeando la cabeza hacia su padre, añadió con cierta ironía—: Aunque no lo acuso de nada específico.

Pero el barón pareció no oírlos, ensimismado como estaba en su propio relato.

—Y hubo un extraño fenómeno en Bagamoyo —prosiguió—. En mi vida vi tales luces en el cielo. —Meditó un momento, recordando, y se encogió de hombros—. De cualquier forma, fue ese tal padre O'Hara quien me habló del Sudd. Dijo que era el último lugar en donde fuisteis vistos, uno y otro.

—Te tropezaste con unas nieblas centelleantes —interrumpió Clive excitado.

El barón asintió.

—Pero no la primera vez. Después de cruzar el pantano (repugnante andurrial, por cierto), pregunté por vosotros en un poblado del otro lado y supe que ninguno de los dos había llegado a atravesarlo. Os diré que entonces temí lo peor para vosotros. Si el Sudd os había tragado, nunca se encontraría rastro alguno. Empecé el camino de regreso, con la intención de volver a interrogar al padre o a quien fuera de Bagamoyo que pudiera haberos visto. —Bebió otra vez vino y se limpió pulcramente las comisuras de los labios con su servilleta—. Nunca conseguí llegar de nuevo a Bagamoyo.

—¿No viste las nieblas la primera vez? —preguntó Clive. Éste había olvidado su propia comida y había puesto todo su interés en la narración de su padre. La idea de que su progenitor hubiese efectivamente ido en su busca le producía un raro, placentero y entrañable sentimiento.

—La primera vez no, pero sí la segunda. Dos portadores y yo empujábamos una pequeña embarcación con pértigas por las fangosas aguas, cuando aquella niebla se cerró de repente en torno a nosotros. ¡Os puedo asegurar que se posó más aprisa que la niebla londinense!

—¿Qué sucedió con los portadores, lord Folliot? —inquirió Sidi Bombay, haciendo uso de la palabra por primera vez.

—Les entró un ataque de pánico y saltaron por la borda, o eso me temo. Si consiguieron escapar o murieron en el pantano, eso ya no lo sé. Tal vez la niebla los atrapó igualmente y los trasladó a otra parte de la Mazmorra. Yo vine a parar aquí, solo. Cuando la niebla se aclaró, me encontré a orillas del Lago de las Lamentaciones.

En la Mazmorra, Clive había conocido a muy pocos que no hubiesen entrado por Q'oorna, el primer nivel, y se hubiesen abierto camino a través de los demás niveles. No obstante, nadie parecía tener ni la más remota idea de por qué aterrizaban donde lo hacían.

Al depositar la copa en la mesa, el sargento Smythe tocó con ella el canto de su plato, produciendo un tintineo. Miró a Clive y luego al barón Tewkesbury.

—Dispense, su señoría, ¿ha dicho que habían transcurrido dos años desde la desaparición de Clive hasta que había emprendido su búsqueda? ¡Es imposible que haga tanto tiempo que estamos aquí!

—Me temo que es la verdad —contestó el barón—. Por ahora ya debe comprender que el tiempo en la Mazmorra tiene unas características muy propias. Es completamente diferente del tiempo en la Tierra. Tal vez incluso sea diferente de un

nivel a otro. Yo mismo hace mucho tiempo que estoy aquí, se lo aseguro. —Con la mano hizo un gesto hacia el otro extremo de la mesa—. ¿Les apetece un poco de tarta? Herkimer es un cocinero estupendo.

—¿Herkimer? ¿De veras? —intervino Neville con viveza sarcástica— ¿Cuál Herkimer?

El barón contempló a su hijo con cierto fruncimiento. Nadie de la mesa había pasado por alto el tono desagradable de Neville ni había dejado de notar lo poco que había intervenido en la conversación durante la cena.

—Todos ellos o cualquiera de ellos —repuso su padre con calma—. Esas criaturas tienen mucho talento y aprenden muy rápido.

—Todas me parecen iguales —declaró Neville con sequedad. Y de pronto retiró su silla y se levantó—. Espero que me disculparán, pero estoy bastante fatigado. La cena ha sido excelente.

Clive se quedó contemplando la partida de su hermano, que se iba muy estirado. Herkimer alargó la mano para abrirle la puerta pero Neville fue más rápido que el sapo, agarró el pomo y tiró con brusquedad del batiente. Clive giró la vista hacia Annabelle y ésta le devolvió la mirada. En los ojos de Annabelle había una expresión preocupada que Clive había aprendido a reconocer. Bajo la mesa ella le apretó el muslo de nuevo.

Finnbogg también empujó la silla hacia atrás y se puso en pie.

—Finnbogg quiere asegurarse de que Neville esté bien. Y tal vez aprenda más canciones. —Y siguió el mismo camino de Neville.

El barón miró fijamente la puerta mientras Finnbogg hacía el mutis. Luego se frotó los ojos y dijo:

—Creo que también yo me voy a retirar. —Al apartar la silla hacia atrás y elevarse en toda su estatura, los demás pudieron observar un gran cansancio en las facciones de su rostro—. Volver a ver a mis dos hijos ha hecho de éste un día lleno de emociones, y un anciano se fatiga con facilidad. Pero, por favor, continúen sin mí. —Señaló el carrito con tartas y esbozó una sonrisa—. Todavía hay tarta. ¡No le hagan un desprecio a Herkimer y repitan!

Toda la compañía permaneció callada hasta que el padre de Clive hubo salido. Luego, uno a uno, echaron atrás sus sillas y se alzaron. Sólo Tomás permaneció en su asiento. El marinero español hincaba el tenedor en los restos de rosbif del plato de Neville y procedía a devorarlo y a devorar cualquier otra cosa que le quedaba al alcance.

—Observación —dijo Chang Guafe a Clive—. Él no ha respondido a mi pregunta. La tecnología del lugar sigue sin explicación.

—Quizá sea interesante hacer notar —comentó Sidi Bombay— que, a medida que hemos penetrado en los niveles más profundos de la Mazmorra, la tecnología se ha vuelto gradualmente más compleja.

Horace Hamilton Smythe refunfuñó.

—Hablas igual que nuestro amigo el ciborg.

—Pero tiene razón —dijo Annabelle—. Debíamos habernos dado cuenta antes. Chang, ¿qué más has observado?

El ciborg respondió sin dudarlo un instante:

—El alumbrado a gas no tiene nada de gas. La comida es una reconstrucción molecular de otras materias orgánicas...

—¿Lo que quiere decir que no es real? —estalló Horace llevándose la mano al estómago.

—¿Real? —El ciborg se encogió de hombros—. Los componentes nutritivos están equilibrados a la perfección y no hay rastro ni de conservantes ni colorantes ni de ninguna sustancia química perjudicial. Es real, Horace Hamilton Smythe. Es completa. Es perfecta. Sólo se puede producir con una tecnología de la nutrición altamente avanzada.

—¡Comida sintética! —exclamó Annabelle—. No me extraña que la carne fuera tan sosa. Aunque la verdura estaba estupenda. En mi época tan sólo habían comenzado a hacer algunas chapucerías de este tipo.

—¿Qué más? —preguntó Clive a Chang Guafe.

—Hay muchos sistemas energéticos —respondió. Se volvió y la luz de la vela de la mesa se reflejó en su bruñido cuerpo acorazado—. Las paredes están llenas de circuitos, algunos de ellos están más allá de mis capacidades analíticas.

—Creo que tenemos que estar muy alerta, mi comandante —opinó Smythe en voz baja.

—¡Pero es mi padre! —protestó Clive—. Seguro que tiene que explicar algunas cosas, pero todos parecéis muy predispuestos a emprender la guerra de nuevo. Mi parecer es que intentemos dormir un poco y, mañana, cuando estemos frescos y descansados, veamos lo que podemos descubrir. ¿Viene, Tomás?

El pequeño español alzó la vista hacia Clive sin dejar de masticar, contempló lo que quedaba en la mesa con un fruncimiento y al final se levantó, cogió una tarta entera del carrito de los postres y sonrió.

—*Sim*, vengo, sí —respondió.

Salieron uno a uno del comedor, dejando que los criados sapos recogieran la mesa. No había duda de que les habían servido la comida más deliciosa en todo el tiempo que llevaban en la Mazmorra, y sin embargo un extraño aire de calma los invadió a todos al dirigirse a sus habitaciones.

Herkimer, o al menos un Herkimer, los aguardaba al pie de las escaleras. Por la elegante librea que vestía, Clive supuso que era el mismo que había servido como portero del salón comedor y que había anunciado a su padre. Clive observó con atención a la pequeña criatura.

Nada, fuera del atuendo, las diferenciaba una de otra. Eran idénticas. Clones, dedujo.

—Dispensa —dijo Annabelle al criado de rostro impassible—, pero me preguntaba

si habría por ahí algún programa o algo que pudiera registrar para pasar el rato antes de desconectar. Todavía tengo mucho espacio en mi disco.

El sapo dibujó una gran sonrisa, que se desvaneció enseguida.

—¿Programa? ¿Disco, disco, disco? —Se puso a pegar saltos y una expresión de gran desconcierto apareció en su rostro—. Mi amo me ordena ser complaciente, ser complaciente, pero no sé qué son esas cosas, no sé qué son esas cosas.

A Clive lo conmovió a la vez que lo divirtió el temor de la criaturilla. Casi pudo oír los latidos del corazón del sapo.

—¡Cálmese, Herkimer! —le dijo poniéndole la mano en la cabeza para detener su rebote—. Ella quiere decir que no tiene sueño y que si por aquí habría algún libro para leer.

—¿Libro? —Annabelle hizo una mueca de fastidio—. Bueno, también servirá.

—¡Libro, libro! —repitió Herkimer con gran excitación—. Muchos libros. El amo tiene una biblioteca. ¿Quieren verla?

Los demás ya habían subido la escalera, así que Clive decidió acompañar a Annabelle y a Herkimer. El sapo los condujo por el pasillo que llevaba al comedor. Lo dejaron atrás, doblaron una esquina y enfilaron otro pasillo. A mitad de éste Herkimer se detuvo y abrió otra puerta doble de roble. Dio un par de saltos e hizo una ceremoniosa reverencia.

—La biblioteca del amo, la biblioteca del amo —anunció con grandilocuencia, y aleteó una mano palmípeda invitándolos a entrar.

Era una enorme sala; un fuego, innecesario, crepitaba en un gran hogar de piedra situado en la pared opuesta a la puerta. En la casa ya había demasiada temperatura y las llamas hacían de la sala un pequeño infierno. No obstante pasaron adentro.

Desde el suelo hasta el techo, las paredes estaban repletas de libros. Las encuadernaciones parecían viejas y gastadas y un polvo finísimo flotaba en el aire. Una vieja escalera de madera, apoyada con ganchos en una barra de hierro, daba la vuelta a las estanterías y posibilitaba el acceso a los volúmenes situados más arriba. En el centro de la sala había dos butacas de cuero, colocadas a ambos lados de una mesa baja de madera.

—¿Tomarán algún licor, un poco de brandy, de brandy? —ofreció Herkimer—. ¿O un café, un café?

Annabelle y Clive se dirigieron a extremos opuestos de la biblioteca recorriendo los títulos con la mirada. Ambos musitaron «No, gracias» a las bebidas, y Herkimer se excusó y les dejó las puertas abiertas. El cómico ruido de los pasos de sus pies planos les anunció que se retiraba por el pasillo por el que habían venido.

—Me recuerda a un muñeco saltarín —rió Annabelle desde el otro lado de la sala.

Clive se dio la vuelta con un libro en las manos. Bajó la vista hacia el título del lomo y luego la dirigió a ella.

—¿Un qué?

—Un muñeco saltarín —repitió ella—. En mi época la gente los colgaba en los

parabrisas del coche. Era un muñeco atado a un muelle que, al moverse el vehículo, daba grandes saltos arriba y abajo.

Clive devolvió el volumen a su lugar en el estante.

—¿Con qué propósito? —preguntó por encima de su hombro, tomando otro libro y abriéndolo con sumo cuidado. A pesar de lo cual, cuando las secas hojas se fueron separando, se oyó un leve crujido. Echó una mirada culpable por encima de ambos hombros en dirección a la puerta, cerró el libro, lo devolvió al estante y se alejó de allí.

—Te he visto, Evaristo —le dijo Annabelle con tono acusador—. En realidad con ningún propósito —contestó luego—. Mucha gente de mi época tenía una mentalidad muy simple. Ya sabes, que todo les hacía gracia.

—¿Quieres decir que sus programas se atascaban con facilidad? —sugirió Clive, apartando la escalera. Esta chirrió por el raíl como si se hubiera formado herrumbre en la parte oculta y necesitase un buen engrase.

—Eh, realmente estás progresando, Clive; pronto pescarás el lenguaje *baste* y todo.

Annabelle torció el cuello a un lado para leer los lomos de los libros y fue siguiendo las paredes de la biblioteca.

—Aquí hay un material estupendo —musitó mientras examinaba los títulos—. Como en mi casa cuando era una usuaria pequeña. Mi madre tenía pilas de libros en cada rincón de la casa y se aseguraba de que yo también los leyera. No discos, sino libros de verdad. Y viejos vídeos. Adoraba los vídeos antiguos y clásicos. —De repente se detuvo y sacó un libro del estante. Con gran cariño pasó la mano por la cubierta, pero luego se miró la palma de la mano e hizo una mueca de disgusto—. ¡Puaj! —masculló mientras se limpiaba la mano en el vestido, dejando en él una mancha de polvo negruzco.

—Acabas de arruinar un precioso vestido —la riñó Clive, cogiendo otro libro y colocándolo de nuevo.

—¡Qué más da! —respondió encaminándose a una de las butacas de cuero con el volumen—. Hay un armario lleno. Tu querido papaíto tiene cierta inclinación por el blanco virgen, ¿lo sabías? Y un gusto horrible para la ropa.

Se sentó con los pies en la mesa mientras Clive siguió examinando los títulos. Había libros de historia mundial, historia inglesa, historia militar, historia antigua. Y también estaban todos los clásicos, las obras de Platón y Aristóteles, las *Guerras del Peloponeso* de Tucídides. Halló las piezas de teatro de Shakespeare y Marlowe y recopilaciones de poemas del romanticismo. Había un libro con ilustraciones a color de William Blake y, junto a él, un volumen de sus poemas. En otra sección encontró a Homero, Virgilio y Ovidio, las Sagas Noruegas y el Poema Perla, Chaucer, Bunyan y Jean de Meun.

Impresionado ante tal cantidad de buena literatura dio un paso atrás y se llevó un dedo a los labios. Ni siquiera había recorrido un cuarto de las paredes de la sala. Suspiró y se volvió hacia Annabelle. Pero ésta no lo advirtió, tan hondamente

enfascada estaba en el libro que tenía abierto en su regazo. Clive no tuvo siquiera ocasión de preguntarle de qué se trataba.

La voz de su padre declamó desde la puerta:

*«Hace ya muchos y muchos años,
en un reino junto al mar,
vivía una doncella conocida
con el nombre de Annabel Lee;
y esta doncella no vivía con otro pensamiento
que vivir y ser amada por mí».*

El barón entró en la biblioteca con una tenue sonrisa alegrando su rostro. Se había cambiado la chaqueta parda de terciopelo por una bata de suave y radiante seda azul. En una mano llevaba una pipa sin encender y en la otra una pequeña petaca de tabaco.

Anabelle cerró el libro que tenía entre manos guardando el punto con el dedo índice, y se volvió con frialdad hacia su anfitrión, sin molestarse en sacar los pies de la mesa.

Y recitó con serenidad, aguantando la mirada directa del barón sin pestañear:

*«Pues la luna nunca luce sin llevarme sueños
de la hermosa Annabel Lee; y cuando despunta una estrella
siento los brillantes ojos
de la hermosa Annabel Lee;
y cuando llega la noche, me tiendo junto
a mi amor, amor mío, esposa mía y vida mía,
en su sepulcro a orillas de la mar,
en su tumba junto al fragor de la mar».*

Luego puso los pies en el suelo y se levantó.

—Nunca tuve un interés especial por Poe —le comentó ella—, y nunca me gustó mucho ese poema.

El barón Tewkesbury se sentó pesadamente en la otra butaca de cuero y dejó la petaca de tabaco en la mesa. Se inclinó hacia adelante, golpeó varias veces la cazoleta de la pipa contra la palma de la mano para vaciarla y alargó la mano para coger la petaca.

—¡Pero si es un poema bellísimo, querida, lleno de romanticismo y misterio!

—En donde Annabel muere —señaló Annabelle levantando la mirada hacia Clive, que se había acercado a su padre y había quedado situado frente a ella—. Y su novio está chalado. ¡Mira que echarse a dormir junto a su tumba, junto al cadáver! ¡Venga,

hombre! Además nuestros nombres se escriben diferente. —Annabelle se retiró hacia la puerta, apretando el libro contra su pecho con ambos brazos—. Ahora ya me dispensaréis, porque estoy segura de que vais a tener una larga conversación de padre a hijo y todo ese rollo. Así que buenas noches.

Salió y cerró las puertas tras de sí.

Clive se sentó en la butaca libre. Su padre aún estaba boquiabierto mirando absorto el espacio que Annabelle ocupaba hacía breves instantes. El barón tenía todavía una mano a medio aire y con la otra no había llegado a coger la petaca. Poco a poco volvió su mirada hacia Clive, el cual forzó una enorme sonrisa.

—Es una chica hecha y derecha, ¿eh? —dijo Clive con gran inocencia.

Su padre tragó saliva.

—¿Eh? Sí, muy hecha y derecha —admitió—. Y tiene un vocabulario muy... florido, sí, florido. —Volvió a tragar saliva. Luego ladeó la cabeza con perplejidad y prosiguió con sus golpecitos en la pipa.

—Con el tiempo llegará a gustarte —le aseguró Clive—. Es tu nieta, suprimiendo varios «tata».

Su padre lo miró de nuevo. De nuevo quedó boquiabierto y de nuevo la mano que iba en busca del tabaco dudó.

—¡No me digas! —consiguió expresar al final el barón—. ¿Uno de los deslices de Neville?

En casa

En su vida Clive había pasado una noche semejante con su padre.

Herkimer les llevó una botella de brandy y dos copas de finos bordes dorados y los dejó solos. Y pasaron la noche uno frente al otro en la mesa de la biblioteca, hablando como nunca habían hecho y bebiendo licor a pequeños sorbos. El barón jamás había hablado a Clive de su madre. Ahora contó a su hijo todo lo que éste quería saber: el color de su pelo, su flor favorita, cómo se conocieron ellos, qué habían esperado de su vida en común. Lord Folliot describió la boda. Se habían casado en el parque de la mansión de los Tewkesbury ante cientos de invitados, y no con una sino con cinco tartas nupciales, y todos los pares del reino habían asistido a la ceremonia, incluido el príncipe de Gales, el cual había llevado consigo una breve nota de felicitación de parte de la misma reina. Habían pasado la luna de miel en Lausserk, Suiza, y habían estado un mes entero en la pequeña ciudad soñolienta, acurrucada suavemente entre montañas de cumbres nevadas. A aquel mes le había seguido un viaje vertiginoso por las principales capitales de Europa, para luego regresar exhaustos a Inglaterra y empezar las tareas de establecer lo que sería su casa.

Fue a su regreso a Londres cuando su esposa le dio la buena noticia. No podían haber estado más llenos de gozo con el acontecimiento y se dispusieron a prepararlo todo para una larga y feliz vida familiar, como siempre había sido tradición en los Folliot.

En este punto del relato habían consumido ya media botella de brandy. Clive miraba fijamente su copa, hipnotizado por su rico contenido ámbar al tiempo que removía el líquido una y otra vez en el interior del cristal, hipnotizado por el suave sonido de la voz de su padre. Se sentía desbordante de afecto y lleno de sentimentalismo. Durante media vida se había preguntado cómo sería sentir el cariño de su padre, sentir que su padre se interesaba por él, se preocupaba por él, al menos tanto como hacía por el otro hijo. Clive no recordaba ni una sola vez en que su padre hubiese destinado más de diez minutos a conversar a solas con él, a menos que no fuera para reñirle por una mala nota o para castigarlo por alguna u otra falta real o imaginaria. Pero ahora todas las barreras entre ellos parecían haberse derrumbado y por primera vez hablaban de tú a tú, de padre a hijo, y su corazón se sentía tan colmado que parecía que había de estallarle en el pecho. Quería apartar la mesa para que ni siquiera aquello se interpusiera entre ambos. No obstante se contuvo. Después

de todo, había que mantener ciertas formas.

Su padre se inclinó hacia adelante y volvió a llenar las copas; luego se echó para atrás en la silla y contempló a su hijo durante un largo y silencioso momento. El barón tomó un trago y reemprendió la narración.

La intuición le decía a Clive que ni siquiera Neville había tenido el privilegio de oír lo que su padre le estaba contando ahora. No podía ser sólo el brandy lo que desataba la lengua del barón. Hablaba en un susurro bajo acerca del dolor de perder a una joven esposa en el primer año de vida en común, de cómo incluso ahora, después de tantos años, aún soñaba con ella y la deseaba en las largas noches solitarias. Nunca había tocado a otra mujer, ni siquiera por una sola noche de placer; se había guardado para ella sola, para cuando se volvieran a reunir en el cielo. Hablaba con las manos extendidas hacia adelante. Una sostenía la copa y la otra se movía con suavidad por el aire, como si estuviera acariciando la cara de una criatura que Clive no podía distinguir. Era una extraña pantomima que atraía a Clive y que lo hacía inclinarse hacia adelante, apoyando un codo en la rodilla. Fue entonces cuando vio el hilillo que dejaba la lágrima que descendía por la mejilla del anciano.

A Clive se le cortó el aliento y casi se le cae la copa de los temblorosos dedos. Nunca había visto llorar a su padre, lo cual lo serenó durante cinco o seis segundos. Luego traspasó aquella delgadísima línea fronteriza entre la embriaguez y el autocontrol, dejó su copa con torpeza y rodeó la mesa para ir a abrazar a su padre, al tiempo que el viejo Folliot hacía lo mismo. Y se estrecharon mutuamente y lloraron ante el fuego del hogar.

—¡He sido un viejo estúpido! —sollozó el barón—. ¡Perdóname, hijo, di que me perdonas!

—¡Te perdono, padre! —exclamó Clive con la cabeza hundida en el hombro de su padre—. ¡Te perdono! ¡Y te perdono que me hayas llevado a una embriaguez tan embarazosa!

El barón le dio unas palmadas en la espalda, rodeándolo aún con sus brazos, rehusando soltarlo.

—Sí, me temo que los Folliot siempre hemos tenido cierta predilección por la cepa. —Sorbió por la nariz y pasó una mano cariñosa por el pelo a Clive—. ¡Y pensar que ha costado una botella llegar hasta aquí! Nunca te tuve en brazos cuando eras pequeño. Y tú siempre lo querías. Lo veía en tus ojos. ¡Pero nunca lo hice! —Acercó su rostro al de Clive y sus mejillas, ambas húmedas, se tocaron.

—Ahora todo irá bien —susurró Clive cuando por fin pudo formar las palabras en una garganta demasiado hinchada por la emoción. ¡Qué sensación tan rara la de tener que consolar a su padre después de tantos años!—. Ahora todo irá bien —repitió—. Jamás tenemos que volver a hablar del pasado. ¡Volvamos a empezar aquí mismo, padre!

El barón alzó la cabeza, sorbió de nuevo por la nariz y desvió la mirada hacia el fuego.

—Sí, empecemos de nuevo —accedió—, y aquí mismo. —Se apartó un poco de su hijo, se sacó un pañuelo de encajes del bolsillo de la bata y se limpió los ojos y la nariz—. Me gustaría, hijo.

—A mí también me gustaría —dijo Clive retirándose un paso.

—Debe de ser muy tarde —razonó el anciano—. Creo que será mejor que llame a Herkimer para que me lleve a la cama.

Sin volver a mirar a Clive, se dirigió con paso vacilante hacia la puerta de la biblioteca. Herkimer lo aguardaba ya allí y no fue preciso llamarlo. El lacayo sapo tomó el brazo del barón y lo acompañó por el pasillo.

Clive permaneció delante del fuego durante largo rato intentando aplacar el torbellino de emociones que giraba en el interior de su cabeza. Se sentía como un niño que ha acabado de ganarse la aprobación de su padre y también se sentía como un adulto que se ha puesto inútilmente en una situación ridícula. Toda su vida había competido con su hermano Neville para obtener la atención del viejo y siempre había perdido. Pero aquello había pasado, había terminado. Toda su vieja rabia interior se vació al tiempo que tomaba su copa y vaciaba en ella las últimas gotas de brandy de la botella.

Al borde de la mesa, junto a la botella vacía, se hallaba la copa, también vacía, de su padre. Movido por un impulso que nunca sería capaz de explicar, se inclinó hacia la mesa e hizo chocar el borde de su copa con la de su padre. El contacto produjo un tañido brillante y placentero que flotó unos momentos en el aire, una dulce y cristalina nota que penetró y se pegó en sus espesos sentidos.

Sonrió. El suelo de la habitación osciló levemente y comprendió que había bebido demasiado. Era claro que tenía que irse a la cama antes de que los demás lo vieran en aquel estado. Pero antes se sentaría ante el fuego, sólo un momento.

Cuando despertó, el pulso le palpitaba pesadamente en las sienas. Despegó los párpados y abrió los ojos con gran lentitud, y reconoció su propia habitación. ¿Quién lo había puesto en la cama? Vagos recuerdos de un paciente Smythe le vinieron a la cabeza: su antiguo ordenanza lo había subido a su alcoba, si recordaba correctamente. Se tocó la cabeza e hizo una mueca de dolor.

Casi arrastrándose salió de la cama y llegó al baño. Para su sorpresa, la bañera volvía a estar llena y con agua caliente. Entró en ella, se arrodilló e infló sus pulmones con una honda aspiración. Luego sumergió la cabeza en el agua.

Quince minutos de remojo y de frotarse con energía hicieron que se sintiera otra vez casi humano. Secarse con suavidad con la toalla y afeitarse también ayudó. Comprobó su aspecto en el pequeño espejo de mano situado junto a la bañera y alisó los pelos de su creciente bigote.

Y, ya casi se había olvidado de la herida del muslo, cuando la examinó y recibió la segunda sorpresa de la mañana. En su pierna no había sino una cicatriz rosada y

ningún tipo de dolor. De hecho, ahora recordaba que, durante la cena, Annabelle se la había apretado con la mano por debajo de la mesa y que no había sentido dolor. Se dirigió con presteza al dormitorio para mirarse en el espejo de cuerpo entero. La mayoría de los arañazos habían desaparecido sin dejar rastro alguno.

Sacó ropa limpia del armario, se vistió y bajó a la planta principal. Encontró a Herkimer en el pasillo. El sapo llevaba un delantal y blandía un plumero para quitar el polvo.

—Debe de estar hambriento, hambriento, Clive Folliot —dijo la criatura—. Le llevaré algo para desayunar al comedor, al comedor. —Y con eso, se alejó a saltos.

Clive encontró el comedor sin demasiado esfuerzo y se sentó solo. Herkimer entró por la puerta lateral con una bandeja de bollos calientes, mantequilla y mermelada, una selección de quesos y una tetera humeante. Pero fue un Herkimer diferente del primero que se había encontrado, al menos a juzgar por la bata blanca y el gorro de cocinero que vestía éste. Observó al desgarrado criado salir y untó el primer bollo con mantequilla.

—Así que por fin despertó, mi comandante —dijo Horace Hamilton Smythe asomándose por la puerta entreabierta y entrando.

Clive lo saludó con un movimiento del cuchillo de la mantequilla.

—Recuerdo vagamente que me llevó a la cama, sargento —comentó Clive algo incómodo—. Espero no haber sido una carga demasiado pesada.

—Un par de kilos más de lo habitual, mi comandante —respondió Smythe con desenfado—. Pero nada que valga la pena comentar.

—Es un modelo de virtudes, Horace —repuso Clive. Señaló los bollos—. Sírvase usted mismo.

Horace le explicó que todos habían ya desayunado más temprano, y con mucha más abundancia que lo que tomaba ahora Clive. Y se enzarzó en una descripción de las suculentas pilas de *bacon* y salchichas, de los huevos, de las tostadas y de la salsa. Clive lo interrumpió. Sólo de oír hablar de tanta comida se sentía indigesto.

—¿Dónde está todo el mundo? —interrogó de pronto—. Herkimer y usted son los únicos que he visto esta mañana.

—Bien, mi comandante, «mañana» es un término relativo. —Se levantó y se dirigió a una enorme ventana situada en el otro extremo de la sala y describió la cortina. Fuera era oscuro como nunca—. En cuanto a los demás —prosiguió Smythe—, están pasando el tiempo ocupados de distintas maneras. Sidi y Tomás han salido a dar una vuelta por los alrededores. Finnbogg los acompaña. Chang Guafe habló de no sé qué revisión general de los circuitos de sus sensores, o lo que sea, y está en su habitación. Neville y Chillido también están cada uno en la suya. Neville ha estado realmente silencioso y Chillido no ha salido desde antes de la cena de anoche.

—Dejémosla a solas —dijo Clive con calma—. Está haciendo algo para mí. —Ya había decidido que no serviría de nada contar al resto el asunto de los escuchas mentales que Chillido había detectado. No podían hacer nada contra un enemigo que

no podían ver, y sólo conseguiría que todo el mundo se pusiese nervioso. En aquellos momentos lo más urgente era descansar, pues era la primera oportunidad que tenían para ello desde hacía mucho tiempo. Pronto les informaría del caso, pero no ahora—. ¿Y Annabelle? —preguntó.

Horace hundió un dedo en la mermelada y se lo llevó a la boca. Luego soltó un chasquido con los labios.

—Buena como la de Londres —comentó—. No me figuro cómo puede haber llegado aquí. —Metió el dedo otra vez y se lo llevó a la boca. Enseguida, tras echar un vistazo temeroso a su alrededor, se limpió la mano en el ribete del mantel—. Annabelle ha estado en la biblioteca desde que se ha levantado, mi comandante. Incluso ha tomado el desayuno allí. Y, por lo que sé, aún no ha salido. Se ha enamorado de todos aquellos libros.

Clive untó con mantequilla otro bollo y bebió un poco de té.

—¿Ha visto a mi padre? —preguntó.

—No, mi comandante, pero supongo que también tomó parte en el drenaje de aquella botella de brandy, y no es tan joven como usted, aunque supongo que eso es mejor que no me oiga decirlo. —Smythe hizo una pausa, apoyó los codos en la mesa, entrelazó las manos y reposó el mentón en ellas—. ¿Consiguió hacer indagaciones acerca de la Puerta, mi comandante? Ya sabe, hacia el siguiente nivel.

—No —contestó Clive despacio—. Aún hay tiempo. Creo que vamos a quedarnos aquí algunos días, Horace. No muchos, pero los suficientes para reposar un poco. Todos estamos muy cansados, pues en todo nuestro viaje no hemos hecho más que salir de un combate para entrar en otro. Podemos hacer un intermedio. Sin embargo, esta noche me informaré. —Y, poco después de eso, se separaron. Puesto que el plan era descansar, Horace iba a intentar llevarlo a cabo, y dejó a Clive al pie de las escaleras.

Clive, por su parte, aprovechó aquella oportunidad para explorar el resto de la casa. Encontró un salón bellísimamente amueblado al estilo reina Ana. Un grueso papel brocado, con un estampado de color melocotón, recubría las paredes. Una gran ventana atrajo su atención, y recorrió las cortinas. En el exterior, la espiral de resplandor tenue navegaba a través del cielo. Cerró la cortina y se volvió. En la habitación flotaba un aroma de clavo mezclado con canela y Clive aspiró con deleite la rica fragancia.

Junto al salón halló una sala de música. Cuatro arpas para concierto ocupaban el espacio central. En una esquina había un piano. Hojeó distraídamente los cuadernos de música que había abiertos en el atril: Chopin, Brahms, Beethoven. Pasó los dedos por el teclado. Hacía mucho tiempo que no lo tocaba y sabía que no le saldría demasiado bien. Sin embargo, se sentó y tocó algunos compases del *Concierto para piano y orquesta n.º 3 en do menor* de Beethoven antes de abandonar fastidiado. Miró a su alrededor temeroso de que alguien pudiera haberlo oído, cerró la tapa del teclado en silencio y salió de la sala.

Después de esto regresó a su habitación. La jaqueca, aunque se había aplacado algo, persistía. Pensó que una siesta se la aliviaría.

Herkimer lo despertó llamando a su puerta. La siesta le había durado hasta la hora de la cena. Bajó al comedor, impaciente por volver a ver a su padre.

La cena transcurrió en medio de silencios y murmullos de conversaciones. Comían, pero casi todos parecían ensimismados en sus propios pensamientos. Annabelle tenía un libro en el regazo que leía sin dejar de masticar, y respondía a las preguntas sólo con gruñidos y monosílabos. Neville parecía taciturno y no decía apenas nada. Tomás, Sidi y Finnbogg conversaban entre ellos, Clive y el barón Tewkesbury lo hacían entre sí, y Chang Guafe tomaba nota, mentalmente, de cada palabra que decía el anciano. Chillido otra vez comía en su habitación.

—Esta noche vamos a tener una pequeña función —anunció el barón al finalizar la cena. A una indicación suya se llevaron las tazas de té o las copas de vino a la sala de música y tomaron asiento en las butacas que allí habían sido colocadas con aquel propósito hacía pocos momentos.

Cuando todos estuvieron acomodados, entraron los cuatro Herkimer de igual aspecto. Vestían esmóquines idénticos, y se sentaron ante las cuatro arpas. Los instrumentos parecían enormes comparados con los intérpretes, pero pronto los dulces compases de la *Sonata n.º 14 en do sostenido menor* de Beethoven llenaron la sala.

La música extasió a Clive, quien desde hacía tiempo consideraba la *Sonata Claro de Luna* como una de sus piezas musicales predilectas; pero, a su lado, Annabelle dejó el libro y ocultó nariz y boca tras las manos en forma de cuenco. Se esforzaba por no reír, pero al final se convulsionó con un ataque de carcajadas apenas ahogadas.

—¿No te gusta Beethoven? —inquirió Clive con un susurro, inclinándose hacia su nieta—. Nunca lo había oído interpretado con arpas. ¡Es encantador!

Annabelle lo miró con unos ojos abiertos como platos y con las manos apretadas fuertemente contra la boca; y de nuevo le sobrevino otro ataque de risa. La alegría centelleaba en sus ojos oscuros.

—¿Encantador? —se atrevió a murmurar—. ¡Ésa es la palabra, Clive! —Se volvió hacia los cuatro músicos y entreabrió los dedos lo suficiente para que él pudiera oírlo —: ¡Puntea esas cuerdas, rana! —farfulló. Y de inmediato cogió el libro de su regazo y escondió el rostro tras las cubiertas mientras se mecía en la silla, desternillándose de risa en silencio.

A la derecha de Clive, el barón se dio unos golpecitos con un dedo en el envés de la mano y le lanzó una severa mirada. Después de lo cual Clive hizo caso omiso de Annabelle y se dispuso a disfrutar del concierto.

En mitad de éste, sin embargo, Neville se levantó de repente y salió de la sala. Clive se mordió el labio observando el desaire de su hermano, pero las primeras notas del *Airoso* de Bach hicieron que lo olvidara enseguida.

Cuando el concierto concluyó, todos regresaron al comedor para tomar el postre y

para conversar, si cabía, algo más. Cuando la cena hubo acabado definitivamente, el barón los llevó a dar una vuelta por la mansión y se disculpó por no haberlo hecho antes. Una ligera jaqueca, explicó. Smythe sonrió y miró de reojo a Clive, y Tomás rió abiertamente.

Después de la visita, Clive y su padre continuaron paseando, alejándose de los demás. De nuevo, mientras erraban sin rumbo fijo por las salas y estancias del edificio, volvieron a entablar una entrañable charla, al principio con reserva de sentimientos, pero poco a poco abatiendo las barreras, esta vez sin la ayuda del alcohol. Clive le habló de sus años en Cambridge, de los amigos que allí había hecho y del curso de sus estudios, que habían consistido en literatura y los clásicos. Después le habló de su vida militar, de su carrera en el ejército, de su estancia en Madagascar y de su ascenso al grado de comandante.

El barón escuchaba con atención, como un padre que tiene afecto a su hijo, meneando la cabeza a menudo y reprendiéndose por haber desconocido a su hijo durante tanto tiempo.

Al rato salieron a caminar fuera de la casa, en la oscuridad. La espiral del cielo iluminaba el camino que los llevaba al mismo borde de la cima de la montaña. El viento soplaba contra sus rostros, empujándolos hacia atrás, pero ellos mantenían firmes los pies y la mirada al frente. A lo lejos, muy a lo lejos, Clive creyó poder distinguir el resplandor anaranjado de la tierra violenta que habían atravesado. Un vasto mar de tinieblas se extendía entre el fulgor y la cumbre de la montaña.

Al final Clive contó a su padre lo de su relación con la señorita Annabella Leighton, y cómo en ella había hallado el amor de su vida. Era de buena familia, explicó, pero no pertenecía a la nobleza. Pero no le importaba. Ella se ganaba la vida enseñando literatura en una escuela para jóvenes ricas y aristocráticas, y tenía un pequeño apartamento en Plantagenet Court. Durante mucho tiempo Clive había querido casarse con ella. Sólo su escasez de recursos se lo había impedido, porque sentía que vivir con el mísero sueldo de un comandante era pedir un sacrificio demasiado grande a una mujer.

—¿Y sin embargo continuaste cortejándola? —interrogó su padre frunciendo el entrecejo.

Clive sabía lo que trataba de insinuar y alzó la cabeza con orgullo.

—Estamos enamorados —se defendió—. No hubo pecado en lo que hicimos, ni ciertamente deshonor. —Luego humilló la cabeza—. El único acto deshonoroso lo he cometido yo al abandonarla para ir en busca de Neville. No sabía que llevaba a nuestra hija en su seno; juro que no lo sabía, aunque sí admito que yo estaba muy impaciente por emprender un viaje semejante, porque me proporcionaba la oportunidad de salir de Inglaterra por una temporada. Además creí que con la expedición podría hacer mi fortuna y regresar con bastante dinero para poder casarme con ella. —Miró a lo lejos y meneó la cabeza con tristeza—. Pero no fue así. Al menos, según Annabelle cuenta la historia.

—¿Tu tataranieta? —inquirió su padre.

—Tu tatarabisnieta —contestó Clive. Levantó la vista hacia la espiral, desafiando a los gases arremolinados y las estrellas deslumbrantes a que le arrebataran los sentidos, casi deseando que lo lograran y lo dejaran insensible al dolor que de repente lo invadió—. Afirma que nunca regresé a Londres, que desaparecí en África, como Neville. Que ninguno de los dos volvió.

El barón extendió una mano hacia Clive y la posó con afecto en su hombro. Luego acercó a su hijo hacia sí y lo abrazó.

—Porque hallaste un hogar aquí —dijo al oído de Clive—. Volvemos a estar juntos, Neville, tú y yo. Eso es lo único que importa. No hay salida de la Mazmorra. Lo sé. He tratado de encontrarla. Esto es nuestra casa ahora, Clive, y debemos procurar acomodarnos a ella lo mejor posible. —Mantuvo a Clive cogido por los hombros pero apartado de sí, escrutó en sus ojos con honda penetración y repitió—: Esto es nuestra casa.

Clive abrazó a su padre con temblorosa intensidad.

—Casa —murmuró, casi creyéndolo, deseando creerlo.

Parientes consanguíneos

Fuera de la casa, el cielo y el paisaje continuaban tenebrosos y llenos de presagios. Sólo la pálida espiral, en su lentísima trayectoria a través del firmamento, proporcionaba cierta iluminación. Clive aprendió a contar los días por los ciclos de la cena y el período de sueño.

Cada vez pasaba más tiempo con su padre. Hablaban y jugaban al ajedrez en el salón o Clive tocaba el piano, satisfecho porque recuperaba el dominio de las teclas con gran rapidez, y su padre escuchaba. A veces tomaban vino junto al fuego de la biblioteca, o té y pastas en el comedor. Otras veces andaban codo con codo hasta el borde de la cima de la montaña o seguían alguno de los senderos más transitables que descendían hacia el otro extremo.

—Ahora puedo ver mucho más lejos —le confió su padre—. Hasta el fin del mundo, si me concentro. Por eso os vi cuando os acercabais a la Puerta de Dante. La erigí yo mismo, ¿sabes? Una especie de broma para compensar la soledad que sentí al principio al llegar a este mundo. —Tocó el brazo de su hijo—. Ahora ya nunca más volveré a estar solo.

Clive veía cada vez menos a sus amigos. Neville se pasaba la mayor parte del tiempo en su habitación, saliendo sólo para comer o para charlar con Annabelle en la biblioteca, o para pasear en solitario alrededor de la casa. Y, si alguna vez hablaba con su padre, era con brusca indiferencia o rabia apenas contenida.

Annabelle se había enfrascado en alguna investigación.

Sólo aparecía durante las comidas, y muy a menudo con un libro en la mano. Aparte de eso, siempre se la podía encontrar en la biblioteca o en su cuarto, leyendo.

Chillido no daba señales de vida. La arácnida incluso dejó de comer los platos que Herkimer le llevaba a su habitación. Clive fue a visitarla una vez y la encontró en hondo trance. Ella hizo ademán de levantarse, sólo para que Clive advirtiera que estaba bien y que deseaba quedarse a solas. Y no la molestó más.

Por lo que se refería al resto, en realidad no podía decir cómo ocupaban su tiempo. Deambulaban por la casa sin hacer nada, y Clive empezó a percibir una inquietud general en sus amigos. No obstante dedicó pocos pensamientos a este hecho, y, cuando un anochecer después de cenar, Horace Hamilton Smythe entró en su habitación para decirle que a lo mejor se iba por unos días y que no se preocupase, Clive no puso ningún reparo. Si su sargento quería explorar algunos de los senderos

montañeses, no veía razón para impedírselo. Smythe era un militar competente.

A la cena de la noche siguiente, Chang Guafe expresó su particular desacuerdo con la decisión de permitir a Smythe que se fuera.

—Aún está la cuestión de los implantes en el cerebro del sargento Smythe —les recordó—. Aún no lo hemos tratado con profundidad. Tan sólo hemos supuesto, sin evidencia alguna, que el mero hecho de conocer la existencia de los implantes lo capacitaría para resistir a las influencias externas. ¿Pero cómo podemos estar seguros de que su partida fue idea propia? No sabemos quién se los puso en la cabeza ni por qué.

Cuando Clive descartó la objeción con un movimiento, el ciborg planteó otro punto, más sensible, poniendo en duda abiertamente la corrección del juicio de Clive.

—Quizá, Clive Folliot —dijo desafiante—, te sientes demasiado cómodo aquí.

Pero el barón intervino para impedir una disputa y ordenó a Herkimer que sirviese la sorpresa especial que había preparado: chocolate caliente con malvaviscos. No importó que la temperatura del ambiente fuese cálida en exceso: fue un plato delicioso.

A la mañana siguiente, Clive y su padre se cruzaron con Neville, que salía de la biblioteca. Neville cerró el libro que llevaba en una mano y lanzó una mirada de curiosidad al barón.

—Dime, padre —dijo con una ligereza de tono que hizo creer a Clive que el humor de su hermano había mejorado y que ahora podrían pasar algún rato juntos los tres—. Estaba tratando de recordar el nombre del perro faldero de Nany...

Clive sintió que el rubor le encendía las mejillas, estupefacto ante la osadía de su hermano, pero el barón respondió con absoluta desenvoltura.

—Vaya, me sorprende de ti, Neville. ¿Cómo puedes olvidar algo así? ¡La mujer que te puso el primer pañal! Era *Tennyson*, claro.

Los ojos de padre e hijo se trabaron durante el más breve de los instantes.

—Ah, sí, ahora me acuerdo —dijo Neville, llevándose un dedo a la barbilla y fingiendo una mirada pensativa mientras se colocaba el libro bajo el brazo—. ¡Qué desmemoriado estoy! —De soslayo lanzó una mirada á Clive, llena de algo que éste no alcanzó a comprender; luego se volvió y se fue escaleras arriba.

Más tarde, Clive paseaba con su padre siguiendo el seto petrificado.

—Envié a Samedi para que os ayudara a superar los peligros y os condujera hasta mi lado —explicó el barón—. Echaré en falta al hombrecito. Por mi título de barón decidí que él también lo fuera. Barón Samedi, se hacía llamar, pero supongo que eso ya lo sabes. Además, ¿qué importa ya? ¿Qué significado tienen esos detalles en la Mazmorra? —Pareció triste al recordar.

—¿De dónde era? —preguntó Clive.

—Aquí no estamos solos, Clive. Hay otras criaturas.

—¿Los demonios?

Tewkesbury asintió y susurró:

—Y más. Pero se quedan al margen. Me dejan en paz.

¿Era la oscuridad, se preguntó Clive apretando los brazos contra el pecho, lo que hacía que los hombres hablaran en susurros? Dio un paso atrás y miró a su padre, contempló su enorme silueta recortada contra las sombras de los imponentes picos de las montañas. Cuando el anciano se volvió hacia él, la luz de la espiral se reflejó en sus ojos arrancándoles un raro fulgor felino que produjo un escalofrío repentino en Clive.

Su padre debió de ver su reacción.

—Ahora formo parte de este mundo, hijo. Ni siquiera quiero volver a Londres. He cambiado, y allí ya no hay lugar para mí. —Se hallaban de nuevo en el borde de la cima de la montaña del barón, y el viento cálido soplabla contra sus rostros. El barón extendió la mano hacia adelante—. Tus pobres ojos no lo pueden ver —dijo—, pero hay tierras más allá de nosotros. Has contemplado el Infierno Encendido y el Limbo Brumoso y has cruzado el hirviente río Flegatonte para llegar a mí. Pero bajo nosotros está el Reino del Hielo, el Infierno Pantanoso y el Infierno Fangoso, y más infiernos de los que Dante nunca soñó o imaginó.

Tomó la mano de su hijo y lo acercó al borde de la montaña. Las tinieblas se arremolinaron en torno a ellos como si estuvieran animadas de vida, y el viento aulló en los oídos de Clive.

—Es mío, hijo. Nuestro, porque lo daré a quien yo quiera.

Clive se echó un paso atrás temblando, dudando de las palabras que le escocían en sus oídos. ¿Había sido la voz de su padre o el viento? ¿Por qué no podía pensar? ¿Tenía que pensar!

Desasíó su mano del apretón de su padre.

—Volvamos adentro —dijo.

—Como quieras —respondió el barón—. Estoy seguro de que aún quedará algo de chocolate.

Sin embargo Clive se sintió extrañamente fatigado después del chocolate. Se fue a su habitación sin decir ni una palabra a nadie y durmió hasta la hora de la cena. Sólo se despertó una vez. Las sábanas estaban empapadas de sudor y la cabeza le palpitaba con un sueño que no podía recordar.

Una llamada a su puerta lo despertó para bien. Respondió y Finnbogg asomó.

—¿Amigo Clive despierto? —preguntó innecesariamente. Clive se incorporó apoyando la espalda en la cabecera de la cama y con la mano hizo una indicación a su amigo para que entrara.

Finnbogg, que tenía una rara expresión en el rostro, se sentó en una de las sillas. Miraba de un lado a otro como si quisiera evitar los ojos de Clive. Daba golpecitos en el suelo con el pie y pasaba con un temblor nervioso la punta de una uña por el acolchado de un brazo de la silla.

—¿Qué pasa, viejo amigo? —inquirió Clive, puesto que era evidente que Finnbogg quería hablar.

El perro alienígena se frotó la nariz con el envés de la mano y luego se aclaró la

garganta con un profundo «ejeem».

—Bien —dijo por fin—. Finnbogg prometió al amigo Clive ayudarlo a encontrar al compañero de camada del amigo Clive, Neville Folliot. Neville Folliot está encontrado ahora, ¿sí? —Hizo un silencio y se volvió a aclarar la garganta—. Pero no sólo hemos encontrado al hermano del amigo Clive sino también al padre de la camada del amigo Clive. Finnbogg está contento por la feliz reunión del amigo Clive. —Se levantó de la silla y echó a andar arriba y abajo a los pies de la cama—. Pero ahora Finnbogg piensa en la camada de Finnbogg. ¡Finnbogg también está solo! ¿Dónde está la camada de Finnbogg? —Paró de ir de un lado a otro y se colocó frente a Clive. La expresión de su rostro era tan triste y conmovedora que Clive tuvo que desviar la vista—. ¿Cuándo nos vamos, amigo Clive? —suplicó Finnbogg—. ¿Cuándo nos vamos?

Clive saltó de la cama, fue hacia su amigo y le colocó ambas manos en sus musculosos hombros.

—Pronto, Finnbogg, pronto —respondió, pero al hablar sintió que algo le apretaba en el pecho—. Pero no todavía —agregó—. Un poco más de tiempo, tan sólo un poco más de tiempo.

Finnbogg se contentó con aquello y salió. Clive fue al baño y se lavó la cara. Luego tomó el espejo de mano y contempló su imagen durante largo rato. El bigote había crecido y se había hecho espeso. Pero el aspecto de su rostro le desagradaba. Siguiendo un impulso, cogió la navaja y se dispuso a afeitarse el bigote. Volvió a mirar su imagen, estudiando con atención lo que veía. Presentía que algo estaba mal. ¡Todo estaba mal! Lanzó al suelo la navaja sin usar y también el espejo, que se rompió en pedazos.

Se puso unos pantalones suaves de color caqui, una camisa blanca y se calzó las botas. Al salir, aunque no fue su intención, cerró la puerta con un golpe seco.

Annabelle se hallaba a medio pasillo y se dirigía hacia él con una pila de libros.

—Clive —le dijo en voz baja—. Tenemos que hablar, y ahora. He cargado mi disco con todo esto y será mejor que escuches los resultados que el programa ha obtenido con los datos.

—Ahora no, por favor —murmuró yendo hacia la habitación de su hermano.

—¡Clive! —insistió.

Se volvió hacia ella con brusquedad.

—He dicho: «Ahora no, por favor», ¡maldita sea!

Y con esto, abrió la puerta de un empujón sin molestarse en llamar y la cerró con un estrepitoso golpe.

Neville estaba en la cama, sentado con la espalda apoyada en la cabecera, más o menos como Clive había estado sentado antes en la suya. Tenía las manos cruzadas en la nuca, la mirada fija en el vacío y un libro abierto en el regazo. Con una calma y tranquilidad capaces de irritar a cualquiera, volvió la cabeza hacia un lado y miró con un interrogante a su hermano.

—Bien, hermanito...

Clive no le dio ocasión de hablar siquiera.

—¿Qué diablos te pasa? —dijo furioso—. ¿Qué tienes contra nuestro padre? No le has dedicado ni una sola palabra amable, ¡ni una! Lo insultas en su propia mesa y te comportas con grosería con él en todas partes. Y quiero saber por qué.

Como armándose de paciencia, Neville cerró el libro y lo dejó a un lado. Hizo girar los pies por encima de la cama, los depositó en el suelo y se levantó.

—Simplemente no te entiendo, Neville —prosiguió Clive colérico—. Te lo ha dado todo y luego lo tratas así. Siempre has sido su hijo predilecto. Te ha dado todo lo que...

—Basta ya, Clive. No sabes de qué hablas.

Pero a Clive no le bastó. Sentía que la cabeza le iba a explotar, el rostro le ardía y blandía el puño bajo la nariz de su hermano.

—¡Te lo ha dado todo, todo! —continuó—. ¡Y a mí nada! ¡Yo no tenía ni padre ni hermano! Ambos estabais demasiado ocupados disfrutando de vuestra compañía para recordar que yo existía. Ahora encontramos a nuestro padre aquí. ¡Ha venido en nuestra búsqueda, por Dios! Y finalmente, por primera vez en la vida, reconoce mi existencia, y ¡tú te comportas como un maldito resentido!

La frialdad exterior de Neville empezó a derretirse. Apretó los puños con fuerza en sus costados y su rostro enrojeció.

—¿Tanto lo quieres? —interrogó, tratando de contener la rabia en su voz—. ¡Pues quédatelo! ¡Guárdatelo! De todos modos ya era tiempo de que me fuera. Pero escucha lo que te voy a decir, hermanito. Estabas mejor cuando él no te hacía caso. ¡No te tenía cogido por el cuello con su inflexible brazo!

—¡Pero tampoco mi mano tenía cogida su maldita cartera! —replicó Clive.

—Padre es un cabrón, Clive, pero tú eres demasiado estúpido para darte cuenta. Te rasan un poco la cabeza y crees que es una sensación maravillosa, y tal vez lo sea para un perro hambriento de cariño. Pero harás mejor en aprender a traerle el palo cuando te lo lance y a buscarle las zapatillas cuando te lo ordene.

Neville se encaminó al lado opuesto de la habitación, colocando cierta distancia entre ellos.

—¡No sabes cómo es, hermanito! —continuó—. Lo único que veías eran los favores que creías que me hacía. No sabes lo pesado, insistente y asfixiante que puede llegar a ser un hombre. Cierto, a ti te envió a Cambridge y a mí a Oxford. Yo fui a mejor universidad y eso te escoció, sin duda. ¡Pero la eligió para mí sin ni siquiera consultar mi opinión! Eligió mi facultad y mis profesores. ¡Estudié lo que él quiso que estudiara! Y cuando salí de la universidad me empujó a la carrera militar. Incluso escogió mi regimiento y movió los hilos para que ascendiese de grado. ¡No importaba lo que yo quería! ¿Crees conocerme? ¿Crees conocerlo? No sabes lo que fue mi vida. ¡No sabes nada! Eres un tonto estúpido que cree que ha sido estafado.

Clive temblaba de ira mientras contemplaba a su hermano. Una cosa sí sabía con

seguridad. Sabía que este enfrentamiento tenía que llegar un momento u otro y ahora ya no estaba dispuesto a aplazarlo.

—¡Fui estafado! —respondió a grito pelado, disparando las palabras fuera de sí como cuchillos afilados—. En cualquier momento habrías podido volverte hacia mí y haber dicho: «Padre, que venga Clive también a pescar». Pero nunca lo hiciste. ¡Te gustaba tenerlo para ti solo!

Neville lo señaló con el dedo.

—¡Tú tuviste suerte porque no te hacía caso, hermano! Te dejaba en paz. Sí, era probable que yo alardeara de su preferencia por mí, no lo niego. ¡Pero era porque envidiaba tu *libertad*! Prácticamente podías hacer lo que te placiera. A él no le importaba. Pero a mí siempre me estaba vigilando, siempre lo tenía encima. ¿Por qué crees que empecé a viajar tanto? Ni siquiera en el ejército me pude librar de él. No, hasta que partí voluntario para la India. ¡El mundo era lo único que yo podía interponer entre nosotros! ¿Por qué crees que me fui a África, maldito estúpido?

—¡No me llames más estúpido! —Y, antes de que Clive supiera lo que estaba haciendo, arremetió contra él y le atizó un estupendo puñetazo. El impacto le sacudió el puño y el brazo. Neville cayó de espaldas contra el escritorio, con el labio sangrando.

Enseguida Neville se abalanzó hacia él. El ímpetu del hermano mayor lo aplastó contra la pared, que se estremeció por el choque. Tropezaron con una silla y rodaron por el suelo. En la sien de Clive relampaguearon brillantes estrellas y conoció el sabor de la propia sangre en la comisura de los labios. Disparó salvajemente ambos puños, aporreó la cara de su hermano, y bregó por desasirse de él.

Sin saber cómo, ambos volvieron a estar en pie. El corazón de Clive latía con tremenda violencia y un vaho rojizo le nublabla la visión, pero distinguía lo suficiente. Cuando Neville se enderezó, Clive lo golpeó de nuevo, y las rodillas de aquél se doblaron. Pero cuando el menor de los gemelos se abalanzó contra Neville, éste atacó. Un increíble dolor estalló en la entrepierna de Clive, y se derrumbó en el suelo.

—¡Aquí no está el marqués de Queensberry para imponer sus reglas, hermanito! —dijo Neville entre dientes, mientras rociaba el aire con la sangre de su labio—. ¡Levántate! ¡Veamos lo que aprendiste en Cambridge!

La mano de Clive rozó un objeto, y lo agarró y lo lanzó. Las páginas del libro de poesía batieron el aire como las alas de un pájaro aterrorizado. El volumen cruzó el espacio volando a gran velocidad y fue a parar en el rostro de Neville. Eso dio a Clive tiempo de levantarse. Neville, a quien el libro no había producido daño alguno, saltó hacia él con los brazos extendidos.

Clive agarró lo que tenía más a mano, que resultó ser un almohadón de la cama situada a sus espaldas, y golpeó de costado con todas sus fuerzas. Neville se estrelló contra el armario guardarropa, rebotó y volvió a caer al suelo en medio de una lluvia de plumas que se agitaban en el aire. Clive miró estupidizado el almohadón reventado y escupió las plumas que se le metían en la boca.

Neville rodó sobre sí mismo justo en el momento en que el espejo de cuerpo entero perdía su equilibrio y caía hacia él. Con un movimiento del brazo logró desviarlo de su trayectoria, y el espejo plateado se hizo añicos, que se esparcieron por todas partes.

El estruendo del estropicio fue suficiente para detenerlos. La rabia se esfumó del rostro de Neville. Este, en el suelo todavía, se apoyó en un codo y contempló el desastre.

—Vaya, siete años de mala suerte —dijo dibujando una tenue sonrisa con sus labios ensangrentados.

A decir verdad, Clive se había quedado sin aliento y de repente, al apartar con el brazo las plumas que flotaban a su alrededor, sintió un temor infantil. Luego también sonrió.

—Por el curioso modo en que transcurre el tiempo en la Mazmorra, puede que no duren nada. Además, es lo que corresponde: hasta el presente han sido siete niveles de mala suerte.

Sus miradas se encontraron. Los hermanos las desviaron, pero enseguida volvieron a mirarse y sonrieron.

—Ha sido divertido, ¿no? —comentó Neville. Recogió un pedazo de espejo, se miró en él, se alisó el pelo hacia atrás y lanzó el cristal por encima del hombro. Se fragmentó con un sonido tintineante.

—Sí, divertido —admitió Clive. Se inclinó y recogió el libro que había lanzado a su hermano. Lo hojeó y miró el título en el lomo—. Nunca hubiera imaginado que tuvieras afición a la poesía, primogénito. —Se dejó caer en la cama; y poco a poco su respiración volvió a la normalidad. «Voy a necesitar otra toma más de la medicina de Chillido —pensó—. Siento todo el cuerpo magullado».

—Una pequeña debilidad en mi, por otra parte, completamente varonil persona —repuso Neville sarcástico, agitando el brazo de modo exagerado. Se incorporó despacio, se sentó y soltó un grave quejido. Luego se tanteó los labios con el envés de la mano—. Me pregunto si Chillido estará de buen humor. Me duele todo. No está mal, para Cambridge.

Clive asintió en reconocimiento al cumplido.

—Y no está mal para un blandengue de Oxford —dijo devolviendo la pelota.

—¿Bajamos a cenar?

—Vamos.

—¿Sabes que tienes un aspecto de mil demonios?

Clive bajó la vista hacia el roto de su camisa y hacia la manga que sólo se aguantaba por una tira. Todos los botones de la camisa de Neville habían volado y sus pantalones tenían un desgarrón en una rodilla. En cuanto a sus rostros, el labio de Neville estaba tomando un intenso color morado, pero (sospechó Clive) otro tanto debía de suceder a su propio ojo izquierdo.

—Tengo el mismo aspecto que tú —replicó Clive guiñando el ojo—. Y me muero

de hambre.

Ambos se pusieron en pie y se fueron hacia la puerta, luciendo sus ropas destrozadas y sus magulladuras como medallas de honor. Al salir al pasillo encontraron a sus camaradas que los esperaban. Incluso Chillido había despertado de su trance. Todos los rostros expresaban gran ansiedad. Annabelle era la única excepción. Se hallaba frente a la puerta, con los brazos cruzados en el pecho, y los miró de arriba abajo.

—Bueno, veo que aún os sostenéis en pie —dijo con fingida decepción—. ¿Habéis acabado ya con vuestra exhibición machista?

Clive miró a Neville. Neville miró a Clive.

—¡Qué forma de hablar es ésa! —dijo Neville chascando la lengua—. Realmente deberías haberla educado mejor.

—Es culpa de su madre —contestó Clive con desdén—. Yo nunca pude hacer nada por ella.

Annabelle se volvió a medias y, por encima del hombro, dijo a Chillido:

—¡Es maravilloso! ¡Están en pleno arrebató de virilidad!

Creía que era un arrebató de vergüenza, fue la respuesta de Chillido que flotó en los cerebros de todos.

Annabelle volvió a cruzar los brazos en el pecho y con el pie dio unos golpecitos en el suelo.

—Para cuando hayáis acabado de jugar a niños traviosos, tengo noticias interesantes para vosotros —declaró clavándoles la mirada, expectante e impaciente.

Clive se percató de que era la primera vez en aquellos días que la veía sin un libro en la mano. Casi parecía antinatural así.

—¿Algo que encontraste en la biblioteca? —preguntó, poniéndose serio de pronto. Conocía aquella mirada en los ojos de Annabelle.

—He estado investigando hasta hartarme —respondió con vehemencia—. En la biblioteca hay pilas de material acerca de la familia Folliot: historias, genealogías, biografías, todo ese tipo de cosas. Bien, ahora ya lo he leído todo, he tomado muchísimas notas y lo he comprobado todo por partida doble. Podría haberlo realizado con mucha más rapidez con un ordenador, pero creo no obstante que el resultado es correcto.

Neville apoyó la espalda en la jamba de la puerta y cruzó los brazos en imitación de Annabelle.

—Bien, ¿y qué?

Herkimer apareció al final de las escaleras, immaculado en su recién limpio y planchado esmoquin. Saltando impaciente una y otra vez, les anunció:

—¡La cena! ¡Es la hora de la cena! ¡Mi amo espera, espera!

—¡Basta ya, renacuajo! —le cortó Annabelle.

Herkimer quedó paralizado. La ancha mandíbula inferior le cayó dejándolo boquiabierto y la lengua le colgó flácida, mientras que los ojos se le agrandaron

enormemente y los hombros se le hundieron. Ladeó la cabeza estupefacto, se volvió y, dando brincos, bajó de nuevo las escaleras.

Annabelle esperó que se alejara y luego se volvió a los demás.

—No quería que ese animalejo se quedara a escuchar —susurró—. Después los dos decidiréis si es mejor o no decírselo a vuestro padre.

—¿Decirle qué? —inquirió Clive exasperado. Le caía bien Herkimer y era claro que Annabelle había herido los sentimientos de la criatura.

Annabelle agarró a Tomás por el brazo y tiró de él situándolo en el centro de todos. Por la expresión del rostro de éste se veía que tampoco sabía lo que estaba ocurriendo. Los demás hicieron corro alrededor de Annabelle y Tomás y ella se dispuso a revelar su secreto recién descubierto.

—*Senhor e Senhor* —dijo en portugués dirigiéndose a Clive y a Neville al tiempo que se llevaba la mano al corazón en gesto exagerado—. *Eu apresento...* —Entonces una expresión de intensa frustración apareció en su rostro y se dio una fuerte palmada en el muslo—. ¡Oh, maldita sea! —musitó en dirección a Tomás, alzando los brazos en señal de desesperación—. No hay manera de que aprenda las condenadas formas verbales. Bien, da igual. —De nuevo se volvió hacia Clive y Neville, y soltó un suspiro—. ¡Oh, salud a vuestro primo perdido largo tiempo ha!

Clive miró a Neville. Neville miró a Tomás. Tomás miró a Clive. Y finalmente los tres miraron a Annabelle.

—¿Qué?

—¿Qué?

—¿Qué?

Annabelle sonrió.

—Sí, es cierto. El capullito aquí presente es pariente vuestro. Os enseñaré mis investigaciones después de cenar. —Su cara radiante se puso seria—. Lo cual nos lleva a una vieja pregunta, ¿no? ¿Quién, exactamente quién, está tan interesado en los Folliot?

Clive contempló a Tomás de pies a cabeza y asintió con gravedad, al tiempo que añadía:

—Y ¿por qué?

Consejo de guerra

—Más tarde os enseñaré los detalles, si queréis —dijo Annabelle—. Pero por ahora sabed que uno de vuestros antepasados se casó con una joven de una ordinaria y pobre familia española en 1463 y se la llevó a Inglaterra. Pero al parecer la joven no se acostumbró muy bien a la vida inglesa. Y, antes de que hubiese transcurrido un año, huyó con su bebé de la casa de su esposo para regresar a la de sus padres. Naturalmente, puesto que había deshonrado a su familia casándose con un odioso inglés, no quisieron ya saber nada de ella ni del niño, a quien de todos modos no podían mantener por falta de medios. Al final la chica decidió irse con el niño a vivir con unos parientes, todavía más pobres, del lado portugués de la frontera.

Tomás, con aspecto aturdido, miraba por encima del hombro de Annabelle hacia la página escrita.

—*Pobre mae!* —murmuró—. ¡Mi pobre madre! ¡Nunca me lo contó!

Neville pinchó a Clive con un dedo.

—Debió de haber sido alguien de la parte de tu familia —lo acusó con ironía.

Clive permaneció silencioso durante el largo momento en que él y Tomás se contemplaron mutuamente. Tenía dificultades para descifrar la expresión del rostro del pequeño español (¿o portugués?), pero no le cabía duda alguna acerca de su propia confusión. Necesitaba tiempo para pensar, para comprender.

—Bajemos a cenar —sugirió en voz baja—. Más tarde hablaremos de ese asunto, pero por el momento mantengamos el secreto.

Nosotros dos también tenemos que hablar, Ser Clive, le dijo Chillido en privado. *Tengo información que ofrecerte.*

Después de cenar, por favor, Ser Chillido, respondió él. *Hablaremos luego. ¿Viene hoy con nosotros?*

No, Ser Clive, contestó ella. *Consideraríais repulsivos mis hábitos alimenticios. Pero te agradezco la intención.*

Chillido regresó a sus aposentos y el resto bajó a cenar. Los Herkimer les sirvieron otro suntuoso banquete, pero la comida transcurrió en silencio. Clive y Neville evitaban adrede la mirada de su padre, al tiempo que se daban vistazos subrepticios sin levantar la cara de la mesa.

—Parece que tienes un roto en la manga, Clive, hijo mío —dijo por fin el barón, entre dos bocados.

Clive engulló un sorbo de vino.

—Hum, me temo que me caí por las escaleras —mintió. Y, para evitar la mirada de su padre, dirigió los ojos hacia Annabelle. Los zarpazos en el cuello de ésta habían desaparecido casi por completo.

El barón se frotó la barbilla y echó un vistazo a ambos hijos.

—Ya veo. Tú también te has destrozado la camisa, Neville. ¿También te caíste por las escaleras?

Neville dejó su tenedor y cuchillo en la mesa y dibujó una sonrisa dulce mientras miraba de hito en hito a su padre.

—Pues sí, me caí, maldita sea. Aterricé muy cerca de Clive, sí señor.

El barón enrojeció ante el juramento de Neville y se echó hacia adelante con la intención de reprenderlo, pero en el último instante pareció cambiar de opinión y se apoyó de nuevo en el respaldo, con una mirada furiosa en los ojos. Y durante el resto de la velada los estuvo observando por encima del borde de su copa.

Otra vez Tomás fue el último en acabar. Las noticias acerca de sus lazos familiares no parecieron afectar ciertamente en nada su apetito. Clive sólo podía contemplar con afecto divertido cómo su primo español se zampaba media tarta de manzana y la regaba con agua. Por fortuna, nadie más había querido tomar postre.

—¡Amigo Tomás come como compañeros de camada de Finnogg! —comentó Finnogg sentado junto a Tomás—. Pero ¿por qué no crece Tomás?

—Tiene grande lo fundamental —respondió Annabelle desde el otro lado de la mesa.

Clive, que estaba en proceso de beber, se atragantó y empezó a toser. Cerró los labios con fuerza para impedir que el vino saliera como lluvia de su boca. Pero, inesperadamente, el líquido subió hacia su nariz produciéndole una desagradabilísima sensación. Fue a depositar la copa en la mesa para coger la servilleta a tiempo, pero la volcó, vaciando el contenido en el mantel. El vino que le llenaba la nariz empezó a manar mojándole el bigote. Clive intentó recoger el líquido con la boca, pero al mismo tiempo trató de aspirar aire, con lo cual se atragantó de nuevo y tosió repetidas veces.

Annabelle lo observó sonriente y lo sacó de su estado con unas palmadas en la espalda. Luego se señaló el centro del pecho con un dedo.

—El corazón —le aseguró con pesar—. Tiene grande el corazón.

La cena acabó pronto después de esto. Todos se retiraron a sus alcobas, excepto Clive, que salió a dar un paseo con su padre. Ahora la espiral estaba en un punto bajo del cielo, por encima de la Puerta de Dante. Clive evitó mirarla, temiendo su efecto hipnótico.

Ahora, mientras andaban entre los setos petrificados, se sentía extrañamente incómodo en compañía de su padre. Como siempre, antes de tratar temas más personales, charlaron un poco sobre trivialidades. Pero esta vez Clive notó que las viejas barreras se volvían a erigir. Y miraba de reojo la figura de su padre en su

camino hacia el borde de la cima de la montaña, donde los vientos soplaban contra sus rostros.

Cuando su padre habló, Clive apenas lo oyó.

—¿Clive? —repitió el barón, tocando el brazo de su hijo.

—Padre —respondió Clive, dejando de mirarlo para contemplar la vasta oscuridad que amortajaba aquel mundo. Oscuridad, tinieblas por todas partes. «Tantas sombras me enferman», pensó, recordando un verso de una poesía predilecta. Era una de las pocas cosas, el amor hacia aquel poema, que su padre le había infundido—. Padre —empezó de nuevo—, cuando era pequeño solías recitarnos, a Neville y a mí, «La Dama de Shalott» y entonces tus ojos adquirían una mirada lejana, ausente. —Clive dudó unos momentos, comprendiendo de súbito—. Entonces pensabas en nuestra madre, ¿verdad? Ella era tu Dama de Shalott.

El barón Tewkesbury se acercó al mismo borde. Una ráfaga súbita podría haberlo lanzado a la muerte, pero allí permaneció, firme, como desafiando tal destino, y lo único que el viento movía era su pelo y los faldones de su chaqueta. No decía nada; tan sólo permanecía allí, dueño de todo lo que divisaba, o así lo había afirmado.

—Recítalo para mí ahora, padre —rogó Clive. De repente quiso alargar la mano y retirar al anciano del borde, envolverlo con sus brazos para oír aquella grave voz y aquellos versos que había amado tanto de pequeño, que aún amaba tanto—. Por favor —insistió dando un paso hacia su padre, alargando las manos trémulas para cogerle la manga de la chaqueta, pero las manos del barón continuaron extrañamente en sus costados—. ¿Cómo era el primer verso? ¿Cómo decía?

El barón no se movió, no se volvió para mirar a Clive, ni siquiera encogió los hombros. Su padre podría haber sido otra montaña distante y sombría, un fragmento desgajado de la misma oscuridad, tan impertérrito se mostró ante las palabras de Clive.

Luego el barón levantó una mano y la extendió hacia el infinito y su voz retumbó rica y grave como un trueno, aunque sólo habló en susurros:

—Lo daré a quien yo quiera. Quédate conmigo, hijo. Quédate aquí conmigo.

Clive se quedó mirando fijamente la espalda de la imponente figura; ahora temblaba de pies a cabeza y los ojos le escocían y parpadeaban con furia.

—¿Qué decía el poema, padre? —Su voz estaba tensa y aterrorizada, y pensó en Neville, en casa, en Nany y su perro *Tennyson* y en su madre, a quien nunca había conocido—. ¿Qué decía? ¡Maldita sea! —Su voz subió una nota y vibró emocionada—. ¿No lo recuerdas? ¿No lo sabes? «A cada lado del río se extienden vastos campos de cebada y centeno que recubren el mundo y van a encontrarse en el cielo». Lo recuerdas, ¿no? Era tu poema favorito. Tú me lo enseñaste. ¡No puedes haberlo olvidado!

Con gran lentitud, la montaña animada se movió, se volvió y extendió una mano hacia él.

—Quédate conmigo, Clive —dijo—. No necesitamos a Neville. Dejemos que los

demás se vayan. Nos quedamos tú y yo solos, lo que siempre habías querido. Quédate conmigo.

—¡«Y el camino cruza los campos y corre hacia Camelot torreada»! —exclamó Clive, apretando los puños con fuerza en los costados—. ¡Lo sabes! ¿Por qué no lo recitas? ¿Por qué? —Pero a la vez que suplicaba a su padre se iba retirando de él.

—Te quiero, hijo.

Aquellas palabras golpearon a Clive cual potentes puñetazos cuyos impactos le hicieron retroceder.

—Te necesito. Quédate conmigo. Quédate aquí.

Clive ya no sentía miedo, odio o desesperación. Se sentía vacío y un poco sucio. No hacía falta decir más, puesto que ahora ya conocía la verdad. Neville lo había sabido antes que él. Volvió la espalda al barón y echó a andar con tristeza hacia la casa. Cuando alcanzó el seto petrificado, se detuvo el tiempo suficiente para dar otro vistazo a la rara construcción. «Cuatro muros grises y cuatro torres grises», pensó cansadamente, evocando un verso más del poema que su padre le había enseñado. Luego suspiró y emprendió el largo sendero hacia la casa.

—Tantas sombras me enferman —masculló para sí al entrar en la casa.

Despacio y en silencio subió las escaleras y se fue a su habitación. Allí se sacó las ropas y se metió en la bañera. Ahora el agua estaba fría, pero no le importaba. Ni siquiera estaba seguro de si la habían cambiado o si era la misma del baño que había tomado anteriormente. Fue echándose agua por el cuerpo, esforzándose por no pensar en nada, buscando sólo unos pocos minutos de inercia mental antes de empezar a tomar decisiones.

Cuando estuvo dispuesto, se levantó, se frotó con la toalla y se vistió con un traje caqui limpio del armario. Dejó de lado las botas nuevas, que había calzado los días de su estancia en la mansión, y recogió las viejas. Estaban gastadas y maltrechas, pero se habían acomodado a la forma de su pie y le servirían mejor para andar por los rudos caminos.

Vestido ya, se escabulló de su habitación, cruzó el pasillo y llamó con un suave tamborileo de los dedos a la puerta de Neville. Al no responder éste, Clive hizo girar el pomo y la entreabrió ligeramente. Un rayo de luz rasgó la penumbra de la habitación a oscuras y llegó a la cama vacía de Neville. Clive cerró la puerta sin hacer ruido y se preguntó adonde habría ido su hermano.

Se dirigió entonces a la puerta de Annabelle. Pero esta vez, cuando llamó, alguien abrió la puerta. Annabelle tiró de él con presteza hacia adentro y volvió a cerrar. Los demás ya estaban todos allí.

—¿Qué es esto? —interrogó.

Annabelle lo acalló llevándose un dedo a los labios.

—Habla bajo, chico —le advirtió—. Es un consejo de guerra. Hemos estado comparando informaciones y a ninguno de nosotros parece gustarle mucho lo que ha aprendido.

Finnbogg se levantó de los pies de la cama donde había estado sentado. Tenía la expresión angustiada de un niño, que Clive encontró conmovedora.

—El amigo Smythe se ha ido —dijo el canino.

—Lo sé —respondió Clive acercándose al centro de cuarto, pero no había más sillas y se retiró de nuevo para apoyarse en la pared—. Dijo que iba a explorar. Los senderos y pasos montañoses, creo.

—Han pasado tres días desde entonces —declaró Chang Guafe impávido—, es decir, si continuáis insistiendo en medir el tiempo en base a los períodos de ingestión y de somnolencia. Debemos tener en cuenta que los implantes de su cabeza pueden haberle obligado a ceder el control de su persona a alguien más.

—¡Algo le ha ocurrido al amigo Smythe! —insistió Finnbogg—. Finnbogg dice que debemos salir en busca del amigo Smythe, ¿sí?

Annabelle volvió a tomar asiento en un costado de la cama, junto a Finnbogg. Alargó la mano y le acarició el lomo. Aquello parecía calmar siempre a la excitable criatura.

—Y hay otras cosas además de lo de Smythe —informó en voz baja. Parecía ejercer de moderadora de la asamblea, y Clive se imaginó también que había sido ella quien la había convocado, sin ni siquiera molestarse en esperarlo a él—. Chang... —dijo volviéndose hacia el ciborg.

—Anomalías básicas, informe número uno —contestó girando sus lentes de rubí hacia Clive—. He permanecido en observación constante y en modo analítico desde nuestra llegada a esta construcción. Aunque los objetos del interior parecen familiares en cuanto a forma y naturaleza ante nuestros ojos, son completamente desconocidos en cuanto a estructura molecular. Imposible analizar el material y la composición. Todos los objetos —insistió—, camas, sábanas, ropas, sillas, libros, paredes... todos están fabricados con materiales compuestos, ignotos para mí.

«Anomalías básicas, informe número dos —prosiguió—. El interior de esta construcción tiene el aspecto de lo que ha sido referido como «período Victoriano». Sin embargo, detecto radiaciones y fluctuaciones energéticas incongruentes con tal período. Las paredes, los techos y los suelos están interconectados con circuitos electrónicos de incierto propósito. Es posible que el edificio sea una especie de estación con una red receptora de energía. Pero esto sólo son conjeturas. —Hizo una pausa y pasó las puntas de los dedos de la mano izquierda por la pared a su espalda. Clive sabía que el ciborg podía percibir el pulso de cualquier circuito oculto tras el cemento.

«Conclusión, informe número tres —continuó Chang Guafe metódicamente—. En cada nivel hemos hallado una tecnología superior a la del anterior y unos grupos culturales más evolucionados. Gran parte de la tecnología de este séptimo nivel es más avanzada que mis conocimientos, aunque alguien haya intentado, de manera bastante tosca, disimularla tras fachadas familiares o formas conocidas. Respecto a grupos culturales, pocos hemos observado. Quizá sea debido a que pocos cautivos de

la Mazmorra han sobrevivido para llegar a este nivel, mientras que las Puertas entre los niveles anteriores eran, en comparación, fáciles de franquear. —El fulgor de sus lentes menguó en cierta medida—. Fin del informe general de las anomalías básicas. Para más detalles referentes a aspectos concretos formular las preguntas pertinentes.

—Con esto basta por ahora, Chang —declaró Annabelle. Dio media vuelta para que el otro lado del cuarto quedara en su campo de visión—. Chillido...

La aracnoide reposaba agazapada en un rincón. Sus ocho ojos parecían estar clavados en Clive, pero éste sabía que transmitiría sus pensamientos a toda la compañía.

Estamos bajo constante escucha telepática. Pero no nos extraen palabras-pensamientos de las mentes, sino imágenes. Giró cuatro de sus ojos hacia Chang Guafe. *Creo lo que ha dicho el Ser Chang Guafe de la red energética. Lo creo, al menos en parte, puesto que alimenta los poderes telepáticos de los que nos están escrutando.*

Entonces dudó un instante, pero Clive ya conocía muy bien su modo de actuar y supo, antes de que ella pudiera ocultarlo, que había más.

—Cuéntelo todo —pidió en voz alta para que lo oyeran los demás—. No se guarde nada.

Es muy duro para mí, continuó por fin, pero eso es todo lo que sé: nuestros escuchas son dos. Dudó de nuevo otro instante. *Y los seres en quienes están más interesados son los seres Clive, Neville, Annabelle y Tomás.*

Neville, que estaba sentado en la cama apoyado de espaldas en la cabecera, se levantó de su cómoda posición.

—¿En los cuatro, dice? —Dio unos golpecitos en el hombro de Annabelle y ésta se volvió—. Hay algo que había querido preguntar antes: puesto que todo en este maldito lugar parece ser falso, ¿cómo puedes fiarte de lo que leíste en los libros? ¿Cómo podemos saber si el marinerito es de veras pariente nuestro? ¿Y si sólo es que alguien quiere que lo creamos?

—No podemos saberlo con seguridad, chico —repuso Annabelle—. Pero quien quiera que esté extrayendo información de nuestras cabezas parece tan interesado en Tomás como en nosotros, lo cual da cierto crédito a mis conclusiones.

Sidi Bombay intervino por primera vez, levantándose con gran parsimonia del suelo donde estaba sentado en posición *lotus* y poniéndose en pie.

—Entre algunas gentes de mi país hay la creencia de que Dios elige a hombres especiales para someterlos a pruebas especiales.

Neville alzó una mano y puso los ojos en blanco.

—Por favor, creo que por el momento ya hemos sufrido suficientes tonterías religiosas...

Pero Sidi se mantuvo firme.

—Por favor, inglés. He sacado el tema sólo a modo de ejemplo. He meditado acerca de ello. Creo que ha llegado el momento de considerar la posibilidad de que esta aventura (y quizá la misma Mazmorra) haya sido construida única y

exclusivamente como una prueba para la familia Folliot.

—¿Una prueba? —repitió Tomás. Estaba sentado en un costado de la cama, entre Chang Guafe y Annabelle—. *De qué, amigo?*

—De vuestro carácter, quizá —contestó Sidi Bombay—. O de vuestro valor, o de vuestra inteligencia. O tal vez, a través de vosotros, de toda la humanidad.

—Eso sería una carga pesada en exceso para cuatro pares de hombros —repuso Annabelle dubitativa—. Además, en esta teoría, ¿qué pintan Chillido, Chang y Finnbogg, sin mencionarte a ti, Sidi? ¿Son de repuesto?

Sidi hizo un gesto de impotencia.

—¿Quién soy yo para interpretar los designios de los dioses?

—¡Quien quiera que sean los Señores de la Mazmorra, no son dioses! —exclamó Neville—. ¡Son alienígenas! Quizá rens, quizá chaffris o quizás otros. Pero no son dioses. ¡Sólo malditos e inescrutables alienígenas!

Annabelle se puso en pie y echó a andar a grandes zancadas a los pies de la cama. Cerró los dedos en un puño y fue soltándolos uno tras otro mientras hablaba.

—Bien, aquí está el menú tal como lo veo yo. Primero, el sargento Smythe no aparece. Segundo, en este lugar hay mucho más de lo que parece haber. Tercero, alguien, aparte de Chillido, es capaz de ver en nuestras mentes. —Se detuvo en el centro de la habitación, cruzó los brazos en el pecho y los miró a todos por turno—. Creo que hace ya demasiado tiempo que tenemos el trasero quieto. Vamos a ver si podemos sacarle algo en claro al viejo Folliot y luego nos marchamos en busca del sargento. ¿Qué os parece?

Clive se restregaba con inquietud en la pared.

—Me temo que no van a sacarle nada —dijo con calma—. El viejo Folliot es un clon.

Neville se incorporó y se dio una fuerte palmada en el muslo.

—Lo sabía, hermanito. Lo presentía. Pero me despistó al responder correctamente el nombre del perro faldero de Nany. ¿Cómo crees que lo supo?

—Si alguien nos lee las mentes —contestó Clive—, entonces quizás ese alguien se enteró de la respuesta cuando te lo pregunté a ti. Y luego introdujeron esta información en el clon.

—¿Cómo lo cazaste, pues, hermanito?

Los labios de Clive se retrajeron en una línea tensa al recordar la escena al borde de la cima de la montaña.

—Le puse una pregunta distinta —respondió con sequedad. No creyó necesario explicar nada más. Eran emociones demasiado recientes para hurgar de nuevo en ellas, incluso ante sus amigos.

Finnbogg se puso en pie de un salto.

—Bien, vámonos pues. No es lugar seguro aquí. Vamos a buscar al amigo Smythe.

—Imagino que esto es un voto a favor —dijo Annabelle—. Yo añado el mío.

Todos estuvieron de acuerdo.

—Así pues, que todo el mundo haga un fardo con las cosas que necesite —indicó Clive retomando su papel de jefe—. Neville, tú y Finnbogg os escabullís en la cocina y veis si podéis hurtar algo de comida para el viaje. Nos encontraremos en el pasillo. Vamos.

Pocos minutos después, Annabelle entraba en los aposentos de Clive. La nieta se había cambiado de ropa y ahora vestía unos téjanos negros con un ancho cinturón de cuero lleno de tachuelas y una camiseta blanca de algodón sin mangas. Colgada de un hombro llevaba su familiar cazadora de piel.

—Cada vez que he abierto el armario guardarropa —comentó—, me he encontrado algo nuevo y perfectamente de acuerdo con mis gustos. ¡Ojalá pudiera llevarlo todo conmigo!

—Vamos a reunimos con los demás —dijo Clive. En realidad no tenía nada que empaquetar. Sólo había regresado a la alcoba para recoger la espada. Se abrochó el cinto en el talle y colgó el sable envainado en él.

Pero Annabelle apoyó una mano en la puerta.

—Espera —lo detuvo con suavidad—. Clive, sé que crees poder ocultarlo, pero el dolor en tu rostro es tan evidente como una verruga en la frente. —Le cogió una mano y entrelazó sus dedos con los de él. Lo obligó a mirarla en sus brumosos ojos azules—. No sé lo que ocurrió entre tú y tu... —y se interrumpió antes de pronunciar la palabra *padre*—. Bueno, lo que quería decir es que no sé lo que te ocurrió después de cenar. —Dudó un instante, se mordió el labio y sintió que los dedos de Clive se apretaban contra los suyos. Pero al fin volvió a insistir—: Pero Clive, ¿cómo pueden haber hecho un clon de tu padre? O sea, ¿cómo han podido conseguir muestras de sus tejidos o los cultivos celulares para fabricarlo? Porque está sano y salvo en Inglaterra, ¿o no?

En su mente, Clive había dado vueltas y más vueltas a la cuestión y aún no tenía una respuesta posible.

—No lo sé —le confesó—. No lo sé.

Paseo por el Desierto de la Muerte

El barón Tewkesbury los esperaba al pie de las escaleras. Flanqueado por dos Herkimer a cada lado, les cerraba el paso. En la mano sostenía una curiosa especie de pistola cuyo cañón parecía estar tapado por una pequeña esmeralda. Con ella apuntaba a Neville y a Finnbogg.

Clive se encendió de rabia y se detuvo vacilante en mitad de las escaleras. Tras él, Annabelle también se paró.

—Por favor, hijo —dijo el barón sin alterarse—, da media vuelta y regresa a tus aposentos. Te detendrían con toda seguridad. Había esperado convencerte de que te quedaras por voluntad propia. Pero te quedarás igualmente.

—Hiciste un buen trabajo, señor seas quien seas —respondió Clive con acritud—. Me dijiste todo lo que quería oír, representaste tu papel a la perfección. ¡Bastardo!

El barón pareció herido por sus palabras y le hizo una indicación con el cañón de la pistola.

—No, no soy tu padre. Pero podría haberlo sido. Quizá llegará un día en que comprendas, pero ahora, por favor, regresa a tu cuarto.

Finnbogg soltó un ronco gruñido y dejó caer su fardo, el mantel robado, al parecer lleno de las provisiones que Clive le había pedido que recogiera. Pero, antes de que Finnbogg pudiera hacer algún movimiento peligroso, la pistola cambió su blanco. Un rayo verde y cegador salió del cañón, trepanó el aire durante una fracción de segundo y dejó un círculo carbonizado y humeante en el suelo, junto a los pies de Finnbogg.

—¡Epa! —dijo éste al tocar la quemadura con la punta de un dedo del pie, que retrajo de inmediato. Dibujó una gran sonrisa forzada que mostró dos hileras repletas de dientes perrunos.

—El rayo es mortal, os lo aseguro —advirtió el barón—. Os ruego que no tengamos más escenas desagradables.

La severa expresión del rostro del barón, por su perfecta semejanza con su padre, sólo hizo que Clive se encolerizara aún más. Las mismas palabras y el mismo tono implacable pertenecían a la voz que Clive recordaba demasiado bien. No tenía duda alguna de que aquella imitación de su padre era capaz de utilizar el arma.

—Y, por favor, ordena a tu amiga la aracnoide que no intente nada con los pelos-púa.

El barón levantó el cañón de la pistola ligeramente.

Clive rechinó los dientes. No había nada que pudieran hacer sin riesgos. Atrapados en las escaleras, constituían un blanco perfecto para el extraño rayo corrosivo. Un barrido con el arma y el barón los habría aniquilado a todos. No podían remontar las escaleras con la suficiente rapidez para huir, ni podían descender si no era en dirección al rayo. Uno u otro recibiría quemaduras, aun si el resto de ellos conseguía dominar a su anfitrión. No estaba dispuesto a exponer a nadie al peligro.

—Atrás —ordenó a los demás por encima del hombro pero sin ni siquiera desviar la mirada de los ojos del barón. Poco a poco, a medida que el grupo retrocedía y dejaba espacio, Clive fue subiendo los escalones de espaldas y con gran precaución.

El barón hizo un ademán con la pistola a Neville y a Finnbogg para que siguiesen el mismo camino. Neville apoyó una mano en la baranda y puso el pie en el primer peldaño.

—Éste sí es el padre que recuerdo, viejo amigo —dijo guiñando un ojo a su hermano—. Pero, en lugar de apuntarte a la cabeza con una pistola, te ataba el cuello con la misma cuerda que ataría la bolsa de las monedas.

Finnbogg dio otra mirada de asombro a la marca carbonizada en el piso, y con gran delicadeza pasó por encima de ella. La sonrisa se apagó de su rostro al encaminarse hacia las escaleras.

El barón fue tras él.

Con una rapidez fulgurante que contrastaba con su corpulencia, Finnbogg se volvió en redondo. Como un rayo cerró la mano en la muñeca del barón y le rompió el hueso con un crujido tan fuerte que se oyó por encima del chisporroteo de la radiación que chamuscó el techo. El barón soltó un agudísimo grito de dolor y se quedó con los ojos desorbitados por la sorpresa.

—¡Epa, hombre malo! —gruñó Finnbogg mientras cogía el arma de la mano inutilizada del barón. La pasó a Neville, que estaba tras él. Atrajo el rostro del barón hacia sí y le enseñó todos sus dientes de nuevo—. ¿De acuerdo? —preguntó.

—¡De acuerdo! —respondió Neville alegremente.

Finnbogg echó un brazo atrás y dio un puñetazo al barón, que salió despedido y fue a caer en medio de los Herkimer. Aquel grupo de bobalicones en traje de etiqueta se disolvió al instante. Entre mucho batir y aletear de manos y pies palmípedos, las criaturas batrácidas se reagruparon, y el barón se levantó con gran dolor y esfuerzo y se apoyó de espaldas contra la puerta de la casa.

—Queridísimo papaíto —dijo Neville irónico, apuntándolo con la pistola mientras se acercaba a Finnbogg—, hemos pasado juntos unos días muy agradables pero...

—¡Déjate de historias y aparta al energúmeno del medio, chaval! —lo interrumpió Annabelle, haciendo a un lado a Clive y bajando las escaleras a toda prisa—. ¡Y salgamos de aquí!

El barón miraba suplicante a Clive.

—Hijo —rogó, apelando otra vez a sus sentimientos—, no dejes que me mate.

Neville echó un vistazo atrás por encima del hombro, y se disponía a decir algo cuando el Herkimer más próximo a él abrió la boca. Una larga y pegajosa lengua salió como un látigo de ella y se enrolló en la mano de Neville. El sapo pegó una sacudida con la cabeza y la pistola fue a parar al suelo. Pero, cuando la criatura soltó la lengua de la mano de Neville para dispararla hacia el arma, éste se abalanzó sobre su atacante.

El barón localizó la pistola y rápidamente se apartó de la maraña enfurecida de brazos y piernas pertenecientes a Neville y a Herkimer. Desde la mitad de las escaleras, Clive saltó por encima de la baranda y aterrizó en posición agachada. Pero antes de que pudiera lanzarse hacia su padre, algo rosado y empalagoso se enrolló en su tobillo, tiró de él y le hizo perder el equilibrio. Clive mordió el suelo con un golpe que le hizo ver las estrellas.

Al mismo tiempo oyó otro estrépito, una maldición y un rugido. De un modo difuso y por el rabillo del ojo vio a Finnbogg sentado a horcajadas encima del barón; mientras, éste, hincando las uñas en el suelo, intentaba arrastrarse hacia el arma, que estaba ya casi a su alcance. Finnbogg soltó una risita y, para divertirse, dio un sonoro bofetón en el costado de la cabeza de su cautivo.

Clive empezaba ya a levantarse apoyándose en manos y pies cuando algo saltó a sus espaldas. Con precaución miró por encima del hombro y se topó con la mirada saltona de uno de los Herkimer. La criatura lanzaba latigazos con su lengua hacia los ojos de Clive. Instintivamente, éste alzó una mano para protegerse el rostro y atrapó el frío órgano con un fuerte agarrón. El batracio lo miró con los ojos desorbitados por el pánico y se inmovilizó por completo.

—¡e' ha'a'ño, 'or'a'or! —suplicaba de modo ininteligible. Con mucha cautela, la alimaña se dejó resbalar por la espalda de Clive y se situó junto a él. Clive sostenía a Herkimer por la lengua como si ésta fuera una correa.

Volvió la vista hacia los demás, que ya bajaban las escaleras. En el rincón de al lado de la puerta se acurrucaban muy juntitos los dos restantes batracios, tapándose la boca con ambas manos y con la apariencia de haberse tragado algo terrible.

—¿Qué les ha ocurrido? —preguntó Clive a Annabelle al acercársele ésta.

Ella soltó una risita y señaló los controles del Baalbec A-nueve.

—Intentaron hacerme la zancadilla como a ti —contestó—, pero yo tenía conectado el campo energético.

—¡Ug! —dijo Clive.

—¡Oh, Clive, no me digas que tienes un animalito de compañía! —exclamó Annabelle posando una mano en la cabeza del Herkimer que su abuelo tenía cogido. La criatura se comportó con una total docilidad con Annabelle cuando ésta se agachó a su lado y le dio unas palmaditas afectuosas en la cabeza—. ¡Están tan monos con sus esmoquincitos! ¿Qué vamos a hacer con ellos?

—Vi que la biblioteca tenía llave —dijo Neville desde el pasillo. Estaba sentado a

horcajadas en el pecho de su Herkimer; con una mano le cogía las dos suyas y con la otra le atenazaba los labios uno contra otro para mantenerle la boca cerrada. La criatura se debatía en vano pateando con sus piecitos membranosos—. Podríamos encerrarlos dentro.

—*Ora bolas!* —exclamó Tomás con desprecio. Tenía ya la mano en la empuñadura de la puerta, presto a marcharse—. Córtenles la cabeza y vayámonos, amigos.

Clive miró extrañado a Annabelle.

—¿«Ora bolas»? —repitió—. ¿Es un insulto?

Ella frunció el entrecejo, impaciente.

—Se traduce aproximadamente como «estupideces» —mintió Annabelle con una sonrisa—. Ya deberías conocer a Tomás. Sólo piensa en términos de comida.

Clive reflexionó un momento. No quería matar a nadie, en especial al barón. Todavía se sentía turbado al recordar lo fácil que había sido matar al otro clon que se parecía a su hermano. Aún tenía un raro y persistente sentimiento de culpabilidad. No estaba preparado en absoluto para enfrentarse a la idea de que podía ser igual de fácil matar al doble de su padre.

—Ponlo en pie, Finnbogg —ordenó Clive—. Los encerraremos, tal como ha sugerido Neville.

Y abrió camino hacia la biblioteca con su Herkimer a remolque. Finnbogg seguía con el barón, cuyos brazos le mantenía doblados en la espalda. Luego venían Neville, Chang Guafe y Chillido, cada uno llevando a uno de los Herkimer, todos los cuales estaban ahora muy pacíficos.

Cuando el barón y sus criados sapos estuvieron seguros dentro, Clive cogió la llave, que estaba puesta por el interior, y se dispuso a cerrar la puerta. Su padre suplicó por última vez:

—Quédate conmigo, hijo —dijo en voz baja, llena de pesar y desesperación.

Clive dudó unos momentos. Turbulentas emociones se agitaron en su interior.

—Hubiera deseado que fueses mi padre —respondió con amabilidad—. Quizá me habría quedado. O quizá habría regresado después. —Y cerró la puerta antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada más, introdujo la llave en el ojo de la cerradura y la hizo girar. Clive sostuvo la llave en la palma de su mano unos instantes, meditando, y luego la cerró en el puño.

Finnbogg había cargado de nuevo con su fardo y Annabelle había recogido el arma del barón. La ofreció a Clive, pero éste rehusó con la cabeza y le dijo que por el momento la conservara ella. Cuando todos estuvieron fuera, Clive echó el brazo atrás y lanzó la llave tan lejos como alcanzaron sus fuerzas. Pero en la oscuridad no pudo saber si fue mucho o poco.

Clive se limpió la mano en los pantalones. Tenía la palma pegajosa de la viscosa lengua de Herkimer.

Dio una última mirada a la extraña mansión donde por un breve tiempo había

realizado su sueño de llegar a conocer a su padre como nunca lo había conocido. Sólo que no había sido su padre y el sueño había devenido otra de las pesadillas de la Mazmorra. Alguien había hurgado en su cabeza, había encontrado lo que más deseaba en su vida y lo había vuelto contra él.

Alguien era el culpable, y lo haría pagar con creces.

Llamó a Finnbogg.

—¿Puedes olfatear el rastro del sargento Smythe? —le preguntó.

El rostro de Finnbogg se iluminó.

—¿Buscar al amigo Smythe? ¡Finnbogg conoce el olor del amigo Smythe! —El can dejó a un lado el fardo de provisiones, se puso a gatas y empezó a husmear el suelo. Durante varios minutos corrió a un lado y a otro por delante de la puerta principal y arriba y abajo del sendero de seto petrificado, con la nariz vibrando y olisqueando.

Clive se agachó, recogió el fardo y se lo cargó a la espalda.

—Yo lo llevaré, Clive Folliot —dijo Chang Guafe, y tomó la carga antes de que Clive pudiera protestar—. Yo no me canso como los humanos.

—¡Rastro de Smythe! —anunció Finnbogg de repente, poniéndose en pie y haciendo señales con los brazos para atraer a los demás. Había avanzado hasta el borde de la cima de la montaña por un sendero que Clive conocía de los paseos con su padre.

«Con mi padre no —se recordó con amargura—. Con el clon».

Clive carecía del más elemental sentido de la orientación en aquel nivel. Pero sabía que la Puerta de Dante estaba a sus espaldas. Así que llamó «atrás» a ese punto cardinal. Lo que quedaba frente a ellos era desconocido y lo llamó «adelante». Todo lo demás estaba a la izquierda o a la derecha de la espiral, que parecía cortar el espacio en dos mitades como una hoz que saliese por el punto cardinal llamado «adelante» y se pusiese por el llamado «atrás».

El camino de descenso en esta parte de la montaña no era tan empinado y ya desde la misma cima bajaba en zigzag. No obstante, cuando quedaron por debajo de la plataforma que constituía la cima, la débil iluminación que les había proporcionado la espiral a sus espaldas ya no los alcanzó. Así pues, Annabelle encabezó la marcha y encendió el Baalbec para dar algo de claridad. Puesto que el mismo sendero dictaba el camino que Smythe debía haber seguido, Finnbogg sólo husmeaba en puntos concretos y ratificaba que iban por la pista correcta.

Al menos habían tenido una oportunidad de descansar, reflexionó Clive mientras descendían y descendían. Se sentía más fresco, más fuerte, casi feliz de estar otra vez en movimiento. Todos se habían recuperado de las heridas y magullamientos. Habían tenido tiempo para reposar y bañarse. Para variar, habían comido bien. Y uno se sentía mejor vistiendo algo más que harapos. Quizá, considerándolo todo, no les había ido tan mal la estancia en el Palacio del Lucero del Alba.

Quizá.

Hicieron un alto al pie de la montaña y bebieron agua de las cantimploras que

Neville había llenado. Por sugerencia de Clive, Annie desconectó el Baalbec. No quería que se cansase demasiado pronto.

Las colinas y montañas surgían ominosamente en las tinieblas. Los picos más altos aún centelleaban con la luz de la espiral, pero Clive y su partida estaban en lo hondo de las sombras, allí donde ninguna luz se atrevía a penetrar. El viento cruzaba en susurros el valle en donde se encontraban, con un suave murmullo que a Clive le recordó las hojas secas de otoño. Pero allí no había hojas secas ni estaciones; sólo la oscuridad y el viento erosionando las piedras.

—¡Rastro de Smythe! —anunció Finnbogg. Había estado olfateando por los alrededores mientras los demás descansaban—. Nos vamos, ¿sí?

Annabelle extendió la mano hacia los controles del Baalbec en su antebrazo izquierdo. Allí el camino era más suave y menos peligroso que el descenso de la montaña. La iluminación que extraía la energía de su cuerpo no era tan imprescindible, se volvió hacia el ciborg.

—Chang, ¿podría...?

—Afirmativo —respondió Chang Guafe. Y al instante sus lentes de rubí empezaron a refulgir, y el metal de su rostro y de su pecho a resplandecer en tonos rojizos por el reflejo de la nueva luz. Adondequiera que volviese sus ojos el terreno se tornaba ensangrentado por su mirada. Era un pobre sustituto de la pura claridad de Annabelle, pero servía, y su uso prolongado no fatigaba al ciborg.

Reemprendieron la marcha con Finnbogg al frente. Un angosto sendero natural serpenteaba por entre las colinas, y se limitaron a seguirlo, como Smythe había hecho antes que ellos. En algunos puntos, el terreno era más blando, casi ceniciento, y Clive recordó las orillas del río que habían cruzado. Incluso las aguas del río habían tenido un color ceniciento. Tal vez, pues, aquellos terrenos más blandos eran antiguos cauces de ríos, secos ahora; todo lo que quedaba de las aguas que habían surcado por entre aquellas montañas.

—¿Por qué crees que tu hombre llegó tan lejos? —preguntó Neville, después de alcanzar la cima de una pendiente muy fatigosa.

—Smythe no es «mi hombre» —repuso Clive sin impacientarse. Neville continuaba con sus molestas actitudes aristocráticas—. Y por lo que se refiere a por qué... —Clive se encogió de hombros—. Pues tú tuviste tu poesía para pasar el tiempo. Annabelle, su investigación. Sidi sus meditaciones y Tomás el cuidado de su barriga. Incluso Chillido y Chang Guafe encontraron misterios en que ocupar el tiempo. Pero Horace es un soldado. Es probable que tuviese demasiados ratos libres, así que como buen militar decidió salir a explorar el terreno.

Annabelle se acercó a Clive y le cogió la mano.

—¿Crees que le habrá ocurrido algo?

—Se ha retrasado —respondió Clive concisamente—. Y los buenos soldados nunca se retrasan sin una poderosa razón. Si yo no hubiera estado atareado haciendo el ridículo, me habría dado cuenta antes.

Ella lo miró comprensiva.

—Ea, abuelito, nadie ha estado haciendo el ridículo. Nunca ha habido un ser humano nacido de madre que no haya deseado tener un momento para sentarse con sus viejos y desahogar sus sentimientos, ¿lo sabías?

Clive sonrió en secreto por su forma de expresarse, pero se guardó los comentarios para sí mismo. Él episodio había pasado. Y era mejor pensar que lo pasado pasado estaba.

—¡Hum! ¡Malas noticias! —Finnbogg de repente se puso en pie y olfateó el aire. Escrutó atentamente en todas direcciones; luego se puso a gatas de nuevo y husmeó el suelo—. Más rastros, más rastros, sí. Todos mezclados con el rastro de Smythe.

El fulgor de los lentes de rubí de Chang Guafe enfocó a Finnbogg, imprimiendo una apariencia espectral a sus facciones.

—¿Has encontrado otras partículas odoríferas? —inquirió el ciborg.

—¡Muchos olores, sí! —afirmó Finnbogg agitado—. Van todos juntos en esta dirección. Los seguimos, ¿sí?

Prosiguieron hacia «adelante» y, más pronto de lo que esperaban, se encontraron fuera de las colinas, al principio de una vasta llanura. O al menos creyeron que se trataba de una vasta llanura. En la aterciopelada penumbra era imposible decir hasta qué distancia se extendía.

—El Desierto de la Muerte —musitó para sí Annabelle. Su voz sonó teñida de una mezcla de admiración y temor.

Al cabo de breve discusión decidieron comer algo del fardo y descansar en aquel extremo de la llanura y, después de dormir un poco, reemprender la búsqueda del sargento Smythe. El descenso de las montañas había sido una simple caminata y la habían hecho en poco tiempo, pero Clive no quería agotar a la compañía. Comieron un poco de apio, alguna manzana, queso, algo de pan y lo regaron todo con una botella de clarete que Finnbogg también había requisado.

Dormid todos, emitió Chillido una vez que acabaron la colación. *Yo haré la guardia.*

Se acurrucaron apretados unos contra otros en la dura piedra. Después de las blandas camas en que habían dormido en el Palacio del Lucero del Alba, nadie esperaba ahora un descanso muy cómodo.

—*Ai de mim!* —se lamentó Tomás. Introdujo la mano en la cintura de sus pantalones y extrajo una cajita de madera—. ¿Por qué cogí las cerillas? Aquí no hay nada para encender una pequeña fogata siquiera.

—*Pequeno incêndio?* —sonrió Annabelle abrazando sus rodillas contra su pecho y meciéndose—. ¿Una pequeña fogata?

Tomás le devolvió la sonrisa reconocido, y metió de nuevo la cajita en los pantalones.

—*Pequeno fogo* —corrigió—. Vuestra merced aprende deprisa —dijo apreciando sus esfuerzos y dando una palmada con gran alegría—. *Muito rápidamente!*

Annabelle exhibió una franca sonrisa.

—Muy de prisa —tradujo haciendo una inclinación con la cabeza—. *Obrigado, senhor!* ¡Muchas gracias!

El pequeño español le dedicó una dentada y torcida sonrisa y sus ojos centellearon cuando, tímidamente y con su peculiar acento, le respondió:

—Posees una alta velocidad de acceso a memoria en el disco duro, usuaria. —Y se tumbó ovillado en el duro terreno para echar un sueñecito.

Annabelle se quedó mirándolo un momento y se tapó la boca con las manos para ahogar una risa.

—¡Vaya con la pequeña sabandija! —susurró a Clive cuando se calmó—. ¿Crees de veras que puede ser pariente nuestro?

—Como nunca esperé heredar, nunca me preocupé demasiado por la historia de mi familia. Aparte de mi abuelo, poca cosa sé de quién hizo qué, o con quién o cuándo, no sé si me explico.

Ella se tumbó de espaldas y cruzó ambas manos en la nuca y Clive se sentó junto a ella. Annabelle se giró de costado y se acurrucó en posición fetal. Luego se puso de nuevo boca arriba. Finalmente se sentó y echó una mirada a los demás.

Sólo ella, Clive y Chillido permanecían en vela.

—No dejo de pensar en la idea de Sidi —dijo ella en voz baja—, en que todo esto pueda ser algún campo de pruebas. ¿Por qué? ¿Por qué una raza de criaturas lo bastante poderosa para construir esto se interesaría, ni aun remotamente, en nosotros?

Clive se limitó a encogerse de hombros. Tomás tenía razón. Le hubiera gustado una fogata, no por el calor que pudiera proporcionar, sino por la sensación acogedora de su luz de llamas danzantes.

—Y, si están interesados en nosotros —prosiguió Annabelle casi en un susurro—, en los Folliot y sus descendientes, entonces ¿de qué sirven los demás? ¿De peones?

Clive aspiró hondo y soltó el aire despacio.

—Quizá sea Chillido, o Chang Guafe, o Finnbogg, quien les interese —sugirió él mientras con el brazo la rodeaba por los hombros. Había una sensación cálida y sosegadora en el contacto de otra persona, una sensación que nunca había sabido apreciar hasta ahora, y estrechó a Annabelle más hacia sí. Tal vez incluso fuera mejor que una fogata. El contacto de una persona no interrumpía la asfixiante oscuridad, pero al menos ayudaba a enfrentarse a ella—. Quizá seamos nosotros los peones.

Annie no dijo nada más, pero sintió que un ligerísimo escalofrío le recorría el cuerpo. Al rato ambos se tumbaron. Ella apoyó su cabeza en el hombro de él y él dobló un brazo bajo su propia cabeza a modo de almohada, y ambos contemplaron fijamente y con los ojos bien abiertos aquel cielo sin mácula. En el mundo no se oía ningún otro sonido que el suave susurro del viento, el cual por fin los relajó y los durmió.

Descenso al inframundo

—¿Están seguros de que Smythe llegó tan lejos? —se quejaba Neville. Dormir en duro terreno rocoso y sin manta ni almohada lo había dejado agarrotado y malhumorado. Y caminaba ceñudo, hosco, irritable.

Finnbogg levantó la nariz del suelo lo suficiente para responder.

—Sí —dijo—. El olfato me lo dice. El amigo Smythe tiene un olor particular.

—Le alegrará saberlo —comentó Annabelle burlona. Echó la cabeza atrás y soltó una risa cristalina al tiempo que daba unas palmaditas en el hombro de Sidi Bombay—. Es tu amigo —dijo a éste—; acuérdate de contárselo.

—No es para tomárselo a broma —espetó Neville—. Podríamos estar perdidos.

Annabelle asió la mano de Tomás y lo atrajo hacia sí, de tal forma que ahora ella, Sidi y Tomás andaban codo con codo.

—¡Tú sí que estás perdido! ¡No tienes remedio, tío! —replicó ella—. Necesitas que te reciclen el sistema.

Tomás musitó por lo bajo:

—¡Ya le daría yo remedio!

—No querría interrumpir nada importante —dijo Clive con mucho tacto—, pero ¿se han dado cuenta de los relámpagos, hacia la derecha? Hay que estar muy atentos. No parece que sean relámpagos corrientes.

Se detuvieron y miraron hacia donde Clive señalaba. Al cabo de pocos momentos, un breve parpadeo de tenue luz azul coloreó la oscuridad. Permanecieron inmóviles mientras se repetía: un destello, dos, un estallido esporádico y luego nada. Clive indicó que debían seguir, pero ellos mantuvieron la mirada fija en el cielo.

—¿Qué opinas al respecto, Hombre de Hojalata? —preguntó Annabelle con brusquedad. Preocupada por la luz centelleante, había soltado a Tomás y a Sidi.

Chang Guafe mantenía la vista al frente y andaba junto a Clive. La luz de sus lentes iluminaba el suelo a sus pies y se derramaba en torno a Finnbogg, que seguía olfateando el terreno.

—Todos los sensores en funcionamiento —informó sin volver la vista ni hacia Annabelle ni hacia el fenómeno. Pensó un momento y añadió—: Detectado un incremento marginal en el número de iones de carga negativa presentes en el aire.

—Gracias —dijo ella impaciente—. ¿Y eso qué significa?

—Repentinas y violentas fluctuaciones del campo eléctrico —prosiguió Chang

Guafe. Un conjunto de tentáculos emergió de pequeñas compuertas en su rostro, pecho y hombro izquierdo. Diminutas luces en sus extremos se activaron y se volvieron en dirección al fenómeno—. Brillantes explosiones de luminosidad —informó—. Descargas eléctricas superiores a veinte kiloamperios. Las temperaturas específicas del relámpago varían de diez elevado a la quinta potencia a diez elevado a la sexta en vuestros grados Kelvin.

—¡Qué más da! —lo interrumpió Annabelle con un suspiro—. Sea lo que sea es precioso.

—Pues a mí me parecen relámpagos —opinó Neville.

La mirada de Chang Guafe dejó el suelo por un instante y enfocó el rostro de Neville.

—Me parece que eso es lo que he dicho. —Los tentáculos sensores se retrajeron en el interior de su cuerpo y las compuertas tras las cuales se ocultaban se cerraron herméticamente.

—¿Viene la tempestad hacia aquí? —inquirió Clive, preocupado de pronto.

—Afirmativo.

Clive soltó poco a poco el aire contenido.

—¡Y yo sin paraguas! ¿No podemos ir más aprisa, Finnbogg?

Finnbogg se detuvo, se levantó en todo su metro veinte de estatura y expulsó el aire de su considerable pecho.

—Con el fuerte viento el trabajo se hace más difícil —refunfuñó—. Tengo que mantener la nariz muy cerca del suelo para distinguir entre tantos rastros. No es fácil. No es trabajo humano. Dejad que Finnbogg lo haga, ¿de acuerdo?

—¡Vaya con el irritable animalejo! —musitó Neville por lo bajo.

Annabelle le lanzó una mirada furiosa.

—El único animalejo que hay por aquí eres tú, ¡carcamal!

—Pido disculpas, Finnbogg —dijo Clive con gran educación—. Sé que estás haciendo todo lo que puedes. ¿Por qué no nos tomamos un descanso y bebemos un poco de agua?

—Si esto son relámpagos —intervino Sidi Bombay—, pronto tendremos más agua de la que necesitamos.

Los fulgores en la distancia iban en aumento. Ya no había más dudas de que eran rayos ni de que la tormenta se desplazaba hacia ellos. El viento los azotaba con sus ráfagas y los acribillaba con las partículas de ceniza y polvo que arrastraba. Un trueno ronco retumbó con estruendo a través del aire.

Finnbogg los conducía en una línea recta que cruzaba la llanura. Marchaban a paso ligero, luchando con el viento. Clive estuvo a punto de perder el equilibrio más de una vez cuando una inesperada ráfaga lo cogía con el pie a medio aire. En un punto, Annabelle soltó una interjección, y se paró en seco para sacarse algo que le había entrado en el ojo. Después de esto anduvo con una mano levantada a la altura del rostro a modo de visera protectora.

Los rayos se acercaban. Ya no eran un destello en el horizonte. Serpientes blanco-azuladas alanceaban las tinieblas con agilidad eléctrica. Diminutas lenguas retráctiles chasqueaban contra el suelo en el horizonte mientras Clive contemplaba el espectáculo con preocupación creciente. Cada rayo mortal parecía tener un par de ojos que miraban en su dirección.

Chang Guafe se detuvo tan de súbito que Tomás y Sidi toparon con su espalda.

—Localizada una fuente de calor frente a nosotros —anunció el ciborg, haciendo caso omiso de las maldiciones murmuradas por Tomás.

—¿Qué es? —dijo Clive secamente, ansioso por evitar que se detuviera la marcha—. ¿A qué distancia?

—Algo aún desconocido, pero por la forma y la naturaleza es similar a lo sondeado en el abismo —respondió Chang Guafe—. Distancia aproximada: mil metros terrestres.

—¿Los orificios de ventilación?

—No puede afirmarse con seguridad. Pero la imagen grabada en mi memoria es parecida.

Clive miró de nuevo hacia la tempestad. Los rayos se reflejaban de forma escalofriante en la superficie lisa y reluciente de las rocas que, a intervalos irregulares, manchaban la llanura, y los relámpagos producían efímeros charcos de fuego azul que nacían a la vida con un estallido y morían en el tiempo de un latido de corazón humano. Pero el aire no olía a lluvia ni a humedad. La tormenta sólo descargaba pura furia eléctrica, furia que los alcanzaría a campo abierto, sin esperanza de encontrar un refugio antes de haber recorrido mil metros.

Clive se mordió el labio, angustiado, y cada pelo de su cogote se erizó de raíz. Sabía que en la Mazmorra era mejor no confiar en nada, ni en el tiempo.

—Finnbogg —gritó por encima del fragor del viento—. ¿Hay alguna posibilidad de que Smythe se haya dirigido hacia la fuente de calor?

Finnbogg no se detuvo y mantuvo el hocico en el suelo, incluso cuando respondió.

—Rastro de Smythe y otros rastros avanzan con claridad en línea recta durante mucho tiempo. El olfato dice que seguir en línea recta está bien.

Clive llamó a Chang Guafe.

—Su fuente de calor —gritó—, ¿también está en línea recta?

—Afirmativo —le aseguró el ciborg. El aire zumbó de repente y el mundo bajo sus pies se estremeció, volviéndose de un blanco purísimo. El trueno estalló con una potencia ensordecedora y el suelo se sacudió como si una aplastante almádena de cobalto se hubiese estrellado contra las piedras, despidiendo fragmentos y astillas.

Clive se protegió el rostro con ambas manos. El incendio que tenía tras sus párpados le produjo un dolor agudísimo y, cuando espió por entre sus dedos, el mundo no fue sino la danza de las deslumbrantes imágenes que aún conservaba en la retina.

—¡Y yo sin un pararrayos, maldita sea! —exclamó Annabelle—. Éste ha caído aquí mismo.

El mundo era una sucesión de explosiones de un blanco chillón, áspero y aterrador. Clive extendió las manos hacia adelante para proteger su visión y notó que la carne de sus brazos hormigueaba con una sensación eléctrica. El mundo entero se tornó un trueno y el trueno devino una enorme ola que lo arrastró, lo levantó y lo tumbó de espaldas.

—¡Corran! —gritó Clive, levantándose y agarrando la mano de Annabelle—. Chang, póngase al frente. ¡Diríjase a la fuente de calor! —Con el brazo hizo una señal a los demás—. ¡Sigán a Guafe!

Finnbogg se colocó en posición erecta, desalentado.

—¡Epa, disparan a Finnbogg!

—*Ai, Cristo!* —masculló Tomás, santiguándose y buscando con la mirada al ciborg—. *Adiante!* ¡Adelante!

El siguiente trueno fue tan estridente como la detonación de una pistola. Con Chang Guafe en cabeza, echaron a correr por la llanura. Del cielo llovían cuchillos blancos que calcinaban y carbonizaban las piedras negras, cuchillos que les punzaban los ojos y que expulsaban con violencia la oscuridad del mundo. Corrían casi a ciegas, apenas capaces de mantener los ojos en la espalda del ciborg, que lanzaba destellos azules, blancos y rojos por los reflejos de la tormenta en su cuerpo metálico.

Un repentino rayo golpeó el suelo a su derecha. Tomás soltó un grito y cayó. Antes de que Clive y Annie llegaran a su lado, Chillido los adelantó y, sin detenerse, recogió al español y lo llevó en brazos.

¡Vamos!, fue el pensamiento apremiante de la araña. *Yo cargaré con él.* Luego dejó que los demás la superasen en su carrera y se situó de nuevo en su posición de retaguardia. Mientras, Tomás maldecía su suerte y se agarraba la mejilla sangrante.

Puesto que Clive no podía ver el punto hacia donde corrían, le era imposible calcular la distancia que habían salvado. El corazón le latía violentamente en el pecho y su respiración era una sucesión de cortos jadeos. Se notaba las piernas plúmbeas, y sentía que se estaba agotando. Sin embargo, se daba ánimos, instaba a sus extremidades para que se esforzaran más, y luchaba por mantenerse a la altura de Annabelle, quien corría de modo infatigable.

Entonces Neville cayó. Sin pensarlo dos veces, Clive agarró el brazo de su hermano y tiró de él para ponerlo en pie.

—¡Casi hemos llegado! —mintió para infundirle fuerzas. Porque en realidad no tenía ni la más remota idea de si estaban muy cerca o muy lejos de su destino.

Los rayos se sucedían con la velocidad de un estroboscopio y con una furia creciente. El mundo bramaba con truenos y ráfagas de viento.

Delante, Chang Guafe y Finnbogg se pararon. Sidi los alcanzó un momento después, y cayó desplomado de rodillas y sin aliento. Clive y Annabelle llegaron de inmediato, seguidos de Neville, Chillido y Tomás.

Clive asió el brazo del ciborg y se apoyó en él un breve instante.

—Pero ¿qué ocurre? —consiguió preguntar entre jadeo y jadeo—. ¿Por qué nos detenemos? ¿Es que hemos llegado ya?

Chang Guafe señaló. En el fogonazo de un rayo Clive distinguió una mancha de negrura que permaneció negra incluso en lo más brillante del destello. Se hallaban a diez metros de su borde.

Con suma cautela se acercaron a la mancha. Parecía ser un agujero en la superficie, de unos cinco metros de diámetro y perfectamente redondo. Al asomarse a él, una rápida sucesión de relámpagos iluminó la estrecha escala metálica que descendía a sus profundidades.

Finnbogg husmeaba por el borde.

—¡Rastro de amigo Smythe y muchos rastros bajan! —exclamó con entusiasmo desde donde empezaba la escala—. ¡Finnbogg no falla! ¡El amigo Smythe ha venido por aquí!

Clive aspiró profundamente y soltó el aire.

—Entonces allá vamos también —dijo, avanzando con precaución un pie hacia el vacío y colocándolo en el primer peldaño de la escala—. Tira el fardo, Finnbogg. No podrás bajar por ahí con las manos ocupadas.

—¡Espera un momento, por todos los diablos! —objetó Neville—. ¿No crees que deberíamos discutir el asunto? Fíjate que no tenemos ni puñetera idea de adonde va, ni de si va a alguna parte.

Annabelle apartó con el hombro a Neville del medio y se dispuso a seguir a Clive por el hueco.

—Si quieres quedarte aquí para que te afeiten los rayos, es tu problema, cabezota. Tú y el barbero podréis discutir lo que queráis. ¡Pero apártate de mi camino! —Se puso a gachas y, con mucha cautela, tanteó con el pie en busca del primer peldaño.

—Recuerda lo que enseñaste a Finnbogg, amigo Neville. —Finnbogg dio una palmada tan fuerte en la espalda de Neville que casi echa al pobre hombre al vacío—. ¡Hurra, y Dios salve a la Reina, y al mal tiempo buena cara! ¡Venga, vamos! ¡Finnbogg después de Annie!

Y descendieron por la oscuridad sin fondo aparente hasta que la tempestad de relámpagos no fue más que una luna llena de luz fluctuante en el cielo, un disco azul plateado que se empequeñecía a medida que descendían más. En el pozo no soplaba ningún viento que los amenazase, pero el aire era cálido y asfixiante.

—Nunca había visto tempestad semejante —comentó Sidi Bombay, algo por encima de Clive—. Sin nubes, sin lluvia. Ha sido como si la mano de Shiva^[11] se hubiese abatido sobre nosotros.

Un silencio los invadió, y todos se concentraron en el descenso. Clive bajaba tanteando con prudencia en busca del siguiente peldaño, siempre esperando que estuviese allí.

Pasados algunos minutos, Neville rompió el mutismo.

—¿Cree alguien que éste es el camino al siguiente nivel?

Nadie respondió. No había modo de saberlo con certeza, aunque Clive dudaba mucho que lo fuera. Cuanto más penetraban en los niveles de la Mazmorra, más desorientadores eran los pasajes de un nivel a otro. Una simple escala como paso parecía demasiado fácil.

—Creo distinguir una luz —comunicó al cabo, procurando decirlo en voz baja y calma, y esperando que los demás entendieran la insinuación. Si había luz al final del túnel, también era posible que hubiese alguien esperándolos. En el abismo, Chang había mencionado la posibilidad de una industria subterránea. Clive escuchaba con atención en espera de oír el fragor de las bombas, de los motores, de cualquier tipo de maquinaria, pero no oía nada. A medida que iban bajando, la ausencia de ruido lo iba poniendo nervioso. Se sentía como una presa. Casi notaba los puntos de mira enfilados hacia su nuca.

Definitivamente era una luz; una luz artificial, de hecho. El pozo en el que se encontraban desembocaba en un túnel horizontal.

—Quédense ahí —ordenó Clive a los demás cuando calculó que no quedaban más de veinte peldaños hasta el final. Haciendo el menor ruido posible se fue acercando a la abertura.

La escala acababa en la intersección del pozo con el túnel. Clive se detuvo y escuchó. Luego, sosteniendo su sable envainado en una mano, se dejó caer con agilidad en el suelo del túnel horizontal. Parpadeó y con la mano se protegió los ojos de la luz, ahora deslumbrante hasta el dolor, y esperó a que su visión se adecuara a ella.

No era exactamente un túnel, sino un enorme pasillo. Unos paneles de luz brillantísima colocados a intervalos regulares en el techo proporcionaban una iluminación que, después de los primeros momentos, resultaba suave y agradable. Las paredes eran lisas a la perfección y el suelo estaba embaldosado con grandes losas cuadradas y pulidas. Hacia su derecha, el pasillo seguía una corta distancia y luego doblaba en una curva cerrada. Hacia la izquierda, después de un trecho, desembocaba en otro pasillo.

Avanzó, tenso, en silencio, con gran sigilo y empuñando el sable con una mano, hacia la encrucijada y escudriñó en ambas direcciones. Ambos extremos del nuevo pasillo perpendicular doblaban en una curva y desaparecían de la vista. «Estupendo —pensó—. Otro maldito laberinto».

Regresó de puntillas hacia el pozo por el cual había descendido y en voz baja informó a los demás que podían bajar sin peligro. Una vez abajo, Annabelle se quedó junto a él y Finnboogg empezó a husmear.

—Epa —dijo disculpándose—, no huelo ni un rastro en esta curiosa piedra.

Chillido fue la última en saltar del pozo de ventilación, porque ahora todos comprendían con claridad que de eso se trataba. Miró a ambos lados e hizo castañetear las mandíbulas en un gesto de alivio.

—Eh, está más fresco aquí abajo —comentó Annabelle, frotándose los brazos—. Es un alivio que se aprecia.

—Aire mecánicamente acondicionado —informó Chang Guafe—. Mis sensores olfativos detectan indicios muy débiles de líquido refrigerador.

—Bien, bien —contestó Annabelle, animándose—. ¡Por fin la civilización! Clive miró a su alrededor con inquietud.

—Esa es una palabra con multitud de significados distintos —advirtió—. Me reservo la opinión.

De repente, un rumor suave, parecido a un ronroneo, vibró en el aire. Como un solo individuo, la compañía se volvió hacia el origen del ruido y observó que una sección de muro giraba hacia afuera. Clive y Neville reaccionaron a una desenvainando sus sables. Annabelle se agazapó y apuntó hacia allí el extremo letal de la extraña arma de rayos luminosos del barón Tewkesbury. Chillido se arrancó un pelo-púa y se preparó para lanzarlo.

Alguien se movió tras el panel.

—¡Ea, chico! ¡Yo conozco esa voz! ¡Que me funda si no es el *No-jive* Clive! ¡Venga, hombre, alegre la fachada!

El barón Samedi se caló el sombrero de copa en la cabeza, dejándolo en una inclinación garbosa, y salió a la luz del pasillo luciendo su enorme sonrisa contagiosa.

Personalidades retorcidas

—Dispense si a mí no me parece motivo de regocijo, Samedi —dijo Clive, con el sable apuntado a la garganta del barón—, pero, por favor, quédese donde está hasta que explique cómo llegó aquí. Nosotros lo vimos morir.

Neville también mantenía el sable en alto.

—Los vimos morir a ambos.

—Pero, ¿no comprendéis? —dijo Annabelle bajando su arma y calmándose—. La respuesta es clara: tiene que ser otro clon.

Samedi soltó un suspiro melodramático.

—Y me temo que el último de la saga, chico.

Clive bajó su sable con cautela.

—¿Qué quiere decir?

Samedi suspiró de nuevo.

—Quiero decir que alguien vació el banco de datos que contenía mi código genético y la programación de mi personalidad. Ya no pueden existir más Samedi. Y hay un montón de cosas más que debería saber, chico, pero ahora no es el momento. Aquí no estamos seguros.

Pero Clive no estaba tan dispuesto a confiar en él de inmediato.

—¿Cómo sabía que apareceríamos en este lugar preciso? Hay otros pozos de ventilación por la zona. Así pues, ¿por qué decidió esperarnos en éste?

Samedi frunció los labios y puso los esqueléticos brazos en jarras con las manos en sus huesudas caderas.

—Eh, pues he estado escondido aquí mucho tiempo, pasando por uno de los defectuosos y esquivando a los cazarratones, y manteniendo los ojos bien abiertos. Por cierto que los vi cuando traían a su amigo. A veces salen a explorar a la superficie, pero siempre regresan porque allí arriba no hay comida. Supuse que era muy probable que pronto vinieran a salvarlo. Aunque tardaron bastante. Creí que me asfixiaba en ese armario.

A la mención de su sargento, Clive bajó su arma.

—¿Salvar a Smythe? ¿De qué? ¿Quién lo tiene?

—Una banda de defectuosos —respondió Samedi con desdén—, y será mejor que se apresuren si quieren salvarle el pellejo. No es muy agradable lo que le van a hacer. —De repente volvió la vista hacia el pasillo—. Ni va a ser muy agradable lo que nos

ocurrirá si seguimos quedándonos aquí.

Clive enfundó su espada e indicó a Neville que hiciera otro tanto. Annabelle se metió de nuevo la pistola en la cintura de sus téjanos y puso la camiseta por encima para ocultarla de la vista.

—¿Puede llevarnos a Smythe? —interrogó Clive.

—Depende —respondió Samedi mirando con los ojos desorbitados hacia más allá del grupo.

—¿De qué? —interrogó Clive.

Samedi señaló.

—De si podéis deshaceros del cazarratones, chicos. ¡Adiós, muy buenas! —Y con esto se dio media vuelta y echó a correr pies para que os quiero.

Clive se volvió en redondo justo a tiempo de ver un brillante destello. En el mismo instante, Chang Guafe extendió los brazos y de un barrido los echó todos al suelo. Un rayo abrasador fulminó el aire, errando su blanco sólo por muy poco. Clive se desprendió de la maraña de cuerpos, haciendo caso omiso del dolor en el costado (al caer alguien le había hincado el codo en las costillas), y a gachas consiguió echar un vistazo a su atacante.

El cazarratones era un robot, un monstruo metálico sin piernas que se desplazaba por medio de orugas como un pequeño tanque. Sus brazos no acababan en dedos, sino en unos lentes refulgentes de color amarillo, con los cuales había disparado los rayos que escasos momentos antes habían estado a punto de acabar con sus vidas. De nuevo, mientras observaba la máquina, aquellos lentes empezaron a refulgir otra vez. El enorme y único ojo del robot los enfocaba directamente.

—¡Cuidado! —gritó Annabelle, apartando a Tomás con el pie mientras sacaba la pistola de su cintura—. ¡Salid del medio! —De un empujón sacó a Finnbogg de la línea de tiro, levantó el arma y apuntó al robot.

El rayo esmeralda salió disparado haciendo añicos el ojo lenticular del monstruo metálico. Annabelle hizo fuego de nuevo, barriendo a la desesperada en un ángulo abierto. El metal gimió y chisporroteó y la energía destructora del rayo segó el cuello del monstruo. La cabeza osciló unos momentos a un lado y a otro, cayó hacia adelante y quedó colgando de un manojito de hilos y cables de colores.

El cazarratones enloqueció y empezó a dar vueltas sobre sí mismo agitando los brazos y rociando el pasillo con sus rayos de fuerza letal. La compañía corrió a lo sálvese quien pueda, doblándose, esquivando, rodando por el suelo para eludir la muerte.

Entonces Chillido lanzó su horrible ululato de guerra y se arrojó sobre el cazarratones. Su enorme cuerpo de dos metros diez de altura golpeó a la máquina en un costado y la volcó. Las orugas de ésta se pusieron a girar, descontroladas, a toda prisa pero en vano; mientras, la araña le aplastó un brazo con dos de sus cuatro patas y le arrancó el otro de cuajo. Y, enfurecida, continuó golpeando y arrancando piezas de la máquina hasta que ésta quedó abollada bajo el ímpetu de sus puñetazos como si

fuera una lata vacía. Por todas partes salían extremos de cables e hilos que producían cortocircuitos y chisporroteaban; las articulaciones y los desgarrones de la armadura despedían humo. No obstante, las orugas seguían funcionando desafiadoramente. Chillido soltó otro grito de frustración, alzó el descacharrado robot con sus cuatro poderosísimos brazos y lo lanzó contra el muro. El choque produjo un estrépito terrible, y todo lo que quedó del cazarratones fue una pila de chatarra.

Chillido pisó victoriosa los escombros, respirando jadeante. Con lentitud dirigió la vista hacia ellos y separó las mandíbulas esbozando lo que era su sucedáneo de sonrisa, y Clive sintió en la mente su pensamiento:

¡Ah, qué bien me siento ahora!

—¡Ea nena, he quedado patitieso! —comentó Samedi asomando desde la esquina del otro extremo del pasillo—. Hasta ahora nunca vi a nadie hacer cosa semejante a un cazarratones. Pero entretanto será mejor que movamos el trasero. El ruido los atrae como la miel a las moscas. Así localizan a los defectuosos y así es probablemente como descubrieron que estábamos aquí.

—¡Llévenos hacia Smythe inmediatamente! —ordenó Clive, haciendo un esfuerzo para contener el impulso de soltar un grito enfurecido mientras los demás se reunían en torno suyo.

Samedi sonrió y encorvó el dedo índice haciéndoles una señal.

—Vengan —indicó.

Y, con rapidez pero en silencio, atravesaron pasillos y más pasillos, cuartos pequeños como armarios y salas grandes como almacenes. Cuanto más se adentraban en el complejo, más misterioso parecía el lugar. Tubos cristalinos de dimensiones variadas colgaban del techo. En su interior circulaban líquidos extrañísimos y fluidos viscosos. Algunos corrían en un flujo regular y continuo mientras que otros parecían bombeados, como impulsados por un inmenso corazón oculto. Algunos irradiaban una suave claridad de tonos dorados.

Otra estancia contenía una gran cantidad de cajas cuadradas de plástico, colocadas con gran orden en pilas que iban desde el suelo hasta el mismo techo. Cada una llevaba inscrita una serie de símbolos ilegibles que Clive supuso que eran una especie de número de lote. Las cajas, cerradas herméticamente, se resistieron a cualquier intento de inspección, hasta que Samedi les enseñó el modo de abrirlas. Se acercó al embalaje que tenía más a mano y tocó los dos primeros símbolos de forma simultánea, y la parte superior de la caja se abrió con gran lentitud y control.

—¿Qué es? —preguntó Clive mirando la masa de color indefinido del interior.

Chang Guafe se inclinó hacia la sustancia y colocó la mano en ella.

—En términos simples —contestó después de una breve pausa—, una amalgama de materia orgánica pura. ¿Se requiere un análisis más detallado?

Clive rehusó el ofrecimiento y prosiguieron el camino.

Al cabo de poco trecho encontraron otra sala llena con los mismos embalajes, algunos de los cuales ya habían sido abiertos. Cajas vacías yacían esparcidas al azar y

manchas grasientas ensuciaban el suelo y las paredes, hasta una altura que Clive apenas podía alcanzar. Un hedor desagradable aunque no muy intenso impregnaba el aire.

En un rincón había una vieja camisa hecha un fardo. En otro había tirado un manojo de llaves herrumbrosas. Neville encontró un zapato viejo. Annabelle resbaló con un lápiz roto. Sidi Bombay tropezó con otra cosa.

—¡Puaj! —exclamó Finnbogg, arrugando la nariz.

—Mejor será que vigile a su espalda, chico —indicó Samedi en voz baja.

—¿Los defectuosos que ha mencionado? —inquirió Clive, y Samedi asintió—. ¿Qué son? —insistió en preguntar Clive.

—Defectuosos —repitió Samedi, tirando tímidamente de la chaqueta harapienta de su traje—. Clones que no son capaces de adaptarse al mundo real, ¿sabe? Clones que no se desarrollan de forma correcta o cuya programación no salió bien. —Se encogió de hombros y tocó una de las cajas vacías con la punta del pie—. Tan sólo carne, eso es lo que son; a veces demasiado cocida, otras veces poco cocida, carne que no se puede servir.

—¿Así que los Señores de la Mazmorra también cometen errores? —preguntó Annabelle. Aún sostenía la pistola en la mano y sus ojos lanzaban miradas fugaces a las sombras.

—Toda cadena de montaje tiene su porcentaje de productos defectuosos —contestó Samedi mientras conducía al grupo fuera de la sala—. Pero algunos de esos productos aún pueden pensar, y se las apañan para eludir la eliminación sistemática. Claro que no pueden hacer nada más sino ocultarse por aquí. No hay nada que comer en la superficie y no pueden acercarse a la Puerta.

—¿La Puerta? —repitió Clive agarrando el brazo de Samedi y haciéndolo girar en redondo—. ¿Se refiere a la puerta hacia el siguiente nivel? ¿El nivel ocho? ¿Está aquí?

—Correcto, jefe. Deberían haberse enterado en el Palacio del Lucero del Alba, pero me imagino que la función no acabó bien allá arriba, ¿eh?

Clive arrebató el sombrero de copa a Samedi y con su manga limpió una mota de polvo que tenía en el ala. Vaciló un momento y se lo devolvió.

—Tome, al menos póngaselo limpio —dijo al clon— Supongo que usted no sabía que era mi padre, o, mejor dicho, uno de esos dobles que corren por ahí, quien nos esperaba allá.

—No sabía lo que encontrarían después de que yo muriese —repuso Samedi, impávido—. Oh, sí, deberían haber encontrado otro yo, pero mejor vestido, como todo el que vive en un palacio y habla mejor. Pero alguien lo mató, alguien que ya había lanzado a otros dos Samedi al abismo, el mismo alguien que vació mi banco de genes. Todo esto lo noté sin verlo, ya sabe.

—¿Lo notó? —preguntó Sidi Bombay.

—¡Desde luego, hombre! —contestó Samedi—. ¿Cómo no iba a notar que mi programa entero y todos mis dobles eran borrados del mapa? ¡Los oí gritar aquí

dentro! —dijo dándose unos golpecitos con el dedo en la sien.

—Interesante —comentó Sidi Bombay con calma—. Como si estuviera en contacto con todas sus vidas, pasadas, presentes y futuras. Mi fe habla de algo similar.

Finnbogg se mezcló con ellos e intervino en la conversación.

—¿Y cómo puede ser que el amigo Samedi aún viva cuando sus compañeros de camada mueren todos?

—Porque escondí mi pellejo en un armario, chico —respondió Samedi con franqueza—. Me correspondía el deber de conducirlos a ustedes desde el Palacio del Lucero del Alba a la Puerta, que se halla en la sala principal, y enviarlos así al siguiente nivel, pero ahora sólo soy un muerto andante, un zombi, como el original del que tomaron el molde. Pero, zombi o no, tenía muy pocas ganas de caer en cualquiera de las trampas que me esperaban en el palacio. Y, en lugar de ir al palacio a buscarlos, decidí salvar el pellejo.

Clive escrutó en los ojos huecos de la criatura y dio un paso atrás.

—Cierto, Clive Folliot —aseguró Samedi, aguantando su mirada con firmeza, sin mostrar intención de disculparse y dejando de lado su incoherente acento—. Rehusé cumplir con mi tarea programada. Yo también soy defectuoso.

—¡Aunque fuera usted la reina Victoria en persona, amigo! —interrumpió Neville con impaciencia—. Llévenos a Smythe y a la Puerta, ¡a ver si podemos salir de aquí de una condenada vez!

—Espera —insistió Clive, interrumpiendo a su hermano con un ademán. Y se dirigió otra vez a Samedi. Todo lo que el clon les había contado no hacía más que confirmar que en la Mazmorra operaban diferentes facciones, facciones que tal vez estaban enzarzadas en una guerra mutua—. ¿Quién desechó su banco de genes? ¿Lo sabe?

Samedi sacudió la cabeza y una expresión de frustración apareció en su pálido rostro.

—En primer lugar nos hacen crecer muy velozmente —respondió cayendo de nuevo en su anterior acento—; luego programan nuestras cabezas con una personalidad muy maleable y con todos los conocimientos que quieren que tengamos. Pero cuanto más se resiste uno a la programación (más insiste en pensar sus propios pensamientos y en hacer las cosas a su modo), más deprisa se esfuma la materia que le introducen. Claro que la respuesta que ustedes buscan puede que nunca haya estado en mi programación.

—Larguémonos de este jodido lugar —sugirió Annabelle.

Cruzaron la sala hacia la puerta abierta en el otro extremo. De pronto las luces de la sala se apagaron y ellos se pararon en seco. No estaba oscuro del todo. Por las puertas de delante y de atrás entraba la suficiente claridad para permitirles distinguir su camino. Con suma cautela reemprendieron la marcha.

De repente una enorme y voluminosa silueta obstruyó la puerta y una sombra grotesca se alargó ante ellos. Dos ojos rojos fulguraron y la luz del pasillo se reflejó en

unos poderosos hombros metálicos.

—Atrás por donde hemos venido —dijo Clive despacio, sin quitar ojo a la figura que tenían enfrente. Había algo vagamente familiar en ella.

—Me temo que no es posible, chicos —respondió Annabelle—. También está obstruida.

Clive desenvainó el sable y arriesgó una mirada fugaz por encima del hombro. Cuatro figuras cruzaban la puerta a sus espaldas. Dos eran tan altas como Chillido, una parecía ser mucho más baja, quizá de la estatura de Finnbogg, y la última aparentaba poseer unas proporciones más razonables.

—Hacia adelante, pues —decidió—. Sólo hay una.

Pero habló antes de tiempo. Dos criaturas más se añadieron a la alta figura. Peor aún: Clive detectó movimiento en el pasillo tras las tres siluetas. Y ninguna de ellas se volvió para mirar, lo cual implicaba que el movimiento provenía de otros compañeros suyos.

—Me parece que debe de ser la hora de la merienda —dijo Neville llegándose la altura de Clive. También desenfundó el sable.

—No querría ser desagradable —murmuró Annabelle—, pero ¿os habéis imaginado alguna vez a vosotros mismos como materia orgánica pura?

—No se los van a comer —aseguró Samedi.

—Es un alivio, amigo —masculló Tomás.

—Los van a descuartizar para buscar su material genético y, después de haber extraído sus psiques, haber grabado todos sus recuerdos y haberlos introducido en los bancos de archivos de datos —continuó el clon de manera algo repugnante, perdiendo de nuevo su acento característico— alimentarán las máquinas con los pedazos de sus cuerpos.

—¿Por qué lo hacen —inquirió Sidi Bombay—, si sus creadores están intentando destruirlos?

—No los matan a todos, chico —respondió Samedi con presteza—. Sólo mantienen reducido su número. Algunos de los defectuosos hacen trabajos menores, aunque el banco de clones está automatizado en su mayor parte. Pero, para llevarlos a ustedes a los analizadores, las máquinas tienen que darles acceso a la central de procesamiento, donde, si logran moverse con rapidez y saben lo que hay que hacer, pueden activar la fabricación de otra copia de sí mismos. Casi siempre la máquina reconoce la falsa instrucción y la desecha, pero no siempre.

—Reproducción con un molde de hamburguesas —comentó Annabelle secamente—. No quiero parecer pesada, chavales, pero me parece que la fiesta va a empezar. Yo tengo el Baalbec, así que, Tomás, será mejor que tomes esto. —Y le pasó la pistola de rayos esmeralda.

Tomás la sostuvo en su mano y miró a Annabelle con frialdad.

—*Obrigado*. Así pues, me toca encargarme del primer monstruo. —Levantó el arma y apuntó a la enorme silueta del hueco de la puerta.

—No. —Una mano de Chang Guafe se cerró con firmeza en el antebrazo de Tomás y la otra bajó el cañón—. Este tiene que ser para mí.

Naturalmente, pensó Clive. No era extraño que la silueta les resultara familiar. Los sensores visuales de Chang Guafe debían de haberlo confirmado de inmediato.

—Es usted, ¿no? —dijo Clive preocupado—. Han hecho un clon de usted.

—Oh, probablemente los Señores de la Mazmorra tengan ahora muestras genéticas de todos ustedes —intervino Samedi—. Gotas de sangre, pequeñas muestras de epidermis... Son fáciles de conseguir, teniendo en cuenta todos los arañazos que han sufrido. Sus recuerdos y sus personalidades deben de ser sus mayores carencias.

Ser Clive, transmitió Chillido. Había permanecido callada durante mucho tiempo, pero ahora envió sus pensamientos con una sensación de apremio. *Atrás de nosotros hay más seres. Están creciendo en número.*

—De acuerdo, salgamos de aquí —dijo Clive ceñudo.

Clive, Neville y Chang Guafe avanzaron en un frente. Pero no bien dieron un paso, los defectuosos cargaron contra ellos desde ambas direcciones. Chillido emitió el horrible sonido que le daba nombre y lanzó un puñado de pelos-púa a los atacantes de la retaguardia. Cinco cuerpos soltaron gritos de dolor igualmente hórridos y cayeron; su carne se hinchó de modo horroroso, se amorató y reventó rociando el suelo de sangre. Al mismo tiempo, Tomás musitó una maldición apresurada, saltó a un lado y apuntó la pistola. El rayo esmeralda resplandeció, pero no hizo blanco. La luz mortal erró el clon Chang pero segó el brazo de la criatura que lo seguía. Su grito resonó como un eco en la vasta sala.

Chang Guafe y el Chang clon toparon con gran estrépito. Mordieron el suelo en una maraña de brazos y piernas y rodaron enfurecidos. De repente, aún ambos tumbados, uno de ellos se colocó en una posición más ventajosa que le permitió plantar los pies acorazados en el pecho del otro y despedirlo con un potente ímpetu mecánico. Una forma pesada se deslizó a gran velocidad por el suelo, fue a chocar contra una de las ordenadas pilas de cajas de plástico y en un momento quedó enterrada bajo ellas. Pero, casi al instante, el ciborg emergió del derrumbe apartando y echando a volar cajas por todas partes, y atacó de nuevo.

Chang Guafe y el Chang clon eran idénticos para Clive, y no dispuso de tiempo para entretenerse a distinguirlos. Clive levantó un brazo para esquivar una caja vacía que volaba hacia su cabeza. Demasiado tarde se percató del defectuoso que iba tras ella. Unos brazos se cerraron en su cintura atrapando los suyos y levantándolo en vilo del suelo. Clive miró espantado aquel rostro, casi humano si se exceptuaba el hecho de que un ojo estaba situado unos dos centímetros más abajo que el otro, como si la carne de esa mejilla se hubiera derretido ligeramente.

En cuanto a fuerza, sin embargo, era sobrehumano. Clive sentía que el abrazo del monstruo vaciaba el aire de sus pulmones y amenazaba con romperle las costillas. Desesperado, asestó un cabezazo con todas sus fuerzas contra la nariz descubierta del clon y oyó un «crac». La sangre manó a chorros y el enemigo aflojó su abrazo y echó

atrás la cabeza con un bramido gorgoteante. Clive repitió la treta, aplastando la castigada nariz por segunda vez, y arrancó a su adversario otro aullido. La criatura soltó a Clive y se llevó las manos a la cara. Clive alzó el sable, dispuesto a despacharlo, pero en el último instante pronunció una maldición en voz baja y atizó un puñetazo en la mandíbula desprotegida del contrario que lo tumbó en el suelo, donde quedó inconsciente. Rápidamente miró a su alrededor para ver quién necesitaba ayuda.

Cuatro monstruos acorralaban a Neville contra unas pilas de embalajes. Sin el respeto que tenía Clive por las reglas de Queensberry, su gemelo clavó el arma en el vientre de dos de sus atacantes con sendas rápidas y ágiles estocadas, y asestó una patada en la entrepierna de otro, con lo cual tuvo tiempo para hundir la hoja en el pecho del cuarto. Apenas sin dar muestras de respiración cansada, liquidó al tercero cuando se desplomaba al suelo con las manos en la ingle.

El rayo verde de Tomás lanzaba destellos por todas partes, atravesando la oscuridad, pero más defectuosos seguían haciendo su entrada en la sala. El pequeño español había hallado una posición dominante en la cima de una pila de embalajes y, gritando retahílas de maldiciones e insultos en portugués, barría ambas puertas con el rayo letal. Muchos de los monstruos conseguían pasar sanos y salvos esquivando su rayo, pero también los cadáveres iban en aumento, y Tomás seguía disparando y disparando.

Entonces, ambos Chang Guafe, unidos en un fuerte abrazo y enredados en marañas de tentáculos fustigadores que emergían de todas partes de sus cuerpos, rodaron por el suelo como enfurecidos *jagannathas* y fueron a chocar contra la pila de cajas que sostenía a Tomás. Tomás y las cajas se derrumbaron con estrépito.

Clive no tuvo ocasión de ayudar a nadie pues una auténtica monstruosidad arremetió contra él. Se parecía a una medusa con patas, y sus tentáculos recubiertos de espinas lanzaban trallazos en dirección a su rostro. Clive trazó un rápido arco con su sable y cortó algunos de aquellos miembros mortales, que cayeron serpenteando y retorciéndose a sus pies. Pero la bestia no se detenía y lo forzaba a retirarse lanzando sus apéndices flageladores una y otra vez. Mientras avanzaba, el ser lo miraba desde detrás de la masa de tentáculos con unos ojos fríos y malignos.

De repente Clive se agachó, apoyó una rodilla en el suelo e, imprimiendo todas sus fuerzas a la espada, cortó en un arco horizontal. El filo de la hoja dibujó una raja profunda y rezumante en el cuerpo de la bestia. Ésta soltó un inhumano grito de dolor y vaciló. Durante un instante miró con incertidumbre a Clive y luego avanzó de nuevo. Pero ahora se movía más despacio, con más cautela. El pie de Clive topó con una caja en su retroceso. La rodeó y, como estaba abierta, metió la punta del pie en una esquina y lanzó el embalaje a su enemigo. Y bendijo su suerte al ver que el monstruo disparaba un tentáculo para interceptar la caja voladora, pues le permitió avanzar un paso y hundir profundamente la hoja de su sable en la masa central de la bestia. Y, al sacar la hoja, cortó hacia abajo con una violenta sacudida. Un humor pálido y vítreo brotó de la hendidura de aquel cuerpo parecido a un odre. Se desinfló

como una vejiga reventada y se desplomó, agonizante, como una masa amorfa y repugnante.

Otra caja voló hacia él. Enojado, levantó el brazo para desviarla pero, inesperadamente, la masa entera del embalaje, que estaba abierto, le fue a parar al rostro. Clive vio una enorme cantidad de brillantes estrellas y se desplomó. El sable se soltó de su puño, resbaló por el suelo y quedó fuera del alcance de su mano. Aturdido, bregó para alcanzarlo, pero un pie calzado con botas lo alejó aún más de una patada. Clive levantó la vista y se topó con los ojos del barón Tewkesbury.

—¡Padre! —exclamó Clive desfallecido.

El clon sonrió burlonamente al tiempo que acercaba una enorme mano a la garganta de Clive.

—¡Olvídalo, humano! —dijo en una horrible y áspera voz que no se parecía en nada a la de su padre—. El programa no funcionó. Para mí no eres nada más que carne para el buche.

Clive retrocedió a rastras, intentando alejarse de aquella mano crispada y de aquellos ojos casi hipnotizadores.

Pero entonces Annabelle se interpuso entre los dos y rozó el envés de aquella manaza con sus dedos. El barón emitió un grito breve y ahogado al tiempo que la sacudida del Baalbec A-nueve lo levantaba por los aires y lo tumbaba de espaldas al suelo. Al instante, Finnbogg saltó sobre él, soltó un horrible gruñido y atenzó la garganta del anciano con sus potentes mandíbulas.

Un chorro rojo se desparramó por el suelo y Clive dejó escapar un gemido y cerró los ojos con fuerza.

—¿Estás bien, Clive? —dijo Annabelle volviéndose hacia él—. Puedo desconectar el campo energético si necesitas ayuda.

—¡Mantenlo conectado! —gritó Clive, recobrándose y poniéndose en pie con gran esfuerzo. Miró a su entorno en busca del sable, lo localizó y fue a cogerlo.

—Se están retirando —le informó Annabelle con calma—. La carne ha resultado ser un poco durilla.

—Finnbogg ha oído, Annie —dijo el perro alienígena acercándoseles por detrás. Sus mandíbulas manchadas de un color oscuro goteaban sangre—. Les daremos algo que puedan morder.

Ella hizo una mueca de asco.

—Más bien parece que eres tú el que muerde, chico.

Finnbogg se volvió de espaldas y se limpió el rostro. Después, se enjugó las patas anteriores en su pelo. Era desconcertante que, a veces en un combate, Finnbogg prefiriera usar sus dientes y sus poderosas mandíbulas antes que sus igualmente poderosas garras. Pero nadie podía discutir la eficacia de su arrojo.

Un gran estrépito les hizo volver la cabeza. Chang Guafe, o el Chang clon, se estrelló contra otra pila de cajas; su oponente lo había enviado volando con un golpe de increíble potencia. Y luego, sin vacilar un instante, embistió contra su presa. Cajas

vacías salieron volando y se desparramó el contenido de otras llenas, mientras los combatientes rodaban por los suelos bregando por conseguir una posición aventajada. De nuevo uno se sacó al otro de encima y ambos se pusieron en pie. Brazos e hileras de tentáculos se extendieron hacia el adversario.

De repente, Sidi Bombay apareció entre ambos. Annabelle soltó un grito de aviso, pero el indio hizo caso omiso de él o no lo oyó. Apuntó una cajita a uno de los guerreros ciborgs y éste se quedó absolutamente inmóvil, con un pie avanzado y un puño potentísimo atrapado a medio embate. Ahora tenía el aspecto de una horrible escultura de algún dios innombrable de la guerra.

Clive había olvidado la caja de rayos paralizantes de los Señores del Trueno que Sidi aún conservaba, y se maravillaba de la forma en que el hindú se había zambullido en medio del combate y había salido rodando de él, con grácil agilidad.

El ciborg que no había quedado afectado por el rayo paralizador unió ambas manos en un puño, las echó hacia atrás para tomar impulso y asestó un tremebundo golpe en la cabeza de su enemigo indefenso. Para horror de Clive, carne, huesos y metal se hundieron bajo aquel impacto como si fuera un melón. La criatura vaciló un instante y cayó al suelo con los miembros aún estáticos en su última posición.

El Chang Guafe que permanecía en pie se volvió con lentitud hacia ellos y retrajo los tentáculos hacia el interior de su cuerpo. Luego, al acercarse a Sidi Bombay y tenderle una mano para ayudarlo a levantarse, hundió levemente los hombros.

—¿Cómo supiste cuál era? —preguntó sorprendida Annabelle a Sidi—. Yo no he logrado distinguirlos.

Chillido se reunió con ellos, con todos sus ojos refulgentes de excitación y fría cólera. Aún tenía en la mano un puñado de púas y su áspera respiración semejava el rumor de un desprendimiento de piedras.

—Esperé y observé —contestó Sidi Bombay. Extendió una mano y tocó el brazo de Chang en un gesto amistoso—. Éste, en uno de los momentos cruciales, se arriesgó a volver la vista atrás para evitar caer encima de Tomás. Por eso pude distinguirlos. El doble no habría tenido tal consideración.

—¿Amigo Tomás? —dijo Finnbogg con súbita preocupación—. ¿Dónde está el amigo Tomás? ¿Dónde está el amigo Samedi?

—Aquí mismo, chico —respondió Samedi saliendo de uno de los embalajes donde se había metido para esconderse—. Eh, no me miren así. No tenía armas y estos huesos frágiles míos se rompen como si nada. Además, si algo me ocurriese, ¿quién guiaría a los supervivientes?

—Olvídelo —dijo Clive—. ¿Dónde está Tomás?

Sidi Bombay los condujo a un rincón alejado donde el pequeño marinero yacía inconsciente entre un montón de cajas aplastadas. Clive recordaba haberlo visto caer de su cofa cuando la pila de cajas se había desmoronado. Debía de estar sin sentido desde entonces. Por suerte los embalajes lo habían ocultado de la vista de los monstruos.

Sidi Bombay se arrodilló a su lado, se inclinó hacia él y empezó a frotarle las sienes. Casi de inmediato Tomás abrió los ojos. Al principio, una delgada película le recubría las negras pupilas, pero pronto recobró por completo el sentido.

—¡Mi pistola! —fueron las primeras palabras que salieron de su boca. Se incorporó hasta ponerse de rodillas y empezó a palpar por entre las cajas en busca del arma perdida. La encontró bajo una de ellas y se la metió en la cintura mientras miraba a su alrededor con recelo—. ¿Ganamos, amigos? —Entonces, se levantó y dio un paso atrás llevando la mano a la empuñadura de la pistola—. ¡Cristo! ¿Son vuestras mercedes mis amigos?

Clive frunció el entrecejo.

—¿Qué quiere decir? ¡Pues claro que somos sus amigos!

Pero Annabelle le tocó el hombro.

—Sé lo que le sucede —dijo haciéndoles un gesto para que la siguieran. Y fue señalando los cuerpos de los distintos clones que encontraban a su paso—. Quizás estabais demasiado ocupados en el combate para daros cuenta. Una de las ventajas de esto —y señaló los controles del Baalbec en su antebrazo— es que no tengo que concentrar mis sentidos en la lucha. Pero fijaos. Mirad esos rostros. Casi todas las personas con que nos hemos encontrado en la Mazmorra están aquí, y algunas repetidas varias veces. Y también casi todos los seres alienígenas. La medusa que te atacó, Clive. ¿Recuerdas el monstruo del puente de Q'oorna, donde conocimos a Finnbogg? Podría haber sido un prototipo anterior.

Sidi Bombay se aclaró la garganta.

—Vayamos hacia la puerta de salida —indicó, y lo siguieron. En la oscuridad del costado interior de la puerta se hallaban una docena o más de clones, todos en posición estática. Cualquiera de ellos habría servido perfectamente como escultura en un jardín—. Permanecí agazapado aquí durante algún tiempo —explicó Sidi—. Aquí están los que cruzaron la puerta y se atravesaron en mi camino. Pero fijaos bien. En especial tú, Annabelle.

—¡Ah, si soy yo! —exclamó Neville frente a su semejante. Con los pulgares e índices formó un rectángulo e hizo como quien examina una cara desde una perspectiva artística—. La técnica es un poco tosca. Mi mandíbula es un poco más firme y la nariz muchísimo más noble, ¿no creen? ¡Esos malditos impresionistas de hoy en día están por todas partes! ¡Manet, zarrapastroso!

Annabelle fue pasando por delante de cada rostro, mirándolos atentamente. Enseguida advirtió dos pequeños clones del tamaño de una muñeca situados en un ángulo oscuro. Al arrodillarse junto a ellos, se le cortó en seco el aliento y se llevó la mano a la boca.

—¡Amanda! —susurró, horrorizada, por entre los dedos.

—No, Annie, no lo son —le aseguró Sidi—. Fíjate bien. Primero ésta —y señaló al clon parecido a Amanda—, y luego ésta otra —y la acercó al segundo clon.

En la penumbra era difícil ver con claridad. Annabelle indicó a Sidi que se

apartara un poco y ajustó el Baalbec para que emitiera un tenue resplandor y pudiera así distinguir aquella carita. El pelo era negro como el de Amanda, pero liso y fino en lugar de rizado. Los ojos estaban algo malformados y los labios eran demasiado delgados.

—¡Pero si soy yo, o algo parecido! —Miró a Sidi y luego a los demás que se acercaban para formar corro a su alrededor—. No lo comprendo.

Chang Guafe se inclinó hacia el ser y Annabelle se hizo a un lado. La luz de sus ojos de rubí tiñó de rojo la cara de la muñeca.

—Observación microscópica —dijo, incorporándose— revela leves rastros de tejido cicatrizado en puntos faciales claves, lo cual indica modificaciones quirúrgicas. —Miró a Annabelle y prosiguió—: Teoría: ninguno de esos dos clones son clones de tu hija. Son clones de ti, Annabelle Leigh, desarrollados o modelados a partir de material genético tuyo. Tus características y las de tu hija son parecidas, pero no idénticas. Se corrigen las diferencias con cirugía plástica, realizada con gran habilidad y técnicas altamente cualificadas.

—Luego es posible que los clones de mi padre no hayan sido fabricados a partir de él, ¿no? —interrumpió Clive agitado mientras envainaba el sable—. El tejido podría haber sido extraído de Neville. Se parece mucho a nuestro padre. Y la cirugía habría hecho el resto.

—O de ti, Clive Folliot —le recordó Chang Guafe—. Pero no puedo estar totalmente seguro. No detecté ninguna cicatriz en el clon del palacio y creo que tampoco las encontraré en el clon contra quien luchaste, aunque lo examine con precisión. —Con un gesto indicó a los clones Amanda—. Estos fueron fabricados con gran precipitación, claro está; quizá sólo fueran experimentos encaminados a la consecución del modelo definitivo.

—No es Amanda —dijo Annabelle enormemente aliviada. Cerró los ojos y espiró poco a poco antes de abrirlos de nuevo—. Dios, casi me vuelvo loca de pensar que habían cogido a mi hija y que ahora estaba perdida en cualquier rincón de la Mazmorra. —Pasó la mano por el antebrazo de los implantes y desconectó el Baalbec. La claridad que la rodeaba se esfumó.

—Lo sé —le confió Clive en un susurro casi inaudible—. No dejaba de preguntarme lo mismo acerca de mi padre. —Se mordió el labio y echó un vistazo a su hermano, temiendo haber confesado demasiado. Pero la mirada de Neville no traicionaba ningún sentimiento, ninguna emoción que pudiera compartir con él. ¿Cómo podía haber pensado alguna vez en su hermano como apoyo, cuando era de piedra fría? Ciertamente podía haber llegado a considerar a Neville con algo más de respeto, pero sabía que era imposible obtener de él cualquier tipo de ayuda moral.

—Salgamos de aquí —dijo.

La fábrica negra

A medida que se adentraban más y más en el complejo subterráneo, cada sala que encontraban acrecentaba su fantasía. Las tuberías cristalinas formaban ahora una espesa trama en el techo. Líquidos de colores vibrantes y de naturaleza misteriosa corrían hacia un destino desconocido, tomando y revertiendo la luz de los paneles del alumbrado, proyectando arcos iris en las paredes, salpicando techos y suelos con bandas y charcos de azules, verdes, rojos y amarillos.

Si las estancias anteriores estaban destinadas al almacenamiento, las que ahora cruzaban estaban repletas de maquinaria. El rumor sordo de poderosos motores zumbaba en el aire y el continuo trump-trump de bombas y compresores creaba un ritmo constante y monótono. Cintas transportadoras automáticas trasladaban las cajas ya familiares de las salas exteriores a otros puntos. Brazos robóticos situados en las articulaciones y puntos de unión de las cintas verificaban los signos de los embalajes y transferían cada uno de ellos a su cinta correspondiente para la siguiente etapa de su viaje.

Alertado por una súbita sirena agudísima, Samedi se volvió en redondo.

—¡Atrás, chicos! —exclamó de inmediato, indicando a todos que se agachasen tras la base de lo que, para la limitada experiencia de Clive, parecía ser un descomunal generador eléctrico. Una vez a cubierto, éste se aventuró a mirar por encima del hombro de Samedi y asomarse por la esquina.

Cuatro pequeños vehículos en forma de tanques en movimiento aparecieron a la vista. Al principio Clive pensó que se trataba de cazarratones, pero luego vio que eran una especie de carros de transporte. Cuatro delgados apéndices con pinzas en el extremo se elevaban del cuerpo de cada tanque y sostenían con firmeza una enorme pieza de maquinaria, cuyo objetivo Clive no podía siquiera imaginar. Por medio de orugas lisas cruzaron la sala por el centro y salieron por la puerta del otro extremo.

—¿Por qué nos escondemos? —susurró Clive a Samedi una vez desaparecidos los cuatro vehículos—. ¿Pueden percibir nuestra presencia?

—Eso creo —respondió el guía—. No hacen más que comunicarlo a los cazarratones; normalmente uno puede escapar antes de que aparezcan. No obstante, ¿es necesario que sepan que estamos aquí?

—Cierto —dijo Clive manifestando su acuerdo—, es mejor que lo ignoren.

Samedi se arrastró hasta el centro de la sala, escrutó en ambas direcciones y les

hizo señal de que salieran de su escondrijo. Se escabulleron con sigilo de aquella sala y entraron en la contigua.

Un chorro de llamas surgió a su izquierda. Clive levantó de manera instintiva un brazo para protegerse el rostro y dio un salto atrás que lo hizo chocar contra una pared cercana mientras el fuego se desvanecía de nuevo.

Annabelle lo miró preocupada, se dirigió a la izquierda, extendió la mano sobre una especie de consola de mandos e hizo repiquetear los nudillos contra una sustancia transparente que cubría la consola.

—Cristal blindado, seguro —explicó mirando a Clive—. Indestructible. —Se volvió de nuevo, apoyó los codos en la consola y miró hacia el exterior—. ¡Vaya paisaje!

Los demás se acercaron a ella y contemplaron también. Se hallaban en una plataforma de observación que miraba hacia abajo desde una considerable altura; pero no alcanzaban a comprender lo que veían. La sala inferior era vastísima, si es que sala era. No llegaban a distinguir el otro extremo por el negro humo y por la niebla que flotaba por encima de todo, y ni siquiera podían estar seguros de divisar el suelo. Cientos de chimeneas se erguían a través de una bruma espesísima y escupían al aire llamas y un denso vapor de aspecto tóxico. Y géiseres brillantes y ardientes surgían en estallidos resplandecientes. Por lo que parecía, uno de esos géiseres se hallaba justo bajo la ventana de observación, ya que cada breves momentos tenía lugar la misma erupción que había sobresaltado tanto a Clive.

—Es como una versión industrial del infierno, Clive —comentó Annabelle en voz baja—. En mi época había cientos de ciudades así, metrópolis enteras convertidas en fábricas.

—¡No puede haber una ciudad ahí abajo! —dijo Neville medio burlón, pero la duda traicionó su voz—. Nadie podría vivir aquí.

Annabelle se retiró un poco y empezó a examinar la consola que recorría la ventana y seguía hacia la sala. Indicadores luminosos y pantallas mostraban leyendas en símbolos similares a los de las cajas.

—Fijaos —dijo, señalando una serie de indicadores espaciados a intervalos en la parte superior de la consola—. Esas agujas oscilan cada vez que se dispara un geiser.

—Una vez vi una fábrica —comentó Sidi Bombay en voz baja mientras seguía contemplando por la ventana.

Finnbogg fue hacia Sidi y con un brazo le rodeó el hombro y observaron juntos.

—A Finnbogg le recuerda un asqueroso lugar que el amigo Clive llamó la Puerta de Dante, ¿sí?

Clive sintió como si le hubieran asestado un golpe con una almádena; luego se percató de que no había sido su sobresalto sino el de Chillido el que había vibrado en la red neuronal que los unía. En apariencia, todos excepto Neville también lo compartieron, puesto que todos se volvieron hacia ella. La aracnoide permanecía con los cuatro brazos apoyados en el cristal, y mientras que algunos de sus ojos se

mantenían fijos en el sucio panorama que quedaba por debajo de ellos, los restantes miraban a Clive.

El Ser Finnbogg habla con acierto, les envió ella, incapaz de contener su agitación o la sensación de inquietud que acompañaba su pensamiento. *¿Podría ser el nivel siete la planta energética de la Mazmorra? ¿Que este mundo entero sea una gran fábrica?*

Clive se rascó el mentón.

—No lo sé, Chillido. Quizá sea así. Pero eso no explicaría las visiones que tuvimos en el Lago de las Lamentaciones, ¿no? En realidad, desde que usted me contó que alguien nos extrae imágenes de la mente, me he estado preguntando si aún podemos confiar en nuestros sentidos. ¿Y si ese alguien hubiera estado recreando estas imágenes?

—¡Ya está! —exclamó Annabelle—. Esto lo explicaría todo. Quería comentarlo antes. ¿Recordáis cuando Finnbogg saltó al lago porque creyó ver a su hermano? Cuando lo sacamos de allí no estaba quemado, escaldado, ni nada. ¡Pero el agua estaba hirviendo!

—Y nuestro buen amigo Philo B. Goode lo pasó por entre uno de esos penachos de fuego para tratar de soltárselo del tobillo —añadió Neville con los ojos entrecerrados de sospecha y de rabia—. Quizás el fuego no fuera real tampoco. Quizá nada de esto sea real.

—*Sim, estúpido* —refunfuñó Tomás casi grosero—. Quizás ahora todos estemos seguros y a salvo en nuestras camitas. Quizá todo esto no sea más que un sueño. —Se llevó ambos dedos índices a los ojos sin dejar de mirar con furia a Neville—. Estos ojos son todo lo que tengo, *senhor*. Sólo creo lo que veo y lo que veo lo creo. Cuando arda un fuego, quédese en él si lo prefiere. Pero Tomás se apartará en el acto, y de un salto.

—Una manera muy práctica de enfocar la vida, amigo mío —dijo Sidi Bombay sacudiéndose el brazo de Finnbogg y alejándose de la ventana—. Si no puedes distinguir entre lo que es real y lo que es falso, entonces actúa como si todo fuera real. —Y, mirando a Tomás, juntó las manos y se tocó los labios con la punta de sus índices—. Pero eso te deja completamente a merced de los Señores de la Mazmorra. En lugar de ello, lo que debemos hacer es observar a través de la ilusión para descubrir lo que es real, despellejar lo imposible para determinar lo posible.

Annabelle dio unos golpecitos al suelo con el pie y frunció el entrecejo.

—Sí, sí, muy *zen*^[12] esto, amigo mío —dijo con impaciencia—. Toda esa palabrería «de oír el sonido de una mano» es estupenda en la cima de una montaña allí en la Tierra. Pero aquí, en un mundo extraño en medio de seres extraños, es muy difícil discernir lo que es posible de lo que no lo es.

Un rumor de pasos arrastrados en la sala que acababan de dejar los acalló. Al cabo de unos instantes volvieron a oír el sonido, pero con más claridad: pies desnudos que andaban en dirección a ellos. Clive se llevó el dedo a los labios para indicarles que guardaran silencio y se escabulleron de la plataforma de observación en dirección a la

sala siguiente. Esta parecía ser muy semejante a la anterior. Hileras de gigantescos generadores y máquinas llenaban su vasto espacio. La compañía se agazapó con rapidez en la sombra más cercana y se dispuso a espiar quién o qué los estaba siguiendo.

Con el mismo silencio, Clive desenvainó su sable.

—Tenga cuidado con eso, amigo —susurró Samedi en la penumbra tras él—. Yo no tengo nada que necesite ventilación.

—Relájate —oyó Clive que Annabelle decía a Samedi con suavidad al tiempo que le daba un codazo—. Cuando saca la navaja lo llamamos barbero de pacotilla. Porque cuando afeitada corta algo más que pelo.

Samedi se dio la vuelta y se quedó mirándola unos momentos. Luego se volvió otra vez hacia Clive y le dio unos golpecitos en el hombro.

—¿En su país la consideran una defectuosa? —preguntó lleno de curiosidad.

Clive echó una ojeada a Annabelle y desvió la vista de inmediato, temeroso de que ella pudiera ver su sonrisa incluso en las sombras. Consideró más sensato, por no decir más caballeresco, no hacer comentario alguno. Cuando transcurrieron unos minutos sin que hubiese respuesta, Annabelle le dio una patada.

—Capullo —musitó.

Clive hizo un gesto súbito con el brazo, acallando cualquier otro coloquio. Oyeron claramente pasos en la plataforma de observación. Se retiraron más hacia la oscuridad y esperaron.

Cuatro demonios entraron por la puerta; eran defectuosos cuyas alas no se habían desarrollado de forma adecuada. Cuando pasaron por delante de la compañía, Clive pudo ver con toda claridad las incipientes y retorcidas alas plegadas en sus espaldas, alas demasiado pequeñas o mal formadas para elevarlos en vuelo. No obstante, las afiladas garras y los puntiagudos colmillos centelleaban en la débil luz, y las criaturas pisaban con una fuerza bestial que hacía vibrar el suelo.

—¿Cree que nos están buscando? —preguntó Clive a Samedi una vez que los defectuosos se hubieron alejado.

—Eh, ¿acaso soy el hombre de las respuestas? —replicó Samedi encogiéndose de hombros y apartando cuidadosamente con la mano el sable de Clive, que se le había acercado demasiado para su tranquilidad—. No sé por qué pero me parece a mí que aquí en la Mazmorra todo el mundo va tras de ustedes.

—Bien, es agradable ser popular —musitó Finnbogg de improvisado desde su acurrucada posición en la oscuridad. Con sus garras arañaba el suelo con impaciencia—. Pero mientras todo el mundo busca a Finnbogg, Finnbogg debería estar buscando al amigo Smythe. —Se levantó y se deslizó por entre los demás hacia la zona iluminada de la sala—. ¿Por qué los amigos de Finnbogg se esconden? ¡Vamos a luchar! ¡Mordamos, desgarramos, arañemos para encontrar al amigo Smythe! ¡Basta ya de esconderse!

Annabelle salió de su escondrijo, pasó más allá de donde estaba Clive, y fue a

acariciar a Finnbogg entre las orejas, para demostrarle su comprensión. El can enano soportó su contacto casi con un gruñido.

—Finnbogg —dijo ella amable—, ¿por qué me llamas siempre Annie y no amiga Annie o amiga Annabelle?

Finnbogg se agitó incómodo mientras los demás salían de donde se ocultaban. Casi era un espectáculo cómico ver el modo en que aquel cuerpo macizo y de músculos potentes se hundía ante el dominio de Annabelle. Parecía un escolar a punto de que lo reprendieran.

—Annie es más que una amiga para Finnbogg —respondió temeroso—. Annie es como compañera de camada. No sólo amiga, más que amiga. Huele bien. Huele mejor que cualquier cosa en la Mazmorra. —Levantó el rostro hacia ella y la miró con aquellos ojos grandes, redondos y feroces.

—Huele realmente bien, ¿no, Finnbogg, viejo amigo? —dijo Neville apoyándose en un generador, cruzando los brazos y colocando una pierna encima de otra con una gran sonrisa burlona en el rostro. De un cabezazo echó atrás un mechón de pelo rubio que le había caído sobre los ojos—. «¡Qué obra de arte es una mujer —prosiguió—, cuan noble de razón, cuan clara y odorífera!» —Su sonrisa se agrandó—. Sí, creo que es correcto. Siempre me gustó Shakespeare, ya saben.

—«¡Oh, lo que puede un hombre ocultar dentro, aunque por fuera de ángel tenga la apariencia!» —citó Annabelle poniendo los brazos en jarras y mirándolo con desafío—. «En esta isla de Inglaterra nacen criaturas muy valientes: sus mastines son de un arrojo impar». —Dio un paso más hacia Neville, y le lanzó un último insulto con tono de burla—. «Me da igual no existir —dijo— que vivir con temor a algo semejante a mí».

Neville se quedó mirando estupefacto y con la espalda tesa apoyada en el generador; la sonrisa se esfumó de sus labios y sus brazos cruzados resbalaron, con lentitud y quedaron colgando flácidos a los costados.

—¡Atrapado en tu propia red, hermano! —rió Clive mientras enfundaba su sable—. ¡Si conoce al Bardo mejor que tú! —Sin dejar de sonreír, explicó para los demás—: Lo ha llamado farsante, cobarde y maldito vanidoso, de una tirada. —Se volvió hacia Annabelle y le dedicó una inclinación de reconocimiento. Eso es poesía, en efecto, nieta mía, aunque un poco áspera. Puede que a Neville le lleguen a doler de veras tantas heridas.

Annabelle dibujó una gran sonrisa y dio unas suaves palmaditas a Neville en la mejilla.

—Quizás he sido un poco dura —concedió—, pero los chicos deben aprender a saber qué lugar les corresponde, ¿no creéis?

—Sí, en efecto —respondió Clive divertido, inclinándose de nuevo, mirando de reojo a su hermano. Naturalmente Neville había recobrado su compostura. Su hermano siempre caía de pie, como los gatos. Sin embargo, a veces era divertido verlo ridiculizado. Y Neville tenía a su favor que era lo suficientemente bonachón como

para aceptar una buena broma, una broma con estilo—. Y pienso —prosiguió Clive señalando hacia el otro extremo de la sala por donde los demonios habían salido— que nuestro lugar de destino se encuentra en alguna parte más allá de aquella puerta.

—¿No nos escondemos más? —gruñó Finnbogg, frotándose las garras en un malicioso gesto lleno de intención.

Annabelle regresó junto a Finnbogg y le tomó la pata entre sus manos.

—Sólo nos esconderemos cuando sea necesario hacerlo —le aseguró—. Lo más importante es permanecer vivos para que podamos encontrar a nuestro buen amigo Smythe, ¿de acuerdo?

La única respuesta de Finnbogg fue un ronco y desagradable rugido.

—Vengan —indicó Samedi encabezando la marcha.

La siguiente sala estaba a oscuras, pero su guía conocía el camino que la atravesaba. Annabelle se apartó ligeramente de los demás y utilizó el Baalbec para proporcionarles un poco de tenue luz. Y, aunque Clive se sentía inquieto porque aquello hacía de ella un blanco perfecto para cualquier atacante imprevisto, Annabelle sentía demasiada curiosidad por el contenido de cada estancia para apagar su alumbrado.

Aquella sala no fue una excepción. Intrigada, miraba a un lado y otro mientras su halo iluminaba filas y filas de altos cilindros de cristal, todos dispuestos según algún orden desconocido como para hacer de su paso por allí otro laberinto. Clive miró hacia arriba y advirtió que aquellas extrañas tuberías que transportaban fluidos por el techo de las otras salas, habían tomado, al parecer, otra ruta.

—¡Alguien viene! —susurró Samedi en un ataque de pánico, parándose con tanta brusquedad que Clive chocó contra él cuando la harapienta criatura se volvió en redondo—. ¡Atrás! ¡Abajo!

—¡A paseo! —masculló Finnbogg con cierta rudeza. Y de un salto se colocó en la cima de uno de los cilindros, se equilibró, y saltó al siguiente. Y, en un momento, desapareció de la vista de todos.

Cuando Annabelle cerró el Baalbec, Clive la agarró por el brazo y la arrastró hacia un angosto pasadizo formado por dos hileras de cilindros donde los demás, obedientes, ya se habían apiñado.

—Me parece que tú y yo tendremos que hablar de tu lenguaje —le susurró al oído—. Finnbogg está adquiriendo malas costumbres.

Miró por encima del hombro y contó las cabezas con rapidez.

—Eh, ¿dónde está Chillido? —preguntó. Tomás señaló hacia arriba con el cañón de su arma de rayos.

—Se fue arriba, tras el chucho. Annabelle lo miró enfurecida.

—Finnbogg no es un chucho, cabeza de chorlito. Cuida tus modales. —Tocó el hombro de Clive y le tiró de la oreja para acercarla a su boca—. Quizá será mejor que ayudemos esta vez, abuelito.

—Mantenga la cabeza baja, chico —le aconsejó Samedi al tiempo que se sacaba el

sombrero de copa y lo abrazaba contra el pecho—. Es un barrio con mucho tráfico, cierto, pero pasarán de largo. Sólo tenemos que ser cautelosos.

Antes de que Clive tuviera que decidirse, se oyó una breve agitación al lado, rematada por el gruñido de Finnbogg y un aullido ahogado. Fue suficiente para Clive: se puso en pie de un salto y salió al pasillo, olvidándose de su propia seguridad. Desenfundó su sable de nuevo, dobló una esquina y se asomó a otro pasadizo. Nada. Avanzó con más rapidez, sabiendo que ahora tenía a sus amigos tras de sí. El pasillo giraba a un lado y a otro, y Clive maldijo a quien fuera que había ordenado los cilindros con tanta sinrazón. Finnbogg había seguido el camino correcto yendo por las alturas.

Clive oyó resonar de pronto en la oscuridad algo parecido a una tapa de cristal que se encajaba en su sitio, y se paró en seco. Se arrimó de espaldas a uno de los cilindros, aspiró brevemente y se concentró.

Chillido, llamó en silencio.

La respuesta fue casi inmediata.

Continúa adelante, Ser Clive. No hay peligro.

Se volvió a los demás y con una inclinación de la cabeza les indicó que lo siguieran.

—Lo hemos oído —le notificó Annabelle tocándose la sien.

Finnbogg y Chillido los esperaban tan sólo unos pocos metros más allá en el pasillo, dentro de un pasadizo lateral. Finnbogg estaba sentado en la cima de un cilindro, columpiando los pies, golpeando con los talones la pared de su asiento, y con un aspecto la mar de alegre. El pasadizo era demasiado estrecho para que Annabelle utilizara su Baalbec, así que, a una sugerencia de Chillido, Chang Guafe abrió sus lentes de rubí. La luz roja resplandeció misteriosamente entre los cilindros.

—¡Herkimer! —exclamó Sidi Bombay, aplicando las palmas de sus manos contra el cristal en que estaba sentado Finnbogg.

En su interior, en cuclillas y con un aspecto completamente miserable y desgraciado, se hallaba uno de los clones batrácidos. Sus ojos redondos y saltones miraban con un miedo visceral y temblaba de modo evidente. Al ver a la compañía se acurrucó aún más en sus ancas desnudas y se metió la mitad de sus dedos palmípedos en la boca. Sidi se acercó más y apoyó el rostro en el cristal para ver mejor. Una larga y delgada lengua salió disparada con asombrosa velocidad y potencia, y chocó contra el cristal dejando en él una mancha de saliva pegajosa. Sidi se apartó instintivamente con un movimiento brusco y, en el acto, el Herkimer recuperó su postura de patético abatimiento.

Finnbogg saltó al suelo y levantó el brazo, mostrándolo. Incluso en la luz roja de Chang Guafe se le podían ver unas marcas ensangrentadas en la muñeca y el bíceps.

—Asquerosa lengua —murmuró Finnbogg—, pero Finnbogg ha estrangulado un poquillo a la cosa Herkimer y la ha metido en una gran vasija. ¿Bien?

Clive asintió y estrechó la mano de Finnbogg.

—Más que bien, amigo mío. Lo hiciste re-que-te-bien. ¿Puede salir de allí?

Finnbogg mostró todos sus dientes a la criatura del cristal. Ésta se acurrucó aún más, se llevó las rodillas a la boca y se estremeció.

—La tapa es muy pesada y encaja a la perfección. Y tiene agujeros, para que Herkimer pueda respirar y no se muera.

—¿Agujeros? —inquirió Chang Guafe. El ciborg se acercó al cilindro y lo tocó con la palma de la mano. Su mirada viajó hacia arriba.

Agujeros y válvulas, respondió enseguida Chillido. *Creo que insertan tubos por la tapa. Parece que todos los cilindros tienen tapas similares.*

—Teoría —contestó Chang Guafe. Fijó sus lentes en el rostro de Chillido y cuatro de los ojos compuestos de ésta fulguraron en el resplandor sangriento—. Esos cilindros son probetas para la crianza y desarrollo de los clones.

—Salgamos de aquí —soltó Clive. Aquella idea le produjo una hondísima aversión. Seres que criaban artificialmente a otros seres y que los programaban para desempeñar papeles o tareas. Aquello le sabía a pura esclavitud y a esclavos. ¡Malditos fueran sus creadores! Ya tenía bastante con los ejemplos que había visto en lugares como Zanzíbar y la India. ¡Cuánto lo odiaba!

Cuando por fin llegaron a la salida, Clive ya había conseguido dominarse y ahora sólo conservaba una callada cólera moral.

—Déme esa pistola —ordenó a Tomás. Y, cuando el pequeño marinero español se la pasó, la cogió con ambas manos, se volvió hacia la sala de donde iban a salir, e inició un barrido devastador con el rayo esmeralda. Los cilindros se derretían o se hacían añicos en una orgía de destrucción, y la habitación centelleaba con los fragmentos y astillas plateadas que captaban y reflejaban la luz del rayo. No tenía esperanzas de poder destruirlo todo pues había demasiado, pero quería destrozarlo todo lo posible.

Una singular nota agudísima sonó de repente y el rayo cesó. Clive apuntó de nuevo, disparó, pero no sucedió nada. En el irrazonable ardor de su furia se maldijo a sí mismo y maldijo la pistola. Apretó el gatillo una y otra vez, pero en vano.

—¡Estúpido! —gritó Tomás consternado. Sus manos se cerraron en puños—. ¡Ha estropeado mi arma!

Chang Guafe alargó el brazo, tomó la pistola de manos de Clive y la estudió mientras Tomás seguía maldiciendo. La acercó a sus lentes de rubí, la pasó varias veces de una mano a otra, y con las puntas de los dedos recorrió todos sus ángulos y contornos.

—La sirena debe de haber activado un mecanismo de seguridad para evitar una sobrecarga de energía —sentenció con calma—. O quizás indique que la fuente de energía se ha agotado, en cuyo caso es ahora un arma inútil. Pero sin desmontarla no puedo determinarlo.

—Guárdela —dijo Clive a Tomás devolviéndole el arma—. Si sólo es un mecanismo de seguridad o un cierre automático, puede que vuelva a funcionar. Si

no... —vaciló y se encogió de hombros— golpee a alguien con ella. —Cogió el brazo de Samedi—. No más retrasos —dijo empujando a su guía hacia adelante—. Quiero saber dónde está Smythe, y de prisa.

—Oooh, me gustan las personas con autoridad —ronroneó Samedi con sarcasmo, pero echó a andar tal como le habían mandado.

Los bancos de clones

Cruzaron otra serie de salas, cada una más compleja y más desconcertante que la anterior; luego descendieron por una rampa en forma de espiral que los llevó a otra planta del conjunto. De nuevo, el techo y las paredes estaban cubiertos de tubos cristalinos que se entretejían en un elaborado encaje; algunos irradiaban calor y otros se notaban fríos al tacto.

Durante un breve trecho siguieron un ancho corredor. A una señal de Samedi se arrimaron contra la pared y corrieron a todo lo que daban sus pies.

—Cazarratones —les dijo—. No les gusta que los defectuosos ronden por ahí. —A medio corredor los introdujo en otra sala.

A Annabelle se le cortó el aliento.

—¡Computadoras! —dijo en un jadeo.

Miles de monitores de pantallas azuladas llenaban la sala de una luz parpadeante. Clive quedó boquiabierto. Nunca había visto maquinaria semejante. No podía llegar a imaginarse siquiera la función de la mayoría de aquellos instrumentos, que ahora contemplaba atónito. Palabras, números y gráficos aparecían en pantalla a una velocidad inalcanzable para la mano humana. Clive lo observaba fascinado y horrorizado, y por primera vez en su vida se sintió un absoluto ignorante, un primitivo fuera de su tiempo. No era que no pudiese leer el lenguaje (lo que por cierto no podía) o descifrar los extraños símbolos, los cuales, como los de los embalajes, suponía que eran números. Sino que no comprendía cómo las palabras se podían autoescribir en las pequeñas pantallas o cómo una luz de color podía cumplir la función de la tinta. No comprendía de dónde provenía la información y le asustaba que Annabelle pareciera de repente tan cómoda y animada.

—Esos monitores se refieren a las funciones vitales —anunció de súbito Chang Guafe al detenerse ante una de las muchas consolas—. Electroencefalogramas —dijo indicando una serie de pantallas—. Cardiogramas, respuesta galvánica, respiración. —Hizo un silencio y se inclinó hasta que sus lentes rojos se reflejaron en las pantallas—. Incapaz de deducir las funciones del resto de monitores.

Annabelle se acercó al ciborg y se inclinó junto a él.

—Tiempo —dijo momentos después. Tocó una hilera de símbolos con la punta del dedo—. ¿Ves cómo este último dígito cambia rápido? —Tocó otra posición—. Y pasan veintidós de éstos antes de que el siguiente dígito cambie. Si nos quedáramos

aquí lo suficiente creo que podríamos descifrar el reloj de los Señores de la Mazmorra.

Escrutó las pantallas un instante más; luego se enderezó de súbito y se tapó la boca con la mano. Con los ojos muy abiertos se volvió hacia Clive.

—¡Dios mío, chicos! —exclamó en voz baja—. ¡Ya sé lo que son! —Se acercó a la siguiente consola—. Cada departamento tiene exactamente el mismo conjunto de monitores: temperatura, pulso, EEG; todos son iguales. —Se volvió en un lento círculo, con admiración evidente—. Esta sala es el centro nervioso. Como el puesto de enfermeras de un hospital. Desde aquí pueden observar el crecimiento y desarrollo de un clon. —De nuevo se volvió hacia Clive—. Pero hay miles de departamentos, Clive, y todos se hallan activados. ¿Comprendes? ¡En este preciso momento, en algún lugar, se están fabricando miles de clones!

Miles de versiones de su padre. Quizá miles de Neville, Chang Guafe o Amanda. A Clive todo aquello le pareció obsceno y lo llenó de rabia. Quizás en algún lugar hubiera también un clon de Clive Folliot, un duplicado perfecto, un duplicado cuya mente había sido retorcida y cambiada, que se movía según los mandatos de alguien, con muy poca voluntad propia.

Los Señores de la Mazmorra eran unos monstruos. No le importaba cuántas facciones pudiera haber ni cuáles pudieran ser los propósitos de haberlos llevado allí. Buena o mala gente, tanto le daba. Ambos bandos utilizaban y manipulaban a esas pobres criaturas. Alguien había enviado demonios para que los atacaran y alguien había mandado a Samedi para que los ayudara. Pero incluso Samedi había sido programado.

¿Cuál era el resultado del progreso científico? ¿Esclavitud de alta tecnología? Aquella palabra no dejaba de venirle una y otra vez a la cabeza. *Esclavitud*.

—Tal vez podamos descubrir dónde están —dijo Annabelle con súbito entusiasmo. Dio la vuelta en redondo y se inclinó hacia la consola—. Sé cómo funcionan las computadoras, y sólo con que pudiera descifrar esos símbolos... —Tocó algunas teclas a modo de tanteo.

—¡No! —gritó Samedi corriendo a apartarle la mano. Pero ya era demasiado tarde. La pantalla parpadeó y ennegreció—. Bien, ahora ya está hecho, nena. La comida se ha quemado, seguro. —Se volvió hacia Clive con el rostro horrorizado—. Aquí todo funciona automáticamente, chico. Ahora ella ha tocado lo que no se podía tocar y ha revuelto las cosas, y los cazarratones sabrán que hay alguien por ahí y van a venir corriendo como locos.

Annabelle levantó la vista con expresión de culpabilidad.

—¡Pero no podemos irnos de aquí, Clive! ¡Esto es un tesoro para mí! ¡Todo lo que queremos saber de la Mazmorra está, con toda probabilidad, enterrado en esas computadoras!

—Lo único que yo quiero saber, amigos —intervino Tomás, escabulléndose con Samedi hacia la salida—, es el modo de escapar de aquí.

Clive deseaba, más que nada en el mundo, tiempo para hacer añicos aquella sala,

para destruir la maquinaria que tenía ante él y poner fin a aquel horrible lugar. Su acción anterior había sido un gesto sin sentido, un mero e infantil estropicio de botellas para desahogar su furia. Pero inutilizar aquellas máquinas podía constituir un auténtico golpe para los Señores de la Mazmorra.

Pero no había tiempo. Tenía que pensar en sus amigos y en rescatar a Smythe. Sin el arma de rayos esmeralda no sería tan fácil poner fuera de combate a un cazarratones.

—¡Fuera! —ordenó a todos.

Zigzagueando por entre las consolas corrieron hacia el otro extremo de la sala. Pero, antes de que hubiera llegado a medio camino, oyeron el suave y fino silbido de las orugas de un cazarratones. Volvieron la vista atrás y divisaron el cuerpo metálico de uno de aquellos monstruos que entraba en la sala a toda velocidad. Un segundo robot venía de inmediato tras el primero.

—¡Corran! —gritó Samedi—. Aquí dentro no dispararán. ¡Hay demasiado riesgo de dañar las computadoras!

Corrieron, pero, antes de que pudieran alcanzar la salida, otro cazarratones entró por aquella parte, cerrando su vía de escape. El robot levantó sus brazos sin manos y los apuntó hacia ellos. Tras los lentes de enfoque centelleaba energía dorada; la criatura se mantenía a la espera de ejecutar un disparo certero.

Chillido aulló con una cólera salvaje y arrancó de cuajo una consola de una pared. Se desprendieron hilos humeantes y circuitos rotos que lanzaron una lluvia de furiosas y coloreadas chispas. La arácnida alzó la pieza por encima de la cabeza y la lanzó a través del aire. La consola se estrelló contra el cazarratones, que se derrumbó al suelo, abollado.

—¡Cuidado! —gritó Clive al tiempo que arrastraba consigo al suelo a Tomás y a Sidi Bombay. Un rayo dorado zumbó y atravesó el espacio que segundos antes habían ocupado sus cuerpos y fue a dar en otra consola. Una explosión sacudió la sala, haciéndoles perder el equilibrio a todos, y llenó el aire de humo y de un terrible y acre olor. Una segunda y una tercera explosiones siguieron a la primera, y una lluvia de escombros roció la sala.

La consola de Chillido había inutilizado al cazarratones, pero un brazo medio enterrado en la chatarra asomaba, torcido en un ángulo y disparando su rayo energético. Este trazaba una devastadora línea recta que se dirigía al otro extremo de la sala, destrozando a su paso una consola tras otra.

Tosiendo a causa de una bocanada de humo, Clive logró ponerse en pie y ayudó a Annabelle a hacer lo mismo. Los dos cazarratones de la entrada, maniobrando y esquivando, avanzaban hacia ellos, aún sin estar dispuestos a disparar y a dañar más el precioso equipo de monitores. Chillido tiró de Neville, Sidi y Tomás para que se pusieran en pie. Con la cuarta mano recogió un teclado roto del suelo y lo envió hacia uno de sus atacantes. Rebotó inocuamente en su cuerpo metálico, que no aminoró en lo más mínimo su marcha.

Prosiguieron su carrera hacia la salida, pero Clive se detuvo junto al montón de chatarra que era ahora el cazarratones volcado y administró varias fuertes patadas al arma del brazo que aún seguía emitiendo su haz energético, con lo que consiguió cambiar la dirección del rayo y enfilarlo hacia otra hilera de consolas. La rápida serie de explosiones que se produjeron lo llenaron de una torva satisfacción.

—¡La puerta del fondo! —gritó Samedi cuando estuvieron de nuevo en el pasillo—. ¡Por allí!

Pensando en los cazarratones que lo perseguían, corrían por el pasillo a una velocidad vertiginosa. Aquellos robots asesinos no tardarían mucho en apartar los escombros de su camino, y en aquel pasillo rectilíneo no había lugar donde ponerse a cubierto. Si los atrapaban allí, un solo disparo del rayo sería el final de todos.

De repente una sección de pared del pasillo se abrió en forma de puerta corredera y otro cazarratones se cruzó en su camino. Al levantar los brazos para apuntar hacia ellos, Finnbogg emprendió una carrera velocísima, saltó hacia una pared, rebotó hacia la otra y cayó de pie sobre la máquina mortal. Esta vaciló en su equilibrio y volcó. Al instante Finnbogg hundió con fuerza los dientes en su cuello metálico, gruñendo con ferocidad salvaje. El metal se desgarró y un fuego eléctrico, azul blanquinoso, chisporroteó.

Todos los pelos del cuerpo de Finnbogg se erizaron de raíz y sus ojos se abrieron desorbitados de sorpresa. Intentó abrir las mandíbulas para soltar su presa, pero no pudo.

Un cuerpo rematado con un turbante se lanzó a través del aire y un par de brazos rodearon el cuerpo espasmódico de Finnbogg. El puro impulso de Sidi Bombay arrebató a Finnbogg del cortocircuito; ambos dieron una voltereta en el aire y cayeron de espaldas en el suelo.

Un arco voltaico bailaba alrededor del cuello del cazarratones. Sus orugas continuaban girando, pero no hacía ningún esfuerzo por ponerse derecho, y los brazos no hacían movimiento alguno. Pero Chang Guafe no quería riesgos. Se agachó, aspiró profundamente y, con la izquierda, asestó un puñetazo al cazarratones que le hundió la chapa del pecho. Casi de inmediato, las orugas disminuyeron la marcha y se detuvieron.

Al fondo del pasillo, Samedi dio una palmada contra una puerta y, en respuesta, ésta se deslizó a un lado. Sin aliento, se precipitaron en una sala apenas iluminada. En el acto cinco sorprendidos demonios se volvieron hacia ellos.

—¡Maldición! —exclamó Clive en voz alta y, lanzándose sobre el primero de los defectuosos, que ya había alzado amenazadoramente sus garras, disparó con todas sus fuerzas el puño contra aquella mandíbula puntiaguda. La criatura salió volando para ir a chocar contra uno de sus camaradas. Demasiado tarde Clive vio por el rabillo del ojo unas zarpas que se abalanzaban hacia su rostro. Pero en aquel instante la punta del sable de Neville pasó por encima del hombro de Clive. Las garras vacilaron, se estremecieron y Clive se apartó de un salto. Neville dedicó a Clive una mirada de

rejo mientras desclavaba la espada del cuello de otro demonio y volvía prestamente hacia los dos restantes.

No necesitaba haberse preocupado. Los dos yacían sin sentidos a los pies de Chang Guafe.

—¡Por aquí! —señaló Samedi hacia una puerta, al parecer guardada por los cinco demonios. Se abrió camino entre Annabelle y Finnbogg, pasó por encima de los defectuosos abatidos y aplicó la mano en ella. A su contacto la puerta se abrió, y el grupo se zambulló adentro.

Horace Hamilton Smythe colgaba atado a una especie de cruz que se sostenía en alto por medios invisibles. Estaba completamente desnudo. Le habían afeitado la cabeza y la barba. Las venas de su cuerpo sobresalían, azuladas y tensas, y, aunque tenía los ojos cerrados, su rostro estaba retorcido por un grito sin sonido. Finos cables plateados salían de su cuerpo: tres de la frente, dos de debajo de los oídos, uno de cada codo y otro de cada rodilla. Otros dos estaban conectados a ambos lados de la ingle, dos más en el vientre y uno justo por encima del corazón. En las palmas de las manos también tenía cables enchufados.

Los hilos iban a parar a una colosal máquina colocada directamente detrás de él y a dos consolas situadas a ambos lados. Monitores con pantallas informaban de sus funciones cerebrales y cardíacas, mientras datos escritos en inglés fluían en un listado incesante en otro par de pantallas.

—¡Dios mío! —dijo Clive sin aliento, horrorizado—. ¡Bajémoslo de ahí de inmediato! ¿Qué le están haciendo?

—Están grabando sus recuerdos y tomando muestras de su personalidad —explicó Samedi.

Clive, Neville y Tomás arrancaron los alambres conectados al pecho y a los miembros de Smythe, mientras que Chillido tiraba de los más altos, clavados en su cabeza.

—¡Creí que no podían grabar recuerdos! —musitó Clive mientras llevaba a cabo su tarea.

—Recuerdos profundos, no —respondió Samedi. Todo rastro de su peculiar acento desapareció una vez más. Se dirigió a la consola situada a la derecha de Smythe—. Los recuerdos íntimos no, pero sí los superficiales; ya sabe: hábitos, automatismos, cosas que uno hace sin pensar. La máquina sondea en busca de eso, lo graba y lo introduce en los bancos de datos centrales.

—Para programar otros clones Smythe —dijo Annabelle.

—O cualquier tipo de clon —corrigió Samedi—. Una vez terminada la grabación, sus recuerdos superficiales pueden imprimirse en el sistema de cualquier clon, tanto si se parece a Smythe como si no. Así como cualquier parte de su personalidad. Por el sistema de «escoge, combina y viste».

—Ayuda! —exclamó Tomás—. ¡No podemos bajarlo! —Por más que lo intentaban, el pequeño español, Sidi y Chillido no podían descolgar a Smythe de la

extraña cruz.

—Oh, lo siento —dijo Samedi volviendo de nuevo a la consola—. Hay que activar esto primero. —Pulsó un par de interruptores y el palo vertical de la cruz empezó a hundirse en el suelo—. Existe un campo de presión especial que lo sostiene en la plataforma —añadió—. Prepárense a recogerlo.

Tan pronto como el mástil de la cruz tocó fondo, Smythe se derrumbó hacia adelante. Tomás y Sidi lo cogieron al vuelo y lo dejaron en el suelo con suavidad. Smythe pestañeó brevemente y luego abrió los ojos. Miró a Tomás y soltó un gemido ronco.

—¿Le duele algo, amigo? —preguntó el marinero—. ¿O no le gusta mi cara bonita?

Smythe se frotó las sienes, soltó otro gemido y se sentó con esfuerzo.

—¿Cómo tardaron tanto? —preguntó mirando a sus amigos en derredor. Entonces se percató de la presencia de Annabelle y lanzó una mirada a Chillido—. ¡Dios mío! —gritó de repente, recordando su estado de desnudez. Desesperado, intentó taparse con las manos—. ¡Señoras, por favor!

—¿Por favor, qué? —inquirió Annabelle con dulzura. Pero Clive, advirtiendo la causa del intenso rubor de Smythe, se aprestó a interferir su visión.

—¡Vuélvanse, por pudor! —suplicó Horace Hamilton Smythe—. ¡No voy vestido!

—Pero Chillido tiene ocho ojos colocados en círculo alrededor de su cabeza —le recordó Neville, sonriendo y apoyándose en una de las consolas. Cruzó los brazos y rió, dispuesto evidentemente a regocijarse con la turbación de Smythe—. No servirá de nada que se dé la vuelta. Lo verá igual.

—Bien, ¡pues que cierre los ojos! —espetó Smythe, mirando con fijeza a la aracnoide mientras sus mejillas enrojecían todavía más.

No tengo párpados, respondió Chillido para todos, y Annabelle tuvo que contener unas risitas.

Fue Samedi quien acudió en su salvación.

—Ea, tome esto, chico —dijo el clon sacándose el sombrero de copa y ofreciéndolo a Smythe—. No tiene usted muy buen aspecto con la cabeza rapada.

Smythe estaba ya de un escarlata subido y el color se le extendía más arriba de las cejas y coloreaba incluso la cima de su calva. Lanzó una mirada asesina a Samedi, pero le arrebató el sombrero y lo usó para taparse la entrepierna.

—Me parece que será mejor que tome esto también —prosiguió Samedi mostrando con su gran sonrisa todos sus dientes amarillentos. Se sacó la harapienta chaqueta, la sacudió para ventilarle un poco el polvo y la lanzó a Smythe.

—¡Muchísimas gracias! —masculló Smythe por entre los dientes apretados, al tiempo que se ataba las mangas de la prenda a la cintura y trataba de ajustársela para que lo cubriese al máximo. Que no era mucho, reflexionó Clive. No obstante, de momento bastaría. No podían permitirse el lujo de permanecer demasiado tiempo parados.

Clive se acercó a su antiguo ordenanza, le puso un brazo alrededor de los hombros y lo estrechó contra sí, con gran alivio.

—Nos dio usted un buen susto, Horace, yendo a rondar tan lejos.

—Lo siento, mi comandante —respondió Smythe con pesar—. Mi intención era sólo salir a dar una vuelta, no a largarme de vacaciones.

—¿Vacaciones, eh? —repitió Clive. Se volvió hacia Samedi—. Dijo usted que nos guiaría hasta la Puerta. ¿Está por aquí cerca?

—Muy cerca, chico —respondió Samedi mientras se abrazaba a sí mismo y se frotaba los brazos con brío. Su delgada y traslúcida piel había tomado un matiz azulado en la difusa luz, y sus costillas se veían a través de ella de un modo antinatural. Sin su chaqueta parecía aún más un muerto andante, como el auténtico barón Samedi.

—Entonces vámonos. Pero primero —añadió Clive volviéndose a sus amigos, en especial a Chillido, Finnbogg y Chang Guafe—, destruyan esta sala hasta no dejar ni una pieza entera.

Para Clive fue un gozo puro y amargo observar aquellos tres poderosos seres dedicados a su tarea. Ellos también disfrutaron con su labor, y en pocos momentos redujeron la estancia a humo y escombros.

En la sala anterior, dos de los demonios habían recobrado el sentido y se habían escabullido. Pero no habían logrado llegar muy lejos. Clive salió al pasillo y vio a los dos cazarratones de los que habían escapado en la sala de las computadoras. Los asesinos mecánicos marchaban ahora en dirección contraria a Clive, pero arrastraban tras ellos al repugnante par de demonios por medio de unos tentáculos cortos y retráctiles que los agarraban por los tobillos. Una ancha mancha de sangre que se alargaba por el suelo demostraba la potencial eficacia de los robots. Al parecer, cualquier muerte los satisfacía.

Clive retiró la cabeza y esperó a que los monstruos hubieran desaparecido de la vista. Luego abrió el camino hacia el pasillo.

—¿Hacia dónde ahora? —preguntó a Samedi; el clon señaló hacia una sección de pared situada a medio pasillo y se dirigió allí.

—Por aquí —indicó Samedi.

Pero Clive no veía ninguna puerta ni ninguna abertura. Miró con recelo a su guía y tocó la pared que Samedi le indicaba. El tabique giró hacia adentro abriéndose una fracción.

—Hagan memoria de mi armario escondite —les recordó Samedi—. Tampoco vieron aquella puerta. Los Señores de la Mazmorra no quieren defectuosos merodeando por todas partes, ya sabe. Por eso ocultan algunos pasos. De todas formas, la mayoría de nosotros, aunque pobre gente, sabemos dónde están. —Empujó y el tabique acabó de abrirse, al menos lo suficiente para permitir el paso de dos a la vez. Pasaron adentro.

Clive supo enseguida dónde se encontraban. La inmensa sala estaba a oscuras,

pero miles y miles de probetas de cristal irradiaban una pálida luz azulada y, a lo largo y ancho del techo, cañerías y tuberías cristalinas, que descendían y se introducían en los recipientes, relucían con vibrantes colores químicos.

—¡Es bellissimo! —murmuró Annabelle impresionada.

Clive sacudió la cabeza.

—Es monstruoso —replicó.

Avanzaron lentamente, escrutando las formas de vida en el interior de las enormes probetas. Algunas eran meros embriones flotando con serenidad en el líquido amniótico. Pero incluso en aquel simple estado Clive podía determinar cuáles eran humanos o humanoides y cuáles eran clones nacidos de especies alienígenas. Algunos de los recipientes contenían niños. Por encima de esos tubos colgaban unas máquinas pequeñas, en forma de caja. De esas cajas salían cables que descendían hacia las probetas, atravesaban las tapas y penetraban en los cuerpos de los seres.

¡A qué edad más temprana, advirtió Clive, empezaba la programación! Lo ponía enfermo.

Al pasar muy cerca por delante de uno de los recipientes, Clive sintió que el corazón le daba un vuelco, y dio un alto hacia Annabelle.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella preocupada. El señaló una probeta.

Una criatura simiesca flotaba en el interior del tanque; tenía los ojos abiertos y miraba de hito en hito al grupo de un modo turbador. Su expresión era tan hosca, un odio tan palpable, que produjo un escalofrío en la columna vertebral de Clive. No se movía, no amenazaba ni hacía gestos, y su rostro permanecía absolutamente impávido. ¡Pero aquellos ojos!

—Un defectuoso —comentó con calma Samedi.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Sidi Bombay.

Samedi lo miró impertérrito y luego volvió la vista hacia la criatura de la probeta.

—Se ve, chico —respondió con voz inexpresiva.

Neville se acercó a Clive y la compañía continuó avanzando.

—Me siento como si estuviera de visita al zoo —le susurró dando vistazos fugaces e inquietos a un lado y a otro. Neville tenía en todo momento la mano puesta en la empuñadura del sable y su tensión era casi tangible.

—No es un zoo —respondió Clive, casi incapaz de obligar a su voz a salir por la garganta. Se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no bebía agua—. Un jardín —prosiguió—. Un jardín. —Se detuvo ante un recipiente. Contenía a un joven perfecto, de quizá diecisiete años, cuyas perfectas facciones inglesas estaban coronadas por una masa despeinada de pelo rubio. Clive cerró los ojos, aspiró profundamente y soltó el aire poco a poco. Miró a su entorno. Probetas por todas partes, probetas hasta donde alcanzaba la vista—. Un jardín —repitió una vez más—, y éstos sólo esperan la cosecha. —Tragó saliva—. Es obsceno.

Cogió la mano de Annabelle y la apretó con fuerza. Su carne era cálida, real, parte de él. La sangre de Clive circulaba por las venas de ella, la historia de él latía en el

corazón y en el alma de ella.

Annabelle levantó la cabeza y le dedicó una incierta y tenue sonrisita, y siguieron andando. Annabelle era auténtica, su hija, su descendiente al menos. La quería, quería realmente a su tataranieta. No podía evitarlo. Sentía aquel vínculo y sabía lo fuerte que era, lo inquebrantable que era.

Pero aquello que se hallaba en el interior del cristal, con su cuerpo juvenil y su pelo rubio... Era un clon, sin duda, ¿pero de su padre o de Neville? ¿O era de Clive Folliot? ¿Y si era suyo? ¿Qué sería para él? ¿Hijo? ¿Primo? ¿Cómo definiría un perfecto caballero inglés aquel parentesco? ¿Cuál era su obligación con respecto a él? ¿Existía alguna obligación? ¿Era una vida auténtica o sólo una amalgama de células con cierta forma familiar, sin mente propia hasta que una máquina se la proporcionara?

Se sentía mal. Se sentía furioso.

—Una vez estuve en un *pub* parecido a eso, mi comandante —dijo Smythe de repente, acercándose a él por detrás—. Fue en Liverpool. No puede llegar a imaginarse la de cosas raras que flotaban por allí, empapándose de... cierto líquido muy nutritivo, no sé si me comprende.

A través del espejo

—Sensores auditivos percibiendo una perturbación —informó Chang Guafe de repente—, aproximadamente a veinte metros a la derecha.

Poco a poco, a medida que pasaban por entre las probetas de clones, la compañía fue formando un grupo compacto. Sus rostros reflejaban los extraños suaves colores que despedían las resplandecientes sustancias químicas, y tomaban una apariencia tan alienígena como la de cualquier criatura de las incubadoras. Ante el aviso de Chang Guafe se pararon a escuchar.

—Me temo que no oigo nada, viejo amigo —dijo Neville, pero había bajado la voz hasta el susurro.

Samedi tiraba con insistencia de la manga de Clive.

—No importa, chico —dijo Samedi, lanzando una mirada furtiva en dirección al peligro—. Nuestro camino es recto hacia adelante. Por aquí no hay nada para nosotros.

Clive se soltó la manga de Samedi, con suavidad pero también con firmeza. Finalmente había empezado a percatarse de que el acento de su guía se hacía más intenso cuanto más nervioso se ponía, y ahora no había duda en que la mirada de Samedi estaba teñida de terror. Además, Chang Guafe no los habría alertado sin razón.

—¿Sabes qué clase de perturbación, Chang? —preguntó Clive.

El ciborg dudó unos momentos como si volviera a escuchar.

—Disparos de armas, gritos de muchas voces, gritos de dolor, ruido de fondo de destrucción. —Hizo un silencio, y luego—: Análisis: violenta confrontación a considerable escala.

—Con el permiso de mi comandante —susurró el sargento Smythe al oído de Clive—, mi opinión es que si hay jaleo por aquí cerca, no sería sensato dejarlo a nuestras espaldas.

—Pero si está tan cerca, amigo —intervino Tomás—, ¿por qué el resto de nosotros no lo oímos?

—Dispensa, humano —contestó el ciborg a Tomás—. Mis receptores están al máximo de sensibilidad. Tienes razón al señalar la diferencia de apreciación. No obstante, por lo que respecta a la distancia de la perturbación, es tal como he afirmado. —Y pasó la mirada de Tomás a Clive—. La perturbación es un evento

anómalo.

Clive suspiró. Lo único que quería era encontrar la Puerta, pero Smythe tenía razón. No podían permitirse peligros a sus espaldas sin conocer su naturaleza.

—Vayamos a ver qué es —decidió—. Pero manténganse agazapados y ocultos a cualquier mirada. Si no saben que rondamos por ahí, mejor que no se enteren.

Chang Guafe los condujo por un laberinto de probetas, siguiendo el camino en base a sus sensores. Clive mantenía los ojos fijos en su amigo el ciborg, y evitaba volver la vista a los recipientes, puesto que lo que contenían lo ponía enfermo.

Nadie hacía ni el menor ruido, no sólo para no entorpecer la labor de Chang Guafe, sino por temor a que un enemigo desconocido los descubriera. Después de haber recorrido quizás unos diez metros, Clive creyó detectar un levísimo indicio de sonido proveniente del punto adonde se dirigían. Entonces se oyó un estruendo que hizo vibrar el suelo bajo sus pies.

La compañía se inmovilizó por completo y sus miembros se miraron mutuamente. Luego, a una indicación de Clive, prosiguieron la marcha. Ahora todos oían sonidos, aunque débiles.

La pared sur de la inmensa sala de los clones era de un grueso plexiglás transparente que permitía ver la otra sala, situada en una planta inferior. Aunque el sonido les llegaba muy amortiguado, al acercar los rostros al plexiglás pudieron oír, y también ver, lo que había provocado el aviso de Chang Guafe.

—¡Dios mío! —masculló Annabelle, apoyando la frente en el cristal y mirando a través de él.

Nadie más dijo nada.

En las paredes de la sala de abajo había paneles de alumbrado, pero no salidas. En apariencia, todas las puertas habían sido cerradas de modo hermético. Un centenar de defectuosos huían aterrados e indefensos de diez cazarratones que sitiaban la sala. Rayos de energía taladraban la carne, y los cuerpos explotaban literalmente al contacto con la luz dorada. No había refugio, nada con que protegerse excepto un amontonamiento de cajas desechadas en el centro del recinto.

«Materia orgánica pura», recordó Clive con amargura y, con un súbito y horrible presagio, se volvió hacia Samedi.

—¿Qué hacen con los cuerpos?

—Los reciclan, jefe —fue la atroz respuesta—. «No derroches y no te faltará», es su lema.

—¿La masa de carne de las cajas? —preguntó Annabelle con expresión de asco.

Samedi asintió.

—Sí, algunos de ellos.

Antes de que Clive pudiera formular otra pregunta, una veintena de defectuosos que huían despavoridos se dieron la vuelta y se lanzaron al ataque del primer cazarratones que encontraron. Unos trataban de cogerle los brazos e inmovilizárselos. Otros trepaban por su espalda y le atizaban puñetazos en la cabeza metálica, mientras,

a los costados, algunos se aferraban a sus orugas para frenarlas. Al final, con un impulso coordinado, lo levantaron de un costado, y la máquina se inclinó y cayó con estrépito, arrancando a sus atacantes un grito de victoria.

Pero fue una victoria efímera, puesto que su intrépida acción atrajo a más cazarratones. Durante un instante, aquella zona de la sala se convirtió, a causa de los rayos que convergían en el grupo de defectuosos, en un pequeño y resplandeciente sol.

Annabelle se volvió de espaldas y se llevó las manos a la cara.

—Odio este lugar —musitó como un hombre al borde de la demencia—. Odio este lugar.

Clive se volvió de nuevo hacia Samedi. El clon se había apartado del plexiglás y se había apoyado, fatigado, en la probeta más cercana. En su interior, una alta y delicada criatura de orejas puntiagudas flotaba en algo semejante a un sueño dichoso. Pero sus manos parecían casi querer estrangular a Samedi.

—¿Qué está ocurriendo ahí abajo? —insistió Clive, ya sin molestarse en bajar la voz.

—Así son los rodeos de ganado que tuve ocasión de presenciar en Estados Unidos —dijo Neville.

—Eso es, sí señor —respondió Samedi con voz temblorosa—. Eso es exactamente lo que es. Ya sabe, nosotros somos defectuosos, pero algunos podemos pensar, y todos sabemos escondernos muy bien. Sin embargo, ellos se aseguran de cazarnos de tanto en tanto para que no nos multipliquemos con demasiada rapidez. Por eso ponen algún producto en las cajas de la comida. Cuanto más come uno, más quiere, hasta que llega un momento en que aquella comida se vuelve imprescindible para uno, e incluso llegar a sufrir de forma terrible si no la puede conseguir.

—¿Drogas? —preguntó Annabelle incrédula. Samedi asintió de nuevo.

—Ponen una buena provisión en una gran sala como ésta. Nunca dos veces en la misma. Y todo el mundo sabe que es una emboscada, pero todo el mundo necesita aquella comida. El primer día los cazarratones no vienen, y el segundo día tampoco, y quizá no vienen durante un montón de días, hasta que uno piensa que no hay peligro, y al final nos reunimos en gran número para ir a obtener la comida. Claro, en aquel momento aparecen los cazarratones, porque sólo habían esperado tanto tiempo para poder atrapar de una sola vez a un buen montón de defectuosos.

De súbito, las lágrimas inundaron los ojos de Samedi y se derramaron por sus mejillas formando hilillos. Se dejó resbalar hasta caer sentado al suelo, con la espalda apoyada en la probeta, y dio rienda suelta a sus sollozos. Luego los sollozos se convirtieron en una risa suave y triste. Se llevó una mano a la cara, recogió una lágrima con la punta de un dedo y la contempló.

—Soy libre —dijo, sin indicio alguno de su acento—. Estoy libre de mi programación. Por lo mismo que no pueden obtener los recuerdos profundos, no pueden proporcionarnos emociones profundas, como aflicción, lealtad o

misericordia. —Recogió otra lágrima y la sostuvo en alto. Y centelleó en la pálida luminiscencia azul de la probeta que tenía tras de sí—. Las emociones, tenemos que hallarlas por cuenta propia, y sólo podemos hacerlo cuando la programación ya no nos controla. —Alzó el rostro y un indicio de sonrisa cruzó fugaz sus labios—. Ahora puedo llorar, mientras que antes no podía.

Permaneció sentado unos segundos más, con las manos cruzadas en el regazo. Al fin se levantó.

—No se puede hacer nada por los de ahí abajo, Clive Folliot, ni por mí. Yo he comido también, ¿sabe? Pero quizás usted consiga encontrar a los Señores de la Mazmorra, y, entonces, piense en nosotros. Vayamos hacia la Puerta. —Con el dedo hizo una señal al español—. Venga, Tomás. Yo odio este lugar tanto como usted. Camine junto a mí. —Con un brazo rodeó el hombro de Tomás y ambos encabezaron la marcha.

—¡Pero Clive! —gritó Annabelle al ver que la compañía se alejaba—. No podemos dejarlos aquí. ¡Es una carnicería! ¡Tenemos que hacer algo!

—Nada podemos hacer —repuso Clive con calma—. ¿No has oído a Samedi? Así funciona el mundo por aquí.

—Si quieres detenerlo —le dijo Sidi Bombay apartándola con delicadeza del cristal y obligándola a mirarlo y a desviar la vista de la matanza—, tendrás que detener a los Señores de la Mazmorra.

Annabelle miró a Sidi, a Clive, a todos.

—Los detendré —aseguró con una ferocidad glacial—. ¡Malditas sean sus almas! ¡Los detendré!

—Los detendremos —enmendó Clive cogiéndole la mano. Este contacto abrió la ligazón mental que existía entre ellos y permitió a Annabelle vislumbrar, aunque sólo por un instante, el orgullo y el amor que Clive sentía por ella. En respuesta, él probó el sabor de su ira, que todavía no había conseguido dominar.

Clive se retiró de la mente de Annabelle. La compañía seguía a Samedi por entre las probetas.

Chillido, llamó Clive en silencio, y los pensamientos de la arácnida corrieron a abrirse para recibirlo.

Sí, Ser Clive.

Cuando las cosas se hayan calmado, le dijo, *debemos hacer que Neville se conecte a la telaraña.*

De pronto Samedi volvió a detenerse para contemplar un enorme cilindro metálico. Familiares tubos cristalinos salían de su parte superior y se unían a la trama de cañerías que transportaban las soluciones químicas a los recipientes de los clones. En el cilindro había símbolos escritos en negro, pero, si Samedi sabía leerlos, no hizo comentario alguno.

—He visto su fuerza —dijo volviéndose hacia Chang Guafe—. ¿Cree que podría atravesarlo de un puñetazo?

El ciborg se acercó al cilindro y aplicó en él la palma de la mano. Sonó un tenue y agudo pitido y una débil luz verdosa parpadeó bajo sus dedos. Chang Guafe bajó la mano.

—Tiene medio centímetro de grosor —informó—. Puedo romperlo.

Samedi dio un paso atrás y, haciéndole una reverencia, lo invitó a realizarlo.

—Por favor, adelante —pidió. Pero Clive interrumpió.

—Samedi, ¿qué es?

Samedi sonrió con una expresión que a Clive no le gustó en lo más mínimo. Había algo raro en los ojos del clon.

—Le he servido bien —dijo Samedi con un ligerísimo indicio de amenaza en su voz—. Si bien no yo en persona, al menos sí mi material genético. Tres de los míos han muerto por usted, Clive Folliot. Si aún no puede confiar en mí, al menos no me estorbe en esto. Usted no va a sufrir daño alguno.

Chang Guafe miró a Clive.

—Es un metal de poca resistencia. Puedo hacerle un boquete sin recibir daño alguno.

Clive frunció el entrecejo y asintió. Todos excepto el ciborg dieron un paso atrás. La mano de Chang se cerró en un puño. Con un solo y certero golpe seco agujereó el cilindro. Un líquido claro se derramó por su brazo y, al sacar éste del boquete, un chorro manó del orificio y se desparramó con gran rapidez por el suelo.

—¡Puaj! ¡Líquido asqueroso! —exclamó Finnbogg, saltando a un lado para evitar el charco—. ¡No es bueno!

Samedi se encogió de hombros y se volvió para seguir su tarea de guía.

—Es sólo una solución nutritiva —explicó.

—Es decir, que sin esto ¿los clones mueren de hambre en sus nidos de cristal? —interrogó Annabelle.

—Es poco probable —respondió Samedi sin aminorar la marcha—. Los monitores detectan la avería y envían máquinas a repararla. Sólo que, ¿cómo lo diría?, se paraliza momentáneamente la obra. Lo más seguro es que incluso se olviden de los defectuosos de abajo y despachen a los cazarratones en nuestra persecución.

—He aquí una agradable novedad —dijo Neville burlón.

—Estaremos todos a salvo cuando lleguen por aquí. Ustedes, por la Puerta, y yo... —y se encogió de hombros—. Por cierto, Chang Guafe, aquí hay otro. —Y se detuvo ante un cilindro idéntico al primero—. ¿Le importaría...?

Cuatro veces más Chang Guafe horadó tanques llenos de solución nutritiva por ruego de Samedi. El suelo empezaba a estar muy resbaladizo a causa del fluido que se extendía por todas partes. Un ligero hedor impregnaba el aire. Finnbogg se tapaba la nariz e intentaba en vano saltar de puntillas de un punto seco a otro.

—¡Puaj! —repetía con gran repugnancia.

—No es tan malo —lo reprendió Annabelle, rascándolo entre las orejas, pero la expresión de su cara decía otra cosa.

Finnbogg giró aquellos ojos pardos tan grandes hacia ella.

—Annie tiene un olfato humano, atrofiado —replicó defendiéndose—. Finnbogg tiene un olfato muy sensible. Todos los Finnbogg tienen olfatos sensibles. —Pinzó la nariz de nuevo y repitió—: ¡Puaj!

Samedi se detuvo de nuevo, ahora ante un panel de puertas. Habían alcanzado la pared oeste.

—Al otro lado de esa puerta está el centro neurálgico del banco de clones —anunció—. Montañas de computadoras y de maquinaria, pero la Puerta hacia el siguiente nivel también está por aquí, en alguna parte. —Tocó el panel con la palma de la mano. No ocurrió nada—. ¡Está cerrada! —exclamó sorprendido.

—Eso no es problema —contestó Clive con resolución. Estaba impaciente por salir de aquel lugar y no lo iba a impedir una simple cerradura de nada—. ¡Chang! ¡Chillido!

La puerta cedió como si hubiese sido de papel. Los dos alienígenas la desgarraron sin perder ni un instante y la compañía pasó presta adentro.

No había computadoras ni maquinaria alguna. De hecho, la sala era más bien pequeña y estaba amueblada como una salita de estar de la época victoriana, con gruesas alfombras y butacas acolchadas, cuadros en las paredes y un hogar con un fuego cálido y acogedor. Un reloj con una vieja y preciosa caja marchaba con un tictac sonoro a un costado de la chimenea, y encima de la repisa de ésta había un gran espejo que reflejaba la pieza entera.

Ante el hogar, dos figuras frente a frente se encorvaban sobre una mesa que contenía un juego de ajedrez. Tras ellas había dos figuras más, en pie, vistiendo pesadas capas. Los de las capas se volvieron al mismo tiempo y se quedaron observando a Clive.

—¡Caramba y recaramba! —exclamó la mujer de pelo negro.

—¡Oh, mierda! —agregó su hermano.

—¡Los hermanos Ransome! —gritó el sargento Smythe. Pero, antes de que nadie pudiera reaccionar, el par se deshizo de los capotes y con un salto asombroso, desapareció a través del espejo.

Tomás hizo ademán de echar a correr.

—A *pressa!* ¡Esa debe de ser la Puerta!

Pero Clive lo retuvo por el brazo.

—Espere —dijo acercándose a las dos figuras que aún no habían levantado la vista del tablero de ajedrez. Parecían estar absortas en sus movimientos. Uno de los jugadores alzó una pieza y la depositó con sumo cuidado en otro cuadro. El otro ya tenía preparado su réplica y la llevó a cabo. Sólo entonces se dignaron considerar a los intrusos. Con gran lentitud levantaron la vista del juego.

Clive quedó petrificado al contemplar el rostro de Philo B. Goode, de nuevo en su forma humana, y el de su padre, el barón Tewkesbury.

—Vaya, así que han conseguido llegar hasta aquí —comentó Goode.

Annabelle daba tirones al brazo de Clive.

—Clones —le susurró.

—¿Lo somos de veras? —dijo Goode divertido, mientras cruzaba los brazos sobre su pecho redondo, sonriendo hacia su compañero de juego. El barón le devolvió la mirada, sobrio—. Así que por fin puede distinguir lo verdadero de lo falso, ¿no? ¿La ilusión de la realidad? ¿Ha logrado aprenderlo?

—¡Sí! —espetó Annabelle—. Tú eres un clon, Philo Goode. ¡Ambos sois clones! Y esta habitación también es falsa, es pura ilusión. Podéis extraer imágenes de nuestras mentes. Chillido lo descubrió. Y esta imagen es mía. Yo he leído *A través del espejo*. ¡Lo único que falta aquí son los gatos!

—¡Miau! ¡Ffffu!

Todos se volvieron hacia el sonido. Ovillada en una de las butacas acolchadas estaba sentada una gran gata que limpiaba con gran paciencia la cara de un gatito blanco. A los pies de la butaca, otro gatito, negro, jugueteaba con un ovillo de hilo azul.

—Han aprendido —admitió Philo B. Goode a regañadientes—, pero no han aprendido lo suficiente.

Neville dio un paso al frente, desenfundando su espada con un leve movimiento amenazador.

—Entonces quizás aún podemos extraerles a golpes algunas respuestas, ¡maldito par de payasos!

—Usted, por otra parte, no ha aprendido mucho, que digamos, comandante. —Goode introdujo la mano en el bolsillo de su chaleco y sacó una cajita de rayos paralizadores igual a la de Sidi Bombay. La apuntó a Neville a punto de apretar el botón. Neville Folliot frenó su acometida y se inmovilizó—. Por eso no nos dimos por vencidos. —Miró a Clive y sonrió de nuevo con aquella odiosa sonrisa—. Por favor, no intenten coger ninguna de sus armas. Porque, ¿ven, amigos?, el juego dista mucho de haber finalizado. —De repente miró más allá de Clive y ensanchó la sonrisa—. Ajá. Ya vienen a buscarlos.

Clive dio la vuelta en redondo para ver a lo que Goode se refería. Tres cazarratones estaban cruzando a toda velocidad la sala de los clones en dirección a la salita donde se hallaban, con los brazos (cuyos extremos ya refulgían con un incipiente fuego dorado) alzados y apuntados hacia ellos. De improviso, las orugas de los robots, al pisar el resbaladizo fluido desparramado por el suelo, empezaron a girar de forma vertiginosa pero inútil.

—Tiene usted razón, señor —dijo Samedi con cortesía burlona, apoyándose con naturalidad en el marco de la puerta reventada—. El juego aún no ha finalizado. —Abrió una cajita que tenía en la palma de la mano.

—¡Vaya con el ratero! —exclamó Tomás, tanteando la cintura de sus pantalones—. ¡Me ha robado las cerillas!

Samedi rasgó un fósforo en un costado de la cajita. Se encendió una diminuta

llama y un diminuto penacho de humo subió retorcido hacia su rostro. Dio un paso atrás, hacia la sala de los clones, con una expresión en los ojos que hizo temblar a Clive.

—Cuando por fin se encuentre frente a frente con los Señores de la Mazmorra, Clive Folliot —dijo Samedi con gravedad—, acuérdense de nosotros, acuérdense de mí. —Volvió a mirar de nuevo a Philo B. Goode con sus ojos hundidos llenos de odio, y sentenció—: Jaque mate.

La cerilla cayó en el suelo, junto a los pies de Samedi. Al instante, el líquido resbaladizo prendió en llamas. Con un fragor impetuoso, la sala de al lado se convirtió en un terrible infierno. Pero Samedi ni siquiera gritó cuando el fuego lo alcanzó. Durante un momento permaneció como un pilar brillante, y luego, justo detrás de él, la primera probeta explotó formando una bola de furia incandescente que los derribó a todos.

Gotas de líquido en llamas llovieron a través del hueco de la puerta. Smythe soltó un grito: la lluvia había aterrizado en su espalda desnuda. Rodó por los suelos dándose manotazos en la espalda como un frenético. También Finnbogg soltó un grito sobresaltado cuando un mechón de pelo de sus ancas empezó a arder. Annabelle se puso en pie, agarró a Finnbogg, se sacó la camiseta y empezó a batirle el trasero con ella.

Más y más temblores sacudían la sala de los clones al compás de las explosiones de las probetas. La altísima temperatura del incendio se comunicaba a través de la puerta, y la alfombra había empezado a arder por donde el líquido la había mojado.

—No creo que fuera un compuesto nutritivo —comentó Chang Guafe.

—¿Acaso intenta desarrollar su sentido del humor, ciborg? —preguntó Neville mientras trataba de ayudar a Chillido a ponerse en pie.

—He estado analizando sus componentes —respondió Chang Guafe con sequedad.

—Analícelos después —sugirió Clive apremiante—. Nuestros amigos han optado por la decisión de más arrojo. Creo que deberíamos hacer lo mismo.

En efecto. En la confusión, Philo B. Goode y el barón habían huido, presumiblemente a través del espejo. Incluso los gatos habían desaparecido, si es que habían estado alguna vez allí. Con toda la rapidez posible, Clive encaminó a sus compañeros hacia el hogar.

Luego agarró una butaca, la arrastró hacia la chimenea y la colocó bajo la repisa para facilitar su salto a través el espejo. Pero en el trasiego, y por casualidad, vislumbró el juego de ajedrez: el corazón le dio un vuelco y sus entrañas se helaron.

No era en absoluto un ajedrez ordinario. Entre las piezas blancas se hallaban pequeños modelos de sí mismo y de sus amigos. Pero entre las piezas negras había una miniatura de Sidi Bombay y otra de Chang Guafe.

De repente recordó otro juego de piezas de ajedrez que había visto en un nivel anterior: el juego de Green. Éste tenía piezas con rasgos humanos, moldeadas a

imagen de Horace, Sidi y (recordó con claridad) su madre.

¿Qué significaba aquello? ¿Tendría el ajedrez de Green alguna relación con éste?

Los demás miembros del grupo, advirtiendo su extraña reacción, se inclinaron también sobre la mesa. Clive, con un grito de rabia, barrió el tablero de un manotazo que lanzó por los aires las piezas. ¿Había actuado con la suficiente rapidez? ¿Alguno de sus compañeros habría visto el ajedrez? Se volvió en redondo y se apartó de la mesa, jadeante.

Sin darse cuenta se quedó mirando fijamente a Sidi Bombay y luego a Chang Guafe. Sidi lo notó.

—¿Qué ocurre, inglés? —preguntó el indio con evidente curiosidad.

Clive se mordió el labio. Entonces, el suelo bajo sus pies se estremeció de forma extraña, amenazadora. En la sala de al lado había miles de probetas con clones, recordó; y, en otras, vastos almacenes de sustancias químicas para alimentarlos.

—¡Nada! —gritó Clive por encima del caos creciente. Se negaba a creer en el pensamiento que había cruzado su mente. Quizá no era capaz de distinguir lo real de lo falso, pero conocía a sus amigos. Era sólo otro truco de Goode, con el único propósito de confundirlo. Bien, pues no se dejaría confundir. ¡Él conocía a sus amigos!

—¡A través de la Puerta, salgamos de aquí! —ordenó recobrando el aplomo.

—A través del espejo, querrás decir —murmuró Annabelle mientras subía a la butaca—. Vamos, Finnbogg, saltemos juntos.

Finnbogg trepó a la butaca, junto a Annabelle, y ambos colocaron un pie en la repisa.

—Buena idea —dijo Clive—. Que cada uno vaya con un compañero. De esta forma, si nos separamos, al menos cada uno tendrá consigo a alguien en quien confiar. —Se volvió hacia su anterior ordenanza y le puso una mano en el hombro—. ¿Le importaría irse con Annabelle y Finnbogg? ¿Los cuidará por mí?

—Desde luego, mi comandante —concedió Smythe—. Aunque estoy seguro de que más allá nos volveremos a encontrar.

—Esta frase me suena un poco rimbombante, sargento —dijo Neville con desdén—. ¿Acaso intenta hacerse el gracioso?

Smythe suspiró como un padre paciente ante un hijo insolente.

—Lo único que intento hacer, mi comandante, es recoger esta capa y cubrirme las vergüenzas con ella. ¿Sería tan amable de apartar el pie? —Pero, antes de que Neville tuviera tiempo de moverse, Smythe se agachó, asió la capa que uno de los hermanos Ransome había dejado en el suelo, y de una sacudida la arrancó de debajo del talón de Neville, quien perdió el equilibrio y estuvo a punto de caerse. Haciendo caso omiso de los improperios de Neville, se ató la capa al cuello y se envolvió el cuerpo con los grandes faldones—. Esto ya está mejor —comentó con una pequeña sonrisa nerviosa.

Luego puso un pie en la butaca y otro en la repisa, junto a Annabelle y Finnbogg. Con una mano extendida hacia adelante, los tres se inclinaron hacia el espejo y

cayeron por él.

Tomás y Sidi fueron los siguientes; intercambiaron breves miradas y se tiraron. Neville tomó una de las manos de Chillido y subió a la butaca. Con caballeresca galantería intentó hacer espacio a la aracnoide de dos metros diez de altura.

—Chillido no va a necesitar la butaca —le indicó Clive a su hermano, y sintió, por la red neuronal, la alegría divertida de la araña. Chillido pegó un salto y empujó hacia el espejo al sorprendido Neville.

—Nos toca ir juntos, Clive Folliot —dijo Chang Guafe poniendo un pie en la butaca.

Clive echó un vistazo al ciborg y le cogió la mano.

—Muy bien, Chang. No hay nadie que prefiera a mi derecha más que usted. —«Y me importa un comino lo que había en el tablero de ajedrez», agregó mentalmente.

Subieron a la butaca y de la butaca a la repisa de la chimenea. Ahora el fuego ya cubría media habitación, y el costado de la alfombra que daba a la puerta ardía con violentas llamaradas. Más explosiones se sucedían, sacudiendo el complejo, y el humo lo inundaba todo.

—Lo recordaré, Samedi —prometió en un susurro—. Juro que lo recordaré.

—Lo recordaremos —corrigió Chang Guafe.

Clive miró en el rostro de Chang Guafe. A pesar de todo el metal, no encontró nada horroroso en él. Los lentes de rubí eran aún ventanas de su alma, un alma que conocía, un alma en la que confiaba.

—Has perdido esta vez, Philo B. Goode —declaró en voz alta—, y perderás siempre.

—¿Crees que es el momento más adecuado para el humor? —inquirió Chang Guafe.

Clive se pasó la mano por la frente para enjugarse el sudor que amenazaba con entrarle en los ojos.

—La risa es la medicina de los hombres... y de los ciborgs —afirmó.

Los lentes de Chang brillaron con algo más de intensidad.

—Entonces...

Había una vez una ciborg llamada May,

que tenía un hermano que era gay...

—¡Oh, no! —gimoteó Clive. Y, antes de que Chang pudiera pronunciar otra sílaba, tiró de él hacia el espejo.

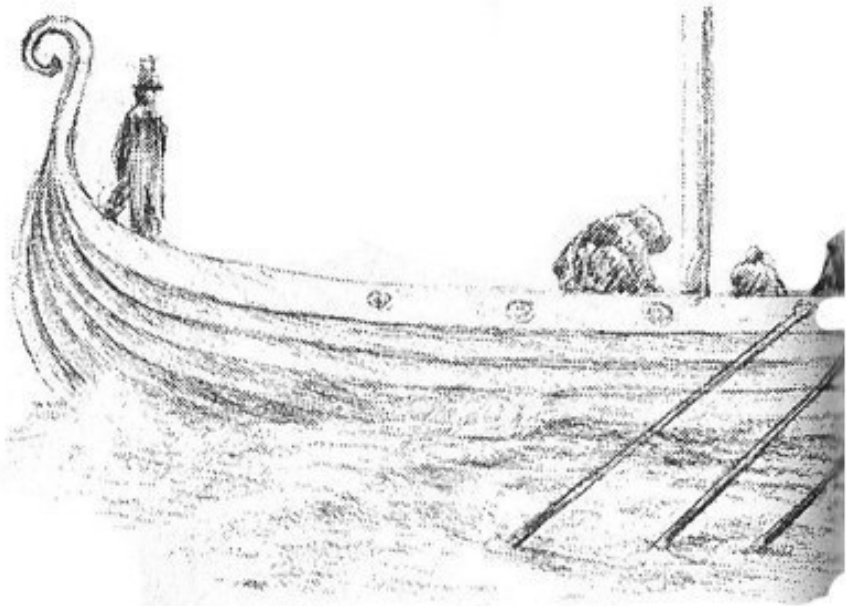
Fue una larga, larguísima caída.

Selecciones del cuaderno de apuntes del comandante Clive Folliot

Los siguientes dibujos pertenecen al cuaderno particular de apuntes del comandante Clive Folliot, que apareció misteriosamente junto a la puerta del *The London Illustrated Recorder and Dispatch*, periódico que proporcionó los fondos a su expedición. No había otra explicación que acompañase el paquete, excepto una enigmática inscripción de la misma mano del comandante Folliot.

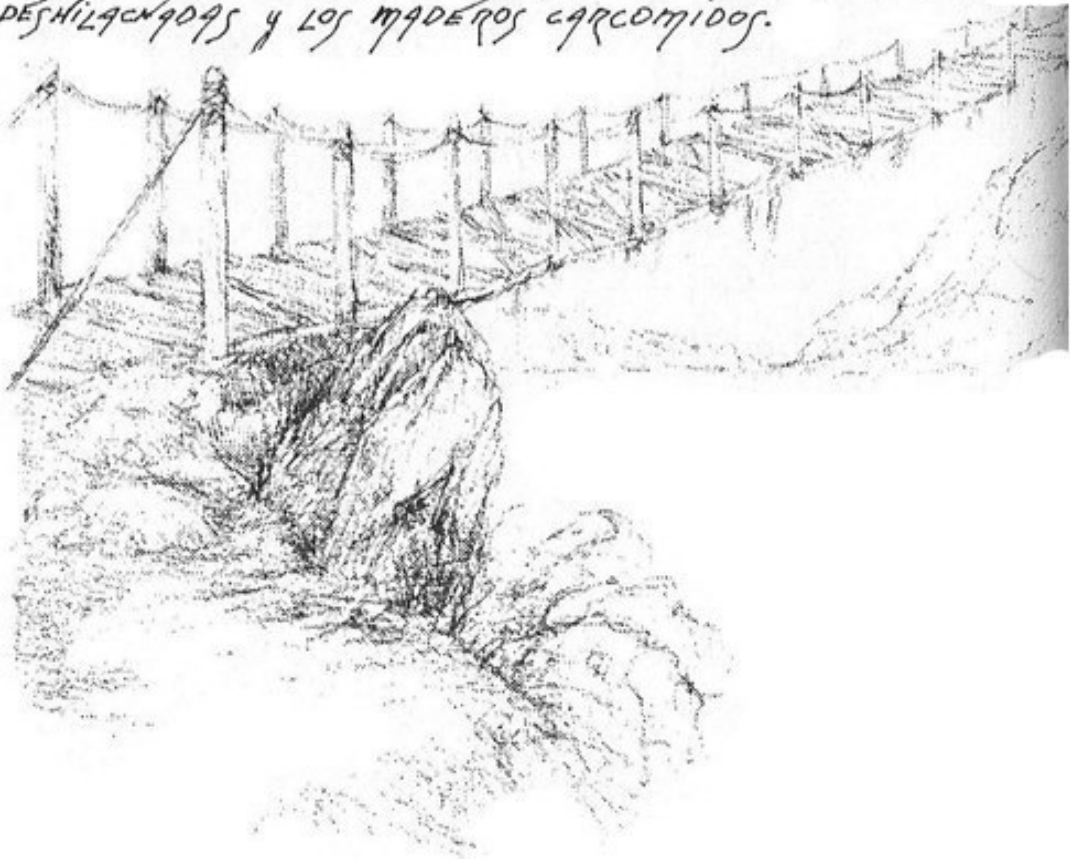
«Reunida de nuevo la expedición, hemos conseguido huir muy lejos de la aterradoradora sala de los Señores del Trueno y hemos caído en otro nivel de esta condenada Mazmorra. Este nivel es tremendamente fascinante, lleno de clones de nosotros mismos y de las criaturas con que hemos tropezado a lo largo de nuestro deambular.

»Ahora que he encontrado al auténtico Neville, nuestro principal objetivo es regresar a casa sanos y salvos, pero antes, tengo dos responsabilidades de las que quiero descargarme: hallar a los compañeros de camada de Finnbogg y vengarme de los señores de este lugar infernal».



LA EMBARCACIÓN CON LA QUE CRUZAMOS LAS
AGUAS BURBUJEANTES. FIJENSE EN QUE
NUESTRO GUÍA SE HA DUPLICADO.

EL PUENTE QUE CRUZA EL ABISMO; LAS CUERDAS ESTÁN
DESHILACHADAS Y LOS MADEROS CARCOMIDOS.





ÉL PALACIO DEL LUCERO
DEL ALBA.

EL BARÓN TEWKESBURY, ¡EL impostor!, SEÑOR DEL
PALACIO DEL LUCERO DEL ALBY y EL MAYOR FARSANTE
QUE HE CONOCIDO.



DENTRO DEL PALACIO FUIMOS ATENDIDOS POR
SAPOS-CIONESI, TODOS LLAMADOS HERKIMER.



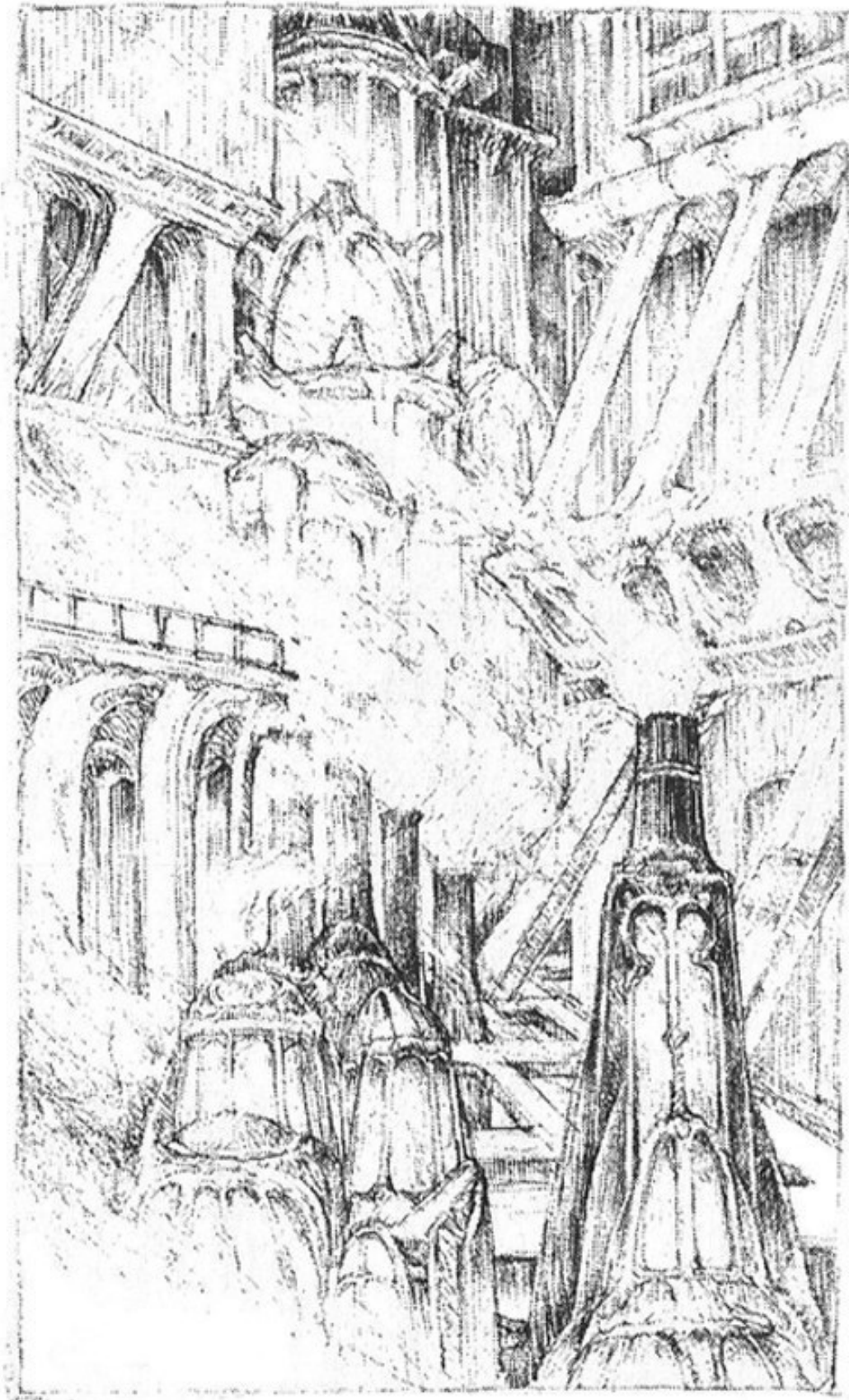
ESTE MONSTRUO METÁLICO LLAMADO CAZARRATONES
DISPARA RAYOS LETALES. NOS PERSIGUIÓ POR LOS PASILLOS.

Aquí nos atacaron clones de todos y cada uno de los seres con que habíamos topado. Yo luché contra un clon del monstruo del puente de D'ooná...

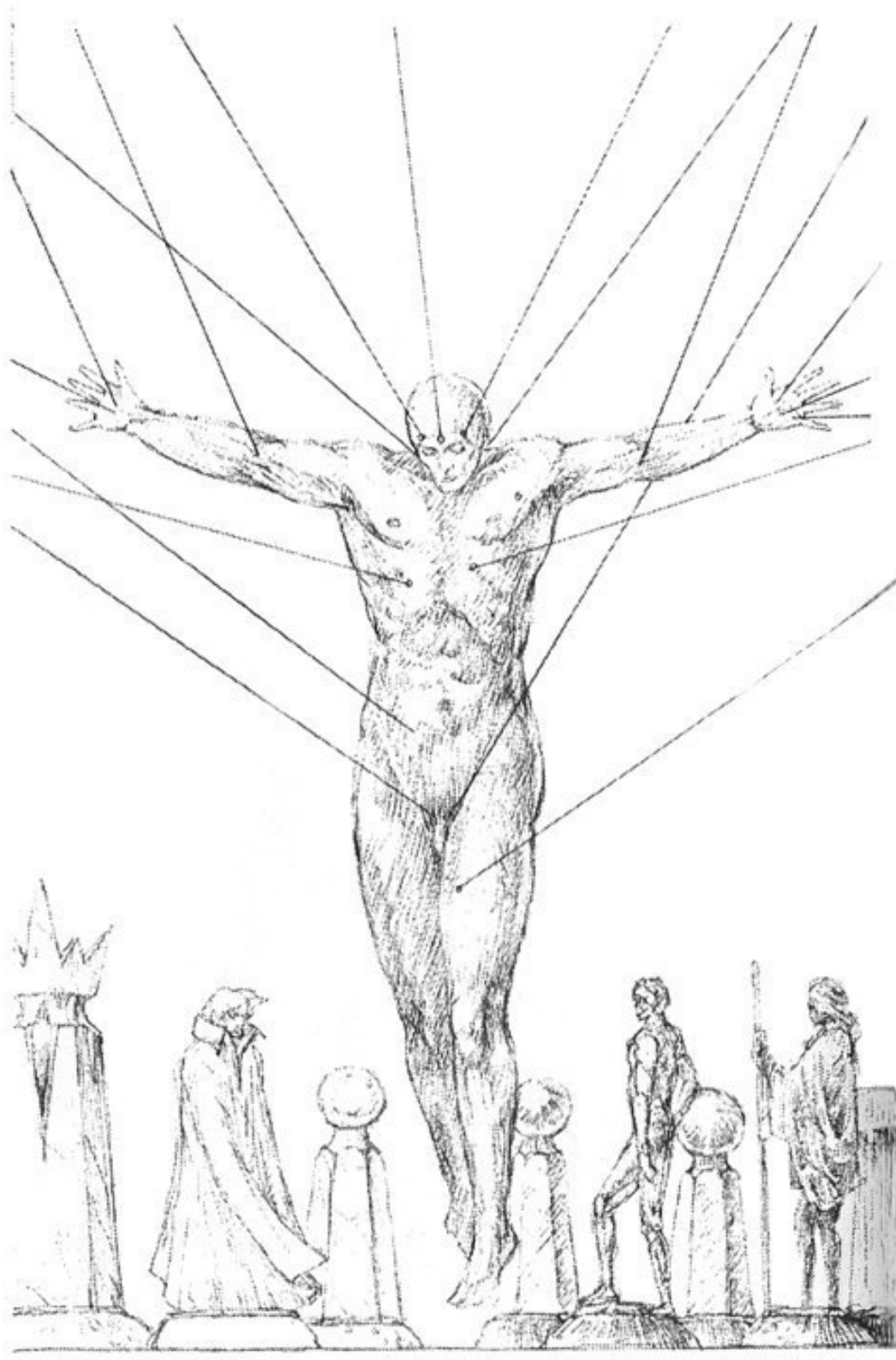


... y Chang Guafe combatió con su propio clon.



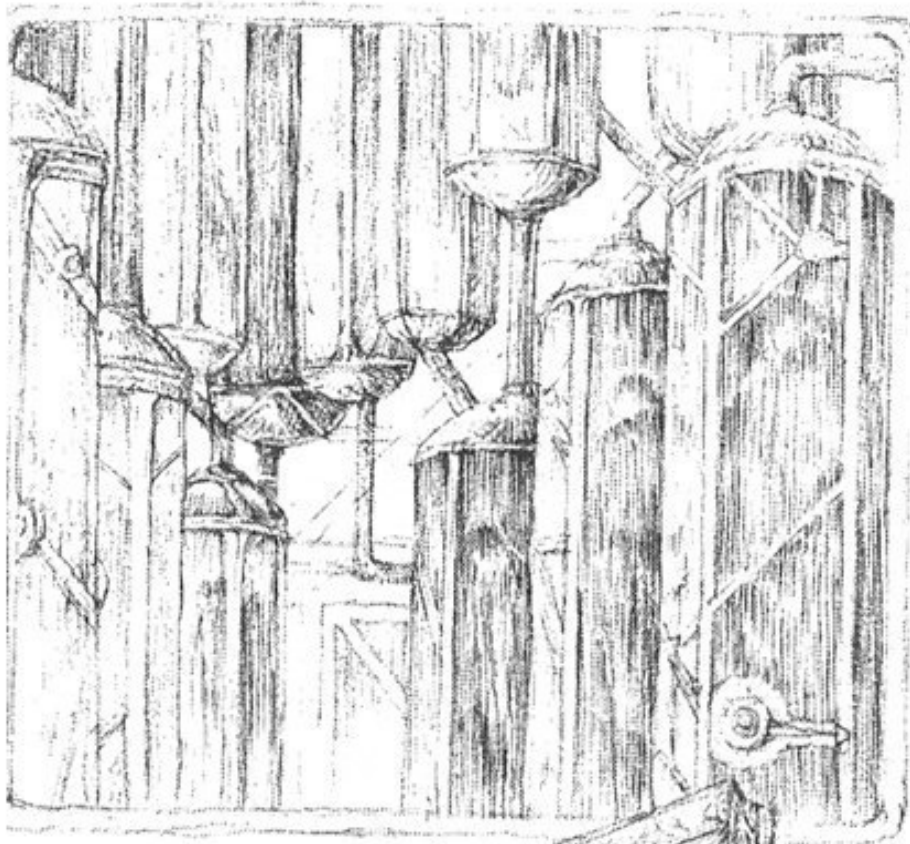


*Si esto es LA PLANTA ENERGÉTICA DE LA
MAZMORRA, ENTONCES ¿QUÉ ES LA MAZMORRA?*



EN LA SALA DE LOS SEÑORES DE LA MAZMORRA, LE
EXTRAEN LOS RECUERDOS AL SARGENTO SMYTHE,
Y EN UNA SALITA AMUEBLADA SEGÚN EL ESTILO
VICTORIANO, UN JUEGO DE AJEDRÉS CON PIEZAS MOLDEADAS
A IMAGEN NUESTRA.

LA SALA DONDE SE PREPARA A LOS CLONES PARA SU NACIMIENTO ANTINATURAL.



SALTANDO A TRAVÉS DEL ESPEJO
EN PERSECUCIÓN DE
NUESTROS RAPTORES.





LA PUERTA DE DANTE,
QUE CRUZAMOS PARA EXPLORAR OTRO NIVEL DE
ESTA INFERNAL MAZMORRA.

UNO DE LOS DEMONIOS ALADOS QUE SERVIAN
A NUESTRO VIEJO ENEMIGO, PHILIP B. GOODE.



EL MISTERIOSO
GUÍA QUE NOS
CONDUJO POR
ESTE INFIERNO,
EL BARÓN SAMEDI.

Notas

[1] *Philo B. Goode* en inglés tiene una pronunciación similar a la frase equivalente a «Philo sé bueno». (N. del T.) <<

[2] *Pulp*: véase nota 1 del volumen I, *La Mazmorra*. (N. del T.) <<

[3] *Horse*: caballo en inglés. (N. del T.) <<

[4] *jagannatha*: dios hindú en cuya fiesta anual los devotos se echan bajo las ruedas del carro que arrastra su ídolo, una gran mole negra. (*N. del T.*) <<

[5] *Golem*: según los cabalistas hombre artificial de fuerzas descomunales que, debido a un olvido de su creador, sembró el pánico y la destrucción en una frenética carrera. (N. del T.) <<

[6] Denominación que se da a los habitantes de Luisiana (estado al que pertenece Nueva Orleans) de origen franco-canadiense. (*N. del T.*) <<

[7] *Jive*: en inglés «jerga», «argot». (N. del T.) <<

[8] *Tennyson*: poeta romántico inglés, 1809-1892. (N. del T.) <<

[9] *Samuel Baker*: explorador inglés (1821-1893). Realizó importantes expediciones en el África oriental. (N. del T.) <<

[10] *Milton*: poeta inglés (1608-1674) autor de *El Paraíso Perdido*. (N. del T.) <<

[11] *Shiva*: dios del sacrificio en la mitología india. Se lo identifica con el tiempo atmosférico destructor. (N. del T.) <<

[12] *Zen*: forma japonesa de la escuela budista china. (N. del T.) <<